Sylvie Baron

El Círculo de los Últimos Libreros



Lumen

El Círculo de los Últimos Libreros

Sylvie Baron

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco

Lumen

narrativa

Para Clara, que cuida de Mathilde, Anna y Mathias,
pequeños devoradores de libros

1

—¡Qué alegría verte de nuevo en pie! ¡Y, caramba, casi entero!

Con esas palabras y una cálida sonrisa recibía Charles Batifol, redactor jefe de *La Montagne*, a uno de sus periodistas deportivos más intrépidos. Pero, aunque su rubicunda cara reflejaba la alegría del reencuentro, también podía leerse en ella una cierta ansiedad, causada por el gesto sombrío de su visitante. Así que, en un arranque de compasión, decidió añadir:

—¡Al final, no has salido tan mal parado!

Adrien Darcy cerró los ojos. Su exasperación ante tales palabras era tan fuerte que le crispaba las facciones en una mueca de dolor. Estaba más que harto de oír de la mañana a la noche que era un superviviente y que, por lo tanto, debía sentirse afortunado. Todas esas consideraciones sobre su supuesta «suerte» le resultaban cada vez más insoportables.

Porque si algo no había tenido era suerte. Tres meses antes, Adrien, deportista de alto nivel, había sufrido un accidente con la bicicleta: un choque frontal en una curva contra un coche que venía en dirección contraria. El saldo había sido desastroso: fractura del húmero por encima del codo con rotura del bíceps, traumatismo craneal y varias vértebras rotas. En efecto, dada la violencia de la colisión, podría haber salido peor parado. Aunque todavía le costaba

utilizar el brazo derecho, ya podía caminar sin demasiados problemas. Según los médicos, se estaba recuperando «rápido y bien»; dos días antes, le habían retirado buena parte de los analgésicos, que le embotaban completamente el cerebro.

Darcy sabía que un accidente como ese podía haberlo tenido inmovilizado en el hospital tres meses más. Pero, por desgracia, el ser humano tiende por naturaleza a desesperarse por lo que le sucede en lugar de pensar en lo que habría podido sucederle. Así que, en la mente de Adrien, no todo iba tan bien como los demás parecían creer.

La bicicleta era su pasión desde la adolescencia. Ahora practicaba el ciclismo a un nivel muy alto. No podía resignarse a la inactividad total de un día para otro.

«Prohibida toda actividad física. Y, sobre todo, nada de montar en bici durante al menos tres meses».

En eso, las opiniones de los médicos coincidían. De hecho, esa era la raíz del problema. Aunque el más optimista había matizado: «Media hora de marcha al día, pero sin forzar, ¡eh! Combinada en todo caso con un poco de hidrogimnasia».

Dicho de otro modo, recomendaciones para viejos, para inválidos, ocupaciones de salón y trabajillos de bricolaje para alguien que tenía rabia en el corazón, fuego en las piernas y ganas de pelea. Solo hacía unos días que había vuelto a casa, pero su moral empezaba a parecerse ya a la de un pavo en la víspera de Nochebuena.

Para Adrien, el deporte lo era todo, una filosofía y un estilo de vida saludable; o un estilo de vida, sin más. Su condición física ocupaba el centro de sus intereses desde hacía mucho tiempo, de modo que sentirse impotente, incapaz de hacer una vida normal, le pesaba

enormemente, tanto que empezaba a preguntarse si podría sobrellevarlo. Abandonar el deporte, que también era su profesión, su fuerte, su medio de vida, prometía ser mucho más duro de lo previsto. En su fuero interno le daba miedo, además, seguir teniendo dolores una vez restablecido. Y, sobre todo, le preocupaba no recuperar su nivel. Como las afirmaciones piadosas de las enfermeras a ese respecto no lo habían tranquilizado, se había decidido a preguntarle al cirujano. Y la respuesta del susodicho no hizo más que reforzar sus sospechas: «No se mire el ombligo. Piense en la cantidad de personas que irán en silla de ruedas el resto de su vida. Usted podrá andar de nuevo y reanudar sus actividades habituales de aquí a... digamos unos meses. Concéntrese en su convalecencia y sobre todo no intente quemar etapas: sería la forma más rápida de tener que volver al hospital. Así que tómese su tiempo. Mire a su alrededor. Y deje de darle vueltas a su mala suerte. Más mata el cavilar que el ayunar. Considérese afortunado, ¡dígase que en la vida no todo es ir en bicicleta!».

Oír que podía haber acabado en una silla de ruedas o incluso peor no lo consolaba en absoluto. Estaba enfadado con el mundo y, por supuesto, consigo mismo por no haber logrado evitar aquel estúpido accidente. Por si fuera poco, cada vez que veía su querida bicicleta de carreras convertida en chatarra en el garaje le recordaba el tremendo desastre.

Abrió al fin los ojos y miró a Charles a la cara. De pronto, su mejor amigo parecía consternado. Adrien, incapaz de soportar la lástima y la conmiseración, se oyó a sí mismo respondiendo a su recibimiento con exasperación:

—Deja de hablar de mi supuesta suerte. Si estuvieras en mi lugar, no pensarías lo mismo, créeme. No he venido para escuchar eso, sino para que me des trabajo. Estoy harto de dar vueltas por casa. Sé que buscaste un sustituto hasta que acabara mi convalecencia, pero puedes encargarme entrevistas o pequeños reportajes.

—¿Para que pienses aún más en la bicicleta? ¿Para que sigas lamentándote y deprimiéndote? ¡Ni lo sueñes! No cuentes conmigo. Te quedan tres meses de baja, y vas a completarlos. La inactividad forzosa debería obligarte a relativizar. Ya sé lo que me vas a decir, que estás hasta la coronilla, que te subes por las paredes. Pero la clave de tu recuperación está precisamente ahí: cura tu rabia, canalízala. Y entonces estarás en mejores condiciones que nunca para regresar por todo lo alto.

—¿Me tomas el pelo?

—No creas que no te he visto venir... De hecho, esperaba que te presentaras aquí en cuanto salieras del hospital. ¡Transparente como el agua de manantial, amigo mío! No pongas esa cara. Ya sé que no puedes estar de brazos cruzados. El problema contigo es que te consideras periodista deportivo y nada más que eso. Quitemos el adjetivo de momento. Sigue quedando el periodista, ¿no?

Adrien le lanzó una mirada entre furiosa e intrigada.

—Si piensas que voy a chuparme la sección de sucesos de tu periodicucho, estás listo. Prefiero pasarme toda la baja sentado delante de la tele.

—¡Para! Eso es justo lo que tienes que evitar, lo sabes perfectamente. ¡Por el amor de Dios, tus jeremiadas son insoportables! Acabaré pensando que en realidad no eres más que un niño malcriado. Métete en la cabeza de una vez por todas que sí,

que tuviste mucha suerte saliendo indemne de ese choque. Y en la vida hay otras cosas aparte del deporte, amigo mío, ya va siendo hora de que te des cuenta. ¡No te vendría mal ejercitar el cerebro por una vez!

—Soy un completo idiota, ¿no es eso? ¡Anda, dilo! —Herido en su amor propio por el comentario, Adrien, a su pesar, añadió—: Muy bien, te escucho. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Tengo algo mucho mejor que un reportaje deportivo. Te propongo una investigación que exigirá que te rompas la cabeza más que las piernas y te obligará a salir de la depresión.

—¡Yo no estoy deprimido!

—Pues melancólico, si lo prefieres. No es de extrañar que estés mal de los nervios, con todas las drogas que te han suministrado. ¡Necesitas despejar la mente!

—Entonces ¿qué me ofreces? ¿Ir al Caribe a la caza de la exclusiva? ¡No me tengas lástima, colega! Sospecho que me vas a salir con alguna estupidez inventada para mantener ocupado al «pobrecito Adrien».

—¡Pero qué gilipollas puedes llegar a ser cuando te lo propones! Mira, yo te aprecio mucho, pero de ahí a sacarme un trabajo de la manga para complacerte... El periódico está por encima de los amigos, ¿entendido? Tengo algo mejor que una exclusiva para ti; se trata de una investigación seria, puede que hasta peligrosa. No en el trópico, sino aquí mismo, a un palmo de nuestras narices, principalmente en el Macizo Central. Requerirá tiempo, pesquisas, viajes, mano izquierda... No puedo permitirme mandar a un fijo: el resultado es demasiado incierto. No obstante, si por un milagro

consiguieras aclarar ese asunto, seríamos la envidia de todas las redacciones, ¡créeme!

—¿Vas a seguir dando rodeos? ¡Escúpelo de una vez! ¿De qué asunto hablas?

Adrien había abandonado su actitud desganada. Charles advirtió con satisfacción que ya no se masajeaba el brazo derecho de manera compulsiva: por primera vez desde el comienzo de la conversación, sus manos estaban tranquilas. Se levantó para coger de lo alto del armario una carpeta roja atada con un cordel, que lanzó sobre la mesa con la excitación de un niño que está a punto de hacer una travesura.

Desde el sillón, Adrien logró leer el título, garabateado en una etiqueta torcida.

—¿«Asesinatos de libreros»? ¡Qué título más cutre!

—No tan cutre como crees. Deja que te explique. Tres libreros asesinados en tres meses. Ya sé que estabas hospitalizado, pero ¿te suena?

—Francamente, no.

—¿Nunca lees la prensa?

—Solo la deportiva, te repito que los sucesos no me interesan.

Charles se dijo que el caso de su amigo era aún más desesperado de lo que imaginaba. Centrar todo su universo en el deporte y nada más que en el deporte era algo disparatado e incongruente para alguien que, como él, se pasaba la vida diseccionando información de todo tipo y cuya única proeza física era subir la escalera de la sede del periódico varias veces al día. Suspiró ruidosamente para exteriorizar su desaprobación. El egoísmo de Adrien era increíble.

«¿Cómo puede aislarse de ese modo, no vivir más que en su burbuja deportiva? No es de extrañar que le cueste aceptar el dictamen de los médicos».

Abrió la carpeta clasificadora y, sin darse cuenta, adoptó un tono confidencial.

—Bueno, escucha, no es ni mucho menos un suceso más, como pareces creer. Yo intuyo más bien un hecho social que dará mucho que hablar, una trama compleja. Fíate de mí, sé lo que me digo. Te leo las entradillas para que te hagas una idea: «El 20 de agosto, en Aurillac, departamento del Cantal, el gerente de la librería Signo de Interrogación aparece estrangulado en su trastienda»; «El 20 de septiembre, en Brioude, Alto Loira, la librera Bernadette Borne recibe una puñalada mortal en la espalda»; y la última es de hace cinco días: «El 20 de octubre, en Chamalières, Puy-de-Dôme, Christian Courtial, propietario de la librería A Pie de Página, sufre un atropello y muere a consecuencia de las lesiones». ¿Qué me dices?

Adrien respondió con un encogimiento de hombros que evidenciaba su escaso entusiasmo.

—Sucesos, ni más ni menos. Cosas así ocurren todos los días, en todas partes, en todo el mundo. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

—¿Lo haces aposta? Y las coincidencias, ¿qué? ¿No saltan a la vista? El 20 de cada mes muere un librero, ¡y a ti no te parece suficiente!

—¡No exageremos, solo han sido tres!

—¿Solo? ¡Esta sí que es buena!

—De acuerdo, es extraño, pero ¿qué tengo yo que ver con eso? ¿Qué quieres exactamente? ¿Que juegue a los detectives? ¿Esa es tu

idea?

—Ante todo, querría que descubrieras qué relación hay entre esos tres asesinatos. Estoy convencido de que existe.

—Francamente, ¿no has encontrado nada mejor para mantenerme ocupado? Esos asesinatos son cosa de la policía. ¿Qué está haciendo la policía?

Batifol lanzó una mirada de irritación al techo. Adrien estaba siendo mucho más difícil de convencer de lo que esperaba. Y, sobre todo, demasiado orgulloso para aceptar un asunto insignificante o convencional que otros podían resolver mejor que él. Pero no era el caso, Charles estaba seguro, su infalible instinto de periodista, que lo había llevado hasta aquel sillón de redactor jefe, le decía que tenían algo, algo grande, uno de esos noticiones que pueden duplicar las ventas y dar prestigio de un día para otro.

—¿La policía? Apenas facilita información y, si quieres mi opinión, está dando palos de ciego. Que yo sepa, en el caso de Brioude, primero detuvieron al marido, que luego quedó en libertad por falta de pruebas, de móvil o lo que fuera. El asesinato de Aurillac se lo atribuyen a un marginado, a un vagabundo, a un forastero, si lo prefieres, pero no pueden ponerle nombre ni cara a ese término, lo que permite a las buenas gentes de la localidad sentirse a salvo de cualquier sospecha. Verás, fue durante el Festival de Teatro de Calle, así que la explicación más sencilla, la que le convenía a todo el mundo, les pareció la mejor. Luego, detener a un individuo que encajara en la definición fue más complicado. De hecho, hasta después de Chamalières no pensaron en una posible conexión entre esas muertes. Tres libreros asesinados en otros tantos meses no es normal, pero por ahora no se vislumbra ninguna pista seria.

Adrien soltó una carcajada.

—¡Pero si está clarísimo! ¡El culpable es Amazon!

—¿Te crees muy gracioso? Vale, lo capto. Si no te interesa, siempre puedo encargarle el asunto a un becario, ¿sabes? ¡No te imaginas la de chicos que estarían dispuestos a trabajar gratis para levantar una liebre como esa!

—Charles, en serio, no es un trabajo para mí...

—Pero ¿por qué? Sabes formular preguntas, tirarle de la lengua a la gente, establecer correlaciones, hacer contactos... Delante de un policía, nadie se siente cómodo, a un tipo uniformado no se le cuenta todo. Y, en un asunto como este, la menor reticencia puede tener importancia. Eso es lo que te pido en un primer momento: hacer hablar a la gente, trazar los retratos más completos que puedas de las víctimas. A estas alturas, no me creo que se trate de una simple coincidencia. No es verosímil. En el peor de los casos, si no encuentras nada, publicamos los retratos y cerramos con un dosier especial sobre las librerías.

—¡Apasionante!

—Entonces ¿no te interesa?

Charles hizo amago de cerrar el clasificador rojo, pero Adrien lo detuvo alzando la mano con viveza. Con demasiada viveza, con un gesto mecánico, un gesto de antaño. Un dolor fulminante le cortó la respiración y, durante unos segundos, lo dejó aturdido. El rostro de Charles permaneció impasible, aunque el afecto lo llevara espontáneamente a compadecer a su amigo. Pero se cuidó mucho de mostrarlo y se puso a ordenar el escritorio para darle tiempo a reponerse.

Adrien había vuelto a recostarse en el sillón en una postura rígida y forzada, que se debía tanto al dolor físico como a la dificultad para aceptar su estado.

Sin embargo, con su silueta esbelta, casi ascética, su cara angulosa, su pelo negro y corto, su barba de varios días, que indicaba más desaliño que atención a la moda, y sobre todo sus ojos ardientes como brasas, llenos de vida y de rabia, Adrien, pese a su hándicap actual, o quizá debido a él, imponía aún más que de costumbre. Parecía una fiera salvaje, una fiera herida a punto de saltar sobre su presa.

Tras largos instantes de silencio, perturbado únicamente por el intenso ruido del tráfico del bulevar, la fiera se echó a reír con fanfarronería.

—La verdad es que me has cogido por sorpresa. No me esperaba una proposición como esta. Ahora mismo, con un brazo roto y una pierna tonta, no acabo de verme en el papel de sabueso. Además, sabes perfectamente que no conozco el sector del libro en absoluto. En ese sentido, no podías haber elegido a nadie peor. En serio, creo que no he puesto los pies en una librería desde hace al menos quince años, ¡puede que para comprar los libros de bachillerato! Así que, sin duda, no soy la persona ideal para freír a preguntas a los pobres libreros de la región.

—¿Lo dices de veras? ¿Así es como ves las cosas? ¡Ni que te divirtiera pasar por ignorante!

—Soy sincero, no estoy cargando las tintas. Aparte de biografías de deportistas, ya no leo libros. Para serte franco, ni siquiera he acabado el cómic que tuviste la amabilidad de regalarme cuando estaba en el hospital.

—Hablar con unos libreros tampoco es entrevistar a premios Goncourt... ¿Sabes qué?, estoy harto de tus remilgos de dama de la caridad. ¿Quieres el curro o no?

Adrien estaba tentado de rechazarlo. No era en absoluto el tipo de trabajo que había ido a buscar. En sus momentos más optimistas, se había imaginado escribiendo un artículo sobre el próximo campeonato mundial de ciclismo. En el fondo, Charles tenía razón. Debía olvidarse de la bicicleta durante unos meses, eso solo removería el cuchillo en la herida, solo reavivaría los remordimientos. Aunque aquel asunto de los libreros asesinados no era nada atrayente, por lo menos lo mantendría ocupado. Una distracción para dejar de quejarse, no ahogar sus penas en alcohol ni idiotizarse delante de la televisión. Un remedio como cualquier otro, y eso era todo. Así era como había que verlo. Charles era tozudo, no le propondría nada más. Adrien comprendió que no podía rechazar aquella mísera oportunidad para matar el tiempo.

—De acuerdo, lo cojo, pero no te prometo nada.

Con un suspiro de alivio, que esta vez no intentó disimular, Charles empujó hacia su amigo la carpeta, que contenía esencialmente recortes de prensa.

—Primero deberías ir a echar un vistazo a Aurillac. Al parecer, hay un socio que continúa con el negocio.

—¡Eh, para el carro! Eso ahora es asunto mío, lo haré a mi manera. ¿Qué me das por este encargo?

—De momento, solo las dietas. Por supuesto, me mantienes informado. En cuanto tengas el esbozo de un artículo interesante, volvemos a hablar. Por cierto, ¿puedes conducir?

—La verdad es que aún no lo he intentado, pero con un automático supongo que sí. Alquilaré uno por cuenta del periódico.

—De todas formas, ve con cuidado. Puede tratarse de un perturbado o un asesino en serie, no bajes la guardia, no sabemos si es peligroso.

Adrien no pudo reprimir una sonrisa burlona, que por un momento lo transformó en un niño travieso y lo hizo parecer mucho más simpático.

«¡Desde luego, lo que hay que oír! El pobre Charles ha perdido la chaveta... Un asesino en serie de libreros... ¡Vivir para ver!».

2

La librería estaba «cerrada por defunción». Era de prever, hacía apenas una semana que Christian Courtial descansaba bajo tierra. No obstante, pese a su aparente desgana, Adrien sintió una decepción extraña que se abstuvo de analizar. Había decidido empezar la investigación por el último asesinato para llevarle la contraria a Charles, pero también por un motivo más prosaico: Chamalières era la localidad más cercana a Clermont-Ferrand, donde residía. Al estar convaleciente, aún no se sentía con fuerzas para conducir largas distancias. Las carreteras del Cantal y el Alto Loira le recordaban carreras ciclistas épicas, con ascensiones famosas, puertos de primera categoría y descensos vertiginosos. En cuanto al paisaje, solo le traía un vago recuerdo de olores, de viento, de libertad, de embriaguez. Al parecer, ir con la frente pegada al manillar le había impedido mirar de verdad a su alrededor hasta ahora.

En la puerta, la noticia del fallecimiento parecía burlarse de él. Sin embargo, la persiana no estaba bajada. En el escaparate, las letras que formaban la palabra «librería» se arremolinaban de forma artística y desenfadada alrededor del dibujo de un libro abierto. Y había libros por todas partes, naturalmente, tanto novedades como títulos escogidos más antiguos.

El accidente mortal se había producido en la avenida de Royat, a la altura del paso de cebra, a un tiro de piedra de la tienda. El conductor salió como una exhalación de la zona de aparcamiento, arrolló a su objetivo y huyó sin la menor dificultad. Los escasos testigos, sobrecogidos, ni siquiera tuvieron reflejos para apuntar el número de la matrícula del vehículo, un utilitario de color blanco. La policía parecía tener claro que se trataba de un falso accidente, pero nada en sus declaraciones ni en las noticias de la prensa sugería que pudiera existir alguna relación con los homicidios previos.

¿Una estrategia policial para tener libertad de maniobra? ¿Una orden de arriba para evitar el pánico o la ofuscación general? Adrien no tenía la menor idea. Según Charles, que contaba con sus propios informadores, la conexión entre los tres casos aún no se había establecido de forma lo bastante clara como para mencionarla en público.

Desde luego, el *modus operandi* no coincidía, y la similitud de las fechas podía ser fruto del azar. Solo que en los tres casos la víctima, extrañamente, había sido un pobre librero. Tres librerías afectadas, pues, pero en lugares tan alejados entre sí que no cabía sospechar de la competencia.

Adrien, indeciso sobre lo que debía hacer, se estaba planteando hablar con el personal del supermercado cercano al paso de peatones cuando, al otro lado del cristal, apareció de súbito una frágil figura femenina. La puerta se abrió y se vio ante una joven con una media melena lacia torpemente sujeta con una horquilla de plástico que le daba aspecto de niña. Ajena a los estándares de la moda, con una especie de pañoleta sobre los hombros y encogida

como para esconder unas formas que sin embargo no eran nada provocativas, parecía, por otra parte, una mujer de edad indefinida.

—Hoy está cerrado. Pero, si es para recoger un pedido, puedo atenderlo...

Pese a su aparente timidez, lo miraba directamente a la cara. Ojos verdes, de un tono turbador. Su mirada, penetrante como un bisturí, casi lo diseccionaba.

En lugar de endosarle la mentira que llevaba preparada, Adrien, azorado, respondió:

—Adrien Darcy, periodista de *La Montagne*. Estoy investigando el accidente del propietario de A Pie de Página.

—¿Darcy, ha dicho?

Un leve rubor cubrió el rostro de la chica, que de pronto y sin razón aparente, al menos para su interlocutor, se mostraba asombrada, pasmada, incluso un tanto divertida.

—Entre. Christian era mi hermano. Soy Élisabeth Courtial. Lizzie, si lo prefiere. —Tras un breve silencio, durante el que Adrien tuvo la sensación de que la librera esperaba que reaccionara de algún modo, que a él no se le ocurría, la joven añadió en un tono más calmado—: En realidad, es una suerte. Precisamente pensaba contactar con su periódico para hacer un llamamiento a posibles testigos, o algo de ese estilo. No ha habido ninguna novedad en ocho días y me gustaría reactivar el caso.

Sin encender la luz, Élisabeth lo guio hasta un rincón de la librería, probablemente reservado a los niños porque la mesa estaba atestada de libros de pequeño formato y colores vivos, y las sillas eran muy bajitas. La chica se sentó en una de ellas sin dificultad y lo invitó a imitarla con un gesto.

—¡Prefiero quedarme de pie!

En la tranquila librería, la frase resonó de un modo extraño, tajante, casi agresivo. Por nada del mundo habría confesado Adrien su situación: le resultaba imposible sentarse en aquellas ridículas sillas. En su fuero interno, maldijo a la chica por infligirle semejante humillación.

Sorprendida por su respuesta, Élisabeth no solo siguió sentada, sino que se permitió el lujo de alzar hacia él unos ojos desaprobadores.

—¿Qué desea exactamente?

—Háble me de su hermano.

¡Qué respuesta tan banal! Adrien la lamentó de inmediato. Pero, antes de que pudiera concretar más, la chica contestó con una voz un poco temblorosa:

—Cuando acabas de perder a alguien, es difícil hablar de esa persona, hay demasiada emoción. Usted no lo conocía, nadie puede hacer nada para aliviar mi pena.

—Puede estar tranquila, yo no busco la parte afectiva, lo que me interesa son los hechos.

—¿Qué hechos?

—Sus hábitos, por ejemplo. El accidente ocurrió a las ocho y diez de la tarde, ¿verdad? ¿Siempre salía a esa hora?

—¡Eso depende! Cuando nos llegan remesas grandes, o hay que montar el escaparate o preparar las cajas de las devoluciones, a veces salimos más tarde. En épocas fuertes de trabajo, como las Navidades, podemos estar abiertos hasta las nueve.

—Pero entonces, ahora que lo pienso, ¿estaba usted con él esa tarde? —Como la respuesta se hacía esperar, Adrien repitió en voz

más alta—: ¿Estaba con él?

Tenía que calmarse y no presionarla, pero es que ella, con su mirada insistente, sus silencios y su sonrisa fría, era irritante. De hecho, por extraño que pudiera parecer, aquella chica lo ponía nervioso, y eso no le gustaba nada. Aunque era justo lo opuesto a todas las mujeres con las que se relacionaba, mujeres deportistas, cómodas con su cuerpo, rebosantes de seguridad y energía.

—Me marché unos minutos antes.

—¿Presenció el accidente?

—No, cuando ocurrió ya estaba al otro lado del bulevar. Oí gritos, barullo, y me volví. Sí, vi la furgoneta blanca que se alejaba a toda velocidad en dirección a Clermont-Ferrand, pero sin saber lo que había pasado. Solo lo entendí después, cuando encontré a mi hermano tendido en la calzada y cubierto de sangre, con todos los paquetes destrozados a su alrededor.

Adrien se acercó al escaparate para observar el exterior. A esa hora, el tráfico de la avenida era denso. Enfrente, bajo los árboles, todas las plazas de aparcamiento delante del centro pediátrico estaban ocupadas. Un sitio ideal para quien deseara vigilar la librería sin llamar la atención. Comprendió que el accidente no era tal. Había requerido una preparación minuciosa.

Sentía la mirada de la chica en la nuca. Sentada al fondo de la librería, lo seguía con los ojos, inmóvil. Adrien se volvió hacia ella, intimidado a su pesar por la atmósfera de tristeza y soledad que envolvía el establecimiento, y maldijo a su jefe por haberle endosado aquel trabajo.

«¡Charles dirá lo que quiera, pero entrevistar a un corredor, aunque haya perdido la carrera de su vida, es cien veces más fácil

que investigar un asesinato! ¿De verdad tengo derecho a seguir torturando a esta pobre chica? ¿A reavivar su dolor? ¿A recordarle todos esos detalles?».

—¿No notó nada especial, nada anormal? Los días anteriores, quiero decir...

Élisabeth lo miró de un modo tan desdeñoso que Adrien se arrepintió de sus escrúpulos de inmediato. Aquella chica no era tan frágil como aparentaba.

—¿Qué se imagina? ¿Que Christian recibió amenazas, que el conductor de la furgoneta venía a la librería todos los días para mirarlo a la cara y provocarlo? La policía ya me hizo todas esas preguntas, y no conducen a nada. Con el inicio de la temporada y la Feria del Libro de Royat, que acababa de terminar, estábamos desbordados, como siempre en esas fechas. Nada fuera de lo normal. Ningún presagio, ninguna sensación de inseguridad, ni espionaje, chantaje, intimidación ni nada por el estilo. Solo puede tratarse de un loco, y por desgracia los actos de los locos son incomprensibles.

—Quería usted hacer un llamamiento a posibles testigos...

—Lo que me parece más increíble no es tanto la muerte de Christian como el hecho de que el conductor lograra huir sin dificultad. Los gendarmes tardaron lo suyo en llegar y hacerse cargo de la situación. Ya sé que era de noche, que llovía, que la visibilidad era mala, pero aun así...

—La investigación no ha hecho más que empezar. Es de suponer que el vehículo sufrió daños debido al impacto, seguro que los investigadores visitarán a todos los chapistas y los talleres mecánicos de la región.

—No confío en nadie, al contrario. Por ejemplo, usted, señor Darcy... ¿Qué pretende realmente? ¿Escribir sobre un librero que adoraba su oficio o apuntarse el tanto de descubrir a su asesino?

Élisabeth había adoptado un tono casi belicoso. Un arranque de ira, sardónica y despectiva, la había transfigurado. La hacía más guapa, o al menos más vital. Cuando el mundo exterior la trataba con demasiada rudeza, aquella chica introvertida y sensible era capaz de salir de su caparazón.

Comprendiendo que no haría nada para facilitarle la tarea, Adrien le lanzó una mirada poco amistosa. Estaba enfadado consigo mismo por llevar tan mal la conversación, por dejar que Élisabeth lo sentara en el banquillo en lugar de someterla a un examen riguroso. Cambió de estrategia y optó por ser franco.

—No son cosas incompatibles. Si publicamos un artículo sobre su hermano, eso le dará a usted publicidad. Ya sabe lo curiosa que es la gente, ¡esto se llenará, créame! Supongo que ha reflexionado sobre el futuro de la librería, que espero no deba cerrar.

Lógicamente, la supervivencia del negocio era un tema sensible para la hermana del librero. Con una voz engolada, todavía desprovista de emoción, pero un poco más entusiasta, se apresuró a tranquilizarlo:

—A Pie de Página fue fundada por nuestro padre hace casi cuarenta años. Hemos sobrevivido a la venta online, al audiolibro, al ebook y, últimamente, a la creación del libro a la carta en el punto de venta. No creerá que vamos a cerrar, así como así, ¿verdad? La librería continuará sin Christian, como continuó sin mi padre, ¡soy totalmente capaz de tomar el relevo!

—¿No se necesita ningún título específico para eso?

Sin saber por qué, Adrien intentaba sacarla de sus casillas sugiriendo que no tenía la preparación adecuada. Élisabeth se limitó a encogerse de hombros con desdén y arrebujarse en el chal con un gesto seco.

—Teóricamente, no. Para ejercer este oficio no es obligatorio tener ningún título, cualquiera puede abrir una librería, lo que, por otra parte, explica no pocos batacazos. Hay que ser consciente de que hoy en día, para tener éxito, no basta con que te apasionen los libros, también se requiere ser un buen gestor. En ese sentido, con mi diplomatura técnica en Oficios del libro estoy más capacitada que Christian para llevar la gestión de los stocks y controlar los plazos de reposición o los ejemplares a devolver. Me crea usted o no, nuestro éxito se debe tanto a la calidad de mi trabajo como al trato con los clientes. Los tiempos han cambiado, los libreros que se limitan a leer van directos al desastre.

Como cabe imaginar, Adrien no tenía ninguna idea preconcebida sobre el oficio de librero, pero no pudo menos de manifestar su sorpresa:

—¡En lo que dice hay más gestión que sueños!

—¡Por supuesto! ¿Quién ha hablado de sueños? Está claro que no conoce el sector en absoluto.

«¡Otra impertinencia! Ya puestos, ¿por qué no? ¡Esta sabihonda me saca de quicio, empiezo a comprender por qué siempre he huido de las intelectuales!».

Pero, consciente de que para obtener la información deseada debía mostrarse más humilde, Adrien se apresuró a convenir:

—Algo de razón tiene, sí. Si pudiera ilustrarme...

La joven librera se tomó su tiempo para responder mientras miraba al periodista fijamente, como para adivinar sus intenciones. Por fin, más convencida por su expresión pesarosa que por su actitud bravucona, le pintó un panorama todo lo preciso y sucinto que pudo.

—*Grosso modo*, nuestras compras representan el setenta por ciento de la facturación, de modo que sí, hay que vigilarlas de cerca. El local es nuestro, una suerte, porque generalmente el alquiler ocupa el segundo puesto en los gastos, sobre todo si estás en el centro. Después vienen los gastos de personal, evidentemente. En A Pie de Página hace mucho tiempo que nos las arreglamos con una sola dependienta, y contratamos a estudiantes para las épocas festivas. Nuestros resultados dependen sobre todo de las condiciones que negociamos con los proveedores: el margen sobre el precio de venta, la posibilidad de realizar devoluciones, las condiciones de pago... A menor volumen de devoluciones, mayor margen. Naturalmente, hay que estar atento a los gustos de tu clientela, saber aconsejarla, renovar el stock, disponer en todo momento de los títulos más demandados... Con todo, lo más importante es asegurarse de la rentabilidad de los acuerdos cerrados con las editoriales, ya sean las compras en firme por iniciativa nuestra y sin posibilidad de devolución de los no vendidos o el sistema de depósito, que prevé porcentajes de beneficios y posibilidad de devolución de las novedades impuestas por la editorial...

Adrien conseguía a duras penas entresacar lo esencial de aquel alud de datos. Llevaba mucho tiempo de pie y el cansancio le estaba pasando factura, mientras que un dolor sordo que conocía de sobra

empezaba a agarrotarle el brazo. De pronto, aquella chica parecía una calculadora de bolsillo. Sin su hermano para establecer relaciones cálidas y personales con sus clientes, Adrien se preguntaba cómo iba a sobrevivir la librería.

—Bueno, no sigo, está claro que la lectura no es su pasatiempo favorito. Usted no puede comprenderlo.

—¿Qué le permite afirmar eso?

—¡Su actitud en general! Mire, en todo el rato que lleva aquí no ha echado un solo vistazo a las estanterías, nada le llama la atención. Salta a la vista. Veo entrar a personas como usted a menudo. Casi siempre para pedir indicaciones porque se han perdido en el pueblo, o para comprar un producto que no vendemos, papel pintado, por ejemplo, porque han visto la palabra «papelería». ¡Le juro que ha pasado!

—¡Usted me toma por un alcornoque!

A nadie le gusta pasar por idiota. Adrien, que el día anterior despreciaba la literatura delante de Charles, se sintió ofendido por los comentarios de la librera.

—No, solo por un deportista en el dique seco. ¿Debido a su brazo, quizá?

«Así que lo ha adivinado... ¡Esta chica tiene más psicología de lo que imaginaba, pero es una borde!».

La borde se había puesto en pie, encogida bajo el chal y con una parte de la cara oculta bajo el pelo, pero todo en su comportamiento indicaba que estaba satisfecha de sí misma y de su juicio infalible.

—Mi hermano vivía por y para los libros, descubría a nuevos autores, sabía detectar el verdadero talento, reconocer una joya... Y, sobre todo, no tenía igual a la hora de aconsejar a un lector, hacerle

hablar de sus gustos, de sus expectativas. ¡Habría sido mucho mejor periodista que usted!

Adrien la fulminó con la mirada, pero el dolor le impedía encontrar una respuesta apropiada, que le habría gustado que fuera mordaz y despectiva. Tragándose el orgullo, le hizo, sin mucha convicción, la última pregunta que le vino a la mente:

—¿Su hermano se relacionaba con otros libreros? Me refiero en concreto a los de Aurillac y Brioude.

—¡Vaya, hombre! Al final va a resultar que no es usted tan tonto como parece...

—¿A qué viene eso?

—Como es lógico, el oficial de la policía judicial me habló de esos dos asesinatos. Puedo asegurarle que vi la conexión de inmediato. Él no, por desgracia. La policía se muestra escéptica, sigue culpando al azar, cuando los hechos hablan por sí solos. ¿Sabe que el comisario jefe en persona vino a rogarme que no comentara con nadie esa hipótesis? Supuestamente, para poder investigar con discreción. ¡Sí, ya! A este paso, me pregunto cuántos asesinatos más harán falta para que la policía comprenda su error. ¡Mientras tanto, el asesino puede dormir tranquilo! No le prometí nada formalmente, así que, como usted me ha preguntado por esos casos, considero que puedo hablar de ello, pero tiene que jurarme que hará algo, ¿de acuerdo? Los demás libreros necesitan saberlo, y el público también, ¡es muy grave!

Élisabeth Courtial había agarrado del brazo a Adrien, del bueno, por suerte, y se lo sacudía con fuerza. De pronto, su rostro, transfigurado, parecía lleno de esperanza.

Midiendo mucho sus palabras, el periodista procuró tranquilizarla, convencerla para que se explicara, rezando interiormente para que aquella extraña chica no cambiara de opinión en el último momento.

—Mire, puedo prometerle un artículo en *La Montagne* si se establece una conexión entre esos tres homicidios de forma fehaciente. ¡Pero tiene que contármelo todo!

—Christian, al igual que sus dos colegas de Aurillac y Brioude, formaba parte de una especie de asociación creada hará un año por una librera un tanto iluminada de Saint-Flour.

—Una asociación de libreros no es algo nuevo. Ya hay varias, ¿no?

—Desde luego, pero esta pretendía, según ellos, juntar a «auténticos libreros». Con eso querían decir libreros que leen, que tienen una ética, pasión por el oficio y por una cultura no elitista, espíritu independiente... En fin, todo eso.

—Parece usted reticente...

—Ayudando a los demás no nos salvaremos. Eso solo depende de nosotros, de nuestra voluntad de sobrevivir, del rigor de nuestra gestión. Mi hermano era un idealista incurable.

—¿Los libreros de Aurillac y Brioude también eran miembros? ¿Está segura?

—No son muchos. Unos veinte, si llegan. Así que comprenderá que recuerde sus nombres. Mi hermano era el tesorero, sé de qué hablo. Si después de esto me dice usted que no hay relación...

—Esa asociación..., ¿cómo se llama?

Élisabeth soltó una risita nerviosa.

—¡El Círculo de los Últimos Libreros, nada menos! —dijo con un suspiro—. Premonitorio, ¿no?

3

Emma Pélissier, feliz propietaria de Los Libropensadores, colgó el teléfono, preocupada. Esperaba, más o menos, una llamada de ese estilo, pero no tan rápido, no tan pronto, no así. Se sintió abrumada por la magnitud, por el sinsentido de los problemas que se le venían encima. Sin embargo, una semana antes había soportado sin pestañear el interrogatorio de la policía, cuya discreción, por el momento, no podía menos que aplaudir. Ahora tendría que enfrentarse a un periodista, lo que le parecía mucho más delicado.

«¿No se puede hacer callar a esa gente? ¿Conseguir que al menos comprendan que no hay que precipitar las cosas, que están en juego negocios frágiles, incluso vidas?».

Se estremeció, angustiada por los siniestros sucesos que se acumulaban un mes tras otro y amenazaban con hacer saltar por los aires su preciada organización, sus sueños y su lucha.

Se acercó a la ventana para ver caer la noche sobre el casco antiguo de Saint-Flour. Edificada en un extremo de una meseta basáltica, la villa había conservado de su glorioso pasado su aspecto medieval y pintoresco.

Emma amaba aquel pueblo con carácter, rico en guiños arquitectónicos, detalles insólitos, secretos escondidos. Un verdadero lienzo de la historia para quien se tomaba tiempo para descubrirlo.

Detrás de las casas, altas, severas y con escasos vanos, detrás de las orgullosas puertas cerradas a cal y canto, se ocultaban suntuosos hoteles con elegantes ventanas geminadas, escaraguaitas en voladizo y patios renacentistas rodeados de magníficas balaustradas.

Qué armonía entre el viejo puente de la villa baja, las casas agarradas a la roca y las callejas del casco histórico, que convergían en la plaza de Armas, donde se encontraba la catedral...

En esa misma plaza, entre el Bar de los Pórticos y un salón de peluquería, en la vieja casa familiar, había abierto sus puertas Los Libropensadores. La plaza era una maravilla arquitectónica. Dos edificios imponentes, el antiguo palacio episcopal y la casa consular, transformados en sendos museos, formaban, con sus pilastras, gárgolas y elegantes vanos renacentistas, un sobrio y armonioso marco alrededor de la catedral.

El templo, construido en el siglo XIV para una población tan militar y campesina como religiosa, conservaba todavía hoy el aspecto de una enorme fortaleza, con sus pesadas torres cuadradas, que parecían montar guardia sobre las adustas casas circundantes. Un monumento orgulloso, severo, de una fuerza increíble, que pertenecía tanto a una época como a un paisaje. La utilización de basalto, la piedra local, negra y muy dura, había limitado las posibilidades escultóricas y decorativas. Pero los canteros se habían vengado en cierta forma dejando en su flanco marcas insólitas: escudos, arpones, anzuelos, cruces, círculos o letras góticas.

En circunstancias normales, Emma se identificaba orgullosamente con aquella villa, que siempre había sabido rechazar al invasor. Un lugar así había que merecerlo. Exigía convicciones, perseverancia, resistencia, combatividad. En resumen, todo lo que se necesitaba en

aquellos tiempos difíciles para hacer funcionar una librería independiente desoyendo los cantos de sirena de la cómoda venta online.

Bajita y un poco regordeta, la joven librera no respondía mucho a los actuales cánones de belleza. Pero no carecía de atractivos, con sus ojos azules bajo unas pestañas oscuras, su tez sonrosada y los deliciosos hoyuelos que adornaban sus mejillas de un modo irresistible cuando reía. Unos cabellos de un rubio intenso, rizados en las sienes, le bajaban por la nuca de forma insolente. Su rostro risueño, cálido y amistoso expresaba, por otra parte, una innegable fuerza de carácter. A sus treinta años, sabía lo que quería.

Ya de niña, devoraba los libros: le ofrecían más horizontes de lo que habrían podido hacer muchos viajes. Tras sus años de estudiante en la capital, había vuelto con la firme convicción de que su vida estaba allí, en aquellas tierras de montaña, austeras, salvajes, auténticas y grandiosas a la vez. Siempre que podía, recorría a pie aquella región volcánica, se imbuía del espíritu de aquellos paisajes pegados al cielo, se perdía en las evanescentes brumas, que la arrastraban a un sinfín de ensoñaciones, y admiraba aquellas vacas majestuosas, poderosas e intemporales, cuyo color combinaba tan bien con la hierba pardusca de las laderas del volcán.

Estar siempre con la nariz metida en un libro y la mente en otra parte habría podido crearle algunas complicaciones. A veces, la vida real podía parecer muy insulsa comparada con las electrizantes sensaciones que proporciona la lectura. Pero no había que olvidar la tenacidad de la joven librera, que desplegaba una energía prodigiosa para triunfar en su oficio, sobrevivir en su pueblo, propagar la cultura y darse a conocer.

Siempre dispuesta a abrir un nuevo capítulo, a emprender una nueva lucha, a encontrar un nuevo amor, a defender una nueva causa. Una cuestión de voluntad para una mujer que rechazaba una vida sin desafíos, aburrida y deprimente. Emma no tenía término medio, podía estar feliz, triste, alegre, melancólica o agobiada, pero nunca quejosa o amargada.

Pese a las dificultades que debía afrontar en su trabajo, sabía que no habría podido elegir otro. Toda su vida giraba y giraría siempre alrededor de los libros.

Los días más luminosos, se veía incluso como una traficante de palabras, alguien que defendía libremente sus gustos literarios mientras establecía una relación privilegiada con los lectores compartiendo con ellos todos sus descubrimientos. Al fin y al cabo, un buen librero debía conocer tanto sus libros como a sus clientes, sus gustos, sus expectativas. Ella se sentía de esa clase, sobre todo al inicio de la temporada literaria, cuando los títulos eran tan numerosos y variados como las demandas de su público.

«¿Qué me aconseja usted entre todas estas novedades? ¿No tendría una novela fácil, para una amiga que está en el hospital? ¿Y para mi cuñado, que va a cumplir cuarenta años y es aficionado a la novela policiaca? Me gustó mucho tal novela, ¿tiene alguna otra de ese estilo? ¿Quién cree que ganará el Goncourt?».

Entonces, exultaba literalmente compartiendo sus lecturas, recomendando en especial libros poco conocidos, porque tenían más necesidad de un buen abogado. Esa gratificante posibilidad de guiar a los lectores hacia lo desconocido era lo más bonito de su oficio. Por supuesto, los autores fetiche, ultrapublicitados, también tenían seguidores entre sus clientes, de modo que Emma debía ser capaz

de hablar largo y tendido de Amélie Nothomb o analizar el último tocho de Ken Follett. Podía hacerlo, pero no ponía la misma pasión.

Aunque también había que hacer frente a días más sombríos, en los que se consideraba más bien una mísera moza de almacén armada de un cúter que se pasaba el tiempo manipulando cajas. Recibir libros, colocarlos, reorganizar las secciones o efectuar las devoluciones también formaba parte de su trabajo cotidiano.

Para Emma, la librería debía ser un lugar singular en el que los clientes se entretuvieran más que en el resto de los comercios. En consecuencia, en Los Libropensadores se podían realizar diversas actividades, en las que se podía emplear más o menos tiempo: pasearse entre las mesas, hojear libros, leer, charlar, ver las exposiciones temporales o incluso descansar en las butacas colocadas aquí y allí, que invitaban al cliente a quedarse.

Gestionar el espacio suponía un auténtico quebradero de cabeza. Emma reorganizaba el escaparate sin cesar, con el propósito constante de animar a la gente a entrar. Había que seguir la actualidad, sin llegar a correr detrás de ella y poniendo en un lugar destacado los libros que le gustaban, aunque no siempre fueran los que más se vendían. Sin embargo, exponer solo sus libros preferidos habría sido imposible. Para atraer a la parroquia, convenía tener referencias tranquilizadoras y bien publicitadas, como esas guías destinadas a los turistas que visitaban la catedral y el casco antiguo.

Dentro de la librería, utilizaba las tradicionales mesas, pero, para estimular a los lectores, repartía por ellas información sucinta sobre los libros: fichas, folletos, artículos de prensa, recomendaciones... Emma dedicaba a esa tarea una cantidad increíble de tiempo. En ese empeño cotidiano había adquirido mucha habilidad para destacar

autores, buscar temáticas, jugar con el movimiento y los colores. No había tardado en comprender que la yuxtaposición de libros blancos o de un mismo color anulaba el efecto buscado. Pese a su talento en ese terreno, no estaba dispuesta a reducir la venta de libros a una simple cuestión de presentación.

Poner determinado libro en la mesa o quitarlo era su principal dilema, ¡el peor! Era absurdo colocar una obra poco o nada publicitada en un estante inferior, donde no se vendería. La mesa de literatura, la más grande, le permitía exhibir unos cuatrocientos títulos, es decir, el quince por ciento del inicio de temporada y el veinte por ciento de las novedades de narrativa en stock. Sabía que entre poner una novedad en una estantería o montar una pila sobre la mesa, el potencial de venta se multiplicaba al menos por diez, y la elección no resultaba fácil. Así pues, la gran cuestión que la torturaba a diario era qué debía «apilar».

La elección de los libros de caja presentaba una problemática distinta. Como el principio admitido por todos era que no había mejor sitio que la caja para vender lo que fuera y favorecer la compra adicional, el famoso «capricho» del último minuto, Emma reservaba ese lugar a las obras más originales tanto en su presentación como en su contenido.

La librería llevaba ocho años abierta, ocho años en los que había trabajado duro sin apenas darse cuenta. Estaba tan orgullosa de Los Libropensadores que tenía la sensación de que participaba un poco en la proyección de Saint-Flour.

Una librería es un establecimiento peculiar, un lugar de vida, de encuentro, de intercambio, una plataforma para acontecimientos culturales, un lugar de exposición, de ideas, de anuncios. ¡Qué triste,

una población sin librerías! Una población sin alma, una población sin corazón. Emma se alarmó cuando vio que varios colegas del Cantal, incluso en una localidad importante como Aurillac, cerraban uno tras otro debido a la competencia de las grandes superficies, la explosión de la venta online, la carestía de los alquileres, la desafección de los clientes o dificultades tan triviales como la falta de aparcamiento. La indiferencia de los políticos en relación con ellos la sublevaba. Algunos electos ni siquiera se daban cuenta de que estaban perdiendo un tesoro inestimable, de que se estaba robando una parte de cultura y libertad a sus representados.

Eso era lo que la había decidido a crear el Círculo de los Últimos Libreros. El nombre le vino a la mente de forma espontánea. «Últimos Libreros», porque eran los supervivientes de una profesión amenazada por las nuevas tecnologías y la indiferencia del consumidor; y «Círculo», en alusión al círculo familiar, unido y fuerte, porque necesitaban urgentemente cogerse de la mano para ganar aquella batalla. Esa palabra le hacía pensar también en una tierra árida embellecida por un redondel de hierba verde y densa, un círculo de frescura, como la huella de una ronda de hadas o hechiceras. Un poco de magia no podía hacerles daño.

Había que actuar, detener la hecatombe, luchar, ayudarse, trabajar codo con codo, organizar manifestaciones, sensibilizar al público, obligar a los políticos a tomar partido. Eran ideas que la movían, que bullían en su mente, que había tenido que explicar cien veces para convencer a los demás y montar un proyecto, poner en marcha una organización incipiente.

Dos de sus amigos más queridos, Pascal, de Saint-Chély-d'Apcher, departamento de Lozère, y Sylvie, de Espalion, en el Aveyron, se

unieron a su lucha de inmediato. ¿Cuántas cartas y correos electrónicos habrían escrito, cuántas llamadas habrían hecho entre los tres para captar a colegas por toda Francia, recordándoles la fragilidad de su situación y la necesidad de apoyarse mutuamente para avanzar?

Por fin, a principios de verano consiguieron reunir en Aubrac a todos los miembros del Círculo de los Últimos Libreros para una gran fiesta de confraternización distendida y alegre alrededor de una barbacoa literaria. Acompañados por familiares, amigos y simpatizantes, pero también por profesionales del mundo del libro de la región, bibliotecarios, escritores y grandes lectores, pasaron revista a las principales novedades de la nueva temporada e intercambiaron puntos de vista. Al atardecer, se improvisaron lecturas en torno a un gran fuego de campamento.

Ese día, quizá por primera vez, el Círculo había mostrado plenamente su utilidad; era la oportunidad soñada de poner en común sus conversaciones privadas para promover una serie de cambios a los que todos aspiraban, desde los problemas de distribución hasta el desafío de la digitalización. Se plantearon una serie de cuestiones y se radiografió con bastante claridad la situación económica y cultural de la profesión para obtener perspectivas reales de reflexión y acción. Todo el mundo se marchó más o menos reconfortado, bastante satisfecho en el fondo, porque de pronto había tenido la sensación de que era posible hacer cosas sencillas para que el gremio siguiera viviendo en condiciones aceptables.

Así pues, la moral de las tropas estaba alta, y no quedó seriamente dañada por la muerte, a finales de agosto, del colega de Aurillac, estrangulado en su librería, al parecer por un marginal,

durante el Festival de Teatro de Calle, que tenía un éxito creciente y atraía a multitudes.

No ocurrió lo mismo tras el asesinato de Brioude, que sacudió terriblemente a Emma. No en vano estaba muy unida a Bernadette Borne, una mujer dulce y cultivada que se interesaba por los nuevos autores, luchaba como una leona para darlos a conocer, tomaba en depósito los libros de las pequeñas editoriales y jugaba limpio con ellas colocándolos en un buen sitio del escaparate. Por desgracia, estaba casada con un individuo violento, bebedor y jugador empedernido. No es de extrañar que la policía, como todo el mundo, viera en él al culpable ideal. Bernadette no se quejaba nunca; no habría denunciado a su marido por nada del mundo. Pero no siempre podía ocultar los moretones y las lágrimas. Emma se había sentido tremendamente culpable. De una u otra forma, sabía lo que pasaba, y habría podido evitar la tragedia denunciando la violencia de aquel hombre. Pero, con enorme suficiencia, se había limitado a aconsejar a su amiga que se divorciara. De hecho, Bernadette había iniciado los trámites. Al final, cuando Borne, que tenía una coartada sólida, fue exculpado, Emma, sintiendo de pronto un poco menos de remordimiento, lloró aliviada.

En su momento, que dos libreros —y miembros del Círculo, por añadidura— fueran asesinados con un mes de diferencia le pareció una monstruosidad, una injusticia, una coincidencia que la ponía de forma brutal ante el problema de la inseguridad ciudadana. Nada más. Como una tonta, ni siquiera reparó en la similitud de las fechas ni pensó que podía existir una relación seria entre aquellos horribles sucesos.

Preocupada, consternada, triste, sí, pero ni mucho menos desanimada. La vida simplemente seguía su curso, el inicio de la temporada la mantenía ocupada a tiempo completo y los miembros del Círculo se mostraban activos, compartían sus descubrimientos y daban a conocer las reacciones de sus lectores y sus mejores ventas. Peticiones de información y muestras de apoyo procedentes de diversos colegas de todos los rincones del país indicaban que la iniciativa de Emma iba tomando forma, que los libreros independientes estaban dispuestos a responder al desafío y dar la batalla.

Para que abriera totalmente los ojos, fue necesario el accidente de Chamalières. En el instante mismo en que Pascal le comunicó la terrible noticia, comprendió que todas aquellas muertes tenían que estar relacionadas por fuerza, que no había más que un asesino, que, por algún motivo que no concebía, su Círculo de los Últimos Libreros era la clave, el detonante, el denominador común.

Así pues, el 20 de cada mes había que temer la trágica desaparición de un librero. ¡Era absurdo, completamente demencial, inadmisible, espantoso! ¿Por qué el 20? El Círculo se había creado el 20 de diciembre del año anterior: no había que darle más vueltas. Por otra parte, el número de miembros también ascendía a veinte, al menos antes de aquella locura. ¿Había que concluir que los iban a asesinar a todos, uno tras otro, disparándoles como a conejos de monte el día que se levanta la veda?

Desde hacía una semana era presa de una angustia sorda. Una oscura inquietud, debida a la zozobra y a la espera, le hacía presentir otros problemas, otras congojas, otros sufrimientos. De

hecho, el miedo a lo incomprensible parecía más fuerte que cualquier otra cosa.

En sus peores momentos de soledad, se entregaba a todo tipo de suposiciones, a cuál más ridícula, que avivaban su rabia y le hacían rechinar los dientes.

Y lo que más la exasperaba era que no podía hacer nada. Pero, como cruzarse de brazos no iba con su carácter, la impotencia le encendía la sangre.

De todas formas, ¡qué pena! Su asociación, puesta en marcha con tanta paciencia, parecía a punto de desmoronarse porque tres de sus miembros habían sido víctimas de asesinatos tan horribles como inexplicables. Ya había recibido dos dimisiones. Si la prensa se lanzaba sobre aquel asunto, Emma no daba un céntimo por el futuro del Círculo.

En el banquillo ya no había más que quince pobres libreros. ¡A ese ritmo, el asesino no tardaría en quedarse en paro! Le daban ganas de reír, pero la imagen de Bernadette la perseguía, y también el sufrimiento de la familia de Courtial, que había dejado a una viuda con un niño de doce años. Había ido a su entierro, al menos le debía eso. Un hombre inteligente, encantador, un poco tímido, que se había implicado desde el principio y ofrecido a hacer de tesorero de inmediato. En julio, parecía tan contento de salir de su soledad, de compartir sus preocupaciones, de encontrarse con otros compañeros para hablar de ellas...

Ahora que ya no estaba, Emma se sentía casi responsable. Ese sentimiento la asaltó el día del entierro, cuando Élisabeth, la hermana del librero, le lanzó una mirada turbia, llena de reproches.

Emma se sintió rechazada, fuera de lugar. Justo lo contrario de lo que siempre había querido crear.

«Tanto trabajo saboteado de golpe, sin que en realidad se sepa por qué. ¡Es para volverse loca!».

La duda resurgía con fuerza. A veces, Emma aún quería creer en la casualidad, aunque a esas alturas la lógica parecía descartarla por completo. Después de todo, la policía aún se mostraba indecisa, y no había habido ningún tipo de reivindicación.

Pero ahí estaba el implacable orden alfabético, que seguía escrupulosamente los nombres de las localidades de su lista de asociados: la a de Aurillac, la be de Brioude, la ce de Chamalières.

De todas formas, ¡qué espada de Damocles! No podía reprocharle a Marlène Pagès, librera en Decazeville, la única de que había en la lista, afortunadamente, que hubiera solicitado, casi exigido, la baja solo un día después del asesinato de Chamalières. A buen seguro, todos se lo planteaban. Y ella no podía reprochárselo. El más mínimo incidente amenazaba con hacer saltar la chispa y sembrar el pánico entre los restantes miembros del Círculo.

Emma miró con irritación el trozo de papel en el que había apuntado a toda prisa los datos del periodista. Llegaría mañana. Parecía bastante seguro de sí mismo, un tipo un poco engreído. No le desagradaba esa clase de fisgones que se creían superiores solo porque tenían algo de poder en su periodicucho; conocía a otros, y siempre la divertía ponerlos en su sitio. Pero en este caso los dados estaban cargados, no podía estar a malas con él; al contrario, tenía que ganárselo y, sobre todo, distraerlo para que no publicara a los cuatro vientos sus estúpidas elucubraciones. Si de algo estaba

segura era de que, el día que aquel asunto estallara en la prensa, podía despedirse de su tranquilidad, y quizá también de su librería.

«¡Solo faltaba él! ¿Qué sabe exactamente? ¿Qué le cuento? Tengo que orientarlo hacia otra pista a toda costa. —Con un suspiro, volvió a dejar el papel en la mesa. Pese a la gravedad de la situación, no pudo evitar reírse—. ¡No me lo puedo creer! ¡Un tipo que se apellida Darcy! ¡Bueno, a lo mejor eso me facilita la tarea!».

4

Adrien tomó el carril de salida de la autopista con verdadero alivio. Ese domingo de Todos los Santos, encapotado y brumoso, conducir por la A75 le había resultado mucho más difícil de lo que esperaba.

¿Qué hacía tanto coche circulando por una calzada que la niebla había vuelto resbaladiza y peligrosa? ¡No era posible que toda aquella gente fuese a llevar flores a sus difuntos! Debía de tratarse de algo más prosaico, como una simple salida de vacaciones. La cuestión era que la densidad del tráfico lo había obligado a concentrarse a fondo. Y ahora el brazo, demasiado crispado sobre el volante, se resentía. Y eso que el día anterior había vuelto a tomar calmantes, pero el dolor seguía ahí, lacerante, traicionero.

Encaramado en la roca, con las torres de la catedral asomando misteriosamente entre la bruma, Saint-Flour parecía desafiar al joven conductor. Adrien ya había estado en esa localidad, fin de etapa del Tour en diversas ocasiones, pero no conservaba en su memoria más que aquella impresionante subida de los órganos basálticos hacia el casco antiguo, una ascensión formidable, ganada por Richard Virenque un 14 de Julio. El propio Adrien se había divertido trepando por esa misma pendiente como prólogo a su reportaje.

Ahora, sentado al volante, no tenía ninguna de esas sensaciones, solo reminiscencias amargas, un regusto nostálgico que no era lo

más adecuado para mejorar su humor.

Ni siquiera había reservado habitación. El hotel que conocía, por haberse alojado en él con un grupo de ciclistas en otros tiempos, no prestaba servicio durante el invierno, pero el día anterior no tuvo ánimos para buscar otro en internet, dando por sentado que encontraría alguno. Cuando vio la mayoría de las tiendas cerradas a cal y canto y las calles casi desiertas, se arrepintió de su falta de previsión. Todo le parecía adusto, frío, hostil. Una villa de provincias que dormitaba en los laureles de un pasado supuestamente prestigioso.

«¿Cómo se puede vivir en semejante poblacho?».

Encontró sin dificultad la plaza de Armas —los paneles indicadores eran útiles, al menos—, y acabó estacionando frente a la catedral después de dar varias vueltas alrededor del aparcamiento, en vano. ¡No era su día, estaba claro!

Gris, allí todo era gris. El suelo de basalto, las casas de piedra, los techos de lajas, el cielo plomizo... Dudó entre buscar refugio en el Bar de los Pórticos o acudir de inmediato a su cita. Le habría gustado descansar un rato, pero un vistazo al móvil lo disuadió: era casi mediodía, así que ya iba con retraso.

«¿Cómo he podido tardar tanto en recorrer ciento cincuenta kilómetros?».

¡Dios, qué duro era regresar al rango de simple mortal, sentirse tan endeble como un viejo, después de haber sido un verdadero atleta! Estaba claro que nunca volvería a atacar aquella famosa subida de los órganos basálticos, pero ¿podría siquiera subirse de nuevo a una bicicleta que no fuera un aparato de interior para inválidos?

No tenía la menor idea, y esa duda lo reconcomía. Pensaba en ello a todas horas. En aquel pueblo hostil, en aquella plaza desierta, tuvo un momento de auténtico bajón.

«¿Qué demonios hago persiguiendo quimeras, jugando a detectives en un asunto que no tiene ni pies ni cabeza?».

¿Había hecho bien metiéndose en aquello, aceptando aquel trabajo? Una solución provisional, sí, tal vez, pero desde luego no una tarea fácil. ¡Sobre todo para su amor propio! No le hacía ninguna gracia que lo vieran como a un perdedor, aún se acordaba de su catastrófico encuentro con Élisabeth Courtial. Si quería recuperar una pizca de autoestima, esta vez tendría que esmerarse.

«¡Los Libropensadores, nada menos! ¡Qué pedantería, por Dios! Porque, claro, no podía llamarla "La Librería de la Catedral", habría sido poco original...».

En el fondo, aquellos libreros eran una panda de intelectuales esnobs que se llenaban la boca con grandes palabras y vivían de espaldas a su época. Una especie de sabelotodos en vías de extinción, que ni siquiera se daban cuenta de la evolución de la sociedad.

Si había que creer a la hermana de Courtial, Adrien estaba a punto de conocer a una estupenda representante del colectivo. Una especie de iluminada, según la librera de Chamalières, que parecía ser una especialista en la materia. Se la había descrito como una soñadora incorregible, utópica e idealista que arrastraba a los demás a perseguir quimeras, con una mentalidad de fanática.

«¡Esto promete!».

¿Cómo la abordaba? Aquella mujer disponía de toda la información relativa al famoso Círculo, no le convenía ser brusco con ella.

Ese día festivo, la librería estaba cerrada. No obstante, la propietaria le había asegurado que estaría allí. De hecho, vivía justo encima. Un rótulo a la antigua usanza, de hierro forjado, representando una pila de libros sobre la que dormía un gato, se agitaba con furia impulsado por el viento. Al otro lado del escaparate, las lámparas repartidas por el interior proyectaban sobre el suelo círculos amarillos bastante acogedores, había que reconocerlo.

Antes de salir del coche, Adrien se subió el cuello de la parka. La lluvia helada extendía un denso velo por toda la plaza. Lo atravesó rápidamente a un paso que, no obstante, habría deseado que fuese más firme. Sin detenerse a ver los libros expuestos en el escaparate, hizo tamborilear los dedos en la puerta y, luego, accionó el pomo, que no ofreció resistencia. Una alegre campanilla de sonido cristalino acompañó su entrada, y repitió su tintineo en un tono casi burlón.

Sorprendido, Adrien se detuvo en el umbral con cara de desconcierto.

—¡Entre, y la música parará! —exclamó Emma entre risas saliendo de la trastienda.

Enfundado en la chorreante parka, con el brazo entumecido sobre la carpeta, que intentaba proteger de la lluvia más mal que bien, Adrien comprendió lo ridículo de su situación. Respondiendo a la exhortación de la librera, avanzó con pasos torpes, como un autómata, para intentar que cesara aquel sonido socarrón. La furia contenida hacía brillar sus ojos negros. No se había sentido tan avergonzado en toda su vida.

Emma lo recibió con una curiosa sonrisa, un poco crispada, en realidad, apretando los labios todo lo que podía para contener el

ataque de risa, del todo inoportuno, que estaba a punto de tener.

Y es que, con el ceño fruncido y, sobre todo, con aquella expresión taciturna y orgullosa, completamente fuera de lugar, su visitante se parecía tanto al Darcy de la novela de Jane Austen... ¡Eso sí, no era ni la mitad de seductor!

Sin embargo, Emma no podía evitar la comparación. Para millones de lectoras, Darcy no era un simple héroe de papel, representaba el arquetipo del hombre con indiscutibles cualidades físicas y morales.

¡Qué difícil debía de ser llevar semejante apellido! Y más teniendo en cuenta que en la novela al personaje nunca se le llamaba por su bonito nombre de pila, Fitzwilliam, sino señor Darcy, o Darcy a secas. Emma estaba segura de que jamás podría pronunciar ese apellido sin mencionar el libro de inmediato. Hay que decir que la joven librera siempre había tenido debilidad por ese tipo de héroe romántico, debilidad que, por otra parte, compartía con muchas de sus clientas. Para disipar el posible malestar que amenazaba con instalarse entre ellos y del que ella era la única responsable, con las tontas comparaciones que se le pasaban por la cabeza, se aventuró a decir en son de broma:

—¿Sabe? ¡Tengo muchas clientas a las que les encantaría conocerlo! Por su apellido, quiero decir...

Adrien cerró los ojos. La situación empezaba a resultarle esperpéntica. A decir verdad, lo superaba por completo. La hermana de Courtial tenía razón: aquella chica estaba mal de la cabeza. Sus comentarios, inconexos, incoherentes e intempestivos, lo desconcertaban totalmente y le hacían sentir un vago temor.

«¿Qué sandeces son esas, de qué habla esta mujer?».

Ahora Adrien la miraba con una expresión casi apenada, que parecía sugerir que dudaba de su salud mental.

Su actitud descortés rompió el hechizo con la misma rapidez con que había surgido. Al instante, Emma recuperó la seriedad, e incluso sintió que una sana cólera se apoderaba de ella.

«Pero ¿quién se cree que es este idiota?».

El periodista seguía examinándola dubitativo, con la expresión perpleja de quien no sabe qué actitud adoptar. Emma comprendió con estupor que, después de todo, tal vez su visitante no hubiera leído u oído hablar de la novela. Lo que, a decir verdad, le parecía rigurosamente imposible. Mirándolo a los ojos con intensidad, trató de esbozar una explicación:

—Me refería a Darcy, bueno, quiero decir al verdadero Darcy, el de *Orgullo y prejuicio*, la novela de Jane Austen.

—Disculpe, pero no sé de qué me habla, ¡el verdadero Darcy soy yo!

«¡Increíble, he dado con un inculto que nunca ha leído a Jane Austen!».

—Pero, con su apellido, esa novela tiene que sonarle...

—¡No sé a dónde quiere ir a parar, la verdad! Nunca he oído hablar de ese libro, ¿entendido? Además, le recuerdo que no he venido aquí a hablar de literatura, me gustaría que nos centráramos en el tema.

—Por supuesto, tiene usted razón. De todas formas, me cuesta creer que nadie le haya hablado de ese libro, ni siquiera sus profesores...

—¡Ya le he dicho que no!

—Para mí, es sencillamente inconcebible. Sí, vale, lo he entendido, ya no lo aburro más con eso. Pero quiero que sepa que debería estar contento, Darcy ha hecho soñar a miles de lectoras, es un personaje entrañable.

—¡Déjese ya de novelas! ¿No le parece que ha llegado el momento de abordar los problemas, mucho más interesantes, de la vida real? Empezando por lo que pasa con su Círculo de los Viejos Libreros, por ejemplo.

—¡Últimos!

—«Últimos», de acuerdo. ¿Y bien?

—Antes tendrá que explicarme cuáles son sus intenciones. Le advierto que, si cuenta lo que sea en su gacetilla con el único fin de vender sordideces, no llegaré a ningún acuerdo con usted. Puede hacernos mucho daño, a nosotros los libreros, me refiero, y a los miembros del Círculo en particular. ¡Espero que sea consciente de ello!

—Por ahora solo estoy investigando, no he contado nada, como podrá constatar. Si me ayuda, podremos llegar a un trato. Hasta que no estemos seguros de nada, no publicaré ningún artículo. Advierta que corro el riesgo de que se me adelanten otros colegas menos escrupulosos. Así que quiero exclusividad: lo que me cuente a mí no se lo contará a nadie más. ¡Sobre eso es necesario que estemos totalmente de acuerdo!

—¿Qué tengo yo como garantía?

—Mi palabra, y también la reputación de nuestro periódico. Nuestra «gacetilla», como lo llama usted. Reconozca al menos que hasta ahora se ha comportado de forma impecable. Por supuesto, cada edición regional ha hablado de esos asesinatos en la sección de

sucesos. Pero no se ha dedicado ningún análisis especial al asunto. Su Círculo no ha aparecido en ningún sitio, es lo que usted quería, ¿no? No obstante, puedo asegurarle que hace tiempo que mi jefe ató cabos. En estos momentos podríamos estar lanzando hipótesis, y el público nos seguiría, incluso me atrevo a afirmar que le encantaría. Nada nos lo impide. Pero está usted de suerte, tenemos ética. Mi jefe prefiere una investigación, una investigación seria, que culmine con una primicia con el desenlace del asunto. No le oculto que, si no encontramos nada, si esto se alarga demasiado, si la policía da información o si otros más listos atisban la verdad, puede que el periódico se vea obligado a revisar su posición. No puedo prometerle más, ¿entendido?

—Lo que entiendo es que no tengo mucha elección. Debo confiar en usted. Si no publica nada por ahora, estoy de acuerdo. Me sumo a la investigación. Cuando hayamos encontrado algo, si es que lo encontramos, ya hablaremos.

—¡Sí, solo que la investigación la hago yo, no usted!

—De eso nada, no he dicho «hablaremos» por decir. ¡Soy la primera interesada, así que o lo hacemos juntos o no le daré ninguna información!

Por toda respuesta, Adrien esbozó una leve y misteriosa sonrisa, mientras en su fuero interno decidía que haría lo que conviniera.

Por su parte, aunque ese sospechoso silencio no la satisfacía en absoluto, Emma optó por ignorarlo.

«Ya veremos... Voy a vigilarte de cerca, amiguito, no podrás tomarme la delantera, así como así».

—Y ahora le propongo que vayamos a comer. Démonos prisa, pasadas las dos ya no se sirve.

—¡Evidentemente! —exclamó Adrien con suficiencia.

Pero la propuesta no le desagradaba. El hambre le estrujaba el estómago, y la necesidad de descansar también lo acuciaba.

—¿Por qué «evidentemente»? Me parece que debería cruzar el Periférico más a menudo, a lo mejor dejaba de ser tan condescendiente.

—Para empezar, soy de Clermont, no de París. Y, en segundo lugar, no tengo ideas preconcebidas, como parece usted creer. Vamos, reconozca que su pueblo no es nada acogedor. Todas las tiendas están cerradas, no hay nadie en las calles...

—Le recuerdo que hoy es festivo. ¡Y, además, llueve!

—¡Ya me había dado cuenta!

Emma soltó un cloqueo divertido que acentuó sus hoyuelos y le dio el aspecto de un duende malicioso. Se puso a toda prisa unos botines rojos y un impermeable del mismo color y exclamó:

—¡No se queje, es el tiempo ideal para comer *aligot*![1] ¡Después estará de mejor humor! ¡Vamos!

La campanilla volvió a hacer sonar su aire campestre.

—¿Cómo puede soportar esta cencerrada durante todo el día?

Con los ojos chispeantes de regocijo, Emma le explicó que esa campanilla era parte integrante de la librería, que le permitía bajar de casa o salir de la trastienda rápidamente, y que gracias a ella no hacía esperar a ningún cliente.

—En mi opinión, este ruido más bien podría hacerle perder alguno...

—Al contrario, a la gente le gusta, es alegre. Parece la música de un villancico, ¿no cree? De hecho, usted es el primero que me hace un comentario negativo.

—¡Porque sus clientes son educados!

Estaban uno frente al otro bajo la cruda luz de las lámparas del bar. Adrien se fijó por primera vez en lo simpática, risueña y franca que era la cara de su acompañante. Una cara que te hacía sentir cómodo, que te hacía sentir bien, una cara poco habitual. A su pesar, soltó un suspiro de bienestar.

—¡De acuerdo! ¡Soy ridículo, la importuno!

—¡Al contrario, me distrae! Al menos, parece sincero. Hace un rato estaba de tan mal humor que casi me ha asustado. No quería incomodarle, ese asunto del apellido es realmente increíble. Además, cuando se pone furioso, se parece un poco al personaje.

Al instante, Emma se reconvino severamente. ¡Qué torpeza, volver a hablar de Darcy ahora que su visitante empezaba a relajarse!

Pero él no parecía enfadado. De hecho, una expresión irónica, nueva, casi infantil, iluminó repentinamente su rostro. Alzando la copa para brindar por el éxito de su plan, en un tono bastante misterioso, preguntó:

—¿Conoce a Henri Pélissier?

Intrigada por la pregunta, Emma reflexionó.

—¿Pélissier, como yo? No, creo que no, en mi familia no hay ningún Henri.

—Un ciclista francés, ganador del Tour en 1923.

—No había oído hablar de él.

—¡Pues fue muy popular! Y uno de los primeros que denunció el dopaje. También acuñó la expresión «los forzados de la carretera».

¿De verdad no le suena? ¡Es increíble, todos los amantes del deporte lo conocen!

—A decir verdad, el deporte no me interesa demasiado.

—La creo, y reconozca que, sin embargo, no me ofendo. No identifico a Darcy con ningún libro. Pélissier no le recuerda a ningún deportista. Estamos en paz, ¿no?

A Emma la comparación le pareció completamente inapropiada, incluso un verdadero sacrilegio para su héroe favorito. Pero lo dejó correr; ahora solo deseaba terminar con aquellos malentendidos, así que se apresuró a asentir y hacer sonar de nuevo su aflautada risita.

—De acuerdo, Darcy: empate a uno.

Ya se debiera a aquella risa, al vino, al *aligot*, al calor que hacía en el bar o a los antiinflamatorios que había tomado antes de la comida, de pronto, Adrien se sintió más relajado y, puesto que la librera lo llamaba por su apellido, decidió hacer lo propio con ella. Sí, sonaba un poco decimonónico, o como si estuvieran en los scouts, pero en cierta forma los acercaba.

—Bueno, Pélissier, ahora debería explicarme en qué consiste su Círculo...

Emma, que había previsto esa pregunta el día anterior, se sacó un lápiz de memoria de un bolsillo y se lo puso en la mano con firmeza.

—Está todo ahí: los estatutos, los nombres de los miembros, los simpatizantes, las direcciones, las fechas de las reuniones, las acciones emprendidas e incluso el plan de trabajo del próximo trimestre. Míreselo todo con tranquilidad, y mañana me pregunta lo que considere oportuno.

—¿Mañana?

—Supongo que no volverá a Clermont esta noche...

—Pues no, mi intención es quedarme varios días. Tengo la sensación de que Saint-Flour es el punto central de los acontecimientos. En cualquier caso, aquí estoy igual de bien que en Brioude, Aurillac o Chamalières. Puedo posponer mis preguntas hasta mañana, pero espero que no me deje plantado.

—No tema, mañana tengo tiempo de sobra. La librería cierra los lunes.

—Por cierto, ¿puede recomendarme algún hotel? No he reservado.

—¡Mejor que eso! Un amigo alquila habitaciones cerca de aquí. Un entorno maravilloso, tranquilidad asegurada, allí estará bien.

Adrien no parecía muy entusiasmado. Se cogió el brazo derecho con la mano izquierda, un gesto que se había vuelto habitual en él, como para convencerse de que aquello no era la mejor solución. Emma, observadora sagaz, no tardó en percatarse de la actitud demasiado rígida del periodista, de sus leves muecas, rápidamente ocultadas, de su torpe forma de estar y, sobre todo, de aquella manera compulsiva de tocarse el brazo derecho, como para cerciorarse de que seguía ahí. Una herida seguramente, quizá un hándicap, un sufrimiento sin ninguna duda. Su voz se tornó casi cariñosa.

—Pruébelo, tiene todas las comodidades: hidromasaje, ducha italiana, wifi... Si no le convence, siempre puede marcharse. ¿Y sabe qué? Haría una muy buena acción. Es temporada baja, ¿comprende?, así que, aunque no le saldrá más caro que un hotel, a mi amigo le vendría muy bien.

5

Adrien buscó el interruptor a tientas. Las seis. Aún era de noche. Lo había despertado un ruido, no sabía cuál. En el denso silencio que reinaba en la habitación, un silencio casi opresivo, inhabitual para sus oídos de urbanita, el menor crujido sonaba como una cabalgada. Bajo las vigas centenarias, el acogedor cuarto estaba decorado con gusto. Al menos, la librera no había mentido sobre el confort. La tarde anterior, Adrien había aprovechado plenamente el hidromasaje para distender sus músculos agarrotados. Pero había algo que lo incomodaba, algo que nunca había sentido en las asépticas habitaciones de las cadenas hoteleras. Una decoración demasiado personal, quizá, casi invasiva.

Emma Pélissier le había recomendado a «un amigo». En realidad, lo había llevado al huerto. El amigo de marras era a todas luces uno de sus mejores clientes, si no su novio, a juzgar por los guiños de complicidad que se lanzaban. En la vieja granja reformada, todas las paredes estaban cubiertas de libros. Novelas policiacas, principalmente, y guías turísticas sobre las maravillas de la zona, por supuesto innumerables, intercaladas entre pilas de oscuros ensayos históricos.

«¡Hasta que acepté este trabajo, no había visto tantos libros juntos en mi vida! En una librería, vale, pero ¿en tu propia casa?

¿Cómo puede alguien tener tantos libros? Y, sobre todo, ¿cómo puede imponérselos a sus clientes de paso? Es arrogancia, fatuidad pura. Es imposible que se haya leído todo esto, solo es para darse aires. Pero aires ¿de qué?».

De entrada, su anfitrión, Patrick Crueze, le había parecido mucho menos simpático que el favorecedor retrato que la librera le había pintado de él.

Un cuarentón musculoso, con el pelo corto, un bronceado insolente y una mirada un poco dura, por no decir orgullosa. Sus ojos azules se habían detenido un poco más de la cuenta en el brazo inválido del periodista. Adrien había entrevisto el esbozo de una leve sonrisa en sus carnosos labios, una sutil mezcla de lástima, desdén y sentimiento de superioridad. Hipersensible como estaba, la había recibido como un insulto. Alegando cansancio, se había refugiado enseguida en su habitación, irritado al percibir de cuando en cuando los arrullos de Emma, que parecía entenderse a las mil maravillas con Crueze. Al anochecer, Adrien cogió el coche para ir a cenar, solo, a una pizzería del arrabal, que así era como se conocía al barrio de abajo, muy arrepentido ya de haber elegido aquel alojamiento aislado.

Pero la granja de Crueze, situada en un repliegue de la Planèze, no estaba muy lejos de Saint-Flour. Adrien, que no recordaba bien el nombre del lugar, se perdió varias veces durante el trayecto de vuelta y acabó en callejones sin salida, patios oscuros de granjas o caminos impracticables, lo que le obligó a realizar numerosas maniobras acrobáticas bajo una lluvia cada vez más densa que aumentó su mal humor.

Afortunadamente, el de Crueze parecía estar por las nubes. En la casa había luz y su anfitrión, que lo esperaba, tras lamentar que no hubiera optado por cenar con él, insistió en que se tomaran juntos un pequeño tónico antes de irse a dormir.

—Los amigos de Emma son mis amigos. ¿Y si nos tuteamos? ¡Será más sencillo! Conmigo déjate de formalidades, si quieres comer algo o tomar una copa, estás en tu casa. Mira, prueba esto, es un aguardiente que reservo para ocasiones especiales, ya me dirás qué te parece. ¡No es un licor cualquiera, créeme!

Crueze le había servido un buen lingotazo de un líquido transparente, mezcla de orujo y licor de ciruelas, que se le subió a la cabeza desde el primer sorbo.

Si para Adrien la ética del deporte condenaba el abuso del alcohol, estaba claro que no era el caso de su anfitrión, que no dudaba en llenarse de nuevo el vaso una y otra vez. Y trago viene, trago va, no tardó en animarse a exponer su visión de la humanidad, bastante pesimista, por cierto.

—¿Quieres que te dé mi opinión sincera? No te va a decepcionar: creo que estamos jodidos, los humanos se han convertido en monigotes. Míralos, adictos al móvil, enganchados a las redes sociales, embobados con las cadenas de información continua, que les hacen creer que pasa algo interesante todo el rato. ¡Ya no saben pensar, ya no saben actuar, ya no tienen libre albedrío!

A su modo de ver, poca gente se libraba de esa triste servidumbre. Solo las personas intelectualmente superiores, fuertes mentalmente, podían sacudirse el yugo de la sociedad de consumo. Crueze se contaba entre ellas, por supuesto, lo mismo que Emma y sus

«libropensadores», que mostraban una admirable independencia mental.

Adrien sostenía el vaso entre el índice y el pulgar, y le daba sorbos en silencio. Pasado el embotamiento inicial y recuperada la lucidez, trataba sobre todo de comprender la compleja personalidad de su interlocutor.

De confidencia en confidencia, se enteró de que este ejercía también como profesor de teatro y escritor sin concesiones, es decir, sin editor. ¿Y la casa rural?

—Un capricho de mi mujer, que heredó esta vieja granja y decidió ofrecer confort y lujo a burgueses bohemios deseosos de desconectar.

Un buen segmento de mercado, sin duda, solo que su esposa había muerto antes de alcanzar su objetivo y lo había dejado viudo con un niño de diez años y un proyecto que no era el suyo. No obstante, él lo había culminado.

—Pero, cuidado, no por la pasta, sino por las relaciones humanas. —Aunque a veces lo lamentaba—. Es una lata, me obliga a interrumpir el proceso creativo. Yo soy un animal nocturno, ¿comprendes? Así que, cuando hay que madrugar para hacerle el desayuno a otros, no siempre estoy preparado. De hecho, nunca trabajo tan bien como en el azul perfecto de la noche.

Cuanto más se vaciaba la botella, más repetía Crueze esa frase pomposa, que parecía abrirle todas las vías de la creatividad. Al parecer, sus libros se vendían poco, y él se veía como un genio incomprendido y despotricaba contra los «libreros cuadriculados que se niegan a tomar en depósito obras de autores desconocidos».

—Emma es casi la única que me apoya. Y de aquella manera, porque, influida por los críticos de París, promociona sobre todo las novedades de las grandes editoriales. Si me escuchara...

Satisfecho al constatar que la propietaria de Los Libropensadores no se dejaba manipular tan fácilmente por aquel guaperas, Adrien, que tenía prisa por seguir estudiando la documentación que le había proporcionado Emma, buscó una forma no demasiado grosera de despedirse de aquel anfitrión un poco invasivo. Se la facilitó la llegada de un niño pequeño que, con el pelo alborotado, irrumpió en la habitación llorando.

—¡No puedo dormir, papá!

—¡No molestes, Tom! ¿No ves que estoy hablando con el señor Darcy, nuestro nuevo huésped? Estoy ocupado. Resuelve tus problemas como un chico mayor. Si quieres, puedes seguir leyendo otra horita. No me des la tabarra.

—Pero, papá..., es que no puedo dormir por el libro. Lo que le pasa a Buck es muy triste.

—Deja de lloriquear. Ya te he dicho que no molestes. Sigue leyendo en otro sitio, ya verás como al final lo del perro se arregla. Y ahora corre a tu habitación.

Antes de marcharse, el pequeño lanzó una mirada de desamparo al visitante mientras se mordisqueaba el interior de las mejillas para no llorar.

La experiencia del periodista con niños se reducía a algún que otro paseo en bici con sus sobrinos cuando, una vez al año, pasaba unos días en casa de su hermana, en la periferia de París. Se trataba, pues, de relaciones muy superficiales. Además, no era la clase de tío al que se le habría caído la baba ante las supuestas proezas del

benjamín, la belleza de la princesita o los dichos ocurrentes del mayor. De hecho, los solteros son tan egoístas como los propios niños. Por ese motivo, Adrien solía evitar las veladas con parejas de treintañeros, en las que todo el mundo hablaba de su maravillosa prole. Pero esta vez tenía que reconocer que, con su pelo revuelto, su carita redonda y su aire desvalido, el pequeño lo había enternecido.

Desconcertado por esa relación padre-hijo, que le parecía cuando menos abrupta, Adrien no pudo evitar preguntarle a Crueze cuál era el libro en cuestión.

—*La llamada de la selva* de Jack London. Un libro fundacional. Thomas pedía las aventuras de Harry Potter, pero puede esperar sentado. Mi hijo no formará parte de los lectores de esa saga de pacotilla, un producto más de la mercadotecnia que solo contribuye a una peligrosa infantilización de la cultura.

Acto seguido, su anfitrión, que estaba en vena, se montó en otro caballo de batalla: la literatura juvenil cada vez tenía menos profundidad psicológica, no podías fiarte más que de los clásicos.

Adrien consiguió al fin escabullirse alegando un gran cansancio y dejó a Crueze tomándose «la última» para consolarse de la mediocridad general.

Así que era ya casi medianoche cuando Adrien renunció a reanudar el estudio de las poco apasionantes vicisitudes del Círculo y se derrumbó en la cama. Fustigándose por haber caído en la trampa de la casa rural por culpa de una librera demasiado simpática, se prometió cambiar de aires al día siguiente. Su último pensamiento coherente fue para el solitario chaval que lloraba por un perro de papel.

En la habitación hacía mucho calor. Al levantarse para regular el termostato del radiador, identificó el insólito ruido que lo había arrancado del sueño esa mañana. Era indudable que venía del exterior. Efectivamente, el lastimero mugido de un toro llenaba la noche de un dolor desgarrador. Descalzo, se acercó a la puerta ventana y apartó la cortina. Crueze le había explicado que en su día aquella habitación había formado parte del establo. Adrien se imaginó unas vacas en pantuflas caminando por el parquet encerado, pero enseguida se sorprendió de tener esas ideas tan absurdas e impropias de él.

Fuera, la lluvia había cesado. Una densa bruma se aplastaba contra los muros y nimbaba de misterio hasta el menor hueco. La cerca del prado vecino, del que procedían los mugidos, parecía flotar ingrávidamente envuelta en un velo de tul blanco que se deshilachaba poco a poco.

Era bonito, casi irreal, un decorado de teatro que lo emocionaba más de lo que estaba dispuesto a admitir, le provocaba sensaciones desconocidas y lo volvía estúpidamente sensible.

En un arranque de mal humor, volvió a correr la cortina.

«¡Esta inactividad obligada no me sienta nada bien! Realmente, las conversaciones de estos intelectuales que se pasan el día mirándose el ombligo no me van. ¡Yo necesito moverme! En cuanto a las monsergas del bolinga de Crueze, anoche, ¡fueron penosas!».

Pese a la estricta prohibición de su médico, intentó hacer una serie de ejercicios para poner a prueba sus abdominales, pero se detuvo antes del tercero con el rostro crispado y sudando a mares.

Decididamente, no había nada que hacer con aquel cuerpo maltrecho. Estaba demasiado débil, era para echarse a llorar. Casi a

su pesar, volvió a la puerta ventana, atraído por aquella atmósfera algodonosa en la que trataba de abrirse paso la plata del alba. De cuando en cuando, la llamada de un pájaro o los ladridos de un perro rompían el silencio, mientras la noche seguía resistiéndose, agotándose, retirándose lentamente. Adrien encontró en esa lucha una especie de apaciguamiento. Las fuerzas de la naturaleza reducían sus propias cuitas a sus justas proporciones. Pasados unos minutos, se zambulló en el estudio de los documentos que le había proporcionado Emma, hizo algunas búsquedas en internet y se sorprendió a sí mismo escribiendo su propio apellido en el buscador para ver qué se decía de su homónimo literario. La historia le pareció totalmente anticuada e insustancial, pese a lo cual el personaje había enamorado a no pocas lectoras, que en muchos casos lo colocaban a la cabeza de su palmarés de héroes imaginarios.

«¡Memeces y más memeces!».

Pero, en vista de las numerosas páginas sobre el asunto, Adrien tuvo que reconocer que su propia ignorancia sobre la existencia de ese personaje podía resultar muy sorprendente.

«¡Pues sí que están alejados el mundo deportivo y el literario! Es casi cómico lo sectario que se llega a ser de una parte y de la otra. Sería interesante escribir algo sobre el tema, mostrar a un tipo que se pasa la vida haciendo footing y a otro que siempre está con un libro en la mano, y preguntarse qué pueden tener en común».

Poca cosa, incluso con la ayuda del alcohol, a juzgar por la noche anterior, muy instructiva a ese respecto.

Unos golpecitos en la puerta lo sacaron de sus reflexiones, demasiado filosóficas para su gusto. Tom estaba en el umbral,

recuperado, al parecer, de sus congojas nocturnas y lleno de energía.

—¡Señor, si quieres desayunar, es la hora!

Divertido, Adrien siguió a su guía hasta la cocina, donde unas viandas colocadas en semicírculo sobre el mantel de hule parecían esperarlo: tostadas, mantequilla, un tarro de mermelada, zumo de naranja, cereales y lonchas de jamón y queso cantal.

—¿Todo eso es para mí?

—¡Pues claro! Yo ya he comido, ¿sabes? ¿Te sirvo café?

—¿Tu padre no está?

—Pues no, aún duerme. Por la mañana soy yo quien se encarga del desayuno.

Adrien no pudo evitar una mueca. Naturalmente, cuando solo se puede trabajar durante «el azul perfecto de la noche», cabe esperar problemas de intendencia. Que recaigan sobre los endebles hombros de un niño no mejoraba mucho su opinión sobre Crueze.

—¿Está bueno?

La pregunta, meramente retórica, demostraba que al chaval no le preocupaba la respuesta. De hecho, se desenvolvía de maravilla como atento camarero, cumpliendo su papel a la perfección al recomendarle la mermelada casera de moras y el zumo de naranja natural. Su viva mirada seguía todos los movimientos de Adrien para adelantarse a cualquier petición suya.

—¡Acompáñame, anda! Cómete otra tostada.

Mientras empujaba hacia el niño la cesta del pan, Adrien aprovechó para formular la pregunta que se hacía más o menos conscientemente desde la noche anterior:

—¿Cómo llevas el libro? ¿Has avanzado con la historia del perro?

Tom extendió una gruesa capa de mermelada sobre la tostada con esmero y se encogió de hombros.

—¡No, qué va! Es demasiado triste, no he tenido ánimo. No se lo dirás a papá, ¿verdad? ¿Tú sabes cómo sigue? ¿Podrías decirme solo si Buck encuentra a su dueño?

—No puedo, no lo he leído. La verdad es que no leo mucho...

—¡Lástima! Tendré que preguntarle a Emma, ella lo sabrá.

Adrien casi lamentó no saber nada del dichoso libro. De hecho, había pensado vagamente en buscar un resumen en internet. Se reprochó no haberlo hecho. Remontándose veinte años atrás, cayó en la cuenta de que, a la edad de Tom, aún leía, sobre todo tebeos. Fue luego, en el colegio, cuando se alejó de los libros y se dedicó a fondo al deporte. En cuanto a las lecturas del bachillerato, eran una obligación, no un placer. Todos aquellos análisis de texto para identificar e interpretar las visiones del autor lo habían enemistado con la literatura para siempre.

—Y, si no lees, ¿qué haces? ¿Ves documentales en la tele?

Viniendo de un chaval de doce años, la pregunta le sorprendió. Por lo general, los chicos de esa edad desesperaban a sus padres porque su única ocupación consistía en mover los pulgares sobre el móvil o la consola sin despegar los ojos de la pantalla. Por supuesto, con las ideas de su padre sobre el tema, a Tom no le quedaba otra que diferenciarse de los demás. Un punto a favor de Crueze, quizá...

—Verás, lo que a mí me gusta, o al menos me gustaba, es la bici.

—¡Genial! Yo también tengo una, pero aquí todo son cuestas.

—No hace falta que me lo digas, campeón. He subido varias veces el Pas de Peyrol, el puerto de carretera más alto del Macizo Central. Un verdadero rompepiernas, con un desnivel no tan fuerte como el

Iseran o el Tourmalet, pero ¡madre mía! En las montañas de tu tierra hay porcentajes impresionantes.

—¿De verdad has subido allá arriba en bicicleta?

Adrien estaba contento de que el chaval lo admirara, después de haberse sentido tan ridículo hacía un momento con el asunto del libro. Curiosamente, ahora era capaz de relatar sus hazañas deportivas sin sentir demasiado la punzada de la nostalgia. Pero la sinceridad, la inocencia misma de Tom, podía volverlo muy cruel sin saberlo.

—Entonces ¿caminas mal porque te caíste de la bici? Papá dijo que se veía a la legua que eras inválido de nacimiento...

—¡Qué simpático, tu padre! Más le valdría informarse en vez de contar lo primero que se le ocurre. Tuve un accidente hace tres meses.

—Entonces te curarás. ¿Podrás volver a montar en bici?

—Espero que sí, algún día...

«Y a continuación me encantaría partirle la cara a tu padre. ¡Será capullo!».

—¡Yo creo que lo harás!

Tom posó una mano en el brazo de Adrien tímidamente. Su mirada estaba llena de una mezcla de ánimo y tristeza.

«Buen chico... Debería haberme acordado de que solo le gustan las historias que acaban bien».

—Si vas a Saint-Flour, a lo mejor podrías dejarme en el colegio...

—Claro, tú me indicas el camino. ¿Cómo vas los demás días?

—En el bus escolar, lo cojo en el cruce de la iglesia. Solo necesito mandarle un mensaje a mi amigo para que avise al conductor.

—¿Seguro que no hay ningún problema?

—¡Por supuesto! Con Emma siempre lo hago así, sobre todo por las tardes. Me gusta quedarme en la librería, hacer los deberes allí, merendar... También la ayudo cuando hay mucha gente. Emma es muy guay, su cara es como el sol, sonríe todo el rato. Cuando me trae a casa después de cerrar, nos reímos mucho en el coche.

—Entonces ¿sueles llegar tarde a casa?

—Me gusta más estar en la librería que aquí. De todas formas, cuando papá trabaja, no puedo molestarlo.

—Sí, lo comprendo.

Comprendía que Crueze era un guaperas holgazán con unas ideas muy peculiares sobre la educación de los hijos.

—¡Es curioso que trabajes con Emma y no te gusten los libros!

—En realidad, no se trata de trabajo, sino más bien... Digamos que tenemos que elaborar un proyecto en común.

—¿Como los trabajos compartidos que nos manda la señorita Andrieux?

—Pues... sí, algo parecido.

Cuando Adrien dejó a su pasajero delante del colegio, seguía sin saber qué enseñaba la famosa señorita Andrieux, pero en cambio conocía la lista de sus consejos para la buena marcha de un trabajo en equipo: ser franco, compartir la información con los compañeros, no dejar que hicieran el trabajo por ti, no criticarlos, no atribuirse todo el mérito y asumir con ellos el éxito o el fracaso del proyecto.

Todo un programa que esperaba poner en práctica con la risueña propietaria de Los Libropensadores, siempre que ella jugara limpio. De los documentos relacionados con el Círculo, había extraído una serie de preguntas, coincidencias inverosímiles y extrañas correspondencias, que exigían respuestas sinceras y que también le

permitirían formarse una opinión más exacta de su compañera de equipo.

«¡A los miembros del grupo no se los elige, pero hay que soportarlos y colaborar con ellos!». La última consigna de la profesora volvió a sonar en su cabeza con la fuerza de un presagio mientras cruzaba la puerta de la librería con un paso mucho más vivo que el día anterior.

6

Tras saludar a su visitante con tres besos de bienvenida, Emma soltó una deliciosa risa argentina, que dominó el agudo e irónico tintineo de la campanilla.

—Aquí siempre damos tres, ¿sabe? De hecho, es un signo de pertenencia local. ¡Y ojo, porque la menor vacilación te delata al instante como forastero!

—Cuesta entenderlo. En el Puy-de-Dôme, que no está tan lejos, la gente solo se da dos. Efectivamente, es desconcertante.

—Eso es porque aquello ya es el norte, el contacto les cuesta más. Yo prefiero esto de aquí, rompe un poco la uniformidad general.

—Si está favor de la cultura del contacto, tal vez deberíamos tutearnos...

Antes de aceptar su propuesta, Emma le lanzó una mirada seria e hizo una muequecilla que expresaba no tanto incomodidad como escepticismo.

—Ningún problema. Al fin y al cabo, como tenemos que colaborar...

Adrien ya había advertido que la librera no siempre terminaba las frases. Incluso parecía disfrutar de esos momentos de silencio, que podían eternizarse, lo que daba a cada cual la posibilidad de

continuar la conversación en su cabeza. Para evitar esos blancos, que a él sí le hacían sentir incómodo, Adrien se apresuró a añadir:

—Parece que el tiempo ha mejorado un poco... ¡En invierno, no debe de ser fácil vivir aquí!

—¡Bah, eso son ideas de urbanita! Puede que sea mi estación preferida: la luz es magnífica, los cielos titilan en la noche helada, la pureza del aire te atraviesa... A esta tierra le sienta bien el invierno, es el momento de reunirse, de apretujarse, de buscar el calor, leer y, sobre todo, reflexionar. Es importante tomarse un tiempo para reflexionar. En verano, todo se acelera, todo va demasiado deprisa. Por supuesto, es la época de los encuentros familiares, de las cenas al aire libre, del aperitivo con los amigos, de las segundas residencias, que vuelven a estar ocupadas, pero todo es fugaz, como un fuego de paja sobre la arena. Para mí, el verano es sobre todo la época de la nostalgia.

—¿En verano no se lee?

—¡Sí, gracias a Dios! Pero los lectores no son los mismos, hay muchos turistas, apenas te da tiempo a aconsejarles. No es lo mismo, ¿sabes?

Emma hizo sitio en el mostrador para poner una cafetera y unos cruasanes.

—¡Solo café! Con todo lo que me ha servido Tom esta mañana, no me cabe nada más.

—Es verdad, qué tonta, conoces a Tom. Adoro a ese niño. ¿Qué tal en casa de Patrick? Es un excelente profesor de teatro, pero está atravesando una mala época, su mujer murió hace dos años y cría solo al niño. Es importante para él tener huéspedes, no encerrarse en sus problemas.

Emma siempre hacía el esfuerzo de ponerse en la piel de los demás. Su rostro franco y sonriente desprendía un encanto indefinible, tranquilizador. Adrien tuvo que reconocer que, si la hermana de Courtial le había hecho pensar en una calculadora, la risa de esta librera era un verdadero bálsamo para el corazón. No tuvo valor para decepcionarla.

«En el fondo, Crueze es un pobre diablo, no voy a hundirlo. ¡Qué se le va a hacer, lo aguantaré unos días más!».

Pero sí le habló a Emma de *La llamada de la selva*, que había entristecido al chaval debido al dichoso Buck.

—Recurrirá a ti para saber el final. Yo lo que me pregunto es si el libro está bien elegido. Quiero decir, para su edad. En cualquier caso, parece una lectura difícil. Él estaba realmente afectado.

—¿No conoces la historia?

Adrien la miró a los ojos y soltó un suspiro. El rostro de Emma no reflejaba lástima ni desdén, solo atención. No lo juzgaba.

—¡No! Aunque Jack London me despierta algunos recuerdos. Digamos que he oído hablar de él, no es como tu Jane Austen.

—Comprendo —respondió Emma riendo mientras se dirigía a la sección de libros de bolsillo—. Yo tampoco conozco a Henri Pélissier, pero sé que Poulidor era un ciclista. Y, además, lemosín, por tanto casi de aquí, quizá por eso me suene más. Toma, te lo regalo, así podrás hacerte una idea. No estás obligado a leerlo, puedes limitarte a hojearlo.

—¿Tú qué piensas, sinceramente? Quiero decir, como librera, ¿se lo recomendarías a un niño de su edad?

Emma se colocó detrás de la caja registradora, se revolvió el pelo con cara de satisfacción y empezó a contarle la trama del libro con la

seriedad de una profesional y el lirismo de una apasionada de la literatura. Sus ojos azules brillaban de fervor, casi de placer. Estaba en su elemento. ¿Cuántas veces había interpretado aquel papel y repartido expertos consejos y comentarios entusiastas a lectores desorientados?

De pronto, a Adrien la pasión por el deporte y la pasión por la lectura ya no le parecían tan alejadas. Conocía esas subidas de adrenalina que te obligan a dar lo mejor de ti mismo, solo que no imaginaba que se pudieran tener leyendo.

—Resumiendo, Buck es un perro robado al que llevan al Gran Norte para utilizarlo como animal de tiro. Dependiendo de sus dueños, sufrirá violencia, lo golpearán, pasará hambre... También conocerá la amistad de los humanos y de otros perros. Y sobre todo redescubrirá el instinto de su raza, el de sus ancestros. Al final, abandonado a su suerte, recupera la libertad y responde a la llamada de la selva. Estamos ante un autor magnífico. London logra la proeza de convertir a un perro, que se comporta como un perro, que actúa como un perro, en un héroe universal. Te olvidas de que Buck es un animal. Y se abordan temas como la esclavitud, la opresión, el ansia de libertad, el instinto de supervivencia, la valentía... Es una especie de novela de aprendizaje y, por lo tanto, adecuada para un niño de doce años. El problema radica en que Tom es muy sensible, sobre todo desde que murió su madre. No hay que dejarlo solo sin explicaciones.

—Por suerte, tú podrás dárselas. ¡Si hubieras visto lo triste que estaba ayer!

—Cuando leí ese libro por primera vez, tendría unos diez años. Me pasé toda una noche llorando. Después lo he leído otras tres veces.

Sigo llorando, no tanto, pero lloro. Es un libro que te hace crecer, un libro que ya no olvidas.

—¿Y tienes libros sobre los maniacos del alfabeto?

—¿Así es como ves el problema?

—Supongo que te habrás dado cuenta... *Abc*, o sea, Aurillac, Brioude y Chamalières. Triplemente alfabético para los dos últimos, puesto que, rizando el rizo, los nombres y los apellidos empiezan con la misma letra. Bernadette Borne en Brioude y Christian Courtial en Chamalières. Lo bastante insólito como para llamar la atención, me parece a mí. En la lista de los miembros del Círculo he advertido que hay otro caso igual: Valérie Velmas, en Vic-sur-Cère.

—¿La próxima víctima?

—No lo creo, es la última de la lista. Si nuestro asesino sigue su propia lógica, el 20 de noviembre le tocaría más bien a la de.

—Supongo que te das cuenta de que todo esto es de locos... La obra de un demente, por mucho que hablemos de un asesino en serie.

—De todas formas, ¿qué significa «demente»? En mi opinión, ese orden alfabético indica, por el contrario, que mata con cierto discernimiento. Muestra una preocupación por el método, por el detalle, un cuidado casi meticuloso para cumplir todas esas condiciones de fecha y lugar que él mismo se ha impuesto. Nuestro maniaco del alfabeto es, ante todo, un maniaco.

—¿Por qué actúa así? Detrás de su psicosis tiene que haber una intención concreta...

—Celos profesionales, venganza, ajuste de cuentas, ¡qué sé yo! Detrás de sus actos hay sobre todo una convicción profunda que

motiva su locura. Si conseguimos encontrarla, tendremos una idea más exacta del culpable.

—¿Pretendes elaborar una especie de retrato robot?

—Un retrato psicológico, más bien.

—Bueno, pues yo lo que espero es que no llegue a la letra zeta, mejor dicho, a la uve, en nuestro caso.

—Es imposible, lo detendrán antes, no se pueden cometer tantos crímenes impunemente. ¡Ya es un verdadero milagro que no lo hayan cogido aún!

—¿Estás de acuerdo conmigo en que es razonable temer otro asesinato el próximo 20 de noviembre?

—Yo hablaría más bien de un intento de asesinato, porque confío en que le echen el guante antes. Tenemos diecinueve días por delante.

Emma le lanzó una mirada angustiada.

—No sé si estamos haciendo lo correcto... ¿Es necesario poner vidas en peligro para salvar las apariencias, preservar la idea del Círculo para no empañar su imagen? No he dejado de pensar en eso en toda la noche. Me pregunto si tengo derecho a asumir esa terrible responsabilidad. La mejor solución, la más eficaz, quizá sea trabajar con la policía, ¿no?

—Eso eres tú quien tiene que decidirlo. De todas formas, te recuerdo que no les has ocultado nada, les has proporcionado la lista. Conocen a todos los miembros del Círculo. Si hasta ahora no os han mencionado, lo cual te viene bien, es porque a ellos también les conviene, créeme. Pero, cuidado, eso no significa que no estén haciendo nada. La policía dispone de todos los recursos necesarios para investigar, desde el estudio de las huellas hasta un montón de

pruebas periciales que ni siquiera podemos imaginar. Desde ese punto de vista, si hay algo que descubrir, podemos contar con que lo harán.

—Entonces ¿por qué eres tan reticente a colaborar con ellos? ¿Temes quedarte sin exclusiva?

—Primero, recuerda que no te han pedido nada, salvo tu silencio. Segundo, como de costumbre, harán lo que les plazca; si creen que sacar a la luz todo el asunto puede serles útil, lo harán sin pedirte tu opinión. Y tercero, y más importante, no sé si te habrás parado a pensarlo, pero es muy posible que tú estés entre los principales sospechosos.

—¿Yo?

—Por supuesto. ¡No me digas que no se te ha pasado por la cabeza!

—¡Pues no, la verdad! Qué forma tan horrible de verlo. ¿Por qué yo?

—Porque el Círculo, mi querida amiga, lo creaste tú, así que estás en el centro del asunto.

—¡Ah, ahora lo entiendo! Pero ¡qué tonta soy! ¡Está claro que tú también lo piensas! ¿Por eso viniste a verme?

—En parte, sí, lo confieso. Pero, a mi modo de ver, no eres más sospechosa que cualquier otro.

—¡Es repugnante! Entonces, tu propuesta de investigar juntos era un cebo, ¡solo querías obtener información para divulgarla en tu gacetilla de tres al cuarto!

—¡Claro que no! De ser así, me habría quedado con la información y hoy no habría venido a comentarla contigo. Y, de paso, a ponerte en guardia contra tu ingenuidad. Desprecias mi «gacetilla de tres al

cuarto», pero sé de muchos periódicos que no tendrían tantos escrúpulos como el nuestro. Habría podido marcharme con la documentación y sacar mi artículo sin que pudieras mover un dedo para impedírmelo.

—Haz lo que ten venga en gana. He llegado a un punto en que todo esto me revuelve el estómago.

—Permíteme recordarte que estoy aquí.

—¿Qué es lo que quieres?

—Te lo dije ayer: investigar, descubrir la verdad. Eso no ha cambiado.

—¡No puedo colaborar con alguien que me cree culpable!

—Y a mí no me apetece colaborar con un asesino.

—Has dicho...

—Que para mí no eras más sospechosa que cualquier otro.

—¡Eso no significa que me creas inocente!

—No juguemos con las palabras, aunque las manejes mejor que yo. Te he abierto los ojos respecto a lo que piensa la policía, no es más que una pista. A nosotros nos toca explorar las demás.

—¡No pienso dejar que me vigiles por si me cargo a Marlène Pagès en Decazeville!

—No, puesto que ha dimitido.

—No bromeo. ¡Todo esto me da asco, me niego a trabajar contigo!

—Tengo toda la información que buscaba, puedo trabajar solo.

—Entonces ¿por qué has vuelto? ¿Qué esperas de mí?

—Que me abras ciertas puertas. Conoces a todos esos libreros. Es más, conoces a sus familias. Será mucho más fácil si nos presentamos juntos para hablar con ellos. Si no, preveo rechazos, reticencias, desconfianza, cuando mi plan se basa esencialmente en

recoger testimonios y confidencias de todos los protagonistas de este asunto para encontrar un hilo del que tirar. Siempre hay un abismo entre lo que se cuenta y lo que se vio realmente, hay que sonsacar al máximo número de personas. En estos momentos, el comentario más insignificante puede resultar crucial.

—Ya no tengo ganas de colaborar, he perdido la confianza.

—La señorita Andrieux no exige confianza, solo que se coopere y se comparta la información.

—¿Andrieux, la profesora del colegio? ¿Qué pinta ella en esto?

—Ya se lo preguntarás a Tom...

Emma sacudió la cabeza, irritada.

—Mira, Adrien, no sé de qué me hablas. Vamos a dejarlo aquí. Esta investigación la llevaremos cada uno por su lado. Ahora para mí es crucial, no tanto para salvar al Círculo como para alejar de mí cualquier sospecha. Es innoble pensar que pueda haber matado a Bernadette, que era mi amiga, una amiga de verdad, aunque seguramente tú no sabes lo que significa esa palabra, porque eres demasiado cínico. Te agradezco que me hayas abierto los ojos, pero no te necesito. En el punto en el que estoy, puedes sacar tu artículo ahora mismo, a mí ya me da igual. Además, ¿sabes qué te digo? ¡Si dar publicidad a este asunto fastidia a la policía, tanto mejor!

—¡Por supuesto que me necesitas! Parte de mi trabajo consiste en interrogar a la gente, husmear, descubrir sus secretos, tirarles de la lengua. Tú estás atrapada aquí, en tu librería. Yo tengo tiempo para eso, incluso me pagan por hacerlo. Con tu conocimiento del mundillo y mi olfato, podemos formar un equipo realmente bueno. Si te niegas es porque te faltan agallas.

—Tiene delito que me digas eso después de casi haberme acusado. Me sobran agallas, ¿sabes? Ahora incluso estoy convencida de que lo mejor es contárselo todo a la prensa, quizá eso impida que el asesino vuelva a actuar.

—¡Te equivocas! En los escasos artículos publicados hasta ahora, se ha hablado más de comerciantes en general que de libreros. En consecuencia, la opinión pública no ha establecido una correlación entre los tres asesinatos. Por separado, ninguno de los tres ha llamado mucho la atención. Si quieres que ahora se establezca una conexión, el sensacionalismo prevalecerá de inmediato, y todo será muy diferente. Puede parecer que semejante publicidad nos conduciría más deprisa hasta el culpable, pero yo creo que movernos en la sombra nos dará más libertad de acción. Pongámonos en la piel del asesino: acaba de tener éxito en sus tres intentos, su confianza en sí mismo habrá aumentado considerablemente, acabará por creerse invencible. Eso no va a atenuar su paranoia, será menos prudente, con lo cual se arriesgará más a que lo cojan.

—¿Qué podemos hacer? ¿Cuál es tu plan?

Emma había hecho la pregunta de forma automática, casi a su pesar, admitiendo tácitamente que aceptaba cooperar. No obstante, Adrien procuró no mostrar la menor satisfacción.

—Hablar con todas las personas cercanas a las víctimas.

—¿Crees que mienten?

—En todo caso, no de manera voluntaria. Contar todo lo que se sabe es rigurosamente imposible, siempre nos guardamos algo, algún detalle que no nos apetece explicarle a la policía, o que nos parece demasiado fútil. Por eso hay que hacer hablar a la gente, preguntar a quienes tienen un interés personal en el asunto, a

quienes conocían a las víctimas. Luego haremos cotejos, cruzaremos la información.

—¿Qué esperas conseguir?

—No sabemos gran cosa, pero podemos dar por sentado que el asesino pernoctó en tres sitios diferentes: Aurillac, Brioude y Chamalières. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Sí.

—Piénsalo. Alguien tuvo que verlo. En los tres casos, debía elegir la hora más propicia para actuar, lo que requiere conocer los hábitos, las manías de cada víctima. Yo creo que no hubo improvisación. Al contrario, le convenía reconocer el lugar y explorar los alrededores. Necesariamente, alguien sabe algo.

—No hay ningún testigo. Las vagas descripciones de los conductores que fueron vistos en el momento del accidente de Chamalières no han dado ningún resultado, todos han justificado su presencia en aquel lugar. Me lo dijo el propio comisario jefe.

—De acuerdo, eso es lo que sugiere la investigación policial. Pero la policía no comparte toda la información, puede que tenga a uno de esos conductores en el punto de mira. De todas formas, no estaba pensando en los testigos, sino en la familia, los empleados, los vecinos... Son nuestra principal baza.

—Es una posibilidad, pero sigo creyendo que sobre todo necesitamos comprender el porqué de ese orden alfabético. Entonces, si te he entendido bien, vamos a jugar la carta del maniaco y empezaremos a hacer preguntas en Aurillac, ¿no es eso?

—Digamos que más bien en Brioude, para no ser esclavos del alfabeto. Por otro lado, no podemos limitarnos al pasado. También debemos tener en mente el próximo 20 de noviembre. Supongo que

la policía lo hará, pero se impone una vigilancia de los siguientes en la lista, aunque no sea más que para sensibilizarlos, advertirles, hacerlos menos vulnerables.

—En cierto modo, ya está hecho. Te recuerdo que la señora Pagès abandonó el Círculo.

—¡Pero su librería sigue abierta! Nuestro asesino quizá ignore su baja o haga caso omiso de ella. La tal Marlène haría bien en no confiarse.

Al recordar su última conversación con la librera de Decazeville, Emma soltó un suspiro.

—No es una mujer fácil. Cuando hablamos por teléfono, estaba totalmente histérica y más que dispuesta, también ella, a considerarme la principal responsable de toda esta pesadilla.

—Al menos, estará en guardia. Ya es mucho. Si nuestro loco está al tanto de su dimisión, pasará directamente al siguiente pueblo de la lista, o sea, Espalion. La librería Pont Virgule de Sylvie Lacan, ¿no?

—Una de mis mejores amigas. Fue prácticamente la cofundadora del Círculo y, por supuesto, está al corriente de todo. Nos llamamos todos los días. Es una mujer con mucho carácter. Quiso abrir una librería en su pueblo natal. Una empresa nada fácil, una apuesta arriesgada en una localidad de cuatro mil habitantes, y que, sin embargo, funciona bien gracias a las ideas en las que se basa nuestro Círculo: leer, compartir, organizar encuentros, transmitir... Bueno, estoy divagando, ahora todo eso me parece tan lejano... Confieso que estoy desesperada.

Emma esbozó una sonrisilla animosa, que no consiguió disimular su angustia.

—¡Cogeremos a ese bastardo, y mucho antes de que llegue a Espalion, te lo prometo!

La voz de Adrien se había vuelto más opaca. En esos momentos le habría gustado estrechar a la joven librera entre sus brazos, consolarla, cogerle la mano, gestos que, no obstante, eran totalmente impropios de él y de los que, sobre todo, nunca se había creído capaz.

Sin lugar a dudas, Emma, siempre tan empática, habría sabido encontrar las palabras adecuadas. Él no. Y lo sentía en el alma. Para compensar su poca efusividad, se prometió a sí mismo que dedicaría un artículo a aquel oscuro e ingrato oficio de librero, sobre el que cada día descubría aspectos nuevos. Un oficio, por lo demás, muy loco y muy digno que exigía mucho y rendía poco, pero que despertaba emociones bastante extrañas.

Con sus vaqueros un poco ceñidos, su corona de cabello rubio y su camisa a cuadros, que dejaba entrever el nacimiento de sus pechos, la joven librera le resultaba especialmente enternecedora. Adrien se reprochó su torpeza una vez más. Nunca había tratado con chicas como Emma. No estaba centrada en su cuerpo, su salud, sus proezas, pero con ella se podían abordar un montón de temas, sobre los que hablaba con profundidad. Sin embargo, Adrien sabía muy bien que antes de su accidente jamás habría puesto los pies en una librería o mirado a una mujer como ella, demasiado menuda, demasiado llenita, demasiado normal. Su mundo había dado un vuelco tremendo.

Antes de ponerse en camino hacia Brioude, Emma se transformó durante unos minutos en una centralita telefónica para llamar a clientes o mandarles mensajes de texto avisándoles de la llegada de

sus pedidos. Adrien empezaba a impacientarse. Minutos después, cuando se disponía a cerrar la librería a sus espaldas, la chica se giró y se quedó mirando hacia el interior largos instantes.

—¿Tienes miedo de olvidarte de algo?

Con una risita gutural, Emma se volvió hacia él, ruborizada como una colegiala cogida en falta.

—No, es una manía. Por la mañana, cuando abro, me pasa igual, siempre entro de puntillas. ¡Qué quieres que te diga, no puedo evitarlo! Tengo la sensación de que, en cuanto les doy la espalda, los libros empiezan a hablar entre sí, y lo último que querría es interrumpir su charla. Te parecerá absurdo, pero me gusta imaginarme a un orgulloso clásico diciéndole a una novedad que no le cederá el sitio en el expositor de la caja; o al revés, que le trae sin cuidado porque sabe que no tardará en volver allí.

«Justo lo que pensaba: vivir con tanto libro te vuelve un poco majara...», se dijo Adrien, que, sin embargo, respondió:

—Pues yo alguna vez he oído refunfuñar a mi bicicleta, o decirme directamente que pedaleara a fondo. En realidad, es bastante parecido.

Intercambiaron una breve sonrisa que transparentaba cierta complicidad.

7

Patrick Crueze lanzó una mirada de asco al espejo. Un profundo hastío, una lúgubre desesperación, lo empujaba noche tras noche a beber cada vez más.

La pena lo dejaba tan maltrecho como el alcohol, pero al menos la bebida le concedía una tregua de olvido e inconsciencia de vez en cuando. Aunque el respiro duraba poco. Olvidar a Anne se le antojaba del todo imposible. Su mujer seguía viviendo cerca de él, con él, en él. La necesitaba demasiado. Las mañanas que seguían a una borrachera, como aquella, estaba tan resacoso por haber bebido como por haber llorado. El exceso de alcohol lo dejaba con la cara abotargada, los ojos enrojecidos y los gestos torpes. Pero lo peor venía de su interior, corroído por aquella carencia insoportable, que no lo dejaba en paz.

¿Cómo vivir sin Anne, sin su apoyo, sin su aliento?

Si solo hubiera sido cuestión de sexo, habría podido recuperar un mínimo de equilibrio. De eso no se privaba, nunca se había privado. Pero era consciente de que había perdido mucho más que a una esposa. Todos aquellos momentos de plenitud en los que se confiaba a ella, le exponía sus proyectos literarios, dejaba que le regalara los oídos con sus elogios. Ella lo escuchaba con una confianza ciega, una admiración inquebrantable y una complicidad intelectual que los

unía más que cualquier otra cosa. En realidad, sin Anne, había perdido las ganas y la razón de vivir. Había perdido a una madre, una mecenas, una coach, una fan. No podría seguir salvando las apariencias durante mucho tiempo. Su fachada de dandi desengañado ocultaba un auténtico abismo de sufrimiento y angustia.

Las noches como la pasada ya no le aportaban ningún consuelo. Montar una casa rural había sido idea de Anne. Patrick había llevado a término el proyecto en su memoria. A lo que habría que añadir que, en su situación, cualquier ingreso suplementario era bienvenido. Desde la muerte de su mujer, y sobre todo sin su dinero, Patrick vivía de forma bastante espartana. La ayuda económica que recibía de sus suegros se debía únicamente a la presencia de Tom. No había que engañarse. Estaba seguro de que, dentro de seis años, cuando su hijo alcanzara la mayoría de edad, la pensión iría directamente al bolsillo del chico. De hecho, la casa era propiedad de Tom. Él solo tenía el usufructo.

Esa situación lo ofendía y lo ponía a mal con su hijo. Los padres de Anne siempre lo habían considerado un mediocre, un escritor fracasado del que su única hija se había enamorado y al que mantenía en la ociosidad. ¡Eso era lo que pensaban de él! Un holgazán que no hacía nada ni se molestaba siquiera en ocultarlo. Sucios burgueses para los que escribir no era una profesión. Odiaba a todos aquellos mamarrachos, que no tenían ni idea de lo que era la creación. Sus comentarios eran cada vez más groseros, mordaces y despectivos: «Así pues, ¿tu última obra todavía no ha encontrado editorial? ¿Avanza, al menos? ¡Un día, oiremos que te han nominado para el Goncourt! Es una lástima, no se te ve en los programas

literarios de la televisión. Supongo que no te habrán invitado a la Feria del Libro de Brive... Le pedí tu libro a mi librera, pero no te conoce».

¡En vida de Anne, jamás se habrían mostrado tan insultantes! Y, sobre todo, no se habrían atrevido a atacarlo de ese modo. Ella no lo habría permitido, ¡creía en su talento!

«¿Qué sabrán de literatura esos ricachones sin cerebro, idiotizados por el móvil, incapaces de comprender el impulso de la creación, de identificar una idea original entre un montón de trivialidades? ¿Cómo se atreven a juzgarme, a acribillarme a consejos, a insistir en que me busque un trabajo adicional? ¡Los odio!».

Hasta ahora había rechazado altivamente todas sus absurdas propuestas, la última de las cuales había sido encargarse de la gerencia de un supermercado.

«¡Para humillarme, solo para humillarme!».

¡Proponerle un empleo tan trivial a él, que solo vivía para las palabras! Todo el mundo se aliaba en su contra, incluido Tom, cuyos continuos lloriqueos le impedían concentrarse en su obra. Pese a los fracasos y los sinsabores, Patrick Crueze seguía convencido de su extraordinario talento. Anne se lo decía a menudo: «Tienes una inteligencia poco común para percibir y una sutil imaginación para idealizar».

En su delirio, casi olvidaba, o procuraba olvidar, que a veces, en tono de triste reproche, su mujer añadía: «Lástima que te falte la voluntad necesaria para crear una obra original, auténtica».

De hecho, ese era su drama: se perdía demasiado en las ideas de otros. Estar rodeado de libros lo tranquilizaba, en ellos buscaba sin cesar una frase sublime, que luego torturaba durante horas para

hacerla suya, para ennoblecerla. Brillaba en el arte del panfleto, fustigaba a la sociedad moderna en esbozos satíricos que él consideraba mordaces, pero que la mayoría de las veces solo eran monótonas reflexiones más rencorosas que revolucionarias, demasiado laboriosas en todo caso para resultar originales.

Siguiendo los consejos de Anne, había probado suerte con la novela policiaca, que le permitía, en un registro muy distinto, denunciar las derivas de una sociedad consumista en exceso. Todos sus asesinos en serie estaban obsesionados con la idea enfermiza de una sociedad depravada a la que había que purgar de sus debilidades. Dos novelas autoeditadas le habían dado fama local, principalmente, todo hay que decirlo, entre sus alumnos de teatro. Lejos de mostrarse agradecido con Emma, que se las había recomendado a varios clientes, le reprochaba secretamente que no las hubiera promocionado lo suficiente. Y eso que era la única librera que le había organizado una sesión de firmas y concedido un lugar de honor en su escaparate durante diez días.

Con los demás había sufrido, como de costumbre, una humillación detrás de otra, pero sin achicarse ante sus desaires, antes bien, atrincherándose en una actitud altiva, condescendiente y llena de desprecio hacia aquellos pobres azacanes del libro, que eran incapaces de apreciar su genio.

«Libreros de mierda... ¡Ojalá revienten!».

Lo cierto era que, sin haberlo leído siquiera, la mayoría se negó a aceptar su libro en depósito. Algunos, aún más perversos, los peores de todos, lo colocaban con una sonrisa hipócrita en un estante inferior, sabiendo de sobra que ningún lector normal iría a buscarlo allí.

Tantos conflictos, tantas decepciones, tantas humillaciones creaban en su interior una inmensa sensación de injusticia y acentuaban su soledad, mientras paralelamente reforzaban su orgullo.

Se sentía desconectado del mundo, del que, por otra parte, se aislaba él mismo pasándose las horas muertas en su despacho, desmadejado en un sillón, encerrado en sus recuerdos y en un universo imaginario que cada vez prevalecía más sobre la vida real.

Sin embargo, le gustaba atraer, y solía atraer a las mujeres, al menos cuando ponía los medios. Su imponente físico, su bronceado, mantenido a base de siestas estivales en la tumbona del jardín, y sobre todo sus dominantes ojos azules podían doblegar a la más reacia.

«¡Un escritor fracasado, ocioso y vividor!». Eso era lo que pensaba su suegro de él. Anne, advertida de antemano, no tardó en comprender que su marido necesitaba otros cuerpos para saciar sus deseos, cuerpos que carecían de importancia. La única importante era ella. Le había perdonado todos sus devaneos. Lo amaba, cerraba los ojos, fingía no saber, prefería no saber.

Curiosamente, ahora que ya no estaba, Patrick no sentía tanto esa necesidad de gustar, de conquistar, que lo había empujado a todas aquellas aventuras.

En sus clases de teatro, no había prácticamente más que mujeres. Jóvenes o maduras, todas estaban más o menos enamoradas de él. Patrick se las imaginaba con los muslos abiertos, mudas y sumisas. Sentía un placer casi perverso poniéndolas contra las cuerdas, obligándolas a mostrar sus cartas, a dar el primer paso. Así era

como concebía ahora los encuentros amorosos, no quería malgastar su inteligencia en aventuras.

Con Emma era un poco diferente. Sin ser una belleza, la joven librera tenía una vitalidad desbordante que lo empujaba a salir de su letargo. A su lado, sentía que casi revivía. Y, sobre todo, con su librería y sus relaciones, podía serle útil, ayudarlo a darse a conocer.

Habían tenido un lío en julio, la noche de la famosa barbacoa literaria. Un lío tan repentino como tórrido. Ella era apasionada; él, conquistador. Patrick se veía ya como el primer beneficiario del Círculo, el autor emblemático al que había que invitar sin falta para complacer a la presidenta.

Bonito guion. Roto al día siguiente por un reparo moral de Emma.

—Mira, Patrick, sobre lo de anoche, no me arrepiento, nos apeteció y estuvo bien; muy bien, de hecho. Pero tenemos que dejarlo ahí. Estarás de acuerdo conmigo en que no es amor, así que no merece la pena que pongamos en peligro nuestra amistad. También pienso en Tom, si siguiéramos no tardaría en darse cuenta y podría imaginarse cosas que le harían más mal que bien. Lo último que querría es minar su confianza. Es frágil, necesita adultos fuertes, responsables.

«¡La muy zorra! ¡Qué desfachatez, hablarme a mí de responsabilidades! No es su hijo, ¿qué le importará a ella?».

Aunque tocado, intentó recuperar la iniciativa. No podía dejar escapar su oportunidad. Si la noche anterior se había superado a sí mismo, desde luego no era para que después se lo quitaran de encima como a un perdedor. La besó largos instantes con indudable arte, incluso la sintió estremecerse. Creía que ya estaba ganado.

—¿Esto no es amor?

Apenas repuesta, Emma se rio. A Patrick no le gustó aquella risa, que expresaba con toda claridad que no era tan ingenua ni tan sumisa como él creía. En ese momento la odió de verdad y se prometió hacerle pagar cara aquella ofensa.

—¡Pues claro que no! No engañas a nadie, Patrick. ¿No irás a jugar ahora al seductor? No hay que invertir los tiempos. No es casualidad que Stendhal no nos cuente nada sobre las noches de amor de Julien y Mathilde: cien páginas para la seducción y una línea para su éxito. Para mí, no hay verdadero amor sin seducción. Nosotros empezamos por el final, es suficiente prueba, ¿no?

¡Y lo cargante que podía ser con sus referencias literarias! Emma acababa de tirar por tierra todos sus planes. Patrick la habría abofeteado, pero se contuvo, con mucha dificultad, e interpretó el papel del buen perdedor, del amigo fiel, del padre abnegado. Es decir, todo lo que ella quería para satisfacer su romanticismo beatífico. Pero, ese día, la venganza ya maduraba en su cabeza. De una u otra forma, le haría pagar su estúpido viraje moral.

Desde entonces, buscaba el modo de perjudicarla, procuraba cuidar sus relaciones con los demás miembros del Círculo y se las arreglaba para atizar los celos, propagar rumores, minar la moral de aquellos vendedores de papel que no hacían ningún esfuerzo para defender su obra.

No hacía mucho, Emma le había confesado su inquietud, sus sospechas y sus temores tras los terribles asesinatos de tres miembros del Círculo. Él había interpretado a la perfección el papel de confidente, de paño de lágrimas y de amigo fiel mientras se regocijaba en su fuero interno.

Le encantaba ver que el miedo se insinuaba en ella, contaba con eso para doblegarla. Porque había comprendido de inmediato la gravedad del problema. Ni la reputación del Círculo ni la de Los Libropensadores resistiría algo así. Tras haberle aconsejado hipócritamente que no hiciera nada, su intención era revelárselo todo a la prensa. Sin publicidad, aquel asunto no servía a sus intereses. Ya veía los impactantes titulares: «El Círculo letal», «¿Quién será el siguiente?» o «¿Es peligroso vender libros?», además de un alud de artículos venenosos que pondrían en entredicho a Emma. A la larga, las consecuencias podían ser catastróficas. El negocio no iba viento en popa, Patrick lo sabía. La menor caída de las ventas podía hundirla.

No obstante, aún dudaba sobre cómo proceder. Era demasiado pronto. Tampoco podía apostar al cien por cien por un distanciamiento del público, al que le encantaba el escándalo, lo morboso, y en consecuencia cabía la posibilidad de que acudiera en tropel a las librerías afectadas. Había que jugar a lo seguro, no salir de la sombra enseguida.

La llegada de Adrien Darcy el día anterior lo había sorprendido y entusiasmado a partes iguales.

«¡De modo que la prensa ya está encima!».

Las revelaciones, las analogías, las críticas, incluso las acusaciones no se harían esperar. Había que prepararse. Manipular a aquel periodista de tres al cuarto en la dirección que le interesaba a él no debería plantearle demasiados problemas. Esa gente no tenía escrúpulos. Ellos solo buscaban la exclusiva, la revelación. En sus razonamientos no había la menor profundidad, ni tampoco el menor

sentimiento. Que todos los libreros independientes tuvieran que cerrar importaba poco, mientras ellos vendieran sus mentiras.

Patrick sentía un profundo desprecio hacia esa profesión en general, que en su opinión no producía textos, sino una verborrea de escasa calidad. Eran emborronadores de papel que se creían literatos.

Lanzó otra mirada al espejo y esta vez se vio más guapo. La simple idea de que Emma podría verse perjudicada lo había revitalizado. Esperaba ese momento con impaciencia; de hecho, desde hacía más de cuatro meses, desde el famoso día en que la librera había roto con él y lo había puesto contra la pared.

¡La primera vez que lo dejaban de aquella manera! Habitualmente, era él, y solo él, quien marcaba los tiempos. De hecho, le gustaba en especial esa parte, en la que no dudaba en emplear palabras crueles, ofensivas, burlonas. «Es suficiente, ya no me interesas, la verdad es que ya he visto todo lo que podías ofrecer». Terminar una relación humillando a tu pareja era casi más divertido que empezar una nueva. Le encantaba ver la cara estupefacta, consternada o descompuesta de sus conquistas y, acto seguido, oírlas llorar, gritar, enredarse en la vergüenza y luego en las súplicas. En realidad, el amor podía ser un terrible instrumento de tortura.

Emma lo había cogido por sorpresa. Tanto más cuanto que él la necesitaba, a ella y sobre todo a sus contactos. Aunque no le proporcionara un apoyo tan incondicional como Anne, sin duda habría podido ayudarlo, ser su nueva mecenas.

Una pena. Pero gastar energía en lamentaciones superfluas era un error. Aquella mala pécora tendría su merecido. Él disfrutaría aún más de su venganza si tardaba en llegar.

«¡Y qué ocurrencia, mandarme a ese mequetrefe! Así que cree que hemos vuelto a ser amigos, que lo he olvidado todo, que no hay ningún problema, que dejaré pasar semejante ofensa... ¡Qué poco me conoce! Esta chica es una mezcla de buenos sentimientos y bobería. ¡El despertar será duro!».

Esta vez, sonrió abiertamente al espejo, se echó agua fría sobre los ojos enrojecidos y se frotó los párpados, súbitamente revitalizado por aquellas regocijantes perspectivas.

En la cocina, Tom había dejado la cafetera enchufada. Se llenó un tazón y se obligó a comerse una tostada, prometiéndose, como todas las mañanas, no probar el alcohol en todo el día.

Como de costumbre, Tom había hecho un buen trabajo. La cocina estaba limpia y el lavavajillas cargado. En la pizarra que servía de recordatorio, había escrito con su letra redonda: «Que pases un buen día, papá. Esta noche me traerá Emma».

«Eso es, pequeñín, vuelve con ella para que pueda tirarle de la lengua y meterle un poco de presión. ¡Todo perfecto!».

Acto seguido, sin el menor reparo, fue a la habitación de su huésped para echar un vistazo. Naturalmente, tenía copia de la llave, y nunca se privaba de hacer una pequeña visita. De hecho, nada le gustaba tanto como tocar la ropa de los desconocidos, aspirar el aroma de los productos de aseo, impregnarse de la atmósfera de otros.

Examinando sus pertenencias, penetraba en su intimidad, en sus secretos. Luego, sabía lo suficiente sobre sus invitados de paso para jugar con ellos, si es que merecían la pena. La mayoría de sus clientes, parejas maduras por lo general, no tenían el menor interés. Su principal blanco eran las solteras, varias de las cuales habían

encontrado el camino hasta su cama. Una llegó a quedarse más de un mes; al final, se tomaba ya por la señora de la casa y creía ingenuamente que sus revolcones con el dueño pagarían la cuenta. Cuando él le reclamó el pago completo de la estancia, la pobre se indignó mucho. En otra ocasión, Patrick sedujo a una esposa casquivana mientras el marido se relajaba en el jardín. Una situación delicada, cierto, pero ¡tan excitante!

Era increíble que unas horas de estancia les bastaran a algunos para poner la habitación patas arriba, mientras que otros respetaban escrupulosamente la colocación inicial de los objetos. El periodista era un término medio. No había movido un solo libro, pero había empujado el sillón y la cómoda hacia una esquina para dejar espacio delante de la puerta ventana, probablemente con la intención de hacer gimnasia.

«El tipo aún cree que puede mantenerse en forma, pero está demasiado fastidiado para eso...».

Estaba claro que el pobre no era consciente de su estado. Patrick le había visto hacer muecas de dolor en varias ocasiones. No debía de haber salido del hospital hacía mucho. Entonces ¿a qué venían aquellas pequeñas halteras y aquella colchoneta de suelo? Una inspección en toda regla del cuarto de baño le permitió descubrir potentes calmantes, que confirmaban sus suposiciones. Vació la mitad de un tubo en uno de sus bolsillos y se quedó con otro y con la correspondiente receta.

«¿Para qué?».

No lo sabía, pero intuía que era importante encauzar al periodista, no perderlo de vista, tenerlo a su merced, en caso necesario. Adrien Darcy era el prototipo mismo del peón que podía serle útil. Con

habilidad, podría influir en sus artículos de modo que sirvieran a sus objetivos. El examen de la papelera también resultó muy interesante. En una cuartilla, Darcy había copiado la lista con los veinte nombres y trazado cruces, signos de interrogación e incluso flechas que relacionaban a algunos de ellos. Tras alisarla un poco con el dorso de la mano, Patrick se quedó mirándola largos instantes, como para impregnarse de las ideas que habían llevado a su elaboración.

Se la guardó en el bolsillo con la satisfacción del perro que acaba de desenterrar un hueso. Puede que aquel gacetillero fuera más listo de lo que parecía. La clave estaba en hacerle comprender que Emma era una novelera que a veces se creía sus propias fabulaciones. No sería muy difícil, bastaba con invitarlo otra noche a probar una de sus añadas favoritas y dejar caer en su oído unas cuantas insinuaciones jugosas.

«¡Y esta vez no permitiré que Tom venga a molestarnos!».

Con la intención de confiscarle el libro de Jack London, corrió a la habitación del chaval, que registró de arriba abajo. ¡Ni rastro del dichoso libro! Seguramente se lo había llevado al colegio para enseñárselo luego a Emma y comentarlo con ella. Siempre acababa haciéndolo. Aquel crío era un gallina incapaz de enfrentarse a la violencia humana sin tener un ataque de llanto. Demasiado mimado, antaño por su madre y ahora por sus abuelos y por Emma, pero, ¡joder!, ¡era su hijo! ¡Lo criaría a su manera, como a él le pareciera, y desde luego no iba a darle a leer *Las desventuras de Sophie*!

Debajo de la almohada encontró una foto de Anne, que parecía burlarse con suavidad de su infructuosa búsqueda. Ver la sonrisa de su mujer lo conmocionó.

«¿Por qué me has dejado solo? ¡Te necesito tanto!».

Una nube de desamparo pasó sobre su rostro y los ojos se le humedecieron, mientras su mano derecha se crispaba nerviosamente sobre la foto.

8

Charles había llegado temprano al lugar de la cita, un restaurante de moda de Clermont-Ferrand, así que pudo presenciar como un espectador atento la llegada de Adrien antes de que este fuera consciente de que lo observaban. Su amigo aún caminaba con paso envarado y un tanto irregular, pero la expresión de su rostro había cambiado, era más ardiente, más expresiva, en dos palabras, más viva.

«¡Vaya! Acerté encargándole esa investigación, se ha olvidado un poco sus preocupaciones...».

—Bueno, ¿qué tal por Saint-Flour, el pueblo del viento? —le lanzó con su habitual buen humor.

Antes de responder, Adrien le echó un vistazo a la carta.

—Tiene carácter —dijo al fin escuetamente.

—Y parece que la librera también, puesto que prolongas la estancia...

Una leve sonrisa distendió los labios del periodista.

—Digamos que ocupa el punto central de los lugares que nos interesan. En cuanto a la librera, no se puede negar que es mucho más simpática que la de Chamalières, lo que, entre nosotros, no es difícil.

—¡Por lo que veo, el oficio de librero ya no tiene secretos para ti!

—¡No, qué va! Es mucho más complicado de lo que se cree. De hecho, exige habilidades muy diversas. Por un lado, rigor en la gestión y, por otro, psicología, o buena mano con el cliente, si lo prefieres. Ambas cosas no siempre van juntas.

—¿Y tu librera? Más bien romántica, supongo...

—Mi librera, como tú la llamas, es una buena chica que se encuentra en medio de este avispero porque un día tuvo la peregrina idea de crear ese dichoso Círculo.

—Entonces ¿los asesinatos están dirigidos contra ella?

Charles parecía desconcertado. Adrien le aclaró su punto de vista ilustrándolo con los guisantes que llenaban su plato.

—No tanto contra ella como contra lo que representa su asociación. Verás, son veinte. Bueno, eran veinte. Si formar parte del Círculo de pronto se convierte para el cliente en una garantía de calidad, de profesionalismo, el resto de los libreros, los que no pertenecen a él, lo perciben como un hándicap. Así que tratan de entrar en él o lo destruyen.

Terminó su explicación aplastando todos los guisantes con el tenedor.

—Si lo he entendido bien, tú te inclinas por una reacción bastante violenta, por decir poco, de un competidor...

—Es una hipótesis entre otras. Después de la visita que acabo de hacer, no se puede excluir. Te cuento: hasta el accidente de Chamalières, que fue el que hizo saltar todas las alarmas, el Círculo había recibido varias solicitudes de ingreso. Dos fueron rechazadas; las demás están en curso, o más bien en espera, en vista de los acontecimientos.

—¿Cómo se pueden rechazar nuevos miembros cuando solo se cuenta con veinte? Me parece una actitud bastante sectaria...

—No tanto, Charles. Piénsalo. Tener unos valores es normal. Si uno de los miembros no los respeta, todo se va al carajo: ya no serán creíbles. ¿Verdad que no aceptarías un caballo en un club ciclista? Pues esto es parecido.

Estaban entrando en terreno pantanoso. Sin hacer ningún comentario sobre el ejemplo elegido, Charles mostró su escepticismo chasqueando la lengua de forma muy poco ortodoxa.

—Me gustaría saber cuáles fueron los motivos de los rechazos.

—A eso voy. Los dos se remontan al mes de julio, justo después de la famosa barbacoa literaria que lanzó al Círculo, o al menos lo dio a conocer gracias a un artículo elogioso, recogido más tarde por un sindicato profesional. El primero carece de interés, creo yo, puesto que era un librero de Lyon especializado en literatura erótica y defensor de la reapertura de los burdeles, de la prostitución legal. Vaya, un individuo peculiar, un poco chiflado, que no respondía en absoluto al perfil exigido a los nuevos socios.

—Un loco... Es lo que buscamos desde el principio, ¿no?

—Bueno, quizá lo he tachado demasiado pronto, pero, según me han dicho, Pascal Aurejac, el vicepresidente, habló con él por teléfono para hacerle comprender que no perseguían los mismos objetivos y, aparentemente, la conversación fue bastante bien. Cosa que no puede decirse del segundo.

—¿La segunda solicitud?

—Exacto. Procedía de Clermont, o más bien de su periferia, puesto que se trata de la librería Hubert, que abrió hace cuatro años

cerca del nuevo centro comercial. A todo esto, Hubert es el apellido del fundador. En mi opinión, con eso está todo dicho.

—¿Por qué?

—Se nota que no has estado en ninguna librería del Círculo. Todas tienen nombres largos que aluden a un escritor, una obra literaria, un pensamiento... En fin, algo muy intelectual que tenga relación con el libro.

—Entiendo. La librería Hubert, la librería Batifol o la librería Darcy no tienen relación con la literatura...

—Más o menos. Aunque, en lo que respecta a mi apellido, tu ejemplo está mal elegido. ¿Has oído hablar de un libro titulado *Orgullo y prejuicio*?

—No.

—¡Vaya, menos mal!

—Espera, ahora que lo dices, mi mujer me arrastró al cine para ver algo con un título por el estilo, creo que estaba basado en un libro.

—¿No recuerdas el nombre del protagonista?

—¡No, chico!, ¡cómo me voy a acordar! Estaba reventado, creo que me dormí a los diez minutos. Además, la historia no me pareció nada del otro mundo.

—Estupendo, si está en DVD, me evitará leer el libro.

—¿Se puede saber de qué hablas?

Ahora Charles parecía divertido. Lo miraba con los ojos muy abiertos para mostrar su asombro mientras su amigo, más bien aburrido, se embarcaba en una exposición de lo más inverosímil.

—Es demasiado largo para explicarlo. La cuestión es que el protagonista del libro se llama Darcy, ¡sí, sí, como yo! Todos los

malditos libreros con los que me encuentro no paran de hablar de ese fulano, es alucinante.

—¡Uy, sí!

—¡Tú ríete! No te imaginas lo irritante que puede llegar a ser. Aún no he acabado de presentarme y ya están todos entusiasmados, como si yo, por ejemplo, me encontrara de pronto con el Caníbal, quiero decir, con Eddy Merckx.

—¡Vives peligrosamente!

—¡Búrlate todo lo que quieras! Me has hecho perder el hilo de lo que quería contarte, y es importante.

—Me estabas hablando de Hubert, el famoso Hubert al que rechazó el Círculo. Entre nosotros, ya les vale, ¡rechazar a un librero de Clermont, cuando la mayoría de ellos viven en pueblos perdidos! Eso podría haberles ayudado.

—No lo creo, la verdad. Lo importante no es el tamaño de la localidad ni el volumen de negocio. De hecho, dentro de la asociación hay una librería de París muy activa. ¿Cómo te lo explico? El Círculo se creó a partir de una serie de compromisos militantes, identitarios y culturales que se traducen, en parte, en la elección de los libros que se ponen a la venta. También tienen un fuerte compromiso local, con un interés por el barrio en el que está situada la librería y por la localidad en su conjunto. En esas librerías se ofrece un trato personal. Saben a quién sirven y quién los sirve, y son sitios en los que se puede hablar e intercambiar muchas más cosas que libros.

—¿Y Hubert? ¿Él no es así?

—La verdad es que no. Mira, voy a leerte la carta de rechazo, así lo entenderás mejor. Antes de decidir que no aceptaban su solicitud,

Emma, la presidenta, y Sylvie, la secretaria del Círculo, vinieron a Clermont para conocer al famoso Hubert.

> Apreciado Sr. Hubert:
>
> La visita que realizamos a su librería nos permite afirmar que ustedes se posicionan más como un espacio comercial que como un lugar cultural. Durante nuestro encuentro, nos habló únicamente de cuestiones de rentabilidad, o más bien de no rentabilidad, de la actividad comercial que representa para usted la venta de libros. Tuvimos la clara sensación de que su sección de «papelería y regalos» primaba sobre la parte literaria. En sus estanterías, no apreciamos ninguna estrategia cultural distintiva en la presentación de las novelas. Por el contrario, pone usted el acento en los best sellers y en los libros infantiles con gran potencial comercial. En esas condiciones, nos parece imposible por ahora acogerlo en nuestra asociación, que preconiza valores muy distintos, etc.

—Todo eso me parece como mínimo un poco elitista, por no decir intransigente. En el Círculo se creen superiores, ¿no?

—No hay que verlo así. Para los miembros de la asociación, la librería es un espacio cultural, por supuesto, pero no está al mismo nivel que un teatro o un museo. Es una puerta de entrada a la literatura y la cultura más modesta, accesible a cualquiera. De ahí su empeño en realizar presentaciones personalizadas más propias de un entorno privado: mobiliario no estandarizado, carteles, pilas de libros... En cierto modo, como en un bazar, si quieres, para que la gente se sienta tan a gusto como en casa. La librería Hubert, que acabo de ver con mis propios ojos, dista mucho de cumplir con esos criterios. Es un comercio como tantos otros, sin alma, frío, impersonal. Estos últimos días he estado en suficientes librerías

independientes como para poder afirmar que no tienen nada en común. Es evidente que no comparten los mismos objetivos.

—Quizá. Pero eso no convierte a Hubert en nuestro sospechoso número uno.

—¡Es que el tipo se tomó muy mal la carta de rechazo! Desde entonces, acosa a Emma y a Sylvie con amenazas más o menos explícitas, del tipo «Pero ¿quién te crees que eres, desgraciada? ¡Lo vas a pagar caro!». Llena de mensajes desagradables las páginas de Facebook de sus librerías, incluso cubrió el escaparate de Courtial, el librero de Chamalières, ya sabes, con una pintada que decía «Círculo de los cojones», de la que hace un rato ha presumido delante de mí, y tampoco parecía muy apenado por lo que le ocurrió a su colega apenas un mes más tarde. Todo eso da que pensar. Te concedo que no necesariamente lo convierte en culpable, pero... Ese fulano no es trigo limpio. Nuestro objetivo es averiguar quiénes son los enemigos del Círculo. ¡Ahí tienes a uno!

—Junto con Amazon, que fue el primero que se te ocurrió.

—¡Vale, Charles, ya sabes que bromeaba! Francamente, una empresa como Amazon no tiene nada que temer de una pequeña red de libreros independientes.

—Amazon tiene otras preocupaciones, desde luego. Pero chiflados los hay en todas partes. ¿Has oído hablar de un individuo que se presenta a sí mismo como «el defensor de Amazon, la salvación del mundo rural»? No sé qué le habrán hecho los libreros a ese zumbado, pero la cuestión es que les tiene tirria y arremete sobre todo contra esa clase de comercio «del pasado», como él lo llama. De momento, se conforma con inundar las redes sociales de ejemplos que demuestran que la niña de sus ojos es más fiable, más

rápida y más barata. Está tan chalado que encarga el mismo libro a una librería y a Amazon para mostrar la eficacia del servicio de este último. Se pasa la vida realizando estadísticas de pacotilla que apuntan a la inminente desaparición de las librerías.

—¡Es increíble! ¿Cómo sabes todo eso?

Charles esbozó una sonrisilla satisfecha.

—Tengo mis fuentes, ¿sabes? De hecho, es una filtración de la policía judicial. Localizaron al fulano en las redes sociales haciendo búsquedas cruzadas con las palabras «muerto» y «librero», figúrate. Una vez más, queda demostrado que ya no se puede hacer nada sin ser espiado. Un simple clic, y se sabe todo sobre ti. Realmente, hay que andarse con cuidado.

—Ese individuo, ¿tiene algo contra los miembros del Círculo?

—No, que yo sepa. Su blanco es más bien el gremio en su conjunto. De todas formas, llama un poco la atención que viva justo en nuestro triángulo de la muerte. Un pueblecito cerca de Issoire. Puede que sea una coincidencia, una más, me dirás tú, porque en este asunto empieza a haber un montón. Toma, son sus datos personales. Da charlas sobre los nuevos hábitos de consumo, podrás abordarlo fácilmente partiendo de ese tema.

—¡Vaya, lo que me faltaba! Profesor Crispin. ¡Un incondicional de la venta online! Que una asociación trate de salvar las librerías es comprensible, pero que un consumidor se pase la vida defendiendo a los gigantes de internet me supera, la verdad. En fin, ¿por qué no? Puede ser una pista interesante. En cualquier caso, debe de ser un tipo digno de conocer. Iré a hacerle una visita.

—¿Lo ves? La investigación progresa, ¡ya tenemos dos sospechosos! Aunque, si lo he entendido bien, aún no estás

preparado para escribir un artículo al respecto...

El periodista asintió con una expresión seria. Aquella nueva hipótesis del defensor de Amazon le preocupaba. La policía lo vigilaba, y seguro que también había investigado sus movimientos los días de los asesinatos. Si todavía no estaba detenido, era porque no había nada oscuro que permitiera hacerlo. Adrien se había propuesto vigilar de cerca a Hubert, porque el librero de Clermont, aparte de bastante antipático, rezumaba odio y le había parecido sospechoso. Aquella nueva pista demostraba que había que ser prudente, no sacar conclusiones ni precipitadas ni demasiado fáciles. Comprendía, en especial, que en aquel asunto estaban en juego cosas mucho más importantes de lo que había imaginado, cosas que seguramente lo superaban.

Mientras cortaba el queso, alzó los ojos hacia Charles. Su amigo lo observaba con un afecto solícito, que lo irritó de inmediato.

«¡Ya lo sé, con la atrofia del brazo derecho me apaño fatal!».

Con un gesto malhumorado, apartó el trozo de queso hacia el borde del plato. No le gustaba dar la nota. Ya no tenía hambre. De pronto, su lesión le recordaba que existía de forma especialmente abrupta, porque las vicisitudes de la investigación la habían relegado a un segundo plano.

—¿Aún tienes dolores?

Una semana antes habría arremetido contra Charles por semejante intromisión en su intimidad. Ahora esa pregunta directa ya no le hacía daño, no le provocaba tanta amargura. Su rabia estaba desapareciendo y él comenzaba a «ser razonable». ¿Debía alegrarse de ello? Aún no lo sabía. Se esforzó en responder con una voz desprovista de emoción:

—Procuro prescindir de los calmantes, aunque no siempre es fácil. Bueno, aparte de eso, ¿tienes más información del lado de la policía judicial?

A Charles le gustó la actitud desafiante, el tono un poco hosco, el orgullo mismo que traslucía aquel cambio de tema. Adrien resistía, tener otros focos de atención le hacía bien, le abría forzosamente otras perspectivas. Saldría de esta.

—Me da la sensación de que están como nosotros, esperando el 20 de este mes con el corazón en un puño. Creo que ese día la joven librera de Decazeville va a estar la mar de vigilada.

—No estoy seguro de que suceda allí, recuerda que se borró del Círculo.

—¡Sin publicitarlo, no lo olvides! Es un error. De todas formas, nuestro hombre es demasiado maniático para no respetar el orden que él mismo se impuso.

—¿Nuestro hombre o nuestra mujer?

De pronto, la pregunta parecía importante para Adrien.

—Hay muchas posibilidades de que el asesino sea del sexo masculino. El librero de Aurillac no era precisamente un alfeñique, se necesitaba fuerza para estrangularlo.

—¿La policía está segura de eso?

—¡En absoluto! Nunca se puede estar seguro de nada, y menos en un caso tan complejo como este. La estrangulación requiere casi más tiempo y habilidad que fuerza, basta con mantener una presión constante sobre el cuello. Según la investigación, a Jean-Claude Boudet lo cogieron desprevenido: estaba de espaldas a su asesino. Apenas se defendió.

—No sé si la policía judicial ha tomado nota de ese detalle, pero la cuerda utilizada, un cordel de nailon redondo, es del tipo que usan la mayoría de los libreros para atar cajas.

—¡No me digas! ¿Alguien del gremio, entonces?

—No necesariamente, puede que el cordel estuviera en el mostrador. En las librerías he visto docenas como ese.

—Entonces ¡como si nada!

—Al menos, podemos decir que tenemos las principales características de los asesinos en serie, a saber: un mínimo de tres víctimas con una pausa, un «enfriamiento», en la jerga de los especialistas, entre cada asesinato. El móvil es, por lo general, más psicológico que material; rara vez matan para obtener un beneficio. Sin embargo, la víctima puede tener un valor simbólico. Seguramente es el punto más importante en lo que nos concierne.

Charles interrumpió a Adrien, excitado:

—Espera, si lo he comprendido bien, nuestro asesino es alguien que odia a los libreros o los libros; alguien que, en cualquier caso, tiene una relación un tanto retorcida con ellos. ¡Oye, los dos sospechosos que hemos mencionado al comienzo de la comida, Hubert y el profesor Crispin, encajan en ese perfil!

El periodista calmó su entusiasmo con un gesto de la mano y reanudó sus explicaciones:

—Nos bastaría con uno. En mi opinión, todas esas teorías hay que cogerlas con pinzas. Se dicen tantas cosas sobre los asesinos en serie... Supuestamente, muchos de ellos sufrieron abusos físicos o psicológicos durante la infancia. Son inteligentes y podrían haber desarrollado una brillante carrera profesional, pero por lo general están frustrados porque han fracasado. Esconden su mente

torturada bajo un aspecto normal, incluso simpático. En una palabra, son buenos actores con una inclinación natural hacia la mentira. Así que no es fácil descubrir a un individuo que, en el fondo, se parece a todo el mundo. Ya ves, por una parte, algunos aspectos parecen encajar con nuestro caso; por otra, quedan demasiadas zonas de sombra para poder utilizar con relativa seguridad la etiqueta de asesino en serie. Por ejemplo, nuestro hombre usó un método para matar distinto en cada ocasión, lo que contradice el *modus operandi* habitual del *serial killer*, que en principio siempre emplea el mismo. Para esa gente, el ritual parece tener una importancia capital. En este caso, lo único que cumple los requisitos es el respeto del orden alfabético y de la fecha. En cuanto a las víctimas, también hay diferencias. Sin embargo, por regla general, responden a un estereotipo que tiene un fuerte significado simbólico para el asesino: mujer rubia, menuda, joven, etc. Aquí, aparte del hecho de ser libreros, nada las relaciona.

Charles soltó un silbidito aprobador. Veía con satisfacción que Adrien se había lanzado sobre el caso con un rigor muy deportivo.

—¡Menudo lío! Pero no te preocupes, no creo que la policía judicial haya hecho muchos más progresos que nosotros. En mi opinión, mientras estemos *in albis*, los investigadores hacen bien en no atraer la atención del público sobre esos asesinatos. Por su parte, la prensa también hace su trabajo. El día que saquemos esta historia, puedes estar seguro de que el tipo se convertirá en una celebridad.

—Es lo que buscan todos los psicópatas. Que se hable de ellos refuerza su sensación de omnipotencia hasta tal punto que acaban viéndose como una leyenda en su propia mente.

—Por desgracia, no creo que podamos seguir callando todo esto por mucho tiempo. He olvidado decirte que ayer me telefoneó la hermana de Courtial. Quiere un artículo en un plazo de ocho días, so pena de pasarle la información a otro periódico. Parece ser que se lo prometiste. Habría que orientarla un poco mejor. Ella sola podría sembrar el pánico entre todos los libreros del país.

Adrien suspiró. Élisabeth Courtial le telefoneaba varias veces al día, pero él había decidido ignorar sus llamadas. A la librera le había faltado tiempo para vengarse contactando directamente con su jefe.

«¡Qué pesadez de mujer!».

—De acuerdo, la llamaré. No sé por qué tiene tanto interés en publicarlo. Es el único familiar de las víctimas que lo reclama, los demás prefieren la discreción.

—Intenta solucionarlo. Desde luego, parecía bastante furiosa contigo. Bueno, ¿nos vemos esta tarde en el cóctel del alcalde?

—No, prefiero regresar a Saint-Flour. Mañana hay una reunión del Círculo y me gustaría asistir.

—Como quieras. ¡Qué pundonor profesional! Me da la sensación de que las dietas me van a salir por un ojo de la cara, sobre todo si, por el bien de la investigación, te da por comprar libros...

Charles señaló con una expresión burlona el que asomaba fuera de la mochila de Adrien y que lo intrigaba desde el comienzo de la comida.

—¡Ah, no! Este es un libro sobre la vida de Poulidor que me regaló él en persona. ¡Y, además, dedicado!

—¿Tu libro de cabecera?

—¡Hay que ver lo bobo que puedes ser cuando te lo propones! Aparte de curioso. Pues, para que lo sepas, se lo voy a regalar a una

librera. Increíble, ¿no?

—Creo que en este asunto ya no me sorprende nada. ¡Me alegro por ti, chaval!

—¡No es lo que piensas!

—Pero si no pienso nada... Solo me pregunto qué clase de mujer se conformaría con un regalo así...

9

Adrien aparcó delante de la catedral, un sitio que empezaba a resultarle casi familiar. Esa tarde de otoño, los pálidos rayos del sol se transformaban en regueros de luz que goteaban como diamantes por las piedras grises de las fachadas. En la montaña, durante los últimos días, los árboles habían sacado sus mejores galas y desplegaban por doquier sus flamígeras cabelleras, salpicadas de oro. Emma decía que bastaría con una o dos noches de helada para que enseñaran el ramaje, que esa desnudez era aún más hermosa, más conmovedora, que sus rugosas cortezas ennoblecían el invierno. La librera parecía sentir por su tierra un amor incondicional. Poco a poco, la fuerza de los paisajes también se le imponía a él. Aquella naturaleza salvaje y orgullosa tenía algo auténtico, poderoso, insólito, que lo emocionaba en el recodo de un camino, a la salida de una curva de la carretera o allí, en aquella plaza intemporal ajena a los torbellinos del mundo.

En Los Libropensadores, el gato seguía balanceándose sobre su pila de libros. Adrien no llevaba ni un día fuera, pero Emma ya había cambiado el escaparate. De cara al 11 de Noviembre, los libros de historia se habían convertido en los protagonistas. Cómics, novelas y ensayos dispuestos sobre una alfombra de helechos rojizos ofrecían sus páginas al viandante para despertar su recuerdo. Adrien casi

chocó con la luna al ver en primer plano un título que le estaba destinado, o eso pensó él. *Le Tour de France 1914: de la fleur au guidon à la baïonnette au canon*, de Jean-Paul Bourgier.

«¿Dónde lo habrá encontrado Emma?».

No se preguntó «por qué». Aquella chica tenía una empatía innata que la llevaba a comprender a los demás, a dar con la palabra justa, a hacer el gesto adecuado en el momento preciso. ¡Demasiado idealista, desde luego, pero tan cálida!

Qué raro era encontrar a alguien como ella, con un sentido casi natural del compartir... Emma no calculaba, no se fijaba en las apariencias, no sopesaba los pros y los contras, rebosaba una energía tranquilizadora. Desprendía ondas positivas. A su lado, el mundo parecía mejor. Aunque a veces su ardor apasionado prevalecía sobre la reflexión. Ahora que la conocía mejor, al periodista ya no le sorprendía aquella idea del Círculo, que al principio le había parecido anticuada y elitista. Emma era una especie de terranova que quería proteger al mundo. Sus buenos sentimientos podían ponerla en ridículo. Adrien tan pronto la encontraba irritante como enternecedora. En todo caso, demasiado frágil para enfrentarse al adversario invisible que parecía decidido a destruir su obra.

Entró en la librería como una exhalación, porque había advertido que la campanilla no empezaba a sonar hasta el tercer paso y, por tanto, convenía darlo y hacerse a un lado lo más rápidamente posible. Casi se había convertido en un juego. ¡Aquella campanilla burlona no podría con él! Además, aquel paso a un lado le obligaba a hacer una gimnasia que no le iba nada mal.

De lejos, Emma le dedicó una sonrisa e hizo unos cómicos aspavientos para darle a entender que tuviera un poco de paciencia. Se acercaba la hora del cierre, pero la última clienta, una señora menuda, muy delgada y muy frágil, que hablaba con voz titubeante, parecía tener todo el tiempo del mundo. Era como una minúscula figura de porcelana dotada con el don de la palabra. Algunas hebras doradas alegraban sus cabellos blancos y, cuando se dirigía a la joven librera, la fina piel de sus mejillas se veteaba de rosa. Se veía que era tímida y, sin embargo, decidida. Pero su petición parecía tan extravagante como irrealizable.

—Mi querida Emma, no sé si esta vez podrá ayudarme, busco un libro del que me ha hablado una amiga, pero no recuerdo ni el título ni el autor. Es la historia de unos gemelos y transcurre en Alsacia. ¿Le dice eso algo? Ya sabe que yo misma perdí a mi hermana gemela. Todo lo relacionado con ese tema me fascina.

Adrien suspiró.

«Pues sí, parece que tenemos para rato. ¿Cómo se puede ser tan vago? ¡Pobre Emma! Tengo curiosidad por ver cómo sale de esta».

Pero, tras reflexionar apenas dos minutos, la joven librera se dirigió hacia el ordenador.

—Creo que se trata de *Les Jumeaux du Val d'Amour*, de Geneviève Senger.

—Sí, eso es. ¡Es usted maravillosa! Transcurre en Alsacia, ¿verdad?

—Desde luego, señorita Luce. Puedo tenerlo en dos días.

Adrien, pasmado, esperó a que la «gemela» se marchara para acercarse a Emma.

—¡Me has dejado de una pieza! ¡Madre mía! ¿Cómo te las apañas para conocer tantísimos títulos?

La chica esbozó una sonrisa pícara que hizo aparecer sus graciosos hoyuelos.

—Me gustaría que me creyeras muy muy lista, pero la verdad es que tengo una varita mágica.

—¿Cuál?

—¡Electra! El software de los libreros. Un programa con memoria de elefante. Una herramienta que hace milagros. Una pregunta sobre un libro, tecleo en el ordenador, y tengo la respuesta. Esa fabulosa base de datos recoge todos los libros editados en francés y una parte de los agotados y de los próximos lanzamientos. Te da un montón de información: la sinopsis, el número de páginas, las dimensiones, hasta la biografía del autor, fíjate si es útil. Con él, estoy tranquila, ¡ya no temo ninguna pregunta! Ni las más absurdas, ni las más vagas, ni siquiera las que cambian el título o el nombre del autor, porque incluso hay una opción de búsqueda fonética. ¿«La historia de los hermanos gemelos de Alsacia»? Ningún problema. Basta con escribir «gemelos» y «Alsacia» en el buscador para obtener la respuesta. En realidad, detrás de Electra está el sindicato que agrupa a todos los profesionales del libro y pretende reunir a los principales oficios: libreros, editores, impresores, encuadernadores... Y, mira por dónde, ese famoso sindicato creado en 1847 se llamaba «Círculo de la Librería». ¡Pues sí! Hoy publica nuestra revista de referencia, *Livres Hebdo*. En «mi» Círculo, puedes ver una especie de guiño y de continuidad, aunque nosotros nos conformamos con agrupar a libreros.

—Confieso que, al principio, la palabra «círculo» me hizo pensar en una especie de club inglés muy selecto y un poco pasado de moda, con dandis manirrotos y damas barrigudas.

—¡Gracias en nombre de las damas! Para mí, la idea del círculo aludía a la necesidad de cogerse de la mano, de ayudarse mutuamente. Por ese lado, ahora lo llevamos crudo.

—¿Sigues manteniendo la reunión de mañana?

—A Pascal le ha costado Dios y ayuda contactar con todo el mundo. Algunos no vendrán. Hay gente que se muestra reacia. Este asunto les da miedo. A Pascal le parecen más evasivos que combativos. En fin, ya se verá. Patrick es muy majo, nos ha prestado su granja. Por cierto, creo que la hermana de Courtial está muy enfadada. Insiste en que avisemos a los medios.

Adrien suspiró. Empezaba a estar harto de aquella chica.

—¡Lo sé, es una pesada! Acabo de hablar con ella otra vez. Está convencida de que un asesino en serie os va a eliminar a todos. No deberías haberla invitado, ¡sembrará el pánico!

—Se ha hecho cargo de A Pie de Página. Chamalières es una localidad importante, y Élisabeth representa a su hermano, ¡no podía excluirla!

—Lo comprendo, pero la señorita Lizzie Courtial hará todo lo posible por armar follón, ¡hay que estar preparados!

—¿Cómo la has llamado? ¿Lizzie?

—Según me dijo, es su sobrenombre.

—¿En serio dijo eso? ¿Lizzie?

—¿Me ves inventando ese diminutivo? ¿Por qué te ríes? ¿He dicho algo gracioso?

—Pero, vamos a ver, Adrien... Es lo de Darcy otra vez. La protagonista de la novela es Elizabeth Bennet, pero casi siempre la llaman Lizzie.

Adrien tardó cierto tiempo en comprender, mientras Emma daba rienda suelta a su cristalina risa.

—¡Ah, no, eso sí que no! ¡Desde luego, qué pesados sois todos con ese libro! Deja de reírte. Si esa chica se cree la heroína de Jane Austen, allá ella, pero yo no pienso darle la réplica.

—Pues mira, eso podría solucionar nuestro problema más inmediato, que es distraerla.

—¡Búrlate todo lo que quieras! Pero no cuentes conmigo para sacrificarme por tu causa. Porque en la historia, si no recuerdo mal, el dichoso Darcy acaba con esa Lizzie como se llame.

—¡Pues claro, todo el mundo lo sabe!

Las lágrimas contenidas hacían brillar los ojos de Emma. Pese a la angustia, que no le daba tregua desde hacía días, la comicidad de la situación podía más que ella. Jamás habría imaginado que se encontraría con un Darcy y una Lizzie en la vida real. La expresión de desconcierto de Adrien era un espectáculo regocijante en sí mismo. Como no había leído el libro y no se veía como un seductor impenitente, no comprendía nada. Sin embargo, su actitud exasperada, disgustada, un poco altiva, lo acercaba aún más al personaje de ficción que llevaba su apellido. ¡Era tan divertido! Emma tuvo que hacer un esfuerzo para contener sus irresistibles ganas de reír, mientras Adrien, refunfuñando, la ponía en guardia.

—¡Tanto libro os vuelve majaras! Se llame como se llame, cuento contigo para mantener a esa chica alejada de mí. Me recuerda a una mantis religiosa.

—¡Tampoco exageres!

—Te lo aseguro. Con su viejo chal, su tono cortante y sus ojos miopes...

—Supongo que prefieres una chica alta, delgada, atlética, deportista y en bodi.

Sin pensar, Adrien se encogió de hombros, irritado, y replicó ásperamente:

—¡Sí, eso es! Sobre todo, una chica con los pies en la tierra, que cuide su cuerpo, que no se pase la vida con la nariz metida en una novela, soñando cosas imposibles.

—¡Hombre, gracias!

La mirada dura, exasperada, de Adrien se suavizó al posarse en Emma. No había querido decir eso, no así, al menos, y en cualquier caso no lo había dicho por ella. Ahora era demasiado tarde. Emma parecía ofendida, incluso herida. Adrien trató desesperadamente de reparar su desacierto.

—¡No lo decía por ti!

—¡Déjalo! Al menos has sido claro. Confesión por confesión, a mí tampoco me interesan los hombres que no levantan la cabeza del manillar y tienen un guisante por cerebro. ¡Eso evitará cualquier malentendido entre nosotros en el futuro!

—¡Vaya, tú también sabes ser mala!

—¡Hasta un cántaro puede ser peligroso, sobre todo cuando está roto!

Emma le sostenía la mirada con valentía; sus ojos azules, oscurecidos por una pizca de tristeza, brillaban con orgullo contenido. Adrien estaba consternado, incluso avergonzado por haberle causado aquella pena.

—No juegues a eso conmigo, Emma. He dicho una estupidez. Vale, soy un idiota. Pero no me refería a ti, ¡te lo juro! Desde luego, tú siempre tienes la nariz metida en un libro, pero tu cabeza está cerca de la gente, respiras humanidad, eso es lo que me gusta de ti. Élisabeth Courtial es una egoísta a la que la lectura seguramente ha aislado aún más. Tú, en cambio, tienes unos genes que, reforzados por tus lecturas, te dan ese poder mágico de aportar serenidad a los demás. ¡Por favor, no me rechaces!

—No es necesario que te disculpes por lo que piensas, estás en tu derecho de tener un ideal femenino, que además se parece a lo que tú mismo eres. Eso no va a impedirnos trabajar juntos, no te preocupes.

—Sabes que no quería decir eso, no soy muy hábil con las palabras, te considero una amiga...

Mientras le suplicaba con la mirada, le cogió la mano como para impedir que huyera. Parecía sincero. Emma, pese a sentirse tremendamente herida, ya estaba dispuesta a perdonarlo. No podía soportar el calor de sus dedos, la ternura preocupada de su mirada. De hecho, estaba demasiado conmocionada para comprender lo que realmente le pasaba.

«¿Por qué tomarse tan a la tremenda una frase desafortunada? Además, ¿qué espero de este chico? Somos tan diferentes que incluso hablar de amistad es ilusorio. Pero entonces ¿por qué duele tanto?».

Con una sonrisa un poco triste, se soltó de su mano.

—Siendo así, estupendo, mañana vigilaré a Élisabeth para que no te importune. No obstante, aparte de su sospechosa insistencia en

hacerse llamar Lizzie, no me la imagino buscando un romance. Es una mujer cerebral.

Adrien comprendió que Emma prefería cambiar de conversación. Sin embargo, sentía que el incidente no estaba cerrado. Resignado, decidió responder como ella deseaba que lo hiciera:

—No es fácil de calar... ¿La conoces bien?

—Al principio, coincidimos varias veces. Siempre ha sido bastante crítica con nuestro proyecto, y probablemente intentó impedir que su hermano participara en él. En realidad, es muy suya. El día de la barbacoa me sorprendió: se la veía sonriente, contenta de participar, de hecho, estuvo todo el rato ayudando a Gilbert Borne con las parrillas, una tarea ingrata donde las haya. Por la noche, seguía siendo una de las más animadas a la hora de bailar en la pista. A lo mejor solo es un poco veleta.

—Yo en cambio tengo la sensación de que, cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien la detenga. Estoy seguro de que mañana querrá poner en guardia a la gente y no parará hasta que se informe a los medios.

—Bueno, tampoco se le puede reprochar. Su hermano ha muerto. Si no fuera por esa obsesión por la prensa, estaría totalmente de acuerdo con ella. Debemos desconfiar, de eso no hay duda. El peligro está ahí permanentemente. El 20 de noviembre será un día interminable. Estaremos todos en el banquillo. Es el principal mensaje que quiero transmitir. Me siento tan responsable...

—¡No tienes ningún motivo!

—Fui yo quien puso en marcha el Círculo.

—En lugar de arrepentirte, deberías hacer una lista de tus enemigos o, al menos, si esa palabra te incomoda, de las personas

perturbadas que, de una forma u otra, pertenecen a tu entorno. El librero de Clermont, Hubert, es una de ellas, pero seguro que no es el único. Tienes que pensar muy seriamente en eso.

—Aparte de los rechazados, como Hubert, no se me ocurre nadie. Es absurdo, nuestro proyecto no atenta contra los intereses de los particulares, ¡todo lo contrario!

—Sabes que en este tema no lo estás poniendo todo de tu parte. No todo el mundo es tan bueno y amable como en tus sueños. Si en un sitio hay dos libreros y solo uno de ellos pertenece al Círculo, el otro no necesariamente estará encantado con la situación.

—¡Por supuesto! Pero no por eso empezará a eliminar salvajemente a sus compañeros de otras localidades. ¡Eso no se sostiene!

—Puede que no, pero no podemos descartar ninguna hipótesis. Por ejemplo, ¿sabes que hay un tipo que defiende a Amazon como único futuro posible, según él, para el mundo rural? Lo que lo lleva a publicar en las redes sociales un montón de mensajes rabiosos contra los libreros independientes.

—Es broma, te lo acabas de inventar...

—Ni mucho menos, se llama profesor Crispin, ¿te suena?

—¡No, pero me encantaría conocerlo! Es curioso, precisamente tenía ganas de escribir algo contra los sitios de venta online. Una especie de panfleto, para sensibilizar a los clientes. Estoy segura de que hasta los más fieles compran por internet de vez en cuando, por comodidad. De nosotros depende que los consumidores tomen conciencia de su responsabilidad y su papel en la construcción del mundo de mañana.

—Seguro que tienes razón, y todo eso está muy bien, pero entretanto quiero una lista de los enemigos potenciales del Círculo. Yo qué sé, un autor controvertido que no quisisteis promocionar... Alguno habrá, ¿no? O al revés, un libro que destacasteis y que molestó a alguien. No me digas que no hay nadie, que todo el mundo os adora, piénsalo fríamente.

—Vale, de acuerdo, comprendo lo que quieres decir. De todas formas, todo eso me parece bastante confuso. ¡No te prometo nada!

—Otra lista, y a esta dale prioridad, porque la necesito para mañana: todos los miembros del Círculo, con lo que piensas de ellos, sabes de ellos y les crees capaces o no de hacer. No pongas esa cara de mártir, naturalmente quedará entre nosotros, pero me ayudará bastante a hacerme una idea sobre cada cual.

—¡No puedes pedirme eso! ¿Qué será lo siguiente?

—Te lo pido porque confío en ti. Sé que es muy subjetivo, pero me hará ganar muchísimo tiempo, que es precisamente lo que no nos sobra.

—¡Te lo advierto, nunca he sido una chivata!

—Pon simplemente lo que tengas ganas de decir.

—Muy bien, pues mañana la tendrás, porque será muy breve. Oye, a todo esto, ¿has conseguido hablar con Hubert?

—He ido a verlo esta mañana. Me ha parecido un resentido dispuesto a todo para vengarse de vuestro rechazo. No dudó en pintarrajear el escaparate de A Pie de Página. Eso no lo convierte en un criminal, pero conviene tenerlo vigilado. Le he hecho una fotografía con el móvil sin que se diera cuenta. Así los miembros del Círculo podrán decirnos si lo han visto merodear cerca de sus librerías.

—¡Estupendo! Entonces, hasta mañana, ¡tengo que hacer tus listas!

Adrien se dirigió al coche diciéndose que era un perfecto idiota. Al caer la noche, el frío se había acentuado. Con un gesto rabioso, lanzó la mochila al asiento trasero. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de lo mucho que le había alegrado volver a ver a Emma, aunque por desgracia su andanada contra las chicas demasiado intelectuales había echado a perder el reencuentro.

Lamentaba de veras haber dicho esas palabras. ¿Por qué no se había mordido la lengua, maldita sea? Emma se había sentido herida, su incipiente confianza parecía definitivamente perdida.

«¡Seré animal! Y yo que quería regalarle el libro dedicado de Poulidor... ¿Cuánto hace que no le regalo algo a una mujer? Ahora ya es tarde, Emma no lo comprendería. ¿Con qué pretexto podría hacerlo? Ni siquiera le he comentado nada sobre el escaparate, seguro que ha pensado que soy un patán...».

¿Qué había dicho ella? «Un guisante por cerebro». En esos momentos, no estaba muy lejos de pensar que tenía razón.

Acabó la noche en un bar del centro. Volvía a dolerle el brazo, de conducir, claro, pero puede que también por su estado de ánimo. La caja de las pastillas estaba vacía, sin duda tomaba demasiadas. Como no se sentía de humor para la verborrea de Crueze, se deslizó por la terraza para entrar discretamente por la puerta ventana de su habitación, que había tenido la previsión de dejar entreabierta. Al accionar el interruptor, se sorprendió al ver a Tom, que lo esperaba al pie de la cama con un libro en las manos.

—¡Ah, eres tú! ¿Qué haces a oscuras?

Aunque lo pensó, al ver que, una vez más, el chaval parecía triste, se abstuvo de añadir «en mi habitación».

—Papá ha salido, y no pensaba que tú volverías tan tarde...

—Bueno, ahora ya estoy aquí. ¿Has cenado, al menos?

—Sí. En realidad, si no te molesta, me gustaría acabar mi libro contigo. Emma piensa que sería mejor que lo leyéramos tú y yo juntos, en voz alta.

Un poco irritado, Adrien se dijo casi a la vez que Crueze era un auténtico irresponsable; que él podía despedirse de la retransmisión de la carrera ciclista que pensaba volver a ver, así como de una velada tranquila; que el pequeño, pese a su carita de ángel, tenía mucho desparpajo y, para acabar, que la librera lo ponía en un aprieto.

—Pues si lo ha dicho Emma —se oyó responder, casi alegremente, pese a sus poco amables reflexiones—, no hay más que hablar. ¡Además, me muero de ganas de conocer al famoso Buck!

La sonrisa del niño mientras trepaba rápidamente a la cama fue quizá la mejor recompensa de ese largo día.

10

Estaban casi todos. Con la excepción, claro está, de las tres víctimas, los dos miembros que se habían dado de baja y los de Auvers-sur-Oise, Forcalquier, Guérande y Ruan, demasiado alejados geográficamente para acudir a la llamada de Emma. Un librero parisino, el único del grupo, se había animado a cruzar el Periférico para la ocasión; bueno, no solo por eso, puesto que iba a pasar unos días en casa de su colega de Saint-Chély.

Precisamente este último había tomado la palabra para iniciar las discusiones. Por el momento, Emma se limitaba a recibir a sus compañeros, ayudada por Crueze, que —había que reconocerlo— se había esmerado. Aperitivos, canapés, ambiente relajado... No faltaba nada. Lejos de haberlo depravado más, como había supuesto maliciosamente Adrien, su última noche en blanco lo había revitalizado. Esa mañana tenía la mirada alerta, la respuesta pronta y palabras amables para todos. Permanecía al lado de Emma, interpretando a la perfección ese nuevo papel de protector de viudas y huérfanos que parecía querer asumir.

El periodista se había quedado un poco aparte, en una posición de observador motivada tanto por su accidente como por su enfado con Emma. Ella le había entregado la lista solicitada con un «es todo lo que puedo hacer» que, la verdad, no era muy prometedor. Ahora

parecía evitarlo, o más bien ignorarlo: cuando encontraba su mirada, adoptaba una expresión seria e indiferente.

De momento, el librero de Saint-Chély, uno de los tres cofundadores del Círculo, el muy querido amigo al que Emma mencionaba sin cesar, seguía en uso de la palabra. Adrien lo había identificado enseguida; de hecho, era un hombre que, con su físico de atleta y su exuberante melena romántica, no debía de pasar desapercibido nunca.

Al lado de su nombre, Pascal Aurejac, Emma había escrito: «Le Rouge et le Noir, de Saint-Chély-d'Apcher, exfutbolista profesional. Abrió la librería tras retirarse del deporte, ¡debería caerte bien! Una cabeza bien amueblada y, sobre todo, un corazón que no le cabe en el pecho».

Sobre la primera de esas cualidades, el periodista ya no tenía la menor duda. Su exposición, sin florituras, era a la vez rigurosa y completa. Además, Aurejac sabía imponer respeto para hacer valer su punto de vista.

—El jueves 20 de agosto, a media tarde, nuestro compañero Jean-Claude Boudet apareció estrangulado en su librería de Aurillac, durante el Festival de Teatro de Calle. El domingo 20 de septiembre, al amanecer, Bernadette Borne, a la que todos conocíamos por sus famosos enamoramientos literarios, que tanto le gustaba compartir con nosotros, murió apuñalada en su trastienda, en Brioude. El martes 20 de octubre, le llegó el turno a nuestro tesorero, Christian Courtial, de Chamalières, atropellado por una furgoneta cuando salía de su librería al anochecer. Por ahora, ninguno de esos asesinatos se ha resuelto.

—¡En la policía no hay más que inútiles!

La interrupción provenía de un individuo corpulento con los ojos llenos de venillas rojas que le daban, de inmediato, un claro aspecto de borracho. En aquel cenáculo tranquilo y más bien discreto, en el que todos se consideraban personas inteligentes, educadas, cultivadas y leídas, hacía el papel de intruso, por no decir de personaje grosero, con su pelo grasiento y desgreñado y su chaqueta de tweed con las mangas visiblemente cortas.

Adrien no había conseguido identificarlo con total seguridad, pero la respuesta de Aurejac despejó sus dudas.

—Señor Borne, comprendemos su rabia y su exasperación, pero centrémonos en el objetivo de la reunión de hoy. Sabemos tan poco como la policía sobre esos crímenes abominables, ignoramos incluso si hay alguna relación entre ellos.

¡Así que era el marido de Bernadette! Todos los testimonios recogidos en Brioude lo describían como un hombre pendenciero al que la bebida o los repetidos reveses en los hipódromos podían volver tiránico, vociferante y violento. Al contrario que su mujer, no contaba con el aprecio del vecindario, que estaba deseando perderlo de vista y le habría endosado el asesinato de buena gana. Por suerte para él, en el momento de los hechos asistía con un grupo de alegres compadres a las carreras del hipódromo de Vichy. Así pues, su vicio le había proporcionado una coartada irrefutable. Como dice el refrán, «hay bribones con fortuna y hombres de bien sin ninguna». Aunque bribones tan desvergonzados y desaprensivos como él debía de haber pocos.

—¿Si hay alguna relación? ¡No me haga reír!

Esta vez la interrupción venía de Élisabeth Courtial, que se había levantado en actitud vindicativa. Sin perder la calma, Aurejac hizo

que se callara con un gesto imperioso de la mano.

—Déjeme acabar. Lo que queremos, el objetivo de esta reunión, es evitar que el próximo día 20 se cometa otro asesinato.

—¿Tú qué propones? —le lanzó la librera de Massiac, a la que, en su lista, Emma calificaba muy acertadamente de «pragmática».

Su colega de Thiers, considerado «prudente», ganó a Aurejac por la mano.

—¡Yo tengo una idea! El 20 de noviembre cae en viernes. Como precaución, podríamos cerrar todos y tomarnos el día de descanso.

La propuesta provocó reacciones muy diversas.

—¡Eso es de cobardes! Nada prueba que vaya a haber otro asesinato. No son más que cábalas.

—Pues a mí me parece una idea muy sensata.

—¿Ah, sí? Si el asesino quiere liquidarnos, nada le impedirá hacerlo el 21 o el 19. ¡Es una estupidez!

—Yo no puedo cerrar de ninguna manera, es el día de la Fiesta de la Montaña, con actividades en toda la ciudad. Me comprometí a montar una carpa del libro que reunirá a una decena de escritores locales. No puedo anularlo. Imposible.

Adrien observó con interés a la librera de Vic-sur-Cère, que acababa de hablar. Una morena menuda y enérgica a la que no era fácil colársela.

«¿Se da cuenta de que podría ser la próxima víctima?».

Una hipótesis que Adrien se planteaba muy en serio. Ahora se sabía la lista de miembros de memoria. Marlène Pagès, la librera de Decazeville, quedaba definitivamente descartada, porque no solo había dimitido, sino que además había puesto rumbo a otra parte, metafórica y literalmente, puesto que había echado el cierre de

forma temporal e iniciado un crucero de tres semanas. En consecuencia, el asesino, o bien seguía estoicamente el orden alfabético, en cuyo caso su próximo destino sería Espalion, o intentaba actuar en otro sitio, y, de ser así, Valérie Velmas, de Vic, parecía la más indicada. Esas tres uves recordaban la singularidad alfabética de Brioude y Chamalières. Y la uve era además la inicial del municipio que cerraba la lista. ¿Cómo no ver en ello una señal para el maniaco, una verdadera invitación al asesinato, si intentabas razonar como él? Por supuesto, podía elegir a otro librero, pero el periodista estaba convencido de que el asesino residía en algún lugar situado en un radio de ciento cincuenta kilómetros alrededor de Saint-Flour. Lo que explicaba por qué había escogido Aurillac en lugar de Auvers-sur-Oise, y por qué Geneviève Hu, la librera de La 23e Marche, localizada en ese municipio de la región de París, no tenía nada que temer. Al igual que los de Forcalquier, Guérande, Ruan y París, demasiado alejados, sin duda. Adrien podía equivocarse, por supuesto, pero, dejando aparte su obsesión alfabética, hasta ahora el asesino no había recorrido grandes distancias.

En esos momentos tenía la palabra un hombre bajito, muy educado y sobrio en sus gestos. Encajaba a la perfección en la descripción hecha por Emma del librero de Figeac, que concluía con «en él, todo es refinado». Comentario que Adrien traducía rencorosamente como «él no tiene un guisante por cerebro».

—Mis queridos amigos, seamos sensatos y realistas. Lo principal es que nos mantengamos alerta. Hasta ahora el asesino ha tenido éxito porque nosotros éramos tan inocentes como un recién nacido. Ahora sabemos. Saber es poder, saber es desconfiar, redoblar la

vigilancia, garantizar nuestra seguridad. Yo acabo de instalar un sistema de videovigilancia muy sofisticado y, créanme, bastante disuasorio. Si alguno de nuestros desventurados compañeros se hubiera equipado con ese dispositivo, hoy sabríamos mucho más sobre el asesino. Incluso estoy convencido de que ya estaría entre rejas.

Como la discusión amenazaba con derivar hacia el precio exorbitante del sistema en cuestión, Emma consideró necesario volver a centrar el debate.

—Cada cual hará lo que considere oportuno. Lo que os pido, ante todo, es que os toméis en serio esta amenaza. El 20 de noviembre, procuremos al menos no estar solos en la librería. Siempre podemos pedirle a un familiar, un amigo o un vecino que nos acompañe. Es muy posible que, por su parte, la policía, a la que he proporcionado la lista de los miembros del Círculo, realice una vigilancia discreta de nuestros establecimientos. Debo deciros también que he recibido dos dimisiones directamente relacionadas con este asunto. La del compañero de Montluçon y la de Marlène Pagès, de Decazeville.

—¡Qué valientes!

—¡No somos quiénes para juzgarlos! Aunque estoy convencida de que yendo cada uno por nuestro lado no saldremos de esta indemnes. Ayudarnos mutuamente es más necesario que nunca.

—Oye, Sylvie, entonces tú eres la próxima, ¿no? ¡Estarás temblando de miedo, guapa!

Aquella pregunta, que les rondaba a todos por la cabeza pero que ninguno se atrevía a formular, la había hecho sin el menor titubeo Gilbert Borne. Su vulgaridad natural le daba incluso un tono eufórico. Una especie de regocijo iluminaba su desagradable rostro y

asqueaba todavía más a la concurrencia. Era un individuo insoportable; la angustia de los demás parecía galvanizarlo ofreciéndole al fin la oportunidad de vengarse de aquella gente que, en realidad, nunca lo había admitido entre ella. En el fondo, sabía que solo lo soportaban porque era el marido de Bernadette. Ese día le habían puesto buena cara: su condición de viudo reciente lo protegía de la animadversión. Pero eso no duraría mucho, Borne lo sabía. Aquella reunión le había parecido el momento ideal para meterles el miedo en el cuerpo a aquellos pobres intelectuales, a quienes les importaban un pito los proletarios como él. Nada más sentarse, se había dedicado a describirle a su vecino de mesa, el librero de Laguiole, todas las atrocidades sufridas por «su pobre Bernadette». Pero había pinchado en hueso. El librero, que no era una persona impresionable, se limitó a decir «mi pobre amigo» antes de volverse hacia el otro lado con una expresión de repugnancia. Ofendido una vez más, Borne decidió entonces atacar a quien él llamaba «la Sylvie». La odiaba al menos tanto como a Emma: entre las dos, habían hecho todo lo posible para que Bernadette iniciara los trámites del divorcio. En el fondo, la idea de que acabaran asesinadas como su mujer no le desagradaba en absoluto.

Pero, sin inmutarse, la librera de Espalion, una mujer guapa, apasionada y con clase, le respondió con un brillo irónico en los ojos:

—¡Muy gracioso, Borne! Por lo que veo, tan ocurrente como siempre. Pues sabed que, lo que es yo, no cerraré el día 20. No pienso temblar de miedo porque un loco quiera matar a los libreros. No cambiaré ninguna de mis costumbres. No obstante, mi querido

compañero me prometió quedarse conmigo todo el día. Varios amigos también vendrán. Imagino que esa noche cenaremos fuera.

—¡No te hagas la valiente, tú también caerás! ¡Como todos los aquí presentes!

Varias voces se alzaron para hacer callar a aquel salvaje. Curiosamente, la de Élisabeth Courtial, bastante comedida hasta ese momento, fue la más contundente.

—¡Ya basta, Gilbert! O te callas o te vas. ¿No te parece que tenemos bastante con esta desgracia? No hace falta llamar más la atención. Estamos muertos de miedo, pero no hacemos nada. ¿De qué sirve esta reunión si seguimos escondiendo la cabeza como un avestruz? Solo hay una solución, Emma. Eres la responsable de esta situación. Hay que informar a la prensa, informar al público sin dilación, es la única forma de hacer desistir al asesino.

Adrien casi se sintió aliviado al oírla soltar su perorata habitual. La esperaba desde que la había visto llegar y le había sorprendido su relativo silencio. Tenía que reconocer que la librera de Chamalières había actuado con astucia esperando a que Borne lanzara sus siniestras profecías para intervenir. Los dos podían felicitarse por haber arruinado la reunión. Sacar a relucir la responsabilidad de Emma también había sido muy hábil. Si aún no habían reparado en ello, ahora los libreros tenían un chivo expiatorio para canalizar sus miedos, sus frustraciones, su sensación de que habían perdido el control de la situación. Siempre es reconfortante disponer de alguien a quien señalar, alguien que pueda cargar solo con toda la responsabilidad. Élisabeth, rencorosa y frustrada, había jugado bien sus cartas. Emma no estaba preparada para semejante golpe bajo.

Adrien la vio palidecer mientras trataba de encajarlo. Aquella frasecilla venenosa iba a dejar secuelas, sin la menor duda.

«¿Por qué demonios no estoy a su lado?».

A Adrien no le pasó inadvertido el gesto protector de Crueze, que se inclinó hacia ella y le apretó la mano para reconfortarla. Odiaba a aquel tipo cada vez más. Tenía la sensación de estar rodeado de víboras.

Sylvie Lacan, a la que nada parecía impresionar, se opuso a la propuesta con viveza.

—¿Informar a los medios? ¡Por supuesto que no! A no ser que queramos ver huir a la clientela. Piénsalo un poco: ¿quién se atreverá a visitar una librería amenazada por un asesino en serie? De hecho, hay que agradecer a Emma que haya mantenido a la prensa a distancia. Adrien, al que os hemos presentado hace un momento, investiga el asunto para el grupo Centre France, pero se ha comprometido a no publicar una línea hasta que sepamos algo con certeza. Y recuerdo a todos los indecisos que, por el momento, la policía tampoco quiere hacer pública esa hipótesis del asesino en serie, y subrayo la palabra «hipótesis». ¿Nos corresponde hacerlo a nosotros? ¿Qué sacaríamos con eso? Si entramos en ese juego, podemos decirle adiós a nuestra tranquilidad y a nuestros negocios. ¿Qué pretendes exactamente, Élisabeth? ¿Ganarte la simpatía de las masas, que nos señalen con el dedo, que se malogre todo el trabajo del Círculo? No sabemos nada sobre ese asesino, salvo que está loco. No es suficiente.

Emma se levantó para poner fin al alboroto general.

—Escuchad, esta cuestión es muy importante, propongo que la sometamos a votación.

—¡No tan deprisa, Emma! ¡Antes permíteme defender mi idea, por lo menos! Tenemos entre nosotros a un periodista que ha seguido el asunto desde el principio. Si un periódico como *La Montagne* ha puesto a alguien a tiempo completo sobre este caso es porque sabe que se trata de algo importante. No estamos ante homicidios corrientes, sino ante un asesino en serie dispuesto a eliminar a todo un grupo de libreros. Y entretanto nosotros no hacemos nada, nos quedamos callados como niñitos obedientes, cuando bastaría un artículo para poner a miles de personas a nuestra disposición. ¿Qué podemos hacer solos contra un loco? En cambio, con la ayuda del público, su plan encontrará tantos obstáculos que ya no podrá actuar. Además, estoy convencida de que eso atraerá a los curiosos y, por lo tanto, aumentarán las ventas. No comprendo vuestras dudas, la verdad. ¿De qué tienes miedo, Emma? ¿De que tu Círculo caiga en el descrédito por culpa de este asunto? ¿Y qué? Es mejor que nos asesinen, ¿no?

Élisabeth Courtial, convencida de lo que decía, abarcaba a los asistentes con su extraña mirada, un poco miope, que en esos momentos reflejaba un desprecio condescendiente. El periodista comprendió que, por algún motivo desconocido para él, aquella chica odiaba a Emma, que su empeño en dar publicidad a lo que estaba ocurriendo solo era una mezquina venganza para perjudicar al Círculo. Quizá la muerte de su hermano la había desestabilizado. Sin embargo, en su comportamiento y sus palabras, Adrien no percibía ni dolor ni tristeza, solo amenazas, arrogancia, celos y un increíble empecinamiento.

Su actitud era tan desafiante que, sin reflexionar, Adrien tomó la palabra, a pesar de que esa misma mañana se había prometido no

intervenir:

—No entiendo qué pretende conseguir, señorita Courtial. Ya le expuse mi opinión sobre el tema como periodista. Es demasiado pronto para sacar un artículo. Quiero que sepan que si nuestro grupo de prensa no publica nada es porque, efectivamente, no estamos en situación de hacerlo. ¿Qué tenemos, aparte de hipótesis? Nada, ni la menor reivindicación, por ejemplo. En consecuencia, revelárselo todo al público equivaldría a compartir con él nuestras vagas suposiciones. Es posible que encuentren otros periódicos dispuestos a calentar los ánimos y provocar alarma. No es nuestra ética. En cuanto al asesino en serie, si realmente existe, darle toda esa publicidad sería concederle un honor que no merece. Por lo demás, es lo que suele buscar ese tipo de desequilibrados. Tengan presente que eso no lo hará menos peligroso, no lo detendrá. Imagino que todos han leído suficientes novelas policiacas para saber que, en esa clase de individuos, la publicidad actúa precisamente como un estímulo.

—Gracias por darnos un punto de vista externo. Ahora cada cual podrá formarse su propia opinión. Con el fin de evitar cualquier malentendido y cualquier presión, realizaremos una votación secreta para decidir si debemos o no revelar al público esta tragedia, a saber, el brutal asesinato de tres miembros de nuestro Círculo.

Pascal Aurejac volvió a tomar la palabra para explicar el proceso de la votación y recordar que solo los miembros inscritos podían participar en ella. Así pues, Élisabeth Courtial, sucesora de su hermano, tenía derecho a votar, a diferencia de Borne, puesto que se disponía a vender la librería de su mujer.

Aunque los separaba todo el largo de la mesa, Emma le dedicó a Adrien una de aquellas sonrisas radiantes cuyo secreto poseía. El periodista leyó en sus ojos gratitud, pero también complicidad y una pizca de ternura, que interpretó como el inicio de una prometedora tregua.

Como cabía esperar, el resultado de la consulta resultó inapelable. La idea de dar publicidad al asunto fue rechazada por unanimidad, descontando dos votos. Ahora Élisabeth Courtial parecía atrincherada detrás de su cabellera. No obstante, había encajado el revés con cierta elegancia. Borne intentaba en vano parlamentar con ella. Cuando la joven alzó la cabeza, Adrien encontró su mirada de Medusa. No habría sido capaz de definir qué expresaba exactamente: dolor, resentimiento, deseo de venganza, odio... Pero sabía que, aunque aquellos ojos ardientes no conseguían petrificar a la concurrencia, hacía planear sobre ella una difusa amenaza.

Al periodista, perdido en sus pensamientos, le habría gustado tener más capacidad de observación e interpretación. ¿Qué se escondía realmente detrás de todos aquellos rostros, aquellas risas, aquella crispación? ¿Cómo vivían los libreros aquella situación? ¿Tenían miedo, al menos?

Decidió escuchar unas cuantas conversaciones para comprender mejor a aquellos personajes singulares que un día habían decidido dedicar su vida a los libros.

Algunos, que se veían a sí mismos como los últimos dinosaurios, casi parecían lamentarlo. Ese calificativo hizo reaccionar a Yves, el librero parisino.

—¡Ah, no, eso sí que no! Todos sabemos cómo acabaron. ¡En el mejor de los casos, expuestos en un museo! ¡Yo, desde luego, tengo

otras ambiciones! La razón de ser de nuestro oficio sigue siendo válida. Y creo que tiene futuro, de lo contrario no lucharía. Lo que está en juego no es solo la supervivencia de nuestra especie, sino también la de una sociedad con un rostro humano, una sociedad en la que nos tomemos tiempo para intercambiar impresiones en lugar de escondernos detrás de una pantalla. Ese es el gran reto, un reto formidable, no nos engañemos. Estoy harto de oír a la gente decir en tono de lástima: «Yo sigo yendo a una pequeña librería, ¡hay que ayudarlos, pobres!». Advertid, de paso, el uso del adjetivo «pequeña», que no es casual. Es insoportable, no pedimos caridad. Los clientes nos necesitan tanto como nosotros a ellos. Hasta que no lo comprendan, no podremos ganar nuestra batalla.

—Precisamente, tenía pensado escribir un panfleto, que repartiríamos entre nuestros clientes para abrirles los ojos sobre el comercio online.

—Lo encuentro muy propio de ti, Emma. Miremos hacia delante, dejemos ese asesino de libreros a los derrotistas.

A todos les gustaba hacer comentarios ingeniosos, todos abusaban de la lítote, «no andas desencaminado», «no será coser y cantar», todos hacían alusiones literarias, oscuras para el periodista en la mayoría de los casos.

No obstante, Adrien captaba frases que los mostraban preocupados por su futuro. Mal que bien, los «dinosaurios» intentaban resistir. Adrien los encontraba ingenuos y al tiempo ácidos, pragmáticos y a la vez utópicos.

—¿Tú tienes página de Facebook?

—Es como el último peinado de moda, no te queda más remedio que probar. De todas formas, no acaba de convencerme. Además, te

quita mucho tiempo. En cuanto a las supuestas repercusiones mediáticas, aún las estoy esperando.

—¿Y las firmas? ¿Aún hacéis firmas? A mí cada vez me resulta más difícil, la verdad. No obstante, intento programar cosas variadas, lecturas, música, conferencias. Pero la gente no se molesta en venir. Da igual a qué autor traigas, y he tenido a un buen puñado, ¡incluso algunos seleccionados para el Goncourt de los estudiantes de instituto! O sea que no hablo de desconocidos. Bueno, pues acabas con diez personas, siempre las mismas, por lo general. No es del todo inútil, los que vienen quedan satisfechos, han podido charlar con el autor y tomarse una copa. Es bonito, pero, teniendo en cuenta la dedicación que exige, cabría esperar más.

—Acuda o no, a la gente le gusta que se hagan cosas, eso da una imagen dinámica de la librería. ¡Y también es nuestro orgullo como libreros independientes! Si queremos existir en nuestros pueblos, hay que darle vidilla a nuestro espacio.

—En realidad podríamos limitarnos a anunciar el acto, serviría igual y sería mucho menos trabajo.

—¿Tú te ves pegando carteles, repartiendo octavillas e informando por carta, y el gran día, nada?

—¡Claro que no! ¡Habría que montar al menos un bufé, para premiar a los que vinieran!

Se desternillaban como críos, se reían de sí mismos, ocultaban sus debilidades y sus miedos bajo la ironía y el sarcasmo. En el fondo, eran muy valientes. Emma se comportaba así a menudo. La risa como armadura, como bandera del buen gusto, como instrumento de lucha. Entre ellos estaba como pez en el agua, formaba parte del

clan, conocía sus costumbres, sus manías, sus tejemanejes y todas sus intrigas.

—Hablando de bufés, propongo que pasemos a la mesa. Patrick ha tenido la amabilidad de prepararnos una *truffade*[2] casera. Creo que se merece un aplauso.

De pronto, Adrien, dejándose llevar por la resignación, se sintió expulsado, excluido de la reunión, condenado a verlos evolucionar desde la orilla del camino. Separado de ellos por una cruel barrera invisible, hábil combinación de convenciones, cultura y objetivos personales.

En cuanto a Crueze, su actitud le repugnaba. Peor que un intrigante de la corte, acaparaba toda la atención y aceptaba los aplausos mientras paseaba sus hambrientos ojos de libertino por el cuerpo de Emma.

Élisabeth se acercó a Adrien y lo cogió del brazo.

—¡Ha hecho usted mal, Darcy! —le susurró con engañosa suavidad—. En el fondo, no es más que un periodista de medio pelo. Negándose a informar, está jugando a los dados con las vidas de toda esta gente. ¡Ahora será responsable de su muerte!

En un arranque instintivo de repugnancia, Adrien se soltó con brusquedad.

«Está claro que todo se ha torcido. ¡Esta lunática ya ni siquiera me hace sonreír!».

11

—¡Te has ido muy pronto!

—Me ha parecido que necesitabais un poco de intimidad. Lo que le está ocurriendo a vuestro Círculo es demasiado grave para que encima tengáis que soportar a un intruso.

—Tú no eres un intruso, estás aquí para ayudarnos, lo han comprendido perfectamente.

—Además, no soy librero, uno de los suyos, uno de los vuestros, si lo prefieres...

Emma lo miró conteniendo un suspiro de irritación.

«¡No tiene un carácter nada fácil, la verdad!».

Un orgullo inquieto y desconfiado llevaba al joven periodista a ver una ofensa en las conductas más normales. Pese a su ironía mordaz, era tremendamente susceptible. Sus cejas se juntaban peligrosamente al menor recelo, ya fuese por un comentario que encontraba ofensivo o por una risa reprimida que creía dirigida contra él.

Emma, que lo había visto abandonando discretamente la reunión antes de la comida, intuía que se sentía incómodo entre sus compañeros, que hablaban demasiado del trabajo y mantenían conversaciones que no tardaban en aburrir al neófito. Además, su

condición de periodista y el ataque en toda regla a Élisabeth Courtial le habían valido algunas reticencias y reservas muy comprensibles.

«Quizá debería haberlo presentado como "Darcy" en lugar de emplear solo su nombre de pila... ¿Lo habrían acogido mejor?».

Sin lugar a dudas, semejante apellido habría provocado un interés inmediato entre los asistentes. Si había evitado usarlo, había sido precisamente para ahorrarle comentarios tontos sobre el personaje de Jane Austen.

«¡Sí que es difícil, Dios mío!».

Adrien tenía el semblante taciturno de los malos días. Curiosamente, hoy su hosquedad resultaba casi conmovedora. Revelaba heridas ocultas y una sensibilidad extrema, y, en cierta forma, lo hacía más humano. Emma se juró que, pasara lo que pasase, jamás volvería a enfadarse con él. Pese a todas sus preocupaciones y la angustia insidiosa que le minaba la moral, en ese instante esa era su obsesión principal.

—Quería agradecerte tu intervención. Élisabeth no se equivoca del todo señalándome como responsable, pero es realmente explosiva.

—¡Deja de culparte! Tienes que entender de una vez por todas que el problema no es tu idea del Círculo, sino las fantasías de un desequilibrado que no la soporta. La señorita Courtial es una loca de otro tipo. A mí me ha lanzado la misma acusación, figúrate. Lo mejor es ignorarla. La votación de esta mañana ha zanjado la cuestión, por ahora.

—No hemos avanzado mucho. Esperar, seguir esperando con los dedos cruzados... Acaba siendo angustioso.

—¿Les has enseñado la foto de Hubert, el librero de Clermont?

—Élisabeth lo ha reconocido al instante. Al parecer, fue a ver a su hermano a principios de agosto, poco después de recibir la carta de rechazo. Su objetivo era convencerlo para que abandonara el Círculo. Al final, terminó con una lluvia de insultos. Poco después, al amanecer, se encontraron el escaparate cubierto con una pintada vengativa. Christian sospechó de nuestro hombre de inmediato, pero no presentó una denuncia para no echar más leña al fuego. Hizo bien, porque el loco de Hubert no reincidió. ¡Si de verdad todo quedó ahí! De todas formas, me cuesta creer que sea él. ¡De pintarrajear un escaparate a matar al propietario hay mucho trecho! Quitando eso, el único que lo conoce de vista es el librero de Riom. Los demás, nada de nada. Patrick ha decidido vigilarlo el 20 de noviembre.

—¡Patrick, el eterno caballero andante!

—¿Percibo ironía o son imaginaciones mías? ¿Por qué dices eso? Me parece que no te cae muy bien...

Por primera vez desde el comienzo de la conversación, Adrien levantó la cabeza de la bicicleta que estaba reparando en el garaje del susodicho.

«¿Cómo le hago entender que es un tipo odioso, sin parecerle celoso o frustrado?».

—Qué quieres que te diga... No puedo confiar en un individuo que, no contento con dejar solo a su hijo parte de la noche, le encarga atender a los huéspedes por la mañana.

—Bueno, en eso te doy la razón. Como padre, es posible que tenga muchas carencias. Podría decirte que la muerte de Anne lo perturbó profundamente, aunque eso no sea excusa. No sé qué pensar de él. Pero, para la edad que tiene, Tom es el chico más

despierto que conozco, el más instruido y también el más curioso. No me queda más remedio que atribuir parte del mérito a la educación de Patrick, severa, original, arcaica y todo lo tú quieras.

—Puede ser, yo no entiendo de eso. ¡Seguro que tú eres mejor juez que yo en esa materia!

—Digamos que veo desfilar a los chavales por la librería. A partir de los tres años, todos son superinteligentes, según sus padres; revuelven los libros con entusiasmo, te montan un desbarajuste de aquí te espero, te hablan de dragones, de príncipes, de detectives, de brujos, de mangas... Unos tienen las ideas muy claras y otros te piden consejo, pero todos son un encanto. El cambio se produce de golpe hacia los diez años; a partir de entonces, no hay quien les haga entrar en la librería, ponen morros, miran los libros con un desprecio olímpico y ni siquiera me dirigen la palabra. Me da pena ver a esos pobres adolescentes en plena crisis autista jugando a ser adultos con su smartphone y compartiendo bobadas en redes de supuestos «amigos». Es la única actividad por la que muestran interés. De modo que sí, un chaval que te dice cosas sensatas, que te habla de novelas sin bostezar, que se expresa correctamente, en fin, que se molesta en dialogar contigo, se ha convertido en algo lo bastante inusual como para afirmar que su educación no puede ser tan mala.

—Entonces, perfecto. ¡Crueze es el dechado de los padres modernos!

—Tampoco he dicho eso. Pero no todo es blanco o negro, la cosa no es tan fácil. Tú, por ejemplo...

—Yo, ¿qué?

Emma tragó saliva y posó sus ojos azules en los de Adrien para buscar en ellos un poco de coraje. Él no rehuyó su mirada; de hecho, nunca la rehuía, pero no por ello dejaba entrever lo que pensaba. Sin embargo, lo que ella leyó en esos momentos la animó a lanzarse.

—Hace una semana, cuando llegaste, te las dabas de periodista desencantado y cínico, y mostrabas una indiferencia burlona. Ahora sé que tu insolencia conoce límites, que incluso tienes escrúpulos. No nos destrozarías la vida por un buen artículo, te tomas esta investigación realmente en serio, buscas la verdad, tu amabilidad con Tom es sincera. Eres mucho mejor de lo que pretendes hacer creer.

—¡Vas a conseguir que me ruborice!

—¡No te burles, lo pienso de verdad! Eres una buena persona, Adrien. Pese a lo que he dicho antes sobre Patrick, no opino lo mismo de él. No es del todo franco. Seguramente no puede evitarlo, y no tiene mayor importancia. No obstante, le oí decir a Élisabeth que él también pensaba que era necesario dar publicidad al asunto.

—Sin embargo, parecía apoyar nuestra postura sin reservas...

—Tú lo has dicho, lo parecía. Así que haces bien en no confiar en él. No sé a qué juega. Puede que ni siquiera él lo sepa...

—No estás obligada a contarle todo lo que haces...

—Eso mismo pienso yo, aunque hoy nos ha hecho un gran favor abriéndonos las puertas de su casa. Es más fuerte que él, siempre intenta agradar a las mujeres.

—Élisabeth Courtial no es una mujer, sino una loca. ¿Sabes por qué te odia tanto? ¿Debido a él, quizá?

—¿A Patrick? No, no entiendo por qué.

Emma se había sonrojado y además había respondido demasiado rápido. Sus risas cómplices con el gran escritor volvieron a resonar en la cabeza de Adrien, que soltó un silbidito burlón.

—Así que no te fías de él, pero sois amantes, ¿no es eso?

Emma alzó los ojos al cielo al tiempo que maldecía su tez de rubia, que acababa de traicionarla exhibiendo sus emociones de una forma tan estúpida. Con lo susceptible que era Adrien, ahora tendría que empezar de cero para ganarse su confianza de nuevo.

«¡Lo mejor será decirle la verdad, aunque seguro que vuelve a hacer un drama!».

—Ya que quieres saberlo todo, por el bien de la investigación, supongo —respondió, tan furiosa con él y consigo misma que no podía evitar ser irónica—, sí, es cierto, tuvimos una relación. Nos acostamos una sola vez, el pasado julio. Claramente, fue un error.

—¿Claramente?

«Pero ¡qué irritante puede llegar a ser, con ese tono tan cortante!».

Emma soltó un suspiro, esta vez bastante ruidoso, para mostrar su exasperación. No estaba en un tribunal.

—Tanto es así que al día siguiente rompimos de mutuo acuerdo. No veo cómo podría saberlo Élisabeth y, por otra parte, tampoco creo que esté enamorada de Patrick. Su antipatía hacia mí debe de tener otros motivos.

«¿Por qué se acostó con ese gilipollas? No sé qué pudo verle...».

En su fuero interno, Adrien conocía la respuesta, susurrada por una vocecilla mezquina que enumeraba justo las cualidades que le faltaban a él, sobre todo ahora: virilidad, fuerza y, por supuesto, el barniz de cultura literaria imprescindible para seducir a Emma.

Como el periodista había caído en un mutismo que amenazaba con eternizarse, la joven librera reanudó la conversación en otra dirección. No le apetecía extenderse más sobre su pasada relación con el padre de Tom, ni tampoco disculparse, justificarse. Darcy era francamente imposible, casi tan quisquilloso como el personaje homónimo. Sin embargo, detrás de aquella máscara sombría, Emma entreveía un tormento real, un sufrimiento secreto, físico quizá, que la conmovía a su pesar.

—Dime sinceramente qué te ha parecido la reunión.

—Están contigo. Con Pascal y Sylvie, tienes dos buenos portavoces. Pero piensa que, si el día 20 se produce el menor incidente, no quedará mucha gente en tus filas.

—Soy muy consciente de ello. Pero a partir de ahora todos estarán en guardia. Me siento un poco más tranquila. ¿Puedo preguntarte qué estás haciendo?

—Pues ya lo ves, arreglarle la bici a Tom, que se ha ido a casa de sus abuelos después de comer y pasará la noche allí. Mañana le enseñaré unos cuantos trucos de campeón, como poner las manos debajo del manillar para enfrentarse al viento, ajustarse el casco, hidratarse bien...

—¿Echas de menos eso?

«¿Por qué hace siempre preguntas tan dolorosas?».

—¡Naturalmente! ¡Imagina que, de un día para otro, ya no pudieras leer!

Emma apoyó la espalda en la pared del garaje y hundió las manos en los bolsillos del abrigo. De repente, tenía los labios crispados y los ojos llenos de lágrimas. Parecía conmocionada.

—No sabes cuánta razón tienes... Es lo que le pasó a mi padre. Una de esas enfermedades ligadas a la edad, ¿sabes? Una degeneración incurable del cristalino. Mi padre era un buen hombre, leer era su vida, su felicidad, y también lo que le permitió sobrellevar la muerte de mi madre. Así que se encerró en sí mismo, se aisló del mundo. Y yo no supe ayudarlo, algo que nunca me perdonaré. Debería haberle buscado otras actividades, simplemente, animarlo a oír audiolibros, ocuparme de él, hablar con él. ¡Qué egoístas llegamos a ser de jóvenes!

—Eres, con mucha diferencia, la persona menos egoísta que conozco. ¡Deja de torturarte con remordimientos!

—No son solo los remordimientos. Es nuestra fragilidad, lo absurdo de la vida. Si por una razón u otra mi Círculo desapareciera, me reharía. En cambio, perder a un ser querido, como mi padre o Bernadette, no se puede superar. Me gusta leer, pero al menos he comprendido que los libros no pueden ser mi único universo, ante todo hay que amar la vida y a los demás, es la única forma de salir adelante.

—Dicho de otro modo, ¡soy un cretino que no para de rumiar sus problemillas!

—¡Un cretino, seguro! Egoísta, no lo creo. La prueba es que le estás arreglando la bici a un niño cuando nada te obliga a hacerlo. ¡Saldrás adelante, Darcy! Mejor que mi padre, porque en tu interior hay unas ganas rabiosas de vivir y de tomarte la revancha. Tal vez no sea subiendo puertos, pero encontrarás la manera. ¿Como detective, quizá?

—Yo seré un cretino, pero tú eres muy pesada, Pélissier. Con todas tus buenas intenciones y tu fortaleza de espíritu, deberías ser

hermana de la caridad. Dudo que tuviera futuro en la policía, pero de todas formas haré lo posible por protegerte. ¡Te necesitamos, santa Emma!

—Haces mal en burlarte, era sincera.

—¡Bah, ya sabes que es una pose! Para no tener que admitir mis defectos. En realidad, el deporte no lo es todo en la vida, los médicos me lo han repetido hasta la saciedad. Hasta ahora no quería escucharlo, pero estoy empezando a considerar esa posibilidad. Solo necesito tiempo.

—Tiempo es justo lo que no nos sobra antes de que se haga de noche. ¿Te queda mucho con la bici? Porque venía a proponerte algo. Quiero enseñarte un sitio que me gusta especialmente, es tan impresionante que te hace olvidar tus pequeñas miserias. No puedes irte de aquí sin conocerlo.

—Todavía no iba...

Por toda respuesta, Emma se dirigió hacia su furgoneta con paso vivo.

—Sube, luego te traeré de vuelta. Déjate llevar y admira el paisaje. Enseguida comprenderás por qué digo que de esta tierra no se sale indemne.

Al llegar a Saint-Flour, tomaron en silencio la estrecha carretera de Villedieu, que llevaba al castillo de Alleuze. El esqueleto de la torre del homenaje se erguía orgullosamente sobre un cerro, con las hoces del Truyère al fondo, y todavía resultaba imponente. Adrien conocía aquel lugar con fama de mágico porque en su día había cubierto allí una etapa especialmente movida del Tour. Entonces no había tenido tiempo para impregnarse de su belleza; hoy, en ese final del otoño, un halo de misterio rodeaba las viejas piedras, los

sombríos bosques, el silencio, la soledad. Sin embargo, Emma siguió conduciendo en dirección a Lavastrie. Allí era donde quería llevarlo, a aquel promontorio desde el que se dominaba el río. Salvaje y tumultuoso, el Truyère no se dejaba domesticar, así como así. Amansado por varias presas hidroeléctricas, en aquel lugar adquiría de pronto el aspecto de un fiordo entre gargantas escarpadas. A los pies de los dos jóvenes se extendía un paisaje de una belleza grandiosa, sorprendente y contradictoria: valle boscoso, islas y penínsulas, circos en las márgenes lejanas, meandros misteriosos y estrechas quebradas que desembocaban en vastas extensiones de agua.

—¡Ahí lo tienes! Este es mi refugio. Cuando todo va mal vengo a este sitio, rumio un buen rato, como las vacas de aquí, y siempre regreso con más fuerza y energía. Hoy, después de todas esas discusiones odiosas, esas amenazas, esos miedos, lo necesitaba de verdad.

Adrien dejó vagar la mirada por aquel panorama majestuoso y deslumbrante. Él no tenía auténticas raíces. Viviera en Clermont, en París o en lugares turísticos de moda, habitaba esencialmente en un paisaje mental en el que debían repetirse los mismos gestos para llevar su cuerpo hasta el límite y obtener el máximo de su organismo. Entrenamiento bajo cualquier condición climática, recuperación y cuidados, con el corolario del ansia, el estrés y una vida familiar inexistente. Y todo por las alegrías de la competición, los buenos momentos con los compañeros y, sobre todo, la satisfacción de la progresión física. En resumen, una vida de atleta con un ego hipertrofiado, un ombliguismo demencial y una carrera deportiva en la que triunfar. Ahora se daba cuenta de que lo más

difícil sería construir su vida de hombre para insertarse en una sociedad de la que siempre se había creído al margen.

«¿Por qué me ha traído Emma aquí?».

Como en respuesta a su pregunta muda, la joven librera se volvió hacia él y, en tono serio, añadió:

—Este paisaje intemporal es como un viejo amigo estoico que siempre está ahí. Es una especie de remedio para el absurdo de nuestras vidas, una terapia formidable, imprescindible, vital.

—¿Necesito terapia?

—Lo que necesitas es creer en ti. Después de todo, se te considera un periodista con verdadero talento. ¡Pues sí, yo también he hecho mi pequeña investigación en internet! Estoy dispuesta a admitir que entrevistar a un librero no es tan apasionante como hablar con un atleta de alto nivel, pero a veces pareces tan apático...

—¡Será posible! ¿Me has traído aquí para reprocharme que no hago mi trabajo o para enseñarme a hacerlo mejor? Pero ¡qué desfachatez!

—¡No! Te he traído a mi «remanso de paz» para que dejes de pensar en tus desgracias y muestres un poco más de interés por lo que te rodea.

—¡O sea, por tu Círculo, que es lo único que realmente importa!

—Tengo miedo, no avanzamos. El asesino puede actuar en cualquier momento, y tú, ¿qué has hecho hoy? ¡Nada!

—Te recuerdo que, antes de que me interrumpieras, estaba arreglando la bici de Tom.

—¡No hablo de ese tipo de actividad, lo sabes perfectamente!

—Pero ¿qué es lo que quieres? ¡No paro de trabajar! He pasado días enteros en Brioude, en Aurillac, en Chamalières, hablando con

comerciantes, con los vecinos de las víctimas, con sus familiares. He llamado a un montón de libreros simpatizantes de Lille, Toulouse, Honfleur y Chartres para comprender por qué les interesa el Círculo. Ayer mismo fui a Clermont para hablar con Hubert. Hoy he visto a toda la pandilla, incluso he tenido una charla muy ilustrativa con Borne y una conversación apasionante con el librero parisino. ¡Piensa que, para resolver este asunto, necesito reflexionar tanto como ir de aquí para allá! Y, además, no trabajo para ti, sino para mi periódico. ¡Si estás asustada, no tienes más que pedirle a Crueze que te proteja!

—¡Eso es mezquino!

Emma había soltado un gritito parecido al de un pájaro herido. Se apresuró a volverse para ocultar las lágrimas, que brotarían inevitablemente. Conocía bien su propia debilidad. Adrien la retuvo cogiéndole el brazo. Parecía sinceramente arrepentido, apenado también él por lo que acababa de decir.

—¡Perdóname, por favor! Lo he dicho sin pensar. Saber que has estado con ese tipo me pone enfermo.

—¿Por qué?

Estaban uno frente al otro. Allí no había nadie más. El paisaje había dejado de existir ante la importancia de la pregunta, que parecía encadenarlos el uno al otro, fijar sus miradas en una turbación creciente, próxima al vértigo. Emma dio un paso; Adrien la rodeó con los brazos. Se quedaron callados unos instantes, estrechándose mutuamente, como suspendidos en el tiempo. Él, estupefacto ante lo que acababa de descubrir y sin atreverse aún a ponerle nombre. Y ella, impulsada por una fuerza irresistible que borraba todos sus puntos de referencia y la obligaba a lanzarse a lo

desconocido con una especie de voluptuosidad. Había comprendido mucho antes que Adrien que el mal humor, el despecho y los celos son señales del amor en la misma medida que la ternura. Las pruebas más fuertes del amor, decía Victor Hugo, son una multitud de detalles insignificantes salvo para el ser amado. Habían sido los celos de Adrien, la furia de su torva mirada e incluso su inexplicable desaliento lo que la había convencido para ponerlo contra las cuerdas.

Adrien alzó la cabeza lentamente. Le besó el pelo, las mejillas, los labios, al principio con cautela, luego con pasión.

—En la novela —le susurró al oído con una voz singularmente ronca—, ¿cómo se las arregla tu Darcy para conquistar a su amada?

12

Un dolor insidioso y familiar despertó a Adrien, que volvió a la realidad poco a poco. Cuando quiso mover el brazo, se lo impidió Emma, acurrucada contra él. La joven emitió un murmullo de protesta en una especie de dialecto incomprensible y se apretó más a él.

De su cálido cuerpo enredado en las sábanas solo adivinaba sus voluptuosas curvas. En la penumbra de la habitación, distinguía únicamente su rostro, de piel suave y aterciopelada, salpicada de irisadas pecas. La noche anterior se habían abalanzado el uno sobre el otro literalmente, como probaba su ropa, esparcida por la alfombra. Adrien jamás habría imaginado que semejante ansia de amor pudiera apoderarse de él. En ese terreno, siempre se había considerado equilibrado, mesurado, a salvo de los flechazos y la pasión irracional. Nunca había sacrificado el entrenamiento matinal en favor de una mañana perezosa bajo las sábanas, por atractiva que fuera su compañera del momento. Ahora descubría, con gran desconcierto, que esa noche había actuado sin pensar, impulsado por un deseo más fuerte que la razón, una auténtica locura que seguramente acabaría lamentando.

Pero, de momento, no lamentaba nada. Sus sentimientos llevaban la voz cantante, el calor de Emma lo envolvía, su olor le impregnaba

la piel de un tenue perfume y una misma sangre parecía unirlos. Adrien constató con sorpresa que a su lado se sentía increíblemente tranquilo, liberado de sus viejos demonios y de las inquietudes que solían atormentarlo.

Lo único que le molestaba era el brazo derecho. Haberse quedado tontamente sin antiinflamatorios un domingo tuvo bastante que ver con su mal humor del día anterior. Sonrió. Pero eso no había impedido que su corazón redoblara como un tambor y se saltara todas las normas. La atracción por Emma era mucho más fuerte que el dolor.

Que este lo mantuviera despierto tampoco le desagradaba demasiado. Las preguntas ya empezaban a atropellarse en su cabeza. Aquella entrega mutua, aquel apetito, aquella embriaguez, ¿todo eso era amor? ¿Debía decírselo? ¿Cómo hacérselo comprender? ¿Le creería? ¿O por el contrario lo rechazaría, como había rechazado a Crueze diciendo que lo sentía mucho, que había sido «claramente» un error? ¿Cómo saberlo?

El piso de Emma, encima de la librería, se parecía a ella de un modo curioso. Allí te sentías a gusto. Las plantas convivían con los libros, las acuarelas y los viejos sillones, en un ambiente acogedor y de tranquila seguridad. Las hojas de la ventana, sujetas por una falleba a la antigua, dejaban entrar una brisa fresca que alzaba con delicadeza los visillos de tul y se esparcía por la habitación. El pueblo estaba en silencio, envuelto en la oscuridad de la noche.

De pronto, un ruido seco lo arrancó de la dulce modorra que, poco a poco, había acallado el dolor. Parecía venir de la planta baja. Con los sentidos en alerta y la mente al acecho, Adrien aguzó el oído. Se incorporó, apartó a Emma con suavidad y consiguió levantarse de la

cama sin despertarla. En varias ocasiones la había oído afirmar que su energía procedía de un sueño profundo, el sueño de los inocentes, de los benditos. Ahora Adrien podía certificarlo. ¡Dormía como una marmota! La Bella Durmiente del bosque cerraba los ojos con la confianza de un niño, ajena a los dramas de la noche. No era en absoluto el caso de Adrien. El mínimo problema o la menor preocupación le impedían pegar ojo. Sabía que no volvería a dormirse si no salía de dudas.

Seguía tratando de identificar el ruido, una especie de crujido extraño, que en realidad podía provenir perfectamente del exterior. Apartó los visillos para mirar fuera. En la plaza de la catedral, las luces de las farolas titilaban a través de la niebla en sus frágiles capullos de cristal. En cambio, ninguna luz bañaba aquel lado de la plaza, que permanecía sumida en la oscuridad más absoluta. Unos pasos lejanos resonaban en el adoquinado. En aquella atmósfera amortiguada, un poco surrealista, era fácil zambullirse en el universo medieval e imaginar a los soldados tomando el relevo delante del antiguo palacio episcopal.

El joven periodista seguía dudando qué hacer cuando oyó un tintineo, esta vez cristalino, aunque tan tenue que habría podido provenir de un sueño o de su imaginación. Solo que Adrien conocía bien ese ruido, podía identificarlo con seguridad. Era el mecanismo de la campanilla, un pequeño clic, una mísera nota ahogada de inmediato, porque el visitante no seguía adelante o, como él, cruzaba el umbral y daba un paso a un lado. Durante los últimos días había utilizado ese truco con éxito varias veces, así que habría reconocido aquel sonido entre mil. Por el ligero roce que siguió,

Adrien comprendió que un intruso había entrado en la librería o había vuelto a salir de ella.

«¿Un animal nocturno, quizá?».

Tenía que averiguarlo. No había que correr ningún riesgo. Lo mejor sería bajar y echar un vistazo. Aunque el Cantal era uno de los departamentos más seguros del Hexágono, no descartaba que un merodeador se hubiera introducido en la librería.

«¿Un ladrón de libros, quizá?».

Si semejante especie seguía existiendo en nuestros tiempos, estaba seguro de que la Bella Durmiente trataría a aquel fulano con una indulgencia imperdonable.

Al ladrón también podía interesarle la caja registradora, lo cual era mucho más inquietante. Esa posibilidad lo decidió a actuar.

Se puso los vaqueros y las deportivas a toda prisa y se volvió para mirar a Emma, tendida en medio de la cama revuelta. Seguía durmiendo. No iba a despertarla por una tontería, era mejor comprobar antes qué ocurría. La puerta exterior era vieja, seguramente ajustaba mal, quizá el viento había movido la campanilla.

Bajó la escalera repitiéndose esa hipótesis tranquilizadora, aunque en el fondo no creía en ella. Al llegar abajo, comprobó con alivio que la puerta de la calle estaba bien cerrada. Iba a pulsar el interruptor cuando le llegó un olor a quemado. Guiado por él llegó al despachito contiguo a la trastienda. Un resplandor rojizo especialmente amenazador, acompañado por volutas de humo gris, asomaba por encima de la puerta, tras la que parecía encontrarse el foco del incendio. En el suelo había un revoltijo de documentos y cajas, amontonados a todas luces para servir de combustible. Una llama ya

alta saltaba de un papel a otro como una acariciante lengua infernal de un rojo azulado. Aquello ardía bien. Ardía estupendamente.

A riesgo de quemarse los zapatos, Adrien intentó apartar a puntapiés los papeles que aún no habían ardido. El calor era tan intenso y el humo tan espeso que se vio obligado a renunciar enseguida. Pero había que dominar aquel fuego a toda costa antes de que fuese a más. A dos pasos de allí, los libros y la madera de las estanterías ofrecían un carburante inmejorable. Adrien tuvo un momento de furia ciega contra el canalla que había perpetrado aquel acto monstruoso. Cada minuto contaba. Corrió al piso de arriba y cogió la pesada colcha, que la noche anterior había caído a la alfombra durante sus retozos. Acto seguido, volvió a bajar la escalera, no tan rápido como le habría gustado, porque la debilidad de sus extremidades le impedía moverse con agilidad.

Protegiéndose los ojos con una mano, arrojó la colcha sobre las llamas para sofocarlas. Luego, con una escoba, dispersó buena parte de los papeles en llamas, que acabó de apagar con los pies. La propia colcha amenazaba con prenderse, y por un momento la lucha pareció demasiado desigual. No obstante, las llamas iban perdiendo fuerza. A falta de oxígeno, se encogían y luego empezaban a extinguirse lentamente. Una negra y nauseabunda humareda envolvió a Adrien, que se dirigió a tientas a la puerta exterior. Más que ver, sintió la presencia de Emma, que le ayudó a abrirla de par en par.

Una bocanada de aire fresco le golpeó la cara. La respiró con ansia. Justo a tiempo, porque se estaba ahogando.

Se quedó en el umbral de la librería para recuperar el aliento, para recobrar un poco de lucidez. Con el torso desnudo, tiritaba en la

oscura y gélida noche sin darse cuenta siquiera. Emma llegó con una manta, lo envolvió en ella con ternura maternal y le hizo entrar de nuevo.

Ella se había puesto a toda prisa una camisa de franela, que dejaba entrever sus pechos y solo le llegaba hasta medio muslo. Era una imagen sensual, enternecedora, revitalizadora. Se acercó a Adrien y lo besó lentamente con infinita dulzura. En su pálido rostro, sus pómulos rojos tenían un brillo ardiente. Adrien la estrechó entre sus brazos con un gesto que le resultó familiar. La tensión disminuía. Un gran cansancio se apoderó de él, y también una furia enorme, porque comprendía confusamente que no cabía pensar en un ladrón, sino en un acto gratuito, intencionado, ideado para hacer daño, para matar.

Si Emma hubiera estado sola, su sueño de niña, que era su fuerza, habría sido con toda certeza su perdición. De no intervenir él, el fuego se habría extendido a la trastienda, llena de cajas, y, desmandado por completo, habría devorado la librería.

Adrien prefirió no seguir haciendo hipótesis, no pensar en la continuación, en lo peor.

«¿Qué habría sido de Emma, atrapada en el piso de arriba?».

Convencido de que la joven librera había estado a punto de morir, la estrechó con más fuerza contra su pecho.

«¿Lo comprende? ¿Es necesario decírselo?».

Examinaron juntos los daños, bastante insignificantes, en realidad, habida cuenta del tamaño de las llamas. Un montón de restos calcinados, una zona de la tarima quemada, una papelera ennegrecida, la colcha chamuscada... El olor acre del humo empezaba a disiparse, incluso en el despacho.

—Dejaremos la puerta abierta un rato más. Hay que ventilar.

—¿Cómo te has dado cuenta de que había fuego? Yo no he oído nada, hasta que has entrado en tromba en la habitación, claro.

—Un ruido extraño me ha sacado de la cama. Luego me ha llegado el olor. ¿Sabes que has corrido un gran peligro?

—¡Y tú también!

—¡Sí, pero yo estaba aquí de casualidad!

Una sonrisa iluminó los ojos azules de Emma e hizo aparecer unos hoyuelos pícaros en sus mejillas.

—En ese caso, me alegro aún más de haberte invitado a quedarte. Aunque no creía que fuese posible.

Adrien recibió esa frase como un cáliz. De hecho, barría todas sus dudas, inquietudes y temores. Sus ojos brillaron con un ardor contenido.

—Entonces ¿no te arrepientes? ¿Tienes ganas de...?

—¿Repetir? ¡Lo estoy deseando, mi querido salvador! ¡No creas que me voy a conformar con una noche! Aunque haya tenido un final tan romántico. ¿Cómo esperas que me resista, si primero haces de Darcy y, a continuación, del señor Rochester?

Adrien fingió refunfuñar.

—Supongo que es otro de tus héroes modernos.

—Bueno, tanto como moderno...

Emma lo besó con pasión.

—¡Adrien, me has salvado la vida! —exclamó revolviéndole el pelo.

Durante unos instantes se dejaron llevar por la alegría de estar juntos, de sentirse jóvenes, sanos y salvos, llenos de una energía nueva que los trascendía. Adrien fue el primero en aterrizar.

—Antes de nada, voy a darme una ducha. Y tú deberías avisar a los bomberos.

—¿Para qué? El fuego está apagado, ya no hay nada que temer.

—¡Emma, está claro que ha sido intencionado! Tienen que investigar.

—Ya veremos, no hay ninguna prisa. Tengo que pensar con calma en lo que conviene hacer, con relación al Círculo, por ejemplo. ¡Así que ve a asearte! ¡Si te vieras la cara! La tienes tiznada de hollín. Y tu ropa huele a humo, esos vaqueros necesitan un buen lavado. Si quieres, te presto una de mis batas.

—¡Seguro que estoy muy favorecido!

—¡Tranquilo, nunca lo estarás tanto como armado con esa escoba y esa dichosa colcha! ¡Por cierto, tendrás que comprarme otra!

Adrien subió al cuarto de baño riendo.

En la planta baja, Emma apoyó la cabeza en el marco de la puerta de entrada, que seguía abierta. El frío de la noche la estremeció tanto como la insólita oscuridad que reinaba en aquel lado de la plaza, envuelto en una densa niebla. Habitualmente, tres farolas iluminaban los comercios cercanos al Bar de los Pórticos. Intrigada, cogió la linterna, dio unos pasos por la acera y enfocó el haz de luz amarillenta sobre el pie de la farola más cercana. Los pedazos de cristal que cubrían el suelo y crujían bajo sus pies le hicieron comprender que aquella inquietante oscuridad no se debía a un accidente casual. Al contrario, había sido hábilmente provocada.

Temblando, esta vez de miedo más que de frío, regresó a toda prisa a su guarida, cerró la puerta de Los Libropensadores tras de sí e incluso echó la llave.

Hasta ese momento no se había parado a pensar. Todo había ocurrido muy deprisa. En realidad, no había tenido miedo, solo la vaga sensación de una urgencia absoluta. Tras despertarse con las carreras de Adrien en la escalera y su batalla campal con la colcha, había bajado a la librería medio atontada. Abajo, el humo era asfixiante, por supuesto, pero el fuego parecía casi apagado. Sin perder la sangre fría, había comprendido al instante que lo más urgente era abrir la puerta de la calle, dejar entrar el aire.

Ahora, al darse cuenta de que todos sus libros, sus preciados libros, podían haberse convertido en humo esa noche, la invadió una extraña sensación de vacío, una especie de angustia retrospectiva, un miedo frío y racional que hizo que le entraran unas ganas absurdas de pegar a alguien.

«¿Quién puede odiarme tanto? ¡Destruir mis libros es destruir mi trabajo, destruir mi vida!».

Detrás del incendiario desconocido había un individuo sin empatía, sin escrúpulos y muy bien informado. Alguien que no había dudado ante el riesgo de hacerla arder a ella junto con todo su stock, alguien para quien, probablemente, ese acto extremo era necesario, una especie de desafío a los libreros, cuyo sentido la superaba.

Dejó escapar una risita nerviosa.

Decididamente, el asesino en serie era demasiado listo para ellos. Siempre conseguía pasar inadvertido, tenía cuerda para rato. En la mente cansada pero lúcida de Emma adoptó de pronto un rostro multiforme. El de ciertos promotores inmobiliarios, para quienes la librería sería el emplazamiento ideal para un aparcamiento de primera o una vivienda de lujo. El del comercio electrónico, despiadado mastodonte que aplastaba a sus competidores y dejaba

tras de sí un rastro de ruinas. El de los consumidores apáticos, que preferían comprar con un cómodo clic repantigados en sus sillones a hacer un mínimo esfuerzo físico. Y, sobre todo, el de determinados políticos sin escrúpulos ni visión humana, que favorecían la creación de centros comerciales periféricos cada vez más grandes y más feos, acabando sin contemplaciones con el ambiente amable de los cascos históricos.

Adiós a las tiendas, a los cafés de proximidad. ¿Que cerraba otra librería? ¿Y qué? Después de las lamentaciones habituales, ¿quién protestaría? ¿Quién tendría el coraje de denunciar esos cascos antiguos sin alma? ¿Quién tomaría el relevo?

Descorazonada, meneó la cabeza, no muy lejos de imaginar un complot en el que el propio asesino no era más que una pobre marioneta.

«Así que ha vuelto a las andadas... Aunque no era el día ni la localidad previstos... No es en absoluto lo que esperábamos. Pero ¿acaso hay alguna posibilidad de prever el día y la localidad? ¿Tiene todo esto el menor sentido, la menor lógica?».

Cuando Adrien volvió a bajar, Emma estaba más tranquila. Su pesimismo había desaparecido. O al menos no quería dejarse invadir por él. Ahora había que poner buena cara y, sobre todo, mantener la cabeza fría. Había limpiado el despacho, barrido las cenizas, recogido los restos, aspirado el hollín... Incluso había encontrado una alfombra china muy bonita para tapar el trozo ennegrecido de parquet.

—¡Arreglado! ¿Dónde ha habido un incendio? ¡No se hable más del asunto!

—No estoy de acuerdo. Te guste o no, se trata de un acto criminal, y es competencia de la policía. Dándote tanta prisa en limpiar puede que hayas destruido pruebas.

—No quiero que la policía venga aquí. He decidido no dar publicidad a este nuevo incidente. Has actuado a tiempo, no ha muerto nadie.

—No lo entiendo. Eras el objetivo, lo sabes, ¿no? Podrías haber muerto, ¿eres consciente de eso, al menos?

—Sí, pero no ha ocurrido ninguna desgracia. Lo único que ha ardido son catálogos de pequeñas editoriales que no había guardado en el armario metálico. ¡Una menudencia, vaya! Si ha sido cosa de nuestro loco, su moral va a recibir un duro golpe. Y si además esto no trasciende, si no hay investigación, ni artículos ni chismorreos, se verá a sí mismo como un inútil de primera. Puede que entonces se canse de meterse con los libreros y pase a otra profesión.

—Puede, puede... ¡Eso no son más que suposiciones! Nada nos asegura que, por el contrario, no se le suba la sangre a la cabeza e intente acabar contigo. Que se presente aquí en pleno día y te pegue un tiro delante de tus clientes. Todo es posible. Este asunto nos supera, está adquiriendo proporciones insostenibles. Hazme caso, Emma, hay que avisar a la policía.

—¡No! Tenemos mucho que perder. No olvides que ellos me consideran sospechosa, puede que la principal. Además, ¿qué vamos a decirles?, ¿qué vamos a enseñarles? No han forzado la puerta ni roto ningún cristal, salvo los de las farolas de esta acera.

—¿Han roto las farolas?

—Me temo que sí. Las tres que hay en este lado de la plaza. No puede ser casualidad. Cuando llegamos anoche, creo que ya no

funcionaban... ¿Tú te acuerdas?

—No, no me fijé, estábamos ocupados en otra cosa, creo. Lo que no había era tanta niebla.

—Yo creo que ya estaban así. Si las hubieran roto más tarde, lo habríamos oído. Bueno, eso tú, que tienes el sueño más ligero.

—Pero, oye, si la puerta no estaba forzada, ¿cómo entraron?

—Con una llave, supongo.

—Y esa llave, cuando no la tienes en la puerta, ¿dónde está?

—En el cajón que hay junto a la caja. Pero no hace falta que lo compruebes. Hará unos tres meses perdí la mía. La busqué por todas partes. A veces se la dejaba a Tom, pero juró que me la había devuelto, y le creo. Es pura dejadez mía, lo reconozco. Naturalmente, hice otra copia.

—¿Y no cambiaste la cerradura?

—Ahora comprendo que fue un error. En mi descargo, debo decir que esto es el Cantal, el riesgo era muy remoto...

—¡Por el amor de Dios, Emma! ¡Es una irresponsabilidad total, sobre todo con este asunto de los asesinatos!

—Confieso que ni siquiera pensé en ellos.

Adrien suspiró. De nada servía hacerle más reproches. Pese a su actitud desafiante, era evidente que estaba más preocupada de lo que aparentaba. Aquella negligencia habría podido costarle cara.

«Así que, desde hace tres meses, un lapso de tiempo tan vago como todo lo demás, hay un individuo que puede entrar con toda tranquilidad en la librería... ¡y pegarles fuego a los libros o violar a Emma! ¡Es demencial! ¡Y sobre todo escalofriante!».

—Emma, siempre he dicho que el asesino conoce vuestras librerías, vuestras costumbres y vuestros horarios. ¿Te das cuenta de

que, una vez más, eso se confirma? Esta acción se preparó con minuciosidad, el autor seguramente esperaba una noche de niebla para evitar que lo vieran. Si a eso le sumas las farolas inutilizadas, nuestro hombre, disponiendo de la llave, no corría grandes riesgos.

—Ahora que ha fallado, quizá se detenga...

—No podemos contar con eso, lo sabes de sobra. ¿Piensas advertir a los demás?

—No lo sé. Ya están en guardia, no hay necesidad de alarmarlos más. Esto ya es lo bastante estresante, ¿no?

La joven librera alzó hacia él su rostro descompuesto. Le costaba contener las lágrimas y había empezado a temblar de nuevo. La impresión había sido demasiado fuerte para sus nervios. Adrien la rodeó con los brazos y le besó el pelo con ternura.

—Tienes razón, ¡contando con que nadie más haya perdido una llave!

Su broma cayó en saco roto. No obstante, Emma había dejado de temblar.

—¿Qué vamos a hacer?

—Cambiar la cerradura, pero eso será mañana. Ahora toca beber algo caliente y volver a la cama, ¿no? Haga lo que haga nuestro amigo, ahora somos dos, lo tiene más difícil.

Emma se acurrucó contra su pecho. Con la punta de los dedos, acarició la leve quemadura que acababa de ver en la muñeca de Adrien.

—¡Oye, esto hay que curarlo enseguida! Podría infectarse, incluso podría quedarte una marca.

—No te preocupes, ya he recurrido a tu botiquín. No duele, no tardará en desaparecer.

En cuanto a la quemadura, estaba en lo cierto, pero aquella noche habían pasado otras cosas que prometían dejarles marcas más duraderas.

13

Cuando aparcó en la parte alta de Issoire, delante de un chalet un poco aislado, rodeado de un seto de laureles mal cortado, Adrien no sabía qué esperar de esa visita. Imaginaba que encontraría a un lunático muy al día y ardiente defensor del comercio electrónico en general y de Amazon en particular. Pero, desde luego, no estaba preparado para una entrevista con un personaje tan atípico como el profesor Alain-Bernard Crispin. Un hombre alto y flaco de mirada inquisitiva y sonrisa un poco forzada. Su casa estaba tan limpia como su persona. Su elocución era precisa, rotunda, un pelín pedante. Con su pantalón de terciopelo, su jersey de cachemir color otoño y el pañuelito de seda a juego elegantemente anudado alrededor del cuello, tenía una clase innegable.

Conforme avanzaba la conversación, el periodista se daba cuenta de que tenía delante a un individuo culto, pero también a un rebelde nato al que le gustaba defender posturas extremas. Reconocía abiertamente que era un disidente, pero en realidad parecía mantener un combate personal destinado a compensar una experiencia social desafortunada.

Naturalmente, Adrien se había presentado como periodista. Le había mostrado su carnet de prensa y explicado su deseo de entrevistarlo para incluirlo en una serie de artículos sobre los

pioneros del mundo moderno. Esa etiqueta fue del agrado del profesor, que se jactaba de estar abriendo camino hacia nuevos hábitos de consumo. Tras las cortesías de rigor, Crispin lo guio hasta un acogedor saloncito en el que flotaba un olor a cera para muebles. Una estantería esquinera de madera de cerezo ocupaba todo el espacio. Los libros estaban rigurosamente ordenados por tamaño, ninguno asomaba fuera de su estante. Emma habría sufrido por ellos. De la habitación de al lado llegaba un ruido amortiguado de vajilla y los ladridos regulares de un perro, que daban un tono casi familiar a la conversación.

El profesor parecía muy satisfecho de conceder aquella entrevista, en absoluto en guardia, como habría cabido temer, ni tampoco sorprendido de que se interesaran por él; más bien, demasiado consciente de su propia importancia para imaginar un engaño.

Se sentó en el borde de un sillón, cogió un cigarrillo sin ofrecerle el paquete a su huésped, se lo puso en los labios, lo encendió y, entre dos bocanadas, declaró:

—Siempre me ha gustado leer, desde niño. Mis estudios de Humanidades fueron para mí años de lectura y visitas asiduas a bibliotecas y librerías. En esa época, internet aún no existía. Mire, yo, como la mayoría de la gente, siento mucho apego por los libros, objetos de tinta y papel, con sus cubiertas, su olor y, a veces, anotaciones y páginas con la esquina doblada que sugieren que un libro tiene vida, que envejece y que lo han leído. Pero quienes los venden, los libreros, ¡me han decepcionado tanto!

—¿Qué les reprocha usted?

—En la actualidad, ese gremio se ha atrincherado en el odio a Amazon para justificar su propia incompetencia. Los libreros son una

gente realmente especial. Consideran su existencia como algo natural, evidente. Tienden a mirar a sus clientes por encima del hombro, a burlarse de su incultura en cuanto les dan la espalda. Lo más sintomático a ese respecto es una página de Facebook llamada «Las perlas de la librería», en la que se ridiculiza a la clientela con humor, sí, pero también con cinismo. ¡Échele un vistazo, si tiene curiosidad! Pregunte a sus conocidos. Verá que compran online porque no quieren recibir más lecciones ni que los juzguen individuos arrogantes. Por supuesto, también mencionarán las limitadas posibilidades de elegir en una librería, los plazos de entrega de los pedidos, demasiado largos, la distancia a recorrer o los problemas para aparcar, pero el principal obstáculo es el propio librero.

De todas esas críticas, Adrien dedujo que Crispin había sufrido en alguna ocasión las pullas de un librero condescendiente y que todavía no se había repuesto de ellas. Sí, parecía lo bastante orgulloso para no soportar ese tipo de humillaciones.

—Pero ¡también hay muy buenos profesionales! —exclamó, tanto para provocar a su interlocutor como por lealtad a Emma.

—¡Bien pocos, la verdad! En cuanto a las grandes superficies supuestamente culturales, hace ya tiempo que mostraron sus limitaciones. En muchos casos, las secciones están organizadas a la buena de Dios y, a veces, los dependientes ni siquiera conocen lo que se les pide, porque no tienen suficiente formación. Cuando les preguntas si disponen de determinada referencia, gruñen que es un gusto, porque los obligas a moverse. A modo de anécdota: la última vez que estuve en uno de esos sitios, ¡fui yo quien tuvo que informar al dependiente!

—Hay montones de libreros independientes muy competentes. Algunos incluso se han asociado para ofrecer un mejor servicio.

—Supongo que se refiere usted a ese Círculo de los Pequeños Libreros, o como se llame. Sinceramente, creo que no lograrán recuperar el terreno perdido. Aunque la ley del precio único impide la competencia tarifaria, su batalla está perdida de antemano, a no ser que consigan que se prohíba Amazon en Francia. Lo que por supuesto nunca ocurrirá. Los consumidores serían los primeros en oponerse. ¡Créame, que se agrupen unos cuantos nostálgicos no es la solución! A veces, me divierto enviándoles a algunos de ellos cartas informativas para demostrarles que su modelo está superado, que los consumidores de hoy en día se las arreglan estupendamente sin sus consejos.

«Entonces, conoce la existencia del Círculo... Aunque diría que no le da ni frío ni calor. Su defensa del comercio online es más bien una lucha personal, una cuenta que saldar. Puede que dedique un montón de tiempo a promover su punto de vista en las redes sociales, pero eso no lo convierte en un asesino. Me parece que no voy bien encaminado».

Mientras Adrien se preguntaba qué capacidad real de causar daño tenía el profesor, este explicaba con el fervor de un converso su admiración por Amazon.

—Mi primera visita a su sitio web me hizo comprender que podía comprar libros con unos pocos clics. Libros agotados, ediciones antiguas, obras en su lengua original... Fui ampliando el campo de posibilidades, y no tardé en convertirme en un cliente asiduo. Mi entusiasmo fue *in crescendo*. Puedes descargar extractos, hojear virtualmente, leer comentarios de otros lectores, encontrar más

libros del mismo autor, comprarlos con la tableta y recibirlos gratis en casa. Hay donde elegir, los libros solo están agotados durante uno o dos días, y ni eso, porque rara vez ocurre. En definitiva, Amazon solo tiene un defecto: ofrece un servicio irreprochable, eficaz y nada caro.

—Sin embargo, como consumidor, no puede ignorar los problemas ligados a esos mastodontes, tanto en lo relativo a los impuestos, dado que procuran implantarse allí donde pueden beneficiarse de una «optimización fiscal», como en lo que respecta al derecho laboral, con empleados a los que pagan una miseria por un trabajo intensivo y poco gratificante.

Al profesor no le gustaban las interrupciones, y menos con argumentos tan reivindicativos. Soltó un chasquidito con la lengua para llamar al orden a su interlocutor. A continuación, juntó las yemas de los dedos, que contempló en silencio largos instantes, como si examinara un valioso tesoro.

—Permítame decirle que Amazon no ha puesto una pistola en el pecho a sus clientes para obligarlos a comprar en su sitio. La empresa se limita a ofrecer un servicio supercompetitivo en sintonía con sus necesidades y sus expectativas. Y eso basta para que funcione. ¿Qué más se puede pedir? Mire, el siglo XXI es la era de la conectividad, en la que todo, o casi todo, puede comprarse en internet. ¡Piense en las ventajas que eso tiene para nosotros, los consumidores! En zonas rurales aisladas como esta, ya no hay necesidad de desplazarse, ni restricciones horarias o de cierre de la librería, porque los productos se entregan a domicilio. Y, en lugar de encerrarnos en nosotros mismos, los clientes también tenemos la opción de compartir nuestra experiencia, de poner nota, de

expresarnos sobre cualquier producto, de ser escuchados. ¡Por fin existimos!

Como la entrevista amenazaba con eternizarse en torno a esa idea fija del poder soberano del consumidor conectado, Adrien se apresuró a darla por terminada con la excusa de que tenía otra cita. No pudo evitar decirse que los locos no se diferenciaban mucho en su aspecto del resto de los ciudadanos y que en sus respectivas monomanías siempre había algo sensato.

«La del profesor, ¿puede ser peligrosa, arrastrarlo hacia la locura?».

Cuando estaba saliendo, una mujer menuda apareció en el umbral de una puerta que debía de llevar a la cocina. Parecía uno de esos conejos escuálidos y asustados que corren por los descampados que flanquean las autopistas. El profesor, visiblemente incomodado por su presencia, se limitó a presentarla con un lacónico «mi esposa». La mujer tenía en las manos una bayeta que retorcía nerviosamente.

—¿Es otra vez por las compras? —se atrevió a preguntar con gesto en un tono ligeramente preocupado.

—En absoluto, Éleonore. Enseguida me reúno contigo en el office, mi invitado ya se iba...

La mujer desapareció en silencio, no sin antes lanzarle a Adrien una mirada cargada de incomprensibles reproches.

Antes de cerrar la puerta de la calle, el profesor le hizo unas últimas observaciones para su futuro artículo.

—Por supuesto, si va a mencionar mi nombre, quiero saberlo para dar mi consentimiento antes de la publicación.

—¡Faltaría más, cuente con ello!

—Esta es mi tarjeta con mis datos y mi página web personal. Si necesita más precisiones, no dude en llamarme. Me ha extrañado que no trajera un magnetófono. Es una pena. No me gustaría que deformara mis opiniones, ¡es tan fácil! Una simple frase sacada de contexto y hay que volver a explicarlo todo.

—¡No se preocupe, tengo una memoria de castor!

«¿Los castores tienen memoria?».

Mientras se planteaba esa absurda duda, Adrien echó un vistazo a la tarjeta antes de guardarla en la mochila. Su mano permaneció suspendida en el aire. Acababa de tener una súbita revelación. Tan inaudita que se quedó boquiabierto. Durante más de una hora, el profesor lo había aburrido con sus frases vehementes y sus irrefutables teorías, cuando la verdad estaba ahí, entre sus dedos, tan simple como impactante.

De hecho, cabía en un nombre de pila compuesto seguido de un apellido.

Alain-Bernard Crispin, profesor de Sociología y propietario de una página web cuyo nombre empezaba, naturalmente, por «abc».

«¿Cómo demonios no me he dado cuenta antes? ¡Es totalmente lógico!».

Las iniciales de nuestro hombre eran ABC, como Aurillac, Brioude y Chamalières. Además, había admitido sin rodeos que conocía la existencia del Círculo, incluso que se había comunicado con varios de sus miembros a través de internet.

¡Desde luego, era difícil ver en ello una simple coincidencia! ¿Qué había en realidad detrás de su diatriba resentida y trabajosamente argumentada contra aquellos libreros que se habían «burlado» de él, mirándolo por encima de hombro?

Desde el principio, buscaban un asesino maniaco, obsesionado con el orden alfabético. Un asesino desequilibrado, sí, pero también meticuloso, organizado, inteligente. Un individuo capaz de asesinar a sangre fría con el único fin de cumplir una misión para la que se sentía llamado. Todo encajaba, casi demasiado bien, en realidad.

Muy oportunamente, Adrien recordó que había sido la policía la primera en fijarse en Crispin, debido a sus acerbas críticas contra los libreros en las redes sociales. Según Charles, lo habían investigado, sin llegar a acusarlo. Así que no todo era tan sencillo. El profesor debía de tener coartada para los tres días de autos.

«¡Maldita sea, ya no podemos conformarnos con hipótesis, ahora es crucial saber!».

Hizo varias llamadas para intentar averiguar algo más sobre Crispin. Mientras esperaba a que Charles, que había prometido informarse, le dijera algo, estacionó en un camino lateral, dispuesto a seguir al profesor si salía de casa. Por desgracia, no fue así. Como para burlarse de él, dos furgonetas de reparto se detuvieron ante su chalet. Desde donde se encontraba, Adrien no vio en ambas ocasiones más que un brazo huesudo apoderándose de un paquete, mientras en el jardín se oían ladridos furiosos. La señora Crispin, sin duda. Naturalmente, con su manía de comprarlo todo en internet, su marido apenas debía de abandonar su madriguera.

«¡Salvo para matar a libreros!».

Se encogió de hombros. Pensar estupideces no lo llevaría a ninguna parte. Había que atrapar a aquel tipo antes de que volviera a actuar. Lo mejor habría sido regresar a Saint-Flour o ir directamente a Clermont, al periódico, y meterle prisa a Charles y a sus informadores. Pero allí seguía, a la espera de una improbable

salida de Crispin, con la estúpida idea de que, mientras lo estuviera vigilando, a Emma no podía pasarle nada.

Dos horas más tarde, cuando el hambre empezaba a acuciarlo y había salido del coche para estirar las piernas, Charles lo llamó al fin. En su tono guasón, su jefe le hizo un resumen de todo lo que había podido sacarle a su valioso informador.

—Para empezar, puedes estar tranquilo: Crispin es tan profesor como tú o yo. Utiliza ese título para darse importancia y justificar el cobro de las conferencias que imparte a unos cuantos primos sobre la evolución del consumo. Es licenciado en Filosofía, y para de contar. Algunos hechos inquietantes, relacionados con las conferencias, precisamente. Agárrate: dio un par en Royat y Aurillac, a una veintena de personas en ambos casos. De todas formas, las fechas no coinciden, pero el hecho en sí ya es interesante. Pudo estudiar la zona. En las demás localidades afectadas, nada, aunque está previsto que hable en Thiers a principios de diciembre.

»Su página web es inatacable, pese a que sus declaraciones a menudo rozan lo delictivo. Podría ser acusado por difamación, pero no por incitación al odio. Después de todo, podemos no estar de acuerdo con él sobre las supuestas virtudes de los gigantes de internet, pero nadie puede obligarlo a hablar de su lado oscuro. Muchas polémicas en su haber, sobre todo con militantes anti-Amazon, que a veces intentan reventar sus debates. Nuestro amigo es duro de pelar, sabe responderles y dejarlos en ridículo.

»Pasemos a sus coartadas: el 20 de agosto estaba de vacaciones en Córcega, una estancia de una semana contratada online, por supuesto, y confirmada por la agencia de viajes. Para las otras fechas, su justificación no está tan clara. Depende de su mujer, que

afirma, como él, que el 20 de septiembre se quedaron en casa; la coartada de octubre se basa en una vaga cita con el peluquero del pueblo, una de las pocas profesiones que aún resisten frente a internet. No he podido averiguar si la policía judicial hizo las comprobaciones necesarias, pero parece haber desechado la pista. Ninguna vigilancia preventiva, así que no puedo decirte si anoche estaba o no en su casa. Conclusión: hay que andarse con cuidado, no se le puede acusar sin pruebas. Y, aparte de tu "abc", no hay muchas.

»¡Ah, por cierto! El profesor es aficionado a las carreras de caballos, otra cosa que internet no puede sustituir, aunque él hace apuestas online. ¡Al progreso no hay quien lo detenga! Las cantidades que juega son modestas, porque la parienta está ojo avizor. Es una descendiente de los Mazurier, grandes empresarios de Issoire. El dinero es suyo. Pero no nos engañemos, quien decide, quien sabe, quien se exhibe es él.

—Entonces ¿la policía no ha atado cabos a partir de sus iniciales?

—¡Lo siento, chico, no puedo decirte más! Una cosa es cierta: sospecharon de él debido a su página web. Luego, su coartada para el primer asesinato bastó para que lo descartaran definitivamente. No creo que lo estén vigilando de manera especial.

—En tal caso, la policía es muy poco seria. Yo no creo en las casualidades. De una u otra forma, Crispin tiene que estar en el centro del asunto.

—Ambos coincidimos en que los tres asesinatos están conectados. Si es inocente del primero, por fuerza tiene que serlo de los otros dos.

—¡Encaja demasiado bien! Tiene que haber algo que se nos escapa.

—En todo caso, te recuerdo la norma: sin pruebas, no hay artículo. ¡Ah, una última cosa que he conseguido averiguar! Intuyo que no te va a gustar. Tu amiga es el único miembro del Círculo que tiene una furgoneta blanca, del tipo de la que arrolló a Courtial. Esa furgoneta fue presuntamente robada el martes 20 de octubre por la mañana, apareció al día siguiente y tu querida señorita Pélissier no creyó necesario poner una denuncia. Excuso decirte que la policía la tiene en el punto de mira, sobre todo porque el vehículo sufrió algunas reparaciones en el ínterin. No sé más, pero, en mi opinión, eso ya es bastante. Y mucho más serio que tu historia del «abc». Oye, solo por curiosidad: el libro de Poulidor, ¿era para ella?

—No se lo di —dijo mecánicamente Adrien, demasiado ocupado en digerir aquella información, que reactivaba la investigación en una dirección inesperada.

—¡Bravo! ¡Hiciste bien, siempre he dicho que tienes olfato!

«¡Ay, Charles, si tú supieras! No le di el libro, pero me he metido en algo mucho más grave...».

El joven periodista colgó con la sensación de haber vuelto a la casilla de salida. La culpabilidad de Crispin, de la que minutos antes no le cabía duda, volvía a parecer improbable. En cuanto a Emma, Adrien, que no tenía la menor idea del robo de la furgoneta el día del último asesinato, estaba estupefacto. El mutismo de la librera en ese sentido le resultaba cuando menos sorprendente.

De pronto, comprendía mejor su miedo latente a que sospecharan de ella, un miedo que, por lo demás, el día anterior la había llevado a limpiar, sin reflexionar, todas las huellas del conato de incendio.

«¿Sin reflexionar? ¿O tras una madura reflexión? ¿Por qué ocultar a la policía esa nueva agresión? ¡En el fondo, no tiene sentido!».

Pero ¿qué lo tenía en aquel asunto? Debía de haber alguna explicación lógica, racional, para el silencio de Emma, aunque de momento él no veía ninguna. ¡Pero tenía que haberla, porque, desde luego, no podía empezar a sospechar de ella! Fueran cuales fuesen sus errores, no podía estar implicada en algo tan siniestro. Emma era una buena chica. Tenía que partir de eso, no dejarse enredar por todos aquellos giros de guion que parecían divertirse desviándolo del camino hacia la verdad.

Y esa verdad la encontraría, costase lo que costase. Entre bastidores, alguien jugaba con él, jugaba con todos ellos, multiplicando indicios que no eran tales y creando entre ellos un malsano clima de sospecha que los empujaba a acusarse por nimiedades, a vigilarse unos a otros, incluso a huir, como Marlène Pagès.

«¿Quién está detrás de todo esto? ¿Por qué no me ha dicho Emma ni una palabra sobre el robo de la furgoneta? ¡Y mira que hemos hablado veces del vehículo que se dio a la fuga!».

Adrien podía comprender, en todo caso, que Emma no hubiera puesto la denuncia el mismo día. Era tan descuidada, tan desinteresada, tan confiada, de hecho... Podía entenderse. Pero ¿y después? ¿Por qué no había mencionado nunca la sospechosa desaparición de su vehículo? ¡Cómo no iba a vigilarla la policía! El robo de la furgoneta se había convertido en un elemento esencial de la investigación. Un elemento tangible, el único, quizá, desde el comienzo de aquel extraño asunto. Por fin había un indicio que podía

llevar hasta un culpable, porque hasta ahora todo había sido darse de bruces contra coartadas confirmadas, sólidas, inatacables.

De hecho, Emma también tenía coartada para el asesinato de Christian Courtial, ¡gracias a Dios! A la hora fatal, estaba en su establecimiento, con Tom, que ese día hacía los deberes allí, como único testigo. Ahora Adrien recordaba perfectamente ese dato, que, visto lo visto, se había convertido en esencial. Emma tenía coartada, lo que, por otra parte, quizá explicaba la prudencia de la policía judicial, que hasta el momento la había dejado tranquila pese a las circunstancias más que sospechosas que rodeaban la desaparición de su furgoneta.

Con rabia en el corazón, grandes dudas y una confusa sensación de fracaso, Adrien volvió a poner en marcha su vehículo sin entusiasmo.

14

Cuando se marcharon sus visitantes, Patrick Crueze cerró la puerta con una sonrisilla insolente, mezcla de desafío, desdén y animadversión. Había bebido demasiado, lo sabía, pero necesitaba tomarse otra copita para celebrar su victoria. Porque aquella partida precipitada de los fundadores del Círculo, Emma, Sylvie y Pascal, y de aquel librero parisino, que paraba en esos momentos en Saint-Chély y cuyo nombre ya no recordaba, había sido una victoria en toda regla.

Les había soltado lo que pensaba de ellos, lo que le quemaba en los labios, y no lo lamentaba en absoluto. En el fondo, no eran más que un hatajo de ineptos.

Al ver llegar a aquellos cuatro a la granja a la hora del té, ya sabía que no venían a saludarlo sin más, sino para utilizar la fotocopiadora de última generación que acababa de comprar y que podía imprimir más de treinta páginas por minuto.

En circunstancias normales, prestar sus cosas o abrir sus puertas no le molestaba en absoluto. Ser servicial, hacerse indispensable, implicaba que los otros estuvieran en deuda contigo, y eso le encantaba. Solo que hoy tenía otra visita en perspectiva, una visita importante. Además, estaba cabreado, lleno de rabia y con ganas de pelea.

«Emma ha pasado la noche con ese tipo, ese gacetillero enclenque y lisiado. ¡Qué poco orgullo tiene, la muy golfa!».

Lo supo enseguida, ¿y cómo no? El coche de Darcy había permanecido toda la noche en la terraza, como un centinela burlón. Emma había dejado a su amante rápidamente al amanecer. Ninguno de los dos había intentado contactar con él. Los había espiado escondido detrás de las pesadas cortinas de terciopelo de su dormitorio. La mala pécora besó al periodistilla de un modo que no dejaba lugar a dudas. ¿Cómo podía hacerle semejante afrenta, preferir a aquel mequetrefe? ¿Cómo podía exhibirse así, casi delante de él, sin el menor pudor? Iba a pagarlo, a pagarlo caro. No, carísimo. Crueze sentía crecer en su interior unas ganas irresistibles de aplastarla. Sabía que no podría descansar hasta que la tuviera de rodillas ante él, suplicándole como una sabandija.

«¿Cómo se atreve, encima, a venir a pedirme un favor el mismo día? Pero ¡qué desfachatez! ¡Está visto que me toma por su lacayo!».

La había saludado besándola en las mejillas, como siempre, pero procurando apretarse contra ella y sacando la lengua para marcar con su baba a aquella paloma, que de cándida no tenía nada. Así comprendería que le seguía perteneciendo. Pensándolo bien, quizá había sido un error, porque ella retrocedió bruscamente y lo miró con una expresión difícil de describir, de susto, casi de asco. Una expresión que a él en el fondo le gustaba: una mujer asustada es una mujer sumisa.

La conversación comenzó ante unas bebidas. Cada dos por tres, Patrick se las arreglaba para mosconear alrededor de ella, posar la mano en su brazo o acariciarle el pelo. Incluso llegó a derramar un

poco de zumo de naranja sobre su blusa a propósito para poder tocarle los pechos.

Si se hubieran encontrado solos, no habría tardado en convencerla de que el mejor era él. Por desgracia, los otros tres pelmas estaban allí, elogiando sin parar el panfleto que acababan de parir para alejar a sus clientes de la compra online.

Pascal, que indudablemente se había percatado de sus maniobras, lo miraba de un modo cada vez más extraño.

«Pero ¿qué se han creído estos sabihondos?».

Aquella mirada bastó para desencadenar su diatriba. Haciendo de abogado del diablo, de pie, farfullando debido al alcohol, la rabia y el deseo, los confrontó con sus quimeras:

—¡Estáis muy equivocados! Jamás podréis con Amazon. Mañana será el modo de distribución dominante. No hay nada que hacer. Sí, hay consumidores que viven lejos de una librería o tienen horarios imposibles, pero alguien tiene que deciros que, a la mayoría de los que no van a la vuestra, simplemente no les apetece ir. ¡Son unos peleles! Debéis entender que no quieren moverse de su casa, ¡si hasta se hacen traer la comida! ¿Os dais cuenta? ¡Así están las cosas! Me parece muy bien que escribáis panfletos, o que habléis de asociaros para crear una web de venta a distancia, pero es necesario enfrentarse a los hechos. ¡Os van a borrar del mapa, no hay vuelta de hoja!

Sylvie lo interrumpió con viveza:

—¡Qué majo eres, Patrick!, ¡cómo nos subes la moral! ¡Es justo lo que necesitamos oír en estos momentos!

—¡Déjame acabar! Piensa que lo que digo vale igualmente para los hipermercados y los centros comerciales. Ellos también tienen

motivos para preocuparse, con una oferta que siempre será incompleta. En realidad, todos os habéis quedado en el siglo xx, todos sois unos antiguos. El problema, el único problema, que ni siquiera veis porque os sentís superiores al resto de la humanidad, es que no se puede hacer nada contra el retroceso de la lectura. Nos hablan de cambio de hábitos. ¡Y un cuerno! ¡Salvo que pasar horas navegando también se considere leer! En tal caso, cuando repinto mis postigos, supongo que estaré haciendo arte, ¡no te joroba! ¡La gente ya no lee! Poneos por un momento en la piel de esos zánganos. Con internet y fuentes como Wikipedia, para qué te vas a molestar en leer un libro cuando puedes hacer un corta y pega en veinte segundos, ¿eh? ¿Puedes decírmelo?

Se acercó a Emma, la cogió por los brazos y la sacudió sin contemplaciones. De hecho, ya no veía nada más.

Luego hubo un momento de confusión, y sintió con regocijo que el pánico se apoderaba de los libreros. El parisino se interpuso entre ellos dos, y Emma se levantó bruscamente. Pascal intentó desdramatizar, pero en un tono firme.

—Francamente, Patrick, creo que hoy no es tu día. Me parece que has bebido demasiado. Seguro que algunos de tus argumentos son válidos, pero ya hablaremos de todo eso más tarde, ¿de acuerdo?

Luego, se dirigieron a la puerta como unos caguetas, incapaces de hacer frente a su retórica. ¡Porque era mucho más fuerte que ellos! Mientras Emma le lanzaba una última mirada horrorizada, Sylvie intentó ridiculizarlo con un golpe bajo.

—¿Sabes, Patrick? Las palabras jamás se pisan unas a otras, saben mantener entre sí una distancia respetuosa, quedarse en su sitio. ¡Tú, que te dices escritor, deberías tomar ejemplo de ellas!

«¿Decirse escritor? ¡Qué gilipollas! ¡Qué pretenciosa!».

Ella, que presumía de ser especialista en literatura estadounidense, nunca había aceptado tomar sus libros en depósito. «No tengo clientes para este tipo de novelas», había sido su excusa.

Ni siquiera se había percatado de que, al igual que un Dennis Lehane o un Benjamin Whitmer, él miraba al futuro en lugar de languidecer como tantos otros sobre las ruinas del pasado. Se suponía que eran sus autores fetiches, debería haberse dado cuenta de que él iba en su misma línea, tenía la misma visión de la sociedad, el mismo humor distanciado. Pero no, lo rechazó como tantos otros libreros; solo le ofreció, como una limosna, una mísera firma de ejemplares un día de mercado. Un acto en el que solo vendió tres libros, y ni siquiera a lectoras, sino a mujeres cuya libido había sabido activar hábilmente.

«¿Lo ves? Ya te lo había dicho, estos libros no son del gusto de mi clientela», le dijo Sylvie.

Ese día se sintió menospreciado, humillado. Ahora la odiaba con toda su alma, la odiaba a muerte. En realidad, los odiaba a todos. ¡Por suerte, no era el único!

La traición de Emma echaba sal en la herida, le recordaba que se había prometido vengarse algún día de sus sonrisas civilizadas, de sus frases envenenadas, de su propia dignidad herida. Jamás volvería a humillarse ante ellos, a mendigar su ayuda. Si realmente hubieran querido, entre todos habrían podido propulsarlo a la lista de los más vendidos, al menos a nivel regional, hablar con los representantes de las editoriales, proponerlo para ferias, ponerlo en un lugar visible. No le cabía la menor duda. El éxito estaba ahí, al

alcance de la mano, solo que aquellos cerdos no habían hecho nada por «el pobre Patrick».

«Al menos, no les debo nada. Tal vez sea mejor así».

Se sirvió otra copa. Saboreaba la situación presente. Desde hacía tres meses, las tornas habían cambiado. Ahora todos aquellos libreros llenos de petulancia tenían problemas más que suficientes, pero, además, el miedo iba haciendo su lento trabajo de zapa. Un desgraciado accidente más, otro muerto, y no daba un céntimo por la continuidad del Círculo. Se despedazarían, se acusarían, se difamarían, se criticarían. Un magnífico espectáculo en perspectiva, en el que Emma sería la principal víctima expiatoria.

La caída de todos ellos sería su triunfo.

En cierto modo, había contribuido a ella. No se podía negar que había maniobrado con astucia. Desde el principio, había sabido callar cosas primordiales, que, por lo demás, quizá revelara a su debido tiempo. Pero ahora había que actuar de un modo u otro para airear en la plaza pública parte de los infortunios del Círculo, con el fin de aumentar la presión, de precipitar un poco las cosas.

Adrien Darcy iba a lamentar el revolcón de la pasada noche. Lejos de sacar una exclusiva sobre la asociación de libreros, *La Montagne* vería cómo un periodicucho local le robaba el protagonismo. Había que conseguir que Darcy hiciera el ridículo, que su incompetencia y sus dilaciones le valieran un severo rapapolvo. Aquel tipo tenía que largarse, regresar a Clermont cuanto antes.

«¿Indemne o no?».

Esa era otra cuestión. Menos urgente, quizá. No obstante, aquel tipo se merecía una lección. Era frágil, un simple empujón en una escalera debería de bastar para que dejara de resultar atractivo

durante una buena temporada. Tenía que meditarlo. Lo había visto hacer muecas de dolor durante buena parte del fin de semana por la falta de medicamentos, y se había felicitado por su estratagema, por su pequeño hurto. La próxima vez golpearía más fuerte. En su efervescente cerebro, se imaginaba ya una mezcla de fármacos. Guardaba varios potentes somníferos que aún le quedaban de su mujer. Un cóctel explosivo podía mandar a aquel alfeñique al otro barrio. Sería muy fácil. Una venganza perfecta.

«¿Qué habrá visto Emma en semejante fracasado?».

La copa estaba vacía y la botella también. Las botellas siempre se vaciaban demasiado deprisa. Pero eran su único apoyo. ¡Cuánto añoraba a Anne! Nadie podría reemplazarla jamás. Nadie lo querría tanto jamás.

Sacó otra botella de whisky y la dejó en la mesa, delante de él, para darse ánimos, pero se abstuvo de abrirla. Se había propuesto escribir algo para *La Dépêche* y tenía que hacerlo. Era una publicación quincenal. Calculó que, con el festivo del 11 de Noviembre por medio, el próximo número saldría el 13. Una fecha perfecta, justo una semana antes del tan temido día 20. Tiempo suficiente para movilizar a los sedientos de escándalos morbosos, los apasionados de la crónica de sucesos, los comunicadores de todo pelaje. Viernes y 13, un verdadero día de suerte para los libreros y para Emma en particular. ¡Ah, ya disfrutaba imaginándose su cara!

Solo quedaba escribir el dichoso texto. No era tan sencillo. Con contar los hechos no bastaría, salvo que deseara ver a un segundo periodista haciendo un reportaje de investigación. Y, desde luego, no lo deseaba, ni que decir tenía.

Lo mejor era incitar al periódico a publicar los datos. A saber, los tres asesinatos precedentes y la amenaza que pesaba sobre los libreros para el 20 de ese mes, amenaza que afectaba en especial a su librería local, la más concernida, porque era propiedad de la presidenta del Círculo. Nada más. Ser directo y conciso, ese era su objetivo. Una publicidad formidable para la querida Emma. Aunque probablemente la información no trascendería fuera del ámbito local, haría ruido más que suficiente y tendría la virtud de ridiculizar a *La Montagne* y alejar al gilipollas de Darcy.

Dicho así, parecía fácil. Escribirlo no lo era tanto. Tenía que ser cuidadoso. No provocar una réplica por difamación, injurias o alguna estupidez parecida. Dar su nombre habría sido una solución, era conocido por la prensa local, sobre todo por sus cursos de teatro, lo respetaban. Sin duda, una carta anónima sería menos eficaz, pero no podía hacer otra cosa. Si Emma se enteraba de que era el autor de semejante maquinación, jamás querría reconciliarse con él. En aquel asunto, se veía como el amigo fiel que consuela. Sí, ella acababa de humillarlo, lo había encolerizado, puesto fuera de sí, pero volvería a su lado. De pronto, no le cabía duda. Así que no debía enterarse, jamás.

La tentación era demasiado fuerte, y también la presión. Desenroscó el tapón de la botella y se sirvió. Solo un trago. ¡Dios, qué bien sentaba! El líquido ámbar le devolvía la dignidad, la confianza. Un día Emma estaría a su merced, le suplicaría que la tomara. Él la destrozaría.

Se emborrachaba de alcohol tanto como de grandes palabras, se dejaba arrastrar por la carrera desenfrenada de unos caballos que galopaban en su cabeza a un ritmo infernal, con un ardor exaltado,

que le producía una sensación de triunfo. Cada copa, como un desafío a la muerte, le confirmaba su impunidad.

Acababa de poner el punto final a su carta, su «primicia», como ya la llamaba. Antes de meterla en el sobre, en un instante de lucidez y maquiavelismo, le puso el sello de Los Libropensadores. El día anterior había sustraído el tampón en la librería con la intención de escribirse él mismo una carta de elogios falsa para conseguir una entrevista o la participación en una feria del libro.

«¡Una gran idea! Ahora es cuando tengo que ir a lo seguro, no perder la ventaja. No necesito que nadie me diga lo que tengo que hacer. ¡Ay, si Anne no hubiera muerto!».

Se acabó la botella y se levantó sonriendo con malignidad. Era una jugada maestra, sí señor. ¿Quién mejor que la presidenta del Círculo para informar a la prensa y pedirle ayuda para encontrar al asesino? ¡Buen trabajo! Mucho mejor que una carta anónima. El periódico mordería el anzuelo. Seguro que todo el mundo acusaba a Emma, que sería totalmente incapaz de demostrar su inocencia.

¡A ver quién le reprochaba ahora que actuaba sin reflexionar!

¡Solo él era capaz de una jugada así! Ya se veía susurrando al oído de los miembros del Círculo que su presidenta jugaba a dos bandas. Todos caerían en la trampa, incluido uno que se creía más listo que los demás, alguien que, como él, actuaba entre bastidores, pero que pronto se vería obligado a contemporizar con él y acabaría comiendo de su mano. Alguien que, precisamente, acababa de entrar sin llamar y estaba delante de él, esbozando una sonrisa indefinible, una sonrisa que no le gustaba nada.

No pudo evitar sobresaltarse. La carta cayó al suelo. Al ir a levantarse para recibir a su visita, le dio un mareo, una especie de

vahído. En lugar de encontrar una mano amiga, sintió un fuerte empujón, que lo lanzó deliberadamente al suelo. Al caer, golpeó con la cabeza la librería de roble macizo y se hizo una brecha en la frente. Luego se derrumbó como un saco, farfulló unas palabras incomprensibles y perdió el conocimiento con un largo gruñido quejumbroso.

Como ese día Tom no se había quedado a hacer los deberes en la librería, el autobús escolar lo dejó en la esquina de la ermita, a unos centenares de metros de la granja. A las siete, ya era de noche. Las últimas hojas caídas con la helada alfombraban el camino y crujían bajo sus pies. Además de la cartera, el niño cargaba con una bolsa de viaje, porque esa mañana sus abuelos, con quienes había pasado el domingo, lo habían llevado directamente al colegio. Aunque no había visto a su padre en todo el día, había oído hablar mucho de él. A veces, hasta los adultos más amables podían resultar cargantes.

«Tu padre bebe demasiado... Tu padre es un holgazán... La casa rural es el trabajo de tu padre, no el tuyo... Tu padre ha vuelto a dar que hablar... Tu padre es un juerguista...».

Estaba harto de ese tipo de críticas. Quería mucho a su padre. No, no se ocupaba demasiado de él, era verdad. Aparte, tenía una serie de ideas inamovibles y principios muy estrictos, en especial sobre la lectura. Pero le daba mucha libertad. No le imponía una hora para comer ni para acostarse, no le obligaba a comer o vestirse de determinada manera, no opinaba sobre sus notas, fueran las que fuesen, ni le exigía participar en las actividades extraescolares. Tom era consciente de que, en comparación con sus compañeros,

disponía de una cantidad de tiempo increíble para leer, por supuesto, pero también para soñar, vagar por el campo, descubrir rincones secretos, imaginar montones de aventuras y hasta para aburrirse. Los otros nunca tenían tiempo. Sus padres siempre estaban encima de ellos. Él era libre. En realidad, lo único que podía reprocharle a su padre era que no le demostrara su cariño. Por supuesto, a los doce años ya no necesitabas mimos, eso ya lo sabía. Pero, de todas formas, era tan agradable sentir la mano de Emma o de sus abuelos en el pelo, ver una sonrisa de aliento o de admiración en sus caras... Intuitivamente, sabía que, a ese respecto, no debía esperar nada de su padre. Algunas veces, muy pocas, todavía lo sentaba en sus rodillas para hablarle de su madre, Anne. Pero, en lugar de disfrutar de esos momentos, el pequeño los temía porque siempre terminaban con grandes ataques de llanto.

Se cruzó con un coche en la estrecha carretera. Tuvo el tiempo justo de saltar hacia un lado y aterrizar en la alfombra de hojas, jadeando un poco. No lo había atropellado de milagro. En aquella carretera de montaña, que en esa época del año podía resultar peligrosa para un conductor forastero, no había alumbrado. ¡Alguien del Cantal jamás habría ido a esa velocidad! En cuanto a Adrien, su coche era mucho más pequeño. Adrien le caía muy bien, esperaba encontrarlo en la granja. No había olvidado su promesa de enseñarle unos cuantos trucos infalibles de ciclista, con los que quizá dejaría boquiabiertos a sus amigos. Falta le hacía, porque a veces se sentía rechazado por el grupo. La bolsa pesaba y, tras su aterrizaje forzoso en las hojas, tenía mojados los pantalones y los zapatos, así que se alegró de ver las luces de la granja, que formaban un acogedor halo amarillo. En la terraza solo vio el coche de su padre.

«¡Lástima, Adrien no está!».

Lo que significaba que estaría a solas con su padre, su melancolía, su abatimiento y su pena. Cuando tenían huéspedes, en la granja había más vida, la conversación podía ser animada, aunque siempre había que temer algún estallido provocado por el alcohol. Suspiró. Extrañamente, la puerta de entrada había quedado abierta de par en par. Era doblemente extraño con aquel frío y la insistencia de su padre en que debían ahorrar energía. Entró en la gran sala con un poco de aprensión e hizo una mueca al ver las botellas vacías, que parecían burlarse de él desde la mesita baja. Tres pasos más adelante, tropezó con el cuerpo de su padre, tendido en el suelo. Con los brazos abiertos, parecía un pájaro abatido en pleno vuelo. La sangre le resbalaba por la sien, y sus labios dejaban escapar un débil gemido. Era una imagen tan insoportable que volvió la cabeza.

Tom quería gritar, pero de su boca no salía ningún sonido, las palabras estaban atascadas en su cerebro. Le habría gustado tocar a su padre, pero las piernas tampoco le obedecían, se negaban a avanzar. Así que dio un paso atrás, otro y luego un tercero, hasta llegar a la cocina. Descolgó el teléfono y marcó el número de Emma, que se sabía de memoria. Oía a la joven al otro lado de la línea, pero no conseguía explicarle lo ocurrido.

—¿Quién es? ¡Hable de una vez! —decía ella, irritada.

Emma iba a colgar, seguro, tenía que decírselo. Por fin, con un enorme esfuerzo de voluntad, logró balbucear:

—Soy yo, ven enseguida. Papá está casi muerto.

Instantes después, estaba otra vez en el salón. Emma iba a venir, lo había dicho. También había dicho que no tocara nada. De todas formas, quizá debería retirar las botellas. Para no dar mala

impresión, para evitar las habladurías, la murmuración, que hacía daño. Tenía los dedos torpes, los pies lentos. Dejó escapar el vaso, que rodó bajo el sillón. Al agacharse para recogerlo, vio un sobre. Sin dirección, cerrado, misterioso, inquietante. No era un sobre vacío, dentro había una carta, la notaba a través del fino papel. ¿Las últimas voluntades de su padre, quizá? Pero uno no da instrucciones cuando se cae, solo cuando se suicida. Lo sabía porque lo había leído en los libros.

¡Mentira! ¡Imposible! Su padre no quería suicidarse. Él lo necesitaba demasiado, su padre jamás lo habría dejado solo.

Conmocionado, paralizado, con los ojos llenos de lágrimas, el niño no sabía qué hacer, ya ni siquiera sabía dónde estaba. Oyó vagamente la furgoneta de Emma deteniéndose delante de la puerta. ¡Rápido! Tenía que actuar rápido. Se guardó el sobre en un bolsillo y volvió a dejar el vaso junto a las botellas. Solo entonces se atrevió a posar los ojos en la masa oscura tendida en el suelo.

15

La noche ya estaba avanzada cuando Adrien llegó al fin a Saint-Flour. Desde la orilla del Ander, la villa medieval casi parecía un decorado de cartón piedra, con los grandes órganos basálticos, sólidos e inmutables, completamente ocultos en la niebla.

Un juego del escondite que, una vez más, dirigió sus pensamientos hacia el Círculo de los Últimos Libreros. Decididamente, aquel asunto parecía cada vez más enrevesado. El joven periodista tenía la sensación de que, con tantos descubrimientos y tantos giros inesperados, jamás se libraría de él.

¿Realidad o ficción? ¿Qué intentaban ocultarle? ¿Hacia qué verdad querían conducirlo? ¿Información falsa, pura mentira, omisión voluntaria o deliberada? Se movía a ciegas tras una cortina de humo. O más bien lo movían. Intentaban manipularlo. Sentía una presencia a su espalda, una presencia que se reía por lo bajo de sus fracasos y de las pistas que lo llevaban por caminos equivocados.

Había sido un día complicado. Pero ¡qué alegría cuando había creído descubrir el significado de las iniciales del profesor! Luego, al confirmarse su coartada, había llegado la decepción, seguida por el estupor, las dudas y el desánimo al enterarse del comportamiento, cuando menos extraño, de Emma.

¡Era para desquiciar a cualquiera!

Pero lo peor seguía siendo aquel dolor cada vez más insoportable que le paralizaba el brazo. Resultado, probablemente, de su combate heroico con la colcha el día anterior. No había tenido más remedio que llamar a su médico desde Issoire para casi suplicarle que lo atendiera con urgencia y volver, con el miedo en el cuerpo, al centro hospitalario de Clermont para un examen que se había saldado con una buena bronca.

—¡Y eso que le insistí en que se estuviera quieto! ¡Empiezo a creer que los ciclistas tienen la cabeza hueca! Antes del accidente, estaba usted superfibrado, lo que le permitió soportar mejor las operaciones, pero el traumatismo continúa ahí, hágase a la idea de que sigue estando en la cuerda floja. Sabe perfectamente que un corredor no puede encadenar un Tour, una Vuelta o un Giro, y de nuevo un Tour. Cuando la repetición de los esfuerzos pone a prueba al organismo, hay una auténtica fatiga física, que requiere un largo periodo de recuperación. Es la situación en la que se encuentra usted ahora. Tiene que descansar, amigo mío. Y estar vigilante. La recuperación va por buen camino, ¡no vuelva a ponerla en peligro con sus locuras!

Provisto de nuevos medicamentos, se marchó del centro un poco más entonado, aliviado tanto por las inyecciones como por la última frase del cirujano, en el fondo, alentadora. Su cama lo esperaba a unos minutos de allí. En su estado de agotamiento, lo más sensato habría sido quedarse en Clermont. Pero volvió a tomar la carretera a Saint-Flour sin dudarlo. Tenía que ver a Emma, oír sus explicaciones, hundir la mirada en sus ojos azules para saber si mentía.

Esa era su prioridad. Todo lo demás podía esperar. Mientras avanzaba por la carretera, se sentía cada vez más lúcido. Volvía a

parecerle imposible que Emma fuera culpable y cada vez más evidente que había caído en una trampa. A partir de ahí, todas las suposiciones que hacía lo llevaban enseguida a un callejón sin salida.

Una vez más, aparcó frente a la catedral. Un sitio que se había convertido en familiar, un sitio que le gustaba. Las farolas seguían rotas y Los Libropensadores estaba sumida en la oscuridad. Por una vez, en la librería no había luz, aunque en el primer piso una claridad dorada se filtraba a través de los postigos entrecerrados. Encontró la puerta con la nueva cerradura de seguridad y la llave echada dos veces.

«Tranquiliza bastante, la verdad. ¡Emma parece haber comprendido al fin el peligro que corría!».

La joven librera lo recibió con su luminosa mirada, que le formaba arrugas en las comisuras de los ojos, pero te alegraba el corazón y te hacía creer en la bondad del mundo. Se besaron sin decir palabra: ya habían superado esa etapa. Su abrazo reflejaba su espera, sus tormentos y también sus dudas.

—Has vuelto muy tarde...

—He pasado por Clermont. He conseguido que me dieran cita en el hospital, para hacer algunas comprobaciones. Ahora ya está solucionado, no te preocupes. Pero me he llevado un buen rapapolvo del matasanos: dice que tengo la cabeza hueca, más o menos lo que dices tú sobre el guisante...

Emma se limitó a asentir con un gesto. Intuitivamente, comprendía su sufrimiento físico y moral, sus renuncias, su preocupación por el futuro, el pudor que le daba hablar de ello.

—Tom está aquí —dijo señalando el techo con el dedo—. Se ha quedado dormido en el sofá. Su padre está en urgencias.

—¿Crueze? ¿Qué le ha pasado?

Emma le describió el estado en el que el pequeño había encontrado a su padre al llegar de la escuela y le contó a grandes rasgos el episodio previo, durante el que el escritor, ya bastante bebido, había estado especialmente desafortunado con ella y sus tres compañeros.

—Los paramédicos hablaban de un coma etílico. También se ha abierto la frente al caer. De hecho, esa fractura de cráneo parece lo más preocupante. Por teléfono, hace un rato, el médico del hospital se ha mostrado un poco menos pesimista: su vida no corre peligro. Está tan acostumbrado a consumir alcohol que quizá eso lo haya inmunizado. Dios mío, ¿cómo se puede llegar a ese punto? Me siento un poco responsable por no haberme dado cuenta.

—¡Eso sí que no! ¡Ya basta! ¡Deja de culpabilizarte por ese gilipollas! Perdona, pero si ese tío es un fracasado, la culpa es solo suya. ¡Cuando tienes un hijo a tu cargo, lo asumes!

—Eso es muy fácil de decir, ¿no crees?

Había empleado un tono moralizador, que indignó a Adrien.

—¡Por supuesto, volverás a defenderlo!

—Mencionar circunstancias atenuantes no es defenderlo. Créeme, esta tarde, con su boca húmeda y sus manos viscosas, me ha revuelto el estómago. No pretendo hacer borrón y cuenta nueva, pero lo cierto es que no ha superado la muerte de su mujer. Iba a la deriva y ninguno de nosotros ha sabido detenerlo.

—¡Es que no eres el Ejército de Salvación!

Adrien se dirigió al cuarto de baño refunfuñando. Decididamente, no la entendía. Aquella indulgencia almibarada lo superaba, le parecía casi sospechosa. Un abismo volvía a separarlos.

Permaneció callado buena parte de la cena. Para no despertar a Tom, Emma hablaba en voz baja, un poco ronca. Como para compensar el mutismo de su compañero, la joven librera, que parecía estar en vena, incluso se eternizó contando con detalle su jornada, que había pasado con los miembros fundadores del Círculo y con Yves, el librero parisino, que les aportaba un poco de aire fresco y altura de miras. Sus ágiles y expresivas manos revoloteaban de aquí para allá ilustrando lo que decía. Entusiasmada una vez más por su visión del Círculo, rebosaba energía.

—Verás, desde hace ocho meses, los miembros nos informamos a diario del estado de nuestras ventas, nuestras compras y nuestras devoluciones. Así que todas las mañanas tengo una visión general de lo que se vende en nuestras librerías. Eso me proporciona un punto de vista interesante. Y, sobre todo, impide que pase por alto libros en los que no había reparado. Solo somos veinte, pero ¡imagina cuando seamos cien, o incluso más! Yves se unió a la asociación por su amistad con Pascal. Aunque sea de París, curiosamente tenemos gustos bastante parecidos. Ahora, cuando hace pilas de un libro, yo suelo inspirarme en él, y viceversa. Ya ha contactado con bastantes librerías parisinas, a las que les gustaría sumarse a ese intercambio participativo. A largo plazo, la idea es elaborar nuestras propias listas, muy distintas y mucho más valiosas que las de *Livres Hebdo*, que mezcla las ventas online, las de las grandes superficies y las de las librerías de barrio en una mayonesa indigesta y bastante partidista. Yves está dispuesto a hacer campaña en la capital. Es una gran oportunidad de desarrollarse. ¡Si no tuviéramos esa espada de Damocles sobre nuestras cabezas!

—¡Bah, es un problemilla de nada!

Emma, que no soportaba ese tono sarcástico, se levantó de un salto.

—¿Te burlas de mí? —exclamó olvidando toda precaución oratoria —. No me gusta nada esa sonrisita irónica. ¿Se puede saber qué te pasa? ¡Es insoportable! Me escuchas sin decir palabra, ¡aunque ni siquiera sé si me escuchas!

—Te escucho, tranquila, te escucho. Aunque habría preferido que me hablaras... del robo de tu furgoneta, por ejemplo.

—¡Así que era eso!

Emma volvió a sentarse, con las mejillas encendidas. Su exasperación se había esfumado de golpe. Procuró mantener la calma, aunque hubiera deseado no tener que dar ese tipo de explicaciones odiosas. Buscó desesperadamente las palabras. Comprendía que una sola frase podía volver a ponerlo todo en entredicho y que Adrien estaba en su derecho a dudar de ella, a montar en cólera, a dejarla. En esos momentos, lo que menos le importaba era la suerte del Círculo, solo quería una cosa: no perderlo a él. Era tan susceptible, tan celoso, tan sensible, tan irritable que cualquier intento de explicación podía acabar como el rosario de la aurora. Apoyó la cabeza en las manos. Estaba tan angustiada que, sin darse cuenta, empezó a temblar. Esa noche, Adrien tenía la mirada de un juez. Ojos duros, inquisitivos, suspicaces. Unos ojos que le hacían daño.

«¡Qué situación! ¡Qué injusticia! ¿Cómo voy a convencerlo si ya ha dictado su sentencia? ¡Maldita sea, si me ama, no debería creerme culpable!».

De repente, esa idea la volvió más combativa. Alzó la cabeza. Sus alborotados cabellos rubios formaban una especie de casco

alrededor de su cara. Él no tenía derecho a juzgarla de aquel modo.

—Como ya habrás advertido, suelo dejar la furgoneta en el aparcamiento del paseo Pompidou. Es mucho más práctico que estacionar en la plaza de Armas, donde hay parquímetros. Me creas o no, muchas veces, por no decir casi siempre, cierro la puerta, pero no echo la llave; mejor dicho, no la echaba, incluso la dejaba en la guantera, junto con el permiso de circulación. Es dejadez pura, lo sé, no hace falta que me lo repitas. Pero te recuerdo que estamos en el Cantal, que todo el mundo se conoce y que no soy ni mucho menos la única que actúa así. El dueño del taller de los Rochers, sin ir más lejos, hace exactamente lo mismo con los coches que le llevan para reparar. Me ha contado que este verano un parisino lo puso a parir, antes de salir corriendo hacia el aparcamiento, convencido de que le habían robado su precioso Mercedes. Corriendo tontamente, por supuesto, porque lo esperaba con las llaves en el salpicadero desde el día anterior. Aquí hay poquísimos robos. Así que, tratándose de una tartana como la mía, creía que no había peligro.

—¡Pues ya ves lo que pasó, y encima el 20 de octubre!

Adrien había adoptado un tono frío y cortante que le hacía parecer un examinador de bachillerato, un parecido que Emma encontraba ridículo.

—Sí, es cierto, el martes 20 de octubre me robaron a mi pobre Fifi. ¿A qué hora? Ni idea. Sobre las siete de la tarde, cuando quise llevar a Tom a su casa, ya no estaba en el aparcamiento. Aun así, no me preocupé. Había varias personas que podían haberla cogido prestada sin pedirme permiso, dándolo por descontado. En primer lugar, Patrick. A veces, en la temporada de las setas o del melocotón, me coge la furgoneta para no estropear su cupé en los

caminos pedregosos. Por supuesto, fue el primero en quien pensé. Como no me cogía el teléfono, Tom se quedó a dormir en casa. Confieso que me enfadé y me prometí que le pediría cuentas. Al día siguiente, Fifi estaba allí, casi en el mismo sitio. Luego Patrick me juró que no había sido él. Esa noche, había estado escribiendo, y en momentos así nunca responde al teléfono. Tengo otros dos prestatarios habituales, ¡Fifi es muy popular! Lafon, el ferretero de la rue du Collège, la utiliza de vez en cuando para llevarle una bombona de gas a algún viejecito. Es una excelente persona que se desvive por atenderte, un trozo de pan, que además siempre me avisa antes y luego me lo agradece con muchas reverencias y verduras de su huerto. Y, por último, la señorita Luce, que es casi vecina y a la que ya has visto por la librería, una señora encantadora de setenta y cinco años que la usa todos los miércoles por la tarde sin falta, para ir al cementerio de Villedieu, donde tiene enterrados a sus padres y a su hermana gemela. No dispone de otro medio de locomoción.

—¡Al final me harás llorar, te lo aseguro! ¡Con gente como tú, no hay miedo de que Uber prospere por estos lares!

—¡No te burles! Se llama solidaridad, y se merece un respeto. ¡No me gusta el tono que empleas! Así es como vivimos aquí, no necesitamos lecciones de nadie, y menos de urbanitas desconfiados y estrechos de mente.

Estaba furiosa, estaba guapa. A su pesar, Adrien sintió que su acritud se atenuaba.

—¡Reconoce al menos que es una imprudencia como una catedral! —respondió con voz más tranquila.

—Desde luego, aunque hasta ese día nunca había pasado nada. No sé quién pudo cogerla, la verdad. Gente joven que pasó tarde por allí, quizá... De todas formas, lo principal es que al día siguiente volvía a estar en su sitio. ¡Y encima con el depósito lleno! ¿Cómo iba a poner una denuncia? ¿Para qué? Desde entonces he mejorado: llevo las llaves encima, pero qué pena tener que llegar a eso... Cuando la policía de aquí vino a preguntarme, comprendieron mi postura, están acostumbrados. Pero en Clermont les parecemos extraterrestres, claro.

—¡La furgoneta tenía daños!

—Sí, la dejé en el taller de los Rochers, precisamente. El parachoques tenía una abolladura bastante fea, y un faro estaba roto. Fifi ya tiene sus años, pero después de eso, sí, necesitaba un lifting. Lo que, por otra parte, me hizo pensar en un conductor poco experimentado.

—¿No se te ocurrió que el robo podía tener relación con el accidente de Chamalières?

La desconfianza se reavivaba. El rostro de Adrien reflejaba sus dudas.

«¡Dios mío!, ¡cómo me duele verlo con esa cara!».

Sin pretenderlo, Emma adoptó un tono más vehemente.

—¡Te juro que no! De hecho, al día siguiente estaba tan afectada por la noticia de la muerte de Christian que no pude hacer nada, no fui al taller hasta pasados unos días. Créeme, cuando la policía judicial consideró esa hipótesis, a mí ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Para empezar, la encuentro absurda. Sigo convencida de que Fifi no se utilizó para eso, habría tenido muchos más desperfectos.

—¿Y cómo lo sabes?

Emma sacudió la cabeza con viveza. Le había dado tantas vueltas a aquella cuestión que podía enumerar todas sus incoherencias.

—¿Por qué iban a robar mi furgoneta para atropellar a alguien en Chamalières? Habrían podido conseguir otra más cerca, ¿no? ¿Para que me acusaran a mí? Es una estupidez, cualquiera podrá confirmar que el día 20 no salí de Saint-Flour, y menos aún al anochecer. No tiene sentido. Soy el único miembro del Círculo con un vehículo de ese tipo, y tuve la mala pata de que me lo robaran ese día. Que la policía se hiciera preguntas es normal. ¡Solo que yo no podía estar en Chamalières, eso no se sostiene!

—¡Es increíble la cantidad de coartadas que caen del cielo en el momento justo!

—¿No me crees?

—En lo que respecta a la coartada, sí. En cuanto a la otra historia que me has contado, la misma que le contaste a la policía, me cuesta, Emma, me cuesta mucho. Habría podido comprender ese comportamiento tan «viva la gente» y tan atolondrado si me lo hubieras explicado antes. Pero mi problema, mi gran problema, es que me lo has ocultado. ¡De ahí que me parezcas más maquiavélica que imprudente!

Era una respuesta hiriente, cruel, aunque previsible. Emma ni siquiera intentó contener las lágrimas. Quería probarle su inocencia tanto como su amor, pero solo pudo murmurar con la voz rota:

—Nunca te he mentido, Adrien.

—¡Me has ocultado el asunto de robo! No es una mentira, es una omisión, y para mí es igual de grave. ¡Por el amor de Dios! Hemos hablado unas cuantas veces del accidente de Chamalières,

mencionando de paso tanto la furgoneta como la investigación de la policía en los talleres, ¿recuerdas? Has tenido mil ocasiones de contarme el incidente. El robo se produjo el 20 de octubre, ¡no es ninguna tontería, creo yo! Tengo la sensación de que me tomas por idiota, la verdad.

«Siempre esa susceptibilidad a flor de piel, ese miedo a no estar a la altura, ese orgullo terrible que lo aleja de mí... ¿Cómo hacérselo comprender?».

—Tienes que creerme, estaba convencida de que no había ninguna relación y no quería liarte más, simplemente no me pareció necesario decírtelo. Ahora veo que me equivoqué. ¡Por favor, no te empecines con eso, no nos lo merecemos!

Adrien se quedó mirándola largo rato, dividido entre el deseo desesperado de creerla y otro más confuso: el de hacerle daño, el de hacerle pagar lo que él consideraba una traición. Su respuesta fue ambigua, como esos dos sentimientos.

—El otro día parecías indignada por el hecho de que la policía te tenga en su lista de sospechosos... ¿Comprendes al menos que este asunto no mejora tu situación?

—Me trae sin cuidado la opinión de la policía, la que me importa es la tuya.

Así pues, no averiguaría nada más sobre ese asunto... Aunque, en realidad, quizá no hubiera nada más. Emma seguiría atrincherada en su postura; él tendría que confiar en ella o marcharse. ¿Realmente estaba tan ciega? ¿No se daba cuenta de lo absurda que parecía su historia en un mundo tan violento y egoísta como el actual? Desde luego, allí era frecuente ver a conductores que dejaban el motor encendido mientras compraban el pan o tabaco, con una especie de

confianza innata en la naturaleza humana, una confianza que había desaparecido en muchos otros sitios y que podía parecer irracional. Irracional, tal vez, pero también generosa y bonita. Adrien suspiró, desgarrado por impulsos contradictorios, conmovido a su pesar por el rostro angustiado de Emma, pendiente de su respuesta. Iba a ceder y cogerle la mano cuando Tom irrumpió en la cocina.

Con los ojos enrojecidos y la cara triste, el niño se colocó entre los dos sin percibir la tensión que flotaba en el aire.

—¿Sabes algo de papá?

—Todo irá bien, no te preocupes demasiado.

Emma le alborotó el pelo con ternura. Mientras le preparaba una taza de chocolate, el pequeño se sentó espontáneamente en las rodillas de Adrien. El periodista señaló el libro que asomaba fuera del bolsillo del pijama de Tom.

—Dime, campeón, ¿qué estás leyendo ahora? —le preguntó en tono afectuoso.

—Emma me ha dejado *La gloria de mi padre*, de Marcel Pagnol. La historia la cuenta un chico de mi edad. A los cuatro años, aprende a leer oyendo dar clase a su padre, que es profesor, pero su madre teme que le explote el cerebro. Es muy divertido.

Adrien encontraba el título bastante gracioso, dadas las circunstancias. No pudo evitar lanzarle una mirada cómplice a Emma, que respondió con una muequecilla y le rozó la mano con suavidad. Ese fue el momento que eligió Tom para blandir el sobre que estrujaba desde hacía horas sin atreverse a abrirlo.

—He encontrado esto debajo del sillón, al lado de papá. He pensado que eran instrucciones, pero, si ya está mejor, podemos echarle un vistazo, ¿no?

Emma se apoderó del sobre, que examinó del derecho y del revés.

—Parece una carta. Abrirla sería poco delicado...

—Si estaba al lado de su padre, el chico tiene razón, pueden ser instrucciones, explicaciones. Lo mejor, creo yo, es enterarnos de lo que dice y luego ya veremos.

Emma le sirvió el chocolate a Tom y después utilizó un cuchillo para abrir el sobre.

—¡Pero bueno, esto es increíble! —exclamó tendiéndole la hoja a Adrien, y se volvió hacia el pequeño—. No te preocupes, no tiene nada que ver con el accidente de tu padre, solo es una carta para el periódico *La Dépêche*.

Mientras el chico se tomaba la bebida caliente y volvía a zambullirse en su libro, ellos dos intercambiaron una mirada sorprendida, pero se cuidaron mucho de hablar del asunto en presencia de Tom. Tranquilizado por las palabras de Emma, el niño no trató de averiguar qué decía la misiva.

—¡Solo nos faltaba esto! —exclamó Adrien con viveza cuando al fin estuvieron solos—. Informando a la prensa a nuestras espaldas, Crueze ha actuado como un Judas. Puede que fuera de eso de lo que hablaba con Élisabeth durante vuestra última reunión. Parecían entenderse de maravilla.

—¿Pero es que no has visto la firma?

La voz de Emma, que había palidecido, estaba teñida de angustia.

—No la veo... ¡Ah, sí! Pero ¡si es el sello de tu librería!

—Esto es muy extraño. Resulta que esta mañana he echado en falta el tampón. Estaba molesta, porque es bastante original y no tengo otro. Lo he buscado por todas partes. Luego, como solía tenerlo en el despacho que se prendió fuego, he pensado que quizá

cayó a las llamas, o que lo arrojaron a ellas a propósito. ¡Ya ves que yo también empiezo a desconfiar! Pero que estuviera en casa de Patrick es desconcertante, por no decir incomprensible.

—Yo diría más bien revelador e inquietante. Indicaría que nuestro visitante nocturno fue él.

—¡Cuidado! No saquemos conclusiones precipitadas, debemos reflexionar. ¡Esto no tiene ni pies ni cabeza! Pero, desde luego, Patrick es un auténtico cerdo. ¡Usar al Círculo como carnaza, después de todo lo que he hecho por él!

—¿Tú viste el tampón en su casa?

—Pues no. De todas formas, no tenía la cabeza en eso. Pero si hubiera estado encima de un mueble lo habría reconocido. Quizá cayó al suelo, como el sobre. Mañana volveré para buscarlo. Me gustaría saber por qué Patrick cambió de opinión. ¿Qué pudo decirle o prometerle Élisabeth para convencerlo? Una firma de ejemplares, quizá...

—Centrémonos en lo concreto: si Crueze tenía ese tampón es porque se lo llevó de aquí. Si se lo llevó de aquí, fue él quien provocó el incendio. ¡Ya es un buen palmarés! Pero podemos seguir atando cabos: es evidente que tenía la posibilidad de robar tu furgoneta para ir a Chamalières...

—¿No creerás que...?

—¡Pues claro, ya lo sospechaba! En su megalomanía de escritor incomprendido, puede que esté molesto con todos los libreros del Círculo porque no reconocen su talento. Y parece estarlo sobre todo contigo, Emma. Pero no nos precipitemos. Aparte del tampón, que, por otra parte, aún no hemos encontrado, no tenemos ninguna

prueba. Hasta que las consigamos, prefiero que esté en el hospital a que ande suelto.

—¡Espera! No, no puede ser, el domingo 20 de septiembre hubo un mercadillo aquí mismo, en la plaza. Patrick montó un tenderete y estuvo allí con Tom todo el día. Estoy segura porque, cuando recibimos la terrible noticia de la muerte de Bernadette, estábamos comiendo todos juntos.

Adrien se dejó llevar por el desánimo. El cansancio, implacable, se apoderó de él. No podía más.

—Así que otra coartada... A veces tengo la sensación de que en este asunto no hay más que eso: coartadas y pistas falsas.

16

La fiesta del 11 de Noviembre había quedado atrás, y ese día, viernes 13, nada parecía querer contribuir a la angustia de los miembros del Círculo. Pero todos sabían que la terrible cuenta atrás había empezado.

La Dépêche no había recibido la carta de Crueze y, por lo tanto, no había publicado nada sobre la asociación. Por otra parte, ¿la misiva era obra del escritor? Casi cabía dudarlo: el tampón de Los Libropensadores no estaba debajo del sillón ni en ningún otro lugar de la granja, a pesar de la búsqueda exhaustiva que había realizado Emma, bastante enfadada por el robo de un objeto personal, lo que ella consideraba una injerencia intolerable en su vida privada.

—¿Te das cuenta de que con ese sello alguien con mala intención puede hacerse pasar por mí, firmar por mí, hacerme decir lo que quiera?

Era cierto. Y también un riesgo para el futuro, uno más. Efectivamente, cualquiera podía haber escrito aquella carta y haberle puesto aquel sello. Era difícil, por no decir imposible, reconocer la letra de Patrick en aquel texto escrito con mayúsculas. Por consiguiente, Crueze podía haberse hecho con la misiva sin ser forzosamente su impulsor.

No obstante, esa hipótesis no sembraba ninguna duda en la mente de Adrien, que sentía hacia el escritor un odio feroz desde que Emma había encontrado parte de sus calmantes en uno de los cajones de Crueze.

—¡Una caja entera, nada menos! ¡Y con la receta, que creía haber perdido! Ahora comprendo por qué cortocircuité. ¡Dios, ese tipo está realmente mal! ¡Cuando pienso en el calvario que pasé el fin de semana por su culpa, me dan ganas de ir a la habitación del hospital y acabar con él!

—Más bajo, por favor, Tom podría oírte.

Por supuesto, también había que tener en cuenta a Tom, que había obtenido permiso de sus abuelos para quedarse en casa de Emma durante esas vacaciones de Todos los Santos. Su padre aún no había recuperado el uso de las extremidades ni el de la palabra. Ese estado crítico angustiaba al pequeño, que no dejaba al periodista ni a sol ni a sombra.

Acompañado por su nuevo socio, Adrien aprovechó ese viernes soleado para volver a Aurillac. La mujer de Jean-Claude Boudet los recibió en su pisito de la rue des Carmes, a un tiro de piedra de la librería Signo de Interrogación, que había cedido al socio del matrimonio, y les contó su vida al servicio de los libros.

—Recuerdo que cuando abrimos la librería aún no habíamos recibido todo el stock, ni siquiera habíamos probado la caja registradora y el papel de regalo no aparecía. Pero estábamos muy ilusionados. Luego hubo muchos momentos malos: obras que impedían a los coches venir al casco antiguo y que no acababan nunca, tiendas cerradas en nuestra misma calle que nadie volvía a alquilar, lo que hacía que hubiera menos afluencia de público... Las

ventas no aumentaban, así que el stock no se renovaba, y las facturas de los proveedores llegaban cada mes. ¿Sabía usted que una librería es el comercio minorista con menos margen de beneficio neto? Algunos creen que nos llenamos los bolsillos, pero, si después de devolver los préstamos en curso y pagar a los proveedores sin sudores fríos llegamos al salario mínimo, podemos darnos con un canto en los dientes.

—Pero Signo de Interrogación es todo un referente cultural en el departamento...

—Mucha gente sigue viendo las librerías como comercios polvorientos y encorsetados. Las ideas y las mentalidades cambian. Mi marido quizá lo comprendió antes que otros. Quiso transformar nuestra librería en un foco de cultura, un sitio al que apeteciera venir. No digo que tengan que convertirse en bibliotecas o bares, pero hay que hacer de las librerías lugares vivos en los que pasen cosas, en los que encuentres a autores, consejos, libros que no tienen en otros sitios, talleres creativos... Es casi un oficio nuevo. Cuando Emma lo invitó a unirse al Círculo, Jean-Claude aceptó sin dudarlo. ¡Qué reto tan fantástico para nosotros! A mi marido le entusiasmaba la idea del «librero volante», que consiste en mutualizar un puesto de trabajo entre todos para tener un refuerzo en las épocas de mayor actividad o para poder tomarte unos días de descanso. Figúrese, gracias a eso, esperábamos cogernos al fin unas vacaciones el año que viene. Para nosotros se acabó, pero lo que ha ocurrido no debe poner en entredicho al Círculo, que tiene que continuar, seguir adelante, mirar al futuro. Es una idea preciosa, Jean-Claude creía firmemente en ella.

—Es usted una mujer muy valiente, señora Boudet. ¿Qué ocurrió realmente, según usted?

—Que Jean-Claude muriera en su librería no me sorprendió. Se pasaba la vida en ella. Y supongo que era lo que deseaba, aunque mucho más tarde, por supuesto. Se habló de un merodeador, un marginal. Yo no lo creo. Para empezar, no robaron nada y, además, Jean-Claude nunca le habría dado la espalda a un desconocido, mi marido era demasiado desconfiado para eso. Entonces ¿qué? ¿Un ajuste de cuentas? No imagino quién ni por qué. Es muy duro. No comprender, no saber... ¡No paro de darle vueltas!

—¿No hubo nada que le llamara la atención especialmente?

—No. Bueno, sí, una tontería. Todos los libros que había sobre el mostrador trataban de las apuestas deportivas. Supuse que Jean-Claude habría hablado del tema con su último cliente, porque también era su hobby. Cuidado, mi marido no jugaba jamás, pero rellenaba boletos falsos, le encantaban las probabilidades. A veces me decía: «¿Lo ves, Lulu? ¡Si hubiera jugado, ahora seríamos millonarios!». Era una broma entre nosotros.

Durante el trayecto de vuelta, Tom leyó en alto pasajes del libro de Pagnol, que ya había acabado. El joven periodista redescubrió esa historia con una felicidad infantil que creía extinguida para siempre. Confusamente, se daba cuenta de que su relación con los libros estaba evolucionando, aunque aún no tenía claro si debía alegrarse por ello.

—Mira lo que dice Marcel: «Jugar a juegos que a uno no se le dan bien me parece tonto. Yo, por ejemplo, nunca juego al balón, porque tengo las pantorrillas demasiado delgadas y los demás se reirían de mí. Pero juego mucho a las canicas, o a las barras, o a la rayuela,

porque casi siempre gano». Yo creo que tiene razón. Por lo menos, a mí me pasa lo mismo. Nunca juego a los videojuegos, mis amigos son mucho más rápidos que yo, porque no tengo costumbre, ¿sabes?, pero en cambio los puzles se me dan de miedo. Mira, esta otra frase también es genial: «Ese día descubrí que las personas mayores sabían mentir tan bien como yo, y me pareció que ya no estaba seguro entre ellas». Oye, ¿tú mientes alguna vez?

—Por educación, quizá —admitió Adrien, que no quería darle una imagen demasiado mala.

Pensó en el silencio de Emma sobre el robo de la furgoneta, aquel silencio que le había dolido tanto, que todavía lo traumatizaba.

«¿La omisión es una mentira?».

Justo en ese momento, haciendo gala de una sinceridad enternecedora, su joven compañero reconoció:

—Yo no suelo mentir, pero a veces me callo cosas. Por ejemplo, mi padre no sabe que el granjero de los Chazeaux me guardó uno de sus perritos. Y ahora dice que debería ir a buscarlo, porque ya tiene casi tres meses. Eso me preocupa un poco, por papá.

—Comprendo. Cuando vuelva del hospital, puede que no le guste mucho encontrárselo en casa. Deberías habérselo contado.

—¡Él también dice trolas! ¡Y a veces muy gordas! Telefonea a la gente y luego lo niega.

A Adrien le traían sin cuidado las extravagancias de Crueze. Para él, aquel tipo estaba mal de la cabeza. Pero, en atención a Tom, fingió interés por el asunto.

—¿Qué hace exactamente?

—Papá dejó un mensaje en un contestador cambiando la voz para decir: «He reconocido el olor en la furgoneta de Emma, sé más de lo

que se cree y tengo bastantes ganas de hablar de ello». Y luego colgó. Casi enseguida, sonó el teléfono. Yo acababa de entrar, y papá me hizo señas para que estuviera callado. Volvió a adoptar su voz normal, se hizo el sorprendido y juró que él no había llamado, que acababa de entrar en el despacho, que no sabía con quién hablaba, que en casa había gente, que seguramente había sido uno de sus invitados. Ya ves que también esconde cosas, porque fue él quien llamó, yo estaba allí, lo vi. En el despacho no entró nadie más. Jurar algo que es falso no está bien. Es peor que mentir.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—El domingo pasado, el día de la reunión del Círculo de Emma. Justo antes de que mis abuelos vinieran a buscarme. Yo entré en el despacho para despedirme de él. Por cierto, ¿te das cuenta de que no he vuelto a verlo desde entonces? Bueno, al menos de pie.

Adrien no pudo sacarle nada más a Tom, y tampoco quería preocuparlo dándole demasiada importancia a aquella historia rocambolesca. Pero no paró de devanarse los sesos durante el resto del viaje tratando de imaginar a quién le había dejado Crueze ese extraño mensaje.

«¿Qué es este nuevo folletín sobre la furgoneta, ese olor y la llamada que negó haber hecho? Puede que Tom oyera mal. Pero Crueze no es trigo limpio. Que intente hacerle chantaje a alguien no me sorprendería nada. Pero ¿a quién? ¿Y por qué?».

En la plaza de Armas se encontraron a Emma, que, arrebujada en un grueso chal, contemplaba su escaparate desde la acera con ojos críticos. Esta vez, los libros de cocina compartían espacio con las reflexiones de Christian Bobin sobre el más allá alrededor de una calabaza barriguda. ¡Por algo era el mes de los difuntos y de la reina

de las cucurbitáceas! Todos los libros de fondo sobre la Gran Guerra parecían haberse dado cita en la parte derecha: Dorgelès, Kessel, Miquel, Genevoix y muchos otros debatían con voces más recientes: Lemaitre, Ferney, Echenoz... Emma se había enamorado de las últimas novelas de Sorj Chalandon y Anna Hope, que en consecuencia disfrutaban del privilegio transitorio de ocupar la zona de los «favoritos de la temporada». En esta ocasión, no había ninguna referencia al ciclismo. No obstante, Adrien se había enterado con satisfacción de que el ejemplar del escaparate anterior había encontrado comprador.

«¡Un poco gracias a mí, de todas formas!».

Al final le había dado a Emma el libro de Poulidor, que seguía en su bolso de viaje, a escondidas, casi avergonzado de ese gesto un poco pueril, de niño orgulloso de exhibir una dedicatoria. No obstante, Emma parecía haber valorado ese regalo insólito, así que debía de formar parte del clan de las mujeres raras, según los criterios de Charles.

—Deberías hacer una lista de todos los títulos relacionados con el ciclismo que consideras imprescindibles, un día montaré un escaparate «especial bici». ¿Sabías que la bicicleta se ideó para los hombres? Las primeras mujeres que la utilizaron solo lo hacían en interiores. ¡Lo que explica el escándalo que se armó cuando las sufragistas desfilaron en bicicleta!

Adrien no conocía esa anécdota. Emma lo sorprendía sin cesar con su erudición, con su sed de comprender, que siempre la inducía a ponerse al nivel de las pasiones de su clientela para satisfacerla mejor.

La admiraba sinceramente, a ella y a todos sus compañeros. De pronto, la idea de rendirles homenaje se convirtió en algo urgente para él. Tras madurarla, al principio de la semana, a rebufo de la Feria del Libro de Brive, que acababa de finalizar, decidió escribir un artículo sobre «la importancia del librero de barrio». La mayoría de las anécdotas estaban relacionadas con miembros del Círculo. Emma, por pudor, se negó a que la mencionara. No obstante, Adrien expuso todas las tesis que defendía la joven librera, insistiendo en la relevancia de aquellos comercios para el tejido económico y la vitalidad de los pueblos. El artículo también pretendía ser un alegato apasionado contra Amazon, para lo cual Adrien retomó la mayoría de los argumentos del Círculo poniendo énfasis en la escandalosa evasión fiscal y el papel decisivo de los políticos para ganar «esta batalla, que debe ser también y ante todo la de los consumidores».

Un artículo brillante, en definitiva, que le valió una llamada y las felicitaciones de Charles en el preciso instante en que entraba en Los Libropensadores ejecutando su habitual paso de danza.

—¡Bravo, muchacho! ¡Excelente! ¡Así se hace! Te lo he publicado entero en el editorial de esta mañana. Después de esto, me siento obligado a empujar la puerta de Les Volcans para hacer mis compras de Navidad. Se acabó el aporrear el teclado a todas horas o no podré mirarme al espejo sin avergonzarme.

Charles aludía entre risas a la gran librería independiente de Clermont, modelo de reapertura y autogestión por parte de los empleados tras una quiebra sonada. El entusiasmo de sus palabras no ocultaba una dosis de perplejidad e ironía. A decir verdad, al redactor jefe de *La Montagne* le costaba reconocer la pluma de su amigo en aquella prosa argumentada, casi literaria, en la que

vibraba la emoción. Adrien lo tenía acostumbrado a artículos ditirámbicos, a menudo excesivamente parciales, pero siempre repletos de términos técnicos. ¡Para estar convaleciente, acababa de dar un tremendo salto cualitativo! Frecuentar las librerías, o al menos una de ellas, le estaba resultando de provecho. Charles solo esperaba que el asunto que había dado origen a todo aquello no se volviera un día no muy lejano contra su protegido. Implicarse tanto podía tener sus inconvenientes.

—Oye, he intentado contactar contigo varias veces para hablarte del artículo, y también de las reacciones que ha provocado. ¿Es que en ese pueblo tuyo no tenéis cobertura?

—Lo siento, apagué el móvil y he olvidado encenderlo de nuevo.

—¡Ah, comprendo! ¿Ganas de desconectar? Pues haces bien, aún necesitas reposo. ¡Aprovecha! Bueno, dejando a un lado a los quisquillosos habituales, hemos recibido una llamada del profesor Crispin. Como puedes imaginar, está furioso y exige el derecho de réplica. Se siente engañado porque fuiste a entrevistarlo para luego utilizar sus argumentos contra él. Lo he puesto en su sitio. Suponte que al final es nuestro culpable, ¡quedaríamos como unos idiotas por haberle abierto nuestras páginas!

—¡Bien hecho! ¡A ese le convendría mantener un perfil bajo! ¿Alguna novedad por tu lado?

—Nada en particular, tan solo una confirmación de la coartada de Crispin. Efectivamente, estaba en Córcega el 20 de agosto. Por cierto, al pasar por Chamalières he visto que la librería ha cambiado de nombre. No puede decirse que la hermana de Courtial haya perdido el tiempo... A Pie de Página se ha convertido en Chez Lizzie. ¿Un poco más íntimo, tal vez? Sin embargo, no parece ser el estilo

de la señorita, a juzgar por lo que me has contado. Pero lo importante es que eso la mantiene ocupada. Al menos, no ha vuelto a llamar por teléfono en toda la semana.

Cuando Adrien le comunicó la sorprendente noticia, Emma no mostró el menor asombro.

—Ya lo sé. Imagínate, ha venido a verme esta mañana. Una visita relámpago para devolverme los documentos que guardaba su hermano en su calidad de tesorero y, sobre todo, para comunicarme su baja del Círculo. ¡Nuestros objetivos no son los suyos! Es una ambiciosa. Debe de estar encantada de gestionar ella sola la librería familiar, de poder hacer al fin lo que quiera. La mujer de Christian no conoce el negocio, depende totalmente de ella. Me temo que eliminará la sección de literatura juvenil, que su hermano acababa de crear. Siempre discutían por eso.

Adrien hizo una mueca al recordar las sillitas y los dolores que había tenido después de permanecer de pie durante la conversación con ella. Esa semana, esas molestias habían empezado al fin a difuminarse, hasta el punto de que casi se había olvidado de ellas. Incluso le parecía que había recuperado ciertas sensaciones. Saber que Crueze estaría imposibilitado para hacer daño durante un tiempo lo tranquilizaba un poco, le daba la falsa sensación de estar de vacaciones. La risa de Emma le hacía muchísimo bien. Ahora los comerciantes del barrio lo saludaban y se paraban a hablar con él. Jérémy, el joven florista que los abastecía de ramilletes de flores frescas para adornar la librería, solía quedarse un rato para charlar de ciclismo o de política con el periodista. El olor a pan recién hecho llegaba de la panadería vecina y el mercado de invierno había tomado posesión de la antigua Lonja de Cereales. Emma tenía

razón, su pueblo era bonito, lleno de atractivos para quien se tomara la molestia de descubrirlos. Últimamente, en la rue du Collège habían cerrado muchas tiendecitas. Un duro golpe para todos los comerciantes, que lamentaban la despoblación del casco histórico y la expansión de las zonas sin alma en las afueras. Mientras los políticos hablaban de proyectos de revitalización y de estudios de urbanismo, los profesionales luchaban cada día para ofrecer su buen hacer, originalidad, calidad, calor humano. En ningún sitio como allí había comprendido Adrien lo que era un verdadero espacio de convivencia. La austeridad de las fachadas ocultaba corazones de oro. Todos los días descubría nuevas facetas de aquella tierra. A veces, ante la belleza de los paisajes, intactos, salvajes, únicos, se le hacía un nudo en la garganta. Aunque lo que más lo impresionaba era el carácter de sus habitantes, rudos, pero llenos de honestidad, sencillez y una asombrosa solidaridad espontánea.

Por la noche se quedaba extasiado ante la belleza del cielo, en el que las orgullosas estrellas refulgían como ríos de diamantes. A aquella tierra le sentaba bien el invierno. Su amada librera lo sabía mejor que nadie.

Como el viernes se recibían los pedidos, esa tarde Tom y él la ayudaron a introducir los datos de los libros en el ordenador y, luego, a colocarlos en las estanterías. Emma leía de media cuatro novelas a la semana. A menudo, después del cierre, seguía trabajando. «Mis horas extra», decía riendo cuando Adrien la encontraba inclinada sobre una novela, un ensayo o novedades que, en principio, no la atraían mucho. Pero tenía que «hacerse una idea».

Él, por su parte, también se la iba haciendo, y cada vez más clara, de aquel oficio, en el que placer y trabajo estaban íntimamente unidos. Esa noche, tumbada con indolencia en la cama, Emma seguía leyendo, pasando las páginas con la glotona avidez de una niña. Después de la conversación con Charles, Adrien se había propuesto elaborar una lista de las coartadas. Si el profesor tenía una para el 20 de agosto, la del escritor estaba avalada por Emma para el 20 de septiembre, al igual que la de Borne, quien, dada su mala reputación, habría tenido más dificultades que el resto para probar su inocencia. A propósito de él, Emma había exclamado:

—¡Otro que no ha perdido el tiempo! Me he enterado de que acaba de firmar un compromiso de venta. La librería se va a convertir en pizzería. ¡La pobre Bernadette se revolverá en su tumba! Buscando un poco, Borne habría podido traspasarla, pero le trae sin cuidado, lo único que le importa es la pasta. ¡Es vergonzoso!

Cuando dejó el libro con un gracioso bostezo y lo invitó a tumbarse a su lado, Adrien aprovechó para hablarle de la extraña revelación de Tom sobre las «trolas» de su padre.

—No pareces sorprendida...

—En lo que respecta al olor, no mucho. De hecho, sé a qué se refiere, él fue el primero en notarlo. Es verdad que, cuando la recuperé, la furgoneta apestaba, no hay otra palabra. Como ya te dije, no la llevé a reparar de inmediato. Esa misma mañana, Patrick la utilizó para ir a coger setas a los bosques de Margueride. Le hizo un apaño con alambre al parachoques. Lo recuerdo perfectamente, era miércoles y tenía que devolvérmela sin falta a primera hora de la tarde. Los miércoles, la señorita Luce la necesita para ir al

cementerio. Los dos me hablaron de aquel desagradable olor. Tardó varios días en desaparecer del todo.

—Entonces, si lo he entendido bien, «el olor de la furgoneta de Emma» se remonta al día que te la robaron...

—Más bien al siguiente, cuando reapareció Fifi, es decir, el 21 de octubre.

—¿Cómo era ese olor? Intenta describírmelo.

—Un olor nauseabundo. ¿Cómo te diría? Fétido y fuerte. En todo caso, repugnante. Al principio, no sé por qué, me hizo pensar en un animal. La señorita Luce limpió los asientos, que era donde más olía, con un producto a base de amoniaco. Al día siguiente ya era más soportable, menos agresivo.

—¿Patrick identificó ese extraño olor?

—No, simplemente se quejó de él, como la señorita Luce.

—Entonces, cuando dijo «he reconocido el olor», cabe pensar que lo había percibido otra vez, el mismo día que hizo esa llamada, el domingo de la reunión del Círculo precisamente...

—Es posible. No acabo de ver lo que significa ni por qué se lo dijo a alguien por teléfono. ¡Otra cosa que no tiene ni pies ni cabeza! Por otra parte, ¿podemos fiarnos de Tom? Quizá oyó mal.

—¡Espera! Si Crueze reconoció el olor el domingo de la reunión, tuvo que ser porque ese día alguien o algo olía así. ¿Me sigues? —Emma se limitó a asentir. Aún no comprendía todo el alcance de lo que Adrien quería hacerle entender—. Así pues —continuó el periodista—, es lógico suponer que la persona que robó a Fifi estaba presente ese día, que Crueze ató cabos y que, a continuación, intentó hacerle chantaje, aunque parece que al final desistió.

—¿A quién llamó?

—Probablemente, a alguien que estaba allí.

—¿Alguien del Círculo? ¿Un miembro del Círculo me robó la furgoneta para atropellar a Courtial? ¡No me lo creo ni por un segundo!

—No te pido que creas nada, intento razonar a partir de unos hechos. Necesito que me ayudes, Emma, ¡piensa! ¿Quién de ellos sabía dónde aparcas, dejando las llaves y el permiso de circulación en la guantera? Yo, por ejemplo, jamás habría imaginado un comportamiento semejante. Para mí es una auténtica incitación a la delincuencia. Supongo que otros opinarían lo mismo, como Yves, el librero de París, ¿no?

—¡No!

—¿Cómo que no?

Emma parecía aterrada, estupefacta, asustada por lo que acababa de comprender.

—¡En realidad, creo que todo el mundo lo sabía o habría podido saberlo! ¡Dios mío, cómo se puede ser tan tonta, no he caído en la cuenta hasta ahora! ¡Durante la barbacoa literaria se habló del tema de los robos! Precisamente porque a Yves le habían robado el coche en París. Y, como es natural, los autóctonos hicieron bromas y presumieron de que eso aquí no pasaba. Sylvie se burló amistosamente de mí y de mi inconsciencia. «La peor de todos nosotros es Emma, que deja la furgoneta en una zona desierta del paseo Pompidou, con las llaves en la guantera». ¡Lo dijo tal cual, te lo aseguro, delante de todos!

Adrien suspiró ruidosamente. En su mente, volvía a reinar la confusión. Las ideas absurdas se atropellaban en su cabeza.

«Un asesino que se delata debido a un olor... ¡Lo nunca visto! ¿Es una broma? ¡Esto es ridículo! Emma, que deja la furgoneta abierta alegremente. ¡Increíble! Crueze, que se pone a hacer chantaje y luego lo deja correr. ¿Por qué? ¿Por miedo? ¿De quién? En todo este caos tiene que haber un hilo conductor, pero ¿cuál?».

—No nos queda otra que esperar a que Crueze se recupere. Esta vez no tendrá más remedio que dar explicaciones. Sobre la carta, el incendio, el tampón, el olor y esa llamada. Mucha faena para tan poco hombre, ¿no te parece?

—Esto no me gusta; de hecho, me da miedo. Casi prefiero la loca hipótesis del profesor «ABC».

Emma se acurrucó entre los brazos de Adrien. Era la pura verdad, la angustia crecía en su interior, acuciante y perversa. La calma de aquellos últimos días había sido un espejismo, una dulce anestesia antes del golpe final. Oía la respiración de Adrien, lo notaba muy tenso, tan preocupado como ella, mientras, sin duda, barajaba montones de pistas inviables. Todo parecía escrito de antemano, retorcido, pegajoso. Aquella monstruosa tela de araña, ¿les daría la más mínima oportunidad de escapar?

17

Cuando abrió los ojos, la luna ya estaba alta en el cielo sobre la catedral. Dudó un momento si intentar coger de nuevo el sueño, pero comprendió que no lo conseguiría. Todas las noches se dejaba arrastrar por la tempestad que se desataba cada vez que hacían el amor. Emma era fogosa, apasionada, sincera. Con sus vivos y dulces ojos, lo invitaba a dar lo mejor de sí mismo. Luego ya no existía otra cosa que aquel deseo ardiente, que borraba por un tiempo las dudas y las angustias de ambos. Aunque solía dormir a pierna suelta, esa noche la joven, demasiado inquieta, había tardado en encontrar el descanso. Sus cabellos rizados formaban sobre la almohada una corona dorada, que hacía crecer en él una emoción desconocida.

Adrien sabía que las cosas no volverían a ser como antes, debido al accidente, pero, paradójicamente, quizá todavía más porque había conocido a Emma. Nunca había querido tener ataduras, aspiraba a no depender de nadie salvo de sí mismo; sin embargo, cada vez se sentía más implicado en la vida de los demás, y eso no le gustaba demasiado.

Para no despertar ni a Emma ni a Tom, bajó la escalera de puntillas. Esta vez, el motivo no era un ruido sospechoso. Simplemente, había sentido una repentina e irresistible necesidad de verse rodeado de libros, intuía que entre ellos podría reflexionar

mejor que tumbado en la cama, donde se devanaba los sesos inútilmente para atisbar una solución que se sostuviera en pie.

Emma decía que a veces había que buscar refugio en los libros para ver las cosas con perspectiva. Eso era lo que él necesitaba. A decir verdad, aquella chica decía cosas muy curiosas, y muy bonitas también. Por ejemplo, según ella, la lectura te daba el control del tiempo, te permitía acelerarlo, ralentizarlo, incluso pausarlo. Esa era su fuerza, frente al continuo desfile de imágenes que imponían su diabólico ritmo en las pantallas.

En Los Libropensadores, el tiempo estaba resguardado del mundo. Allí se abordaban todas las cuestiones, incluidas las trivialidades de la vida. Algunos clientes venían solo para charlar, buscando sobre todo calor humano. Allí el libro se convertía en un pretexto para el diálogo, un vehículo para las ideas, la imaginación, la sensibilidad. Durante esas conversaciones, a menudo, Emma se las arreglaba para dar a conocer a su interlocutor tal o cual libro, de manera desinteresada, por el simple placer de hacerlo. A veces apuntaba en un papel referencias de libros para que luego la gente fuera a cogerlos prestados en la mediateca.

A fuerza de pasar tiempo en la librería, Adrien se había fijado en uno de los clientes habituales, un señor bajito y bastante mayor que no leía, pero miraba, escuchaba. Como no tenía familia, Los Libropensadores se había convertido un poco en su casa; era casi el único lugar donde sociabilizaba con algunos vecinos. Lejos de quejarse, Emma le pedía pequeños favores, como echar cartas al correo o abrir paquetes, y a cambio lo invitaba al café. En realidad, le regalaba una pizca de vida.

«¿Por qué he bajado? ¿Qué he venido a hacer aquí? ¿Comprenderla mejor? ¡Intentarlo, al menos!».

Era tan distinta a él, a todo lo que él conocía... Su generosidad sin límites, su ingenuidad, su confiada despreocupación, su facilidad para perdonarlo todo, encontrar disculpas, restañar las heridas... En las profundidades de la noche, todas esas cualidades se convertían en otros tantos defectos, debilidades y, sobre todo, miedos.

En realidad, eso era lo que lo mantenía despierto. El miedo, sí. El miedo a un nuevo drama, la inquietud que crecía insidiosamente conforme se acercaba la fatídica fecha del 20 de noviembre, la angustia de no entender nada, de no poder hacer nada. Adrien no había bajado porque sí. Acababa de comprender algo, la única certeza importante en aquel amasijo de suposiciones.

«¡No quiero perderla!».

Si partía de ahí, el futuro se le antojaba dolorosamente imposible. ¿Qué sería de aquel vínculo que ardía en ellos como un fuego salvaje arrojando tanto resplandores de felicidad como sombras inquietantes?

Curiosamente, esa pregunta, que lo había atormentado durante buena parte de la noche, la formuló Emma esa misma mañana mientras desayunaban juntos.

—¿Qué será de nosotros después de todo esto?

—¿Después?

Adrien la miró intensamente. La ternura hacía brillar los ojos azules de la joven librera, aunque las angustias nocturnas habían dejado huellas de inquietud en su expresivo rostro.

—Asesino en serie, loco o cuerdo, esos homicidios cesarán algún día, de una u otra forma. ¿Y nosotros dos?

—Permitamos que primero se cierre este paréntesis, luego ya veremos.

—¿Paréntesis? ¿Así es como lo ves? Esa palabra suele emplearse para algo secundario que se cierra enseguida. ¡No es muy halagadora para una relación como la nuestra!

—Emma, no manejo las palabras tan bien como tú. Estamos bien juntos, y lo sabes, los dos lo sabemos. Está pasando algo extraordinario, nuevo para mí, es todo lo que soy capaz de decir. Además, este asunto nos somete a una tensión permanente que no facilita la reflexión. Démonos un poco de tiempo.

Esta vez, Emma respondió con una sonrisa. Una sonrisa un poco triste y, al mismo tiempo, indulgente y burlona.

Tom, que se había unido a ellos, no podía estarse quieto. Tenía que recoger a su cachorro en la granja de los Chazeaux. El día anterior, los tres habían hablado largo y tendido del asunto.

—Hay que ser responsable, campeón. Si traes ese animal, tendrás que quedártelo y cuidarlo de verdad.

—¡Es lo que haré! Si papá no lo quiere, la yaya ha dicho que se ocupará ella.

Puesto que la conformidad de Crueze ya no era necesaria, el asunto parecía arreglado. El estado del escritor seguía siendo estacionario.

«¿Saldrá algún día de esa preocupante postración?».

Adrien no sabía qué desear. Si no hubiera estado Tom de por medio, lo habría tenido claro. Pero cada día sentía más apego por aquel extraño chaval, capaz de mantener conversaciones de adulto, llorar por un libro y entusiasmarse con una palabra. Tom echaba de menos a su padre, estaba realmente preocupado por él, y eso había

que tenerlo en cuenta, fueran cuales fuesen los defectos de su progenitor.

El periodista había concluido sus cavilaciones nocturnas más convencido que nunca de la implicación de Crueze. Pese a su coartada para el 20 de septiembre, el escritor seguía encabezando su lista de sospechosos. La hipótesis más cruel para Tom. En otra, menos terrible pero no mucho más gloriosa, Crueze sabía cosas, había atado cabos a partir de aquel dichoso olor y había intentado chantajear a alguien.

«Si sale de esta, ¿estará dispuesto a contar lo que sabe? Lo dudo. Sin pruebas en su contra, para qué arriesgarse, y siempre puede colarnos otra mentira. Si decide hablar, compromete a otras personas y, sobre todo, su propia seguridad. Pobre chaval... ¡Es quien más pena me da en todo este asunto!».

Como todos los cachorros, el pequeño border collie era una monada. Lengua rosa, suave pelaje blanquinegro y ojos vivos y traviesos. Viendo el entusiasmo de Tom, Adrien casi se derretía. Recordó las palabras de una vieja tía: «No volveré a tener otro perro, cuando los pierdes lo pasas muy mal». Aquello lo había llevado, de adulto, a no querer animales, para no cogerles cariño, para no sufrir. Ahora pensaba que eso era tremendamente egoísta, además de estúpido. Por esa regla de tres, lo mejor sería no tener amigos, amores, hijos. Acuclillado junto al cachorro en el viejo granero de la granja, comprendió que Emma, lisa y llanamente, le estaba enseñando otra vez a vivir, a mirar las cosas con ojos nuevos, a recuperar emociones y abrirse a otras, a compartir, a ver cada instante como un regalo. ¡Qué lección! Se sentía abrumado. Y todo

por un momento inexplicable de ternura ante una bolita de pelo, un momento que le habría gustado compartir con ella.

—Lo llamaré Buck.

—¡Es hembra, chaval!

—¡Me da igual, la llamaré Buck de todos modos!

Adrien y Tom intercambiaron una sonrisa de complicidad mientras el granjero les explicaba que a cada año de nacimiento le correspondía una letra del alfabeto, la misma para la mayoría de los animales, incluidos los perros y las vacas, pero distinta para los caballos, «que se creen superiores». Bonita explicación. Aunque luego añadió:

—No te preocupes, hijo, puedes ponerle un nombre con una inicial distinta de la habitual, ¡todo el mundo lo hace! En la vida hay que darse un margen de libertad, ¿no te parece?

Por supuesto, la perrita, pese a todas sus cualidades reales o supuestas, se hizo pis en el coche durante el trayecto de vuelta. Por suerte, la señorita Luce estaba en la librería cuando llegaron. Al instante, se ofreció a «higienizar» y salió trotando hacia su casa, que estaba a dos pasos, en la rue Traversière, para traer «todo lo necesario». Al parecer, no había tenido suficiente con la limpieza de Fifi. La encantadora señorita encogía las aletas de la nariz, que tenía larga y puntiaguda, mientras vaporizaba el asiento con mano experta haciendo bailar la bayeta como un derviche girador.

—Mi pobre madre era lavandera, ¿comprende?

Adrien no comprendía gran cosa, no comprendía nada, en realidad, pero no dudó en aprovechar la ocasión para preguntarle a la señorita por el famoso olor.

—¡Uy, no, ni punto de comparación! Aquel era mucho más almizclado, y más fuerte también. Si quiere mi opinión, se trataba de un animal. Eso sí, un animal salvaje, no doméstico. Todos sabemos que la higiene corporal de algunos hombres deja mucho que desear. Después de todo, ¿no se dice de los más abandonados que «huele a chotuno»? De todas formas, es difícil confundir los olores de unos y otros.

La señorita Luce era una mujer curiosa, llena de cursilerías y amaneramientos, pero inteligente. Aunque a veces adoptaba una voz atiplada de estrella de cine, también mostraba sentido común.

—De hecho, enseguida pensé en un ciervo, por el almizcle, claro. ¡Pero los ciervos no conducen! —Se rio como una chiquilla orgullosa de su ocurrencia y luego, con un carraspeo, añadió—: Ni fuma cigarrillos de liar, ¡el cenicero estaba hasta arriba!

—Puede que fueran del señor Crueze...

—¡Uy, no! Patrick es un hombre de mundo, fuma americanos. Es mucho más elegante para alguien que da clases de teatro. Yo entiendo bastante de tabaco porque mi padre era un gran fumador, ¿comprende?

Lo que Adrien empezaba a comprender era que la señorita Luce podía ser temible.

Se lo contó a Emma, que, por supuesto, no estaba al tanto del contenido del cenicero.

«¡Al fin y al cabo, es su furgoneta! ¿Cómo no se fijó?».

Aquel desinterés por los bienes materiales, aquella despreocupación, seguía siendo un misterio para él.

—Podríamos hacer una lista de los fumadores... Eso abriría otras pistas, ¿no crees?

—¡Más nos valdría cerrar alguna, tenemos demasiadas!

—¡Vaya, ya veo que estás de mal humor!

Emma lo miró de un modo extraño, dudó unos instantes y, de pronto, se decidió.

—¡Adrien, he encontrado el sello!

Lo había dicho de un tirón, en un tono asombrado, casi incrédulo.

—¿Has vuelto a casa de Crueze?

—¡No, no!, ¡qué va! Lo he encontrado aquí, en la librería, esta mañana. Había rodado debajo de la caja. Es increíble, sencillamente incomprensible.

El periodista intentó considerar en un tiempo récord las múltiples consecuencias de ese nuevo giro de guion.

—¡Resumamos, necesito aclararme! Descubriste que faltaba el tampón el día siguiente al incendio, es decir, el lunes por la mañana. Estamos a sábado. ¿Es posible que haya estado debajo de la caja todo este tiempo?

—¡Por supuesto que no! ¡Limpio todos los días, por si no te has dado cuenta! Además, lo he buscado a conciencia, recuerdo que miré varias veces debajo de los muebles y, en especial, de la caja.

Ahora Emma le lanzaba miradas furibundas. Decididamente, la cólera la favorecía. La indignación le sonrosaba las mejillas, le hacía alzar el mentón con un gesto orgulloso y daba a toda su persona el aspecto de una reina ultrajada. Aunque aceptaba sin rechistar sus críticas sobre su despreocupación o su ingenuidad, Adrien había comprendido que jamás toleraría que dudara de su palabra.

Conteniendo las ganas de abrazarla, continuó con su razonamiento en voz alta, para ella, pero también para sí mismo, intentando desenredar aquella madeja.

—Desde el lunes, culpamos a Crueze del robo del maldito tampón porque la carta para *La Dépêche* llevaba el sello de Los Libropensadores. Pero, en realidad seguimos sin saber quién escribió esa carta. Su autor, Crueze o quien sea, pudo sellarla aquí mismo, no le sería difícil si tú estabas de espaldas. Dejando aparte el asunto de la copia de la llave, que abre todas las posibilidades.

—Si hubieran utilizado el tampón aquí, a mis espaldas o no, eso da igual, lo habría encontrado. Pero te aseguro que desapareció. Tanto es así que encargué otro ayer, un poco diferente, en realidad. ¡Es una pena!

—Entonces tenemos que partir de la hipótesis de que, efectivamente, el tampón fue robado, con toda probabilidad la noche del domingo, durante el incendio. En ese caso, solo hay una solución posible. ¡Volvieron a traerlo!

—¿Cuándo?

—Ayer, quizá, o esta misma mañana.

—Entonces Patrick queda descartado...

—Me fastidia un poco admitirlo, pero eso parece. Emma, ahora quiero que te sientes, hagas memoria y elabores una lista con todas las personas que han entrado en la librería desde ayer.

Emma se disponía a obedecer, pero, de pronto, soltó un gritito estridente.

—¡Élisabeth Courtial! Te lo conté, vino en persona a traerme los documentos que guardaba su hermano y a comunicarme su baja de la asociación.

—¡Es verdad, me lo dijiste! ¿Courtial? Podría haber escrito la carta, sería muy propio de ella. Y es lo que quería desde el principio, darle

publicidad al asunto. En cambio, me cuesta verla como una incendiaria...

—A mí también. Estamos más o menos de acuerdo en que el incendiario es la misma persona que me robó la llave o encontró la copia. ¿Cómo iba a hacerlo Élisabeth desde Chamalières? Además, creo que no había pisado mi librería hasta ayer. Los encuentros con ella son lo bastante desagradables como para no olvidarlos.

Adrien dejó escapar un leve suspiro de irritación. Una vez más, se encontraban en un callejón sin salida. Por más vueltas que les daba a los elementos de la ecuación, algo se le escapaba, estaba claro.

—De todas formas, haz la lista —dijo un poco desanimado—. Luego, ya veremos.

Emma puso manos a la obra sin mucho entusiasmo, pero al cabo de unos instantes sacudió la cabeza, exasperada.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! Todos son clientes habituales, no ha venido ningún miembro del Círculo, si es eso lo que querías saber. ¡El profesor Crispin no se ha pasado a saludarme, una lástima! El caso es que, como parece que no hay forma de distinguir a un asesino en serie de una persona corriente, no he notado nada anormal. ¡La verdad, Adrien, no puedo más! Tenemos que ponerle fin a este asunto porque estoy perdiendo la paciencia, el humor y, sobre todo, la capacidad de pensar. —Adrien le acarició la mejilla con ternura. Le habría gustado poder tranquilizarla, pero se sentía totalmente impotente—. Suerte que te tengo a ti... —añadió Emma con voz suave.

«¡Ni de eso estoy seguro! A veces creo que estoy gafado...».

Como, a primera hora de la tarde, Tom había cogido el bolso y al perrito, y se había marchado a casa de sus abuelos para pasar allí el

resto de las vacaciones, Adrien se encontró de pronto sin nada que hacer. Mientras esperaba a que Emma cerrara, pasó el tiempo, o más bien lo perdió, haciendo búsquedas estúpidas en internet sobre animales que olían a almizcle, ciervos, gamos, civetas, castores y cachalotes, en especial. La señorita Luce tenía razón. Imaginar a alguna de esas criaturas en la furgoneta era un disparate. ¡A menos que el asesino fuera el director de un zoo!

Luego encontró un artículo interesante sobre los asesinos en serie.

> Aunque disfrutan quitándole la vida al prójimo y negando al otro, con frecuencia el auténtico sentido de sus actos resulta incomprensible. Ese «¿por qué?» se nos escapa cada vez más a menudo, como en el caso de la masacre de Las Vegas, en la que un individuo mató a cincuenta y ocho personas disparándolas, sin motivo aparente, desde la ventana de su habitación de hotel. La proliferación de los asesinatos «absurdos» es una consecuencia de la crisis social que vivimos en la actualidad. Para poder resolver el enigma es necesario entender la forma de pensar del asesino.

Ese era precisamente su problema. A primera vista, aquellos asesinatos de libreros, al parecer programados, no tenían el menor sentido. Lo único que le permitiría avanzar sería conocer el móvil del asesino. Desde ese punto de vista, Adrien no había progresado mucho. ¿Celos de un colega, venganza de un escritor fracasado, acción punitiva de un fanático de Amazon? Una vez más, en aquel galimatías, el profesor Crispin parecía la opción más creíble. Mientras Adrien no verificara por sí mismo su coartada, no podría descartarlo por completo.

Cansado de estrujarse el cerebro, apagó el ordenador y salió a dar una vuelta por el pueblo. El gélido viento que enfilaba las calles ululando le recordó su primera visita. Renunciando al paseo, entró

en la catedral, casi vacía a esas horas. Pese a su desnudez, el edificio le pareció elegante, de una nobleza indiscutible. Las cuatro hileras de columnas que lo dividían en cinco naves presentaban líneas armoniosas y de una pureza innegable, y se juntaban en las bóvedas en una multitud de nervaduras que te obligaban a alzar la vista al cielo. ¡Una artimaña como otra cualquiera para elevar el espíritu!

En aquel lugar austero, sin adornos, cargado de historia y de memoria, Adrien se sentía más lúcido.

«El silencio y el espacio... Olvidarme de lo que no sea esencial... Soltar lastre. Me han hecho tragar demasiadas cosas, ¡quieren que pierda la carrera!».

Curiosamente, le venían a la mente expresiones ciclistas utilizadas por su preparador hasta hacía poco. «Si quieres remontar, debes encontrar la brecha». «Tienes que dejar de chupar rueda y meterte en la carrera de verdad». «Para hacer un buen esprint, muchacho, hay que tener un gran demarraje y abrirse paso sin miedo a caer».

¡Pues claro, había que encontrar la brecha! Seguro que estaba ahí, oculta bajo aquel revoltijo de datos amontonados en su cabeza.

«Velocidad, ligereza, habilidad». Eso era lo que se decía de él. ¡Adelante! En momentos así, solo confiaba en sus propias fuerzas, solo contaba con su fantasía. Con bicicleta o sin ella, había que actuar del mismo modo sin dejarse vencer por el desánimo. Hacía unos días, Emma le había replicado usando una frase de Albert Einstein que la divertía: «La vida es como una bicicleta, si quieres mantener el equilibrio no puedes parar».

¡Cuánta razón tenía el gran Albert!

Intentaban confundirlo, desconcertarlo, desviarlo de lo esencial precisamente para impedirle avanzar, para ocultarle aquel rayito de verdad que a veces creía vislumbrar.

«¡No me bajaré de la bici, maldita sea! ¡Tengo suficientes horas de carrera en las piernas para mantener el equilibrio!».

Volvió a mirar hacia arriba. Allí, las líneas se juntaban, al igual que todas las informaciones de las que disponía, para servir a un único propósito. Una sonrisa misteriosa se dibujó en sus labios. ¡Vamos, ya estaba cerca de dar con la clave!

Regresó a la librería de mucho mejor humor, casi confiado, como si acabara de estar con un dios de los ciclistas. Detrás del mostrador, Emma, taciturna, estaba terminando de hacer los pedidos.

—¡Ponte guapa, esta noche salimos!

—¿Ah, sí? ¿Y qué celebramos?

—Nuestro encuentro, que hayas recuperado el tampón, la perspicacia de Einstein, lo que tú quieras...

—De acuerdo, así nos distraeremos un poco. Pero lo siento, me quedo únicamente con el segundo motivo. ¡Celebremos la aparición del tampón!

Sus risas y sus manos se mezclaron espontáneamente.

—Ya sabía yo que eras una desagradecida —le susurró Adrien al oído.

18

Nevaba desde hacía dos días. Fina, liviana, vaporosa, la nieve empezaba a blanquear las cumbres. El Plomb du Cantal ya se encontraba «tocado», como decían allí, y la estación del Lioran no tardaría en abrir: la temporada de esquí estaba a punto de comenzar.

¿Influirían los cambios meteorológicos en el asesino? ¿Desistiría o, siguiendo su propia lógica, continuaría con el desatinado plan que parecía haberse impuesto?

Naturalmente, ese viernes 20 de noviembre, esas preguntas eran de rigor. Todos los libreros del Círculo debían de hacérselas en mayor o menor medida, consciente o inconscientemente, con el corazón lleno de una angustia más que justificada. ¡Al menos, todos estaban en guardia! Un consuelo mísero para Emma, que, sin embargo, no dejaba de repetírselo para atenuar aquel extraño sentimiento de culpa que ya no le daba tregua.

Adrien le insistía en que se habían tomado todas las precauciones posibles, pero era inútil: desde que se había despertado, una terrible sensación de impotencia la abrumaba una vez más.

El periodista no había pegado ojo en toda la noche. El momento del esprint se acercaba, con su subida de adrenalina y sus numerosos peligros. Era indudable que su adversario, astuto,

temible, tenía una inteligencia fuera de lo común. Hasta ahora había cumplido sus objetivos con brillantez y burlado todas las investigaciones policiales. La sensación de impunidad y el orgullo quizá lo llevaran a correr riesgos. Había que contar con eso. Cualquiera en su sano juicio se habría dado por vencido, pero indudablemente aquel asesino era un jugador. Un jugador gobernado por su adicción es incapaz de dejar la mesa de juego y, del mismo modo, el maldito asesino no abandonaría el escenario del crimen.

Charles acababa de darle por teléfono una información de una fuente fiable que, desde luego, resultaba tranquilizadora. La policía había tomado las medidas necesarias para garantizar la seguridad de los libreros más amenazados, «los de Espalion y Vic-sur-Cère en primer lugar, pero también tu amiga de Saint-Flour». Un número considerable de agentes de paisano destinados a esa tarea patrullarían de forma discreta en las diferentes localidades.

Así pues, la policía se lo tomaba en serio. Al parecer, había llegado a las mismas conclusiones que el periodista en cuanto a los libreros más expuestos, en esta ocasión tres mujeres.

Yves, el colega de París, que estaba a punto de finalizar sus vacaciones, se había ofrecido para acompañar a Emma toda la jornada, es decir, para no perderla de vista un segundo, para hacerle de guardaespaldas.

—Pascal no parece estar en primera línea. ¡De todas formas, con su físico, se basta y se sobra para defenderse! Y ya conoces a Marie-Pierre, su mujer: ha organizado todo un comité de vigilancia con sus numerosas amigas. ¡Un comité tan estricto que Pascal no podrá estornudar sin que acuda una ambulancia! También ha puesto en

antecedentes a la clase del colegio que participa en su grupo de lectura. Dicho sea de paso, lo de esas fichas redactadas por los chicos y pegadas a las cubiertas en la librería es una idea estupenda. El caso es que los chavales montarán guardia en todos los barrios de Saint-Chély. A un forastero le resultará difícil pasar desapercibido.

Emma había aceptado la ayuda del parisino un poco a regañadientes, dividida, como el resto de sus compañeros, entre los deseos contradictorios de independencia y de protección.

Adrien habría hecho de caballero andante de Emma de mil amores, pero no insistió para intercambiar los papeles con Yves. Su instinto le decía que la batalla no se libraría allí. Saber que Emma estaba relativamente segura le daba libertad de movimiento y disminuía un poco su preocupación.

No tuvo que dudar mucho entre Espalion y Vic.

En el pueblecito del Aveyron se había formado una auténtica guardia pretoriana alrededor de Sylvie Lacan. Henri, su compañero, hombre de teatro, había aprovechado la ocasión para invitar a todos los actores que conocía a participar en aquel montaje. De hecho, la pregunta maliciosa de Borne el día de la reunión del Círculo, «entonces, tú eres la próxima, ¿no?», lo había convencido de la magnitud del peligro mucho mejor que cualquier discurso. Cada actor sabía de antemano qué papel tenía adjudicado. Ya no había aficionados y profesionales, solo camaradas leales, guardaespaldas vigilantes.

Frente a esa férrea organización, Vic-sur-Cère, en el Cantal, presentaba varios problemas. Valérie Velmas no tenía pareja. Recién llegada a la localidad, aún no había forjado una red de amigos, algo esencial allí, donde la solidaridad parecía inscrita en el ADN de cada

habitante. Y, lo que era más importante, el 20 de noviembre se celebraba la Fiesta de la Montaña. Esa festividad, que atraía todos los años a cientos de visitantes, complicaría extraordinariamente las operaciones de vigilancia. Para el asesino, como en el Festival de Teatro de Calle de Aurillac, la multitud podía ser el camuflaje soñado que le permitiera pasar desapercibido.

Como es lógico, Adrien eligió este último destino para intentar frenar a su adversario invisible.

Las calles de Vic, resbaladizas debido a la nieve, más abundante allí que al otro lado del Lioran, ya estaban abarrotadas de curiosos envueltos en gruesas prendas de lana. Tras buscar la librería en las pintorescas callejas del centro, Adrien se dio de bruces con una persiana metálica en la que un cartel burlón se agitaba en el viento.

DURANTE LA FIESTA DE LA MONTAÑA,
LA LIBRERÍA PERMANECERÁ CERRADA.
VENGAN A ENCONTRARSE CON NUESTROS AUTORES
LOCALES EN LA CARPA DEL LIBRO.

Refunfuñando, Adrien se dirigió hacia el recinto ferial, recordando un poco tarde que la librera había mencionado aquel evento ante una decena de escritores de la región. Confiaba, por el bien de ellos, pero también por el suyo, en que el espacio de marras tuviera calefacción, aunque llamándose «carpa» no tenía muchas esperanzas. De los altavoces salía una música de acordeón y gaita auvernesa, interrumpida por las intervenciones de un maestro de ceremonias que enumeraba con voz estentórea las actividades programadas.

«Taller de *truffade* y *aligot*, exposición fotográfica, viejos oficios, actuaciones en el ferial, mercadillo de antigüedades, cantos folclóricos...». Si había que hacer caso al pregonero, los escritores tenían una competencia feroz.

Adrien atravesó con dificultad el mercadillo, en el que se vendían artículos de ocasión, a cuál más inimaginable, expuestos en la misma acera. Detrás del casino, los puestos de alimentación ofrecían gran variedad de productos de la tierra, entre los que destacaban la charcutería y los quesos. Varias carpas alineadas a la orilla del Cère, en los terrenos municipales, concentraban la atención de los visitantes. Algunas de aquellas endebles estructuras de lona, sacudidas por el gélido viento, atraían a un verdadero gentío. Para apuntarse al taller de cocina, se había formado una larga cola, mientras que un corro de admiradores cerraba el paso delante del tenderete del cestero.

Adrien creyó reconocer, de espaldas, la alta y escuálida figura de Crispin. Quiso acercarse a él, pero un grupo de turistas lo arrastró consigo y, cuando volvió a mirar, el profesor había desaparecido.

Dondequiera que fuese, todo eran risas, ruido, empujones, gritos de los baratilleros, reclamos de los vendedores ambulantes... Y todo ello envuelto en un olor a vino caliente, crepes y salchichas asadas que lo mareaba y le recordaba un poco el ambiente eufórico de las llegadas de las grandes carreras ciclistas.

«¿Cómo voy a encontrar a nadie en medio de esta multitud? Es totalmente imposible. Lo mejor será que me reúna cuanto antes con la librera».

El mar de gorras, boinas, sombreros, capuchas y pañoletas de todo tipo que flotaba ante sus ojos parecía haberse confabulado

para complicar todo lo posible su tarea. Lo más que distinguía eran unos ojos lagrimeantes o la punta roja de una nariz. Cuando por fin llegó a la carpa de los escritores, constató con alivio que allí se circulaba con mucha más facilidad. En los pasillos, unas cuantas personas conversaban con los autores o esperaban con paciencia una dedicatoria. Ni punto de comparación con la aglomeración exterior. Decididamente, acabaría creyendo que solo los libros aportaban la verdadera paz.

Valérie había instalado la caja cerca de la salida. Adrien no necesitó presentarse, la librera lo había reconocido de inmediato.

—Vengo a darle moral. ¿Cómo va la cosa?

—Demasiado tranquila para mi gusto, aunque la venta no ha hecho más que empezar. Nuestra carpa está en un extremo de la feria, no es el mejor emplazamiento.

—¡Créame, aquí está la mar de bien! Ahí fuera todo son codazos y pisotones, no sé yo si eso es lo mejor para vender...

—A las once se celebrará aquí la inauguración oficial, entonces habrá mucha más gente.

Esa perspectiva parecía ponerla muy contenta. Adrien frunció el ceño y se subió el cuello de la parka.

«Pero ¿no se da cuenta del peligro que corre? ¡Por Dios, es peor que Emma!».

Visto lo visto, se sintió obligado a recordarle con cierta brusquedad por qué estaba allí. Adrien no solía andarse con rodeos, y menos en semejantes circunstancias. El tiempo apremiaba. Al verla palidecer, se sintió un poco mal por tratarla así. Sin embargo, era el mejor modo de protegerla.

Ya que tenía que quedarse allí, decidió interpretar su papel de periodista, y de vez en cuando trasteaba con su cámara de fotos. Un golpe de zoom le permitía acercar los blancos un poco sospechosos, acortar las distancias, agrandar los detalles. Sabía que solo era una simulación, pero necesitaba mantenerse ocupado, creerse útil. Se había situado ligeramente delante de la caja, para intentar filtrar a los inoportunos.

Poco a poco, la gente iba llegando para escuchar el discurso oficial y los pasillos empezaban a llenarse. Algunos, para guardar las apariencias, se detenían unos instantes y hojeaban un par de libros, pero casi todos se dirigían directamente hacia el estrado, mostrando su interés prioritario por los canapés anunciados. Un empleado municipal hacía pruebas de sonido gritando a voz en cuello, lo que no ayudaba mucho a rebajar la tensión. No obstante, Valérie aguantaba estoicamente y ofrecía a los escritores y al público un rostro plácido y sonriente en todo momento, aunque las manchas rojas que le cubrían las mejillas y el cuello daban fe de su nerviosismo.

Ahora, en la carpa literaria no cabía un alfiler, pero las ventas no aumentaban en la misma medida. Adrien se preguntaba si los policías de paisano estarían tan estresados como él. ¿Cómo mantener la sangre fría en medio de semejante barullo? ¿Cómo proteger a su objetivo?

La comitiva oficial hizo su entrada, con las «pastorcillas» vestidas con sus trajes tradicionales abriendo la marcha. Los escritores se levantaban, la gente aplaudía, la música era ensordecedora y el agobio máximo.

Adrien se arrimó a Valérie. Al rozarla con el hombro, sintió los músculos de la joven tensos a más no poder mientras guardaba un cheque que acababan de entregarle.

Y entonces lo vio. Crispin. El profesor. El primero de su lista. La impresión fue tan repentina e intensa que lo dejó sin habla. Así que, efectivamente, el individuo al que había visto hacía un rato era él... La misma gabardina beis, los mismos movimientos envarados... Ahora lo tenía de frente y, pese a la gorra con visera y orejeras, no le cabía duda. Por lo demás, el profesor no se escondía; al contrario, avanzaba hacia ellos abriéndose paso entre el gentío con aire marcial. Su mirada, una mirada de águila, fija y desafiante, se encontró con la de Adrien.

Sin dudarlo, el periodista empujó a la librera hacia la lona de la carpa, empapada por la nieve fundida, que se filtraba a través de ella y formaba charcos de agua helada en el suelo.

—¡Cuidado, es nuestro hombre!

Había farfullado esas palabras en voz baja, preguntándose aún si aquello era posible, si era real, si no estaría soñando. ¿Qué desvaríos habían conducido a Crispin hasta aquella situación? ¿Qué iba a hacer? ¿Hasta dónde podía llevarlo su locura? Debía de ser consciente de que ese día no lo tendría fácil. Lo estaban esperando, su víctima no estaba sola. El efecto sorpresa no existía ¿Eso lo haría desistir?

Tres metros más, y el profesor estaría delante de la caja. En una mano llevaba un paraguas, uno de esos grandes, aparatosos y pesados paraguas auverneses, mientras mantenía la otra sospechosamente hundida en el bolsillo. Adrien esperaba verlo blandir un arma, ya fuera un cuchillo o una pistola, en cualquier

instante. Aunque, pensándolo bien, el paraguas también podía ser peligroso. ¿Qué demonios se proponía? ¿Cuáles eran sus verdaderas intenciones? Todo ocurriría en décimas de segundo. Adrien había apoyado ambas manos en la mesa, dispuesto a volcarla para frenar el ataque. Era lo único que se le había ocurrido para defenderse, aunque rezaba para que el brazo lesionado no le fallara en el momento crítico. Con un rápido movimiento, desenchufó la caja para, como último recurso, poder lanzarla también contra su agresor. Había que prepararse para lo peor. Sentía la sangre latiéndole en las sienes, el final de aquella pesadilla se acercaba, esta vez estaba decidido a ganar el esprint. Su adversario parecía tan impaciente de llegar a las manos como él. Antes incluso de alcanzar a Adrien, el profesor lo increpó con dureza.

Su declaración, ahogada en parte por el guirigay, parecía totalmente extemporánea.

—Tengo una cita con la señora Pélissier. Joven, le advierto que, debido a su artículo, ya no le dirijo la palabra.

A continuación, Adrien, desconcertado, lo vio sacar del bolsillo lo que parecía un trozo de papel, que fue a dejar sobre la mesa. Y ya no pudo ver más. El profesor se había derrumbado súbitamente. Dos manos firmes lo levantaron sin contemplaciones.

—Acompáñenos, caballero. Sin armar escándalo, por favor, será lo mejor para todos. No se preocupe, fuera aclararemos esto. Es una simple comprobación de identidad.

Los dos hombres indicaron por señas a Adrien que los siguiera discretamente. El periodista, que minutos antes hacía cábalas sobre los policías de paisano, ya había salido de dudas.

Todo había sucedido tan deprisa que Valérie Velmas estaba desconcertada. Adrien se volvió hacia ella para tranquilizarla.

—Se acabó. Todo va bien.

Asombrado él también por la rapidez de la intervención, Adrien cogió por curiosidad el papel que Crispin había dejado en la mesa.

Era una petición de cita escrita a máquina que provenía de Emma, como atestiguaba, a modo de firma, el tampón de Los Libropensadores.

> Apreciado profesor Crispin:
>
> Es absolutamente necesario que lleguemos a un acuerdo. Esta disputa entre nosotros, libreros independientes, y usted, defensor ferviente del comercio electrónico, ha durado demasiado. Lo invito a reunirse conmigo este viernes 20 de noviembre, a las once de la mañana, en la carpa literaria de la Fiesta de la Montaña, en Vic-sur-Cère. Luego, durante la comida, podremos hablar con tranquilidad del asunto. Conozco su sentido de la responsabilidad y cuento con su presencia.

Adrien se guardó la invitación en el bolsillo y se apresuró a seguir a los policías. Un coche camuflado los aguardaba cerca del ferial. Subieron los cuatro sin decir palabra y se dirigieron a la comisaría de Aurillac. El profesor, visiblemente alterado, se volvió de forma ostensible hacia la ventanilla.

«¿De verdad ha venido a reunirse con Emma? ¿Será cierto que recibió esa invitación? ¿O la escribió él mismo para tener una coartada que justificara su presencia aquí en caso de que las cosas se torcieran?».

Una vez más, Adrien era un mar de dudas.

«¡Desde luego, no hay quien me entienda! Hace apenas media hora estaba dispuesto a matar a Crispin, porque, no nos engañemos,

lo habría matado. Y ahora busco circunstancias atenuantes. Su rostro es el de un hombre encolerizado, no el de un asesino. ¡Ya no sé qué pensar! ¿Y si a él también le han tendido una trampa? ¡Esto es infernal, no acabaremos nunca!».

Cuando mucho más tarde, el periodista, acompañado por Emma, salió de la comisaría, su perplejidad y su indecisión seguían siendo absolutas.

Sin embargo, el oficial de la policía judicial al mando de la investigación había llevado el asunto con eficacia. Debido a sus tuits despectivos contra los libreros y su empeño en que desaparecieran del panorama económico en favor de los gigantes de internet, el profesor era a todas luces y desde hacía tiempo uno de los principales sospechosos. Estaba vigilado por el grupo de investigación encargado del «caso de los libreros». Por supuesto, sus iniciales, ABC, no mejoraban su situación, incluso la hacían particularmente interesante, según el especialista en caracterización de los asesinos en serie que participaba en el interrogatorio.

En cuanto al propio Crispin, lo negaba todo de plano y menospreciaba al especialista con su habitual suficiencia, aferrándose a su coartada del mes de agosto y a aquella semana de vacaciones en Córcega que lo protegía de cualquier acusación, al menos en relación con el asesinato de Aurillac.

El profesor explicaba su presencia en Vic por su voluntad de encontrarse con Emma tras la invitación de esta, recibida por correo dos días antes.

—El matasellos es de Saint-Flour, el pueblo de esa señora. Pueden comprobarlo, aún tengo el sobre.

Así pues, hicieron venir a Emma. Por supuesto, durante su largo interrogatorio, la joven negó haber enviado ninguna invitación, lo que acto seguido la obligó a dar extensas explicaciones, bastante confusas para el no iniciado, la verdad sea dicha, sobre la desaparición del tampón y su posterior y misteriosa reaparición.

Un embrollo añadido, ya que, como Crispin nunca había puesto los pies en Los Libropensadores, nadie veía cómo podría haber robado el famoso tampón para hacerse una invitación él mismo. En su relato, Emma se cuidó mucho de mencionar el conato de incendio nocturno. Adrien pensaba amargamente que todas esas mentiras o silencios solo podían desorientar a los investigadores, pero ya era demasiado tarde para lamentarse. Había que avanzar.

Crispin se mantenía en sus trece, proclamaba su inocencia y, por un momento, incluso creyó que podría beneficiarse de las evidentes lagunas del caso para recobrar la libertad. Por desgracia, después de someterse a un registro en toda regla con una docilidad burlona y una actitud arrogante, los acontecimientos se precipitaron súbitamente en su contra. En el bolsillo interior de su gabardina, se halló un fino estilete, una especie de puñalito de hoja triangular desprovisto de guarnición.

—¿Esto también es una invitación, quizá?

—¡Jamás lo había visto, no es mío!

Crispin estaba lívido. Por primera vez desde el comienzo del interrogatorio, abandonó la soberbia, al comprender que su suerte había cambiado y que ahora necesitaría algo más que arrogancia para demostrar su inocencia a aquellos implacables investigadores.

Se envió el arma al laboratorio para analizarla. Sin mencionarlo, todos recordaban la puñalada mortal que había recibido Bernadette

Borne el 20 de septiembre. ¡Y ese día Crispin no estaba en Córcega! Su detención preventiva ya solo era una mera cuestión de trámite.

—No pareces aliviado —dijo Emma esa noche, preocupada por la expresión sombría de Adrien—. Sin embargo, todo ha acabado bien, se ha evitado el cuarto asesinato, Crispin ya no puede hacerle daño a nadie... ¿Qué es lo que te inquieta, su coartada para el 20 de agosto?

—¡Si solo fuera eso! Lo sabes tan bien como yo, Emma, ¡en este asunto hay demasiadas cosas que no encajan! ¿Cómo se hizo con tu tampón? ¿Puedes responder a eso? No, ¿verdad? De hecho, no hay ninguna explicación lógica. Pero eso no es lo peor, aunque hoy la policía judicial no haya mencionado ese punto. ¿Cómo pudo robar Crispin tu furgoneta? No podía saber que Fifi estaba aparcada allí con la llave lista para utilizarla, ¡él no estuvo en la barbacoa literaria!

—Pero esa especie de daga que le han encontrado encima es una prueba, ¿no?

—Habrá que tenerla en cuenta, pero no es suficiente. Hay que revisarlo todo desde cero. El único indicio que podría hacerme creer en su culpabilidad son sus iniciales, que siguen el orden alfabético. Apoyan la hipótesis de un loco, en efecto. Pero también es mala suerte: el primer asesinato, el más importante de hecho, puesto que sería el origen de su obsesión, no pudo cometerlo él. No, todo esto es demasiado débil para que podamos dormir tranquilos. Yo creo que lo soltarán.

Dos días más tarde se enteraron de que el estilete había hablado. No cabía la menor duda, era el arma que se había utilizado el 20 de septiembre para acabar con la vida de Bernadette Borne, librera de Brioude.

Aunque seguía proclamando su inocencia, el profesor Alain-Bernard Crispin, ya inculpado, ingresó en el centro penitenciario de Aurillac.

19

—¿Sabe usted? Creo que ya sé a qué olía la furgoneta de nuestra querida Emma.

—¿Ah, sí?

Adrien enarcó una ceja con escepticismo.

«¿Merece la pena escuchar las nuevas elucubraciones olfativas de esta buena mujer? ¿Para qué, si todo ha terminado? Crispin está entre rejas y todo el mundo contento. Menos yo, claro, que no dejo de hacerme preguntas sobre las incoherencias del sumario. ¡Pero por lo visto soy el único!».

La mirada que lanzó por curiosidad a su interlocutora lo sacó de su apatía. Parecía tan segura, tan contenta, tan excitada también, que Adrien sintió una pizca de interés.

—Pues sí, esta vez puede creerme, olía a hurón. Es un olor almizclado, como le dije, pero al mezclarse con el de las glándulas anales resulta aún más fuerte. Eso es lo que me confundió un poco. Esas secreciones son especialmente abundantes y desagradables si el hurón está alterado, lo que ocurre cuando abandona su territorio y entra en un estado de estrés muy intenso. ¡Claro, imagínese al pobre animal en un vehículo desconocido!

—Perdone que insista, pero hay tantos olores animales... ¿Cómo puede estar tan segura?

—El olor característico del hurón es muy nítido, joven, tanto como el de un perro mojado, por ejemplo. Es imposible equivocarse. Ha sido esta mañana, al percibirlo en casa de un amigo cazador que cría hurones, cuando he caído en la cuenta. Estará contento, ¿no? Porque me ha faltado tiempo para venir a decírselo. Enseguida he pensado en usted. Bueno, también he venido para ver al perrito, que me tiene enamorada. ¡Y es que los animales se hacen querer!

La señorita Luce se fue trotando en busca de Tom y dejó a Adrien sumido en un nuevo abismo de perplejidad.

«¿Un hurón? ¿Quién puede estar tan loco para robar una furgoneta llevando un bicho como ese? Un disparate más. Después de todo, puede que Emma acierte cuando dice que debió de llevársela algún chico joven... Pero ¿qué más da? ¡El ladrón de Fifi no tiene nada que ver con el asesinato de Courtial, puesto que el culpable es Crispin! Tengo que meterme eso en la cabeza».

Y lo intentaba, pero una vocecilla interior seguía susurrándole que la detención del profesor no lo explicaba todo. Había demasiadas preguntas sin respuesta. La principal concernía a la muerte del librero de Aurillac, puesto que Crispin estaba de vacaciones. Y, aunque no era tan importante, la tentativa de chantaje de Crueze a un miembro del Círculo a propósito del dichoso olor seguía siendo un enigma para él.

La llegada de Tom, que le daba mordiscos glotones a una napolitana, lo arrancó de sus vanas cavilaciones. El padre del chico había salido de la fase crítica hacía unos días, aunque seguía sumido en un profundo estado de aturdimiento y aún no había recuperado el habla. Tom vivía temporalmente en casa de sus abuelos, pero pasaba en la librería buena parte de su tiempo, que repartía entre

Emma y Adrien, con el que compartía sus preocupaciones con mayor confianza. El joven periodista, que no sabía mentir, se había convertido en el referente que le faltaba. Un día se sorprendió a sí mismo diciéndole:

—Un accidente como ese, o como el que yo sufrí, te obliga a reflexionar sobre tu vida, a centrarte en lo realmente importante. Para tu padre, lo más importante eres tú. Vuestra relación cambiará, ya lo verás.

¡Desde luego, quién le iba a decir a él que llegaría a compararse con Crueze! A la pregunta de Tom sobre qué era importante para él, Adrien se oyó responder espontáneamente «Emma», algo que todavía lo asombraba, porque hasta entonces la bicicleta había sido todo su mundo.

El pequeño trepó a sus rodillas con toda naturalidad y, tras ofrecerle generosamente un trozo de su napolitana, declaró:

—Me parece que a la señorita Luce le gustaría birlarme a Buck... Sí, me lo cuida cuando estoy en el colegio, es verdad, no tengo más remedio que dejárselo. Pero no me gustaría que le pusiera lacitos en el pelo y cosas así, ¡son horribles!

—No bajes la guardia, campeón, no parece peligrosa, pero tiene un olfato temible. Es muy capaz de lavar a Buck con agua de rosas, y a ti con él.

—Lo dices por el hurón, ¿no? Acaba de contarme toda la historia. ¡Jo, no es de extrañar que Fifi oliera tan mal!

—¡Ah, ¿pero sabes cómo huelen los hurones?!

—Claro, incluso vi uno no hace tanto, en el coche del señor Borne. ¡Uf, cómo apestaba! Eso sí, estaba muy gracioso, ovillado en aquel

jersey. Según papá, los hurones no huelen tan fuerte cuando se limpia regularmente el corralito en el que viven.

—¡Espera, Tom, repíteme eso! ¿De verdad viste un hurón en el coche del señor Borne?

—¡Lo juro! Fue el día de la reunión del Círculo. El señor Borne trajo toda una caja de «gangas», botellas de whisky para papá. Así que le ayudé a descargar el coche. Fue entonces cuando vi al hurón. Se llama Jingle. Es su mascota de la suerte, se lo lleva a todas partes, incluso a las carreras de caballos. El señor Borne me dijo que en casa tenía más de treinta. Los cría, y conejos también.

—Por favor, Tom, estate callado un par de minutos, tengo que pensar.

«¿Te das cuenta, campeón, de que me estás diciendo ni más ni menos que quizá Borne le robó la furgoneta a Emma el 20 de octubre? ¡Eso lo cambia todo! Solo que Borne tiene una coartada sólida para el asesinato de su mujer. ¡Sí, eso lo cambia todo, pero en realidad no resuelve nada!».

Tom, que no podía estarse quieto más de dos minutos, saltó al suelo gritando:

—¡Claro, papá pensaba en Jingle cuando dijo en el mensaje que había reconocido el olor de la furgoneta de Emma! Pero ¿cómo puedo ser tan tonto? ¡Cuando me lo ha contado la señorita, tendría que haberlo pillado a la primera!

—¡Tranquilo, no eres el único tonto!

—¿Es importante?

—¡Podría serlo!

Adrien se pasó el resto del día barajando hipótesis, a cuál más absurda, contradictoria, improbable e imaginativa. Algunos indicios

concordaban, casaban entre sí, pero otros no encajaban de ninguna manera, mantenían la duda. Luego hizo varias llamadas, y esa noche le anunció a Emma que iba a ausentarse unos días.

—¿Ya?

—¿Cómo que ya?

—El asunto acaba de aclararse y tú ya te vas. Entonces ¿se cierra el paréntesis?

Adrien la miró con tanta ternura que ella casi se sintió ridícula. Al mismo tiempo, una ola de felicidad la dejó clavada al suelo.

«¡Entonces, le importo un poco!».

—Oye, Pélissier, tú que sabes tanto de libros, ¿crees que un personaje como Darcy puede acabar mal?

El peso que oprimía el corazón de Emma desde que él le había anunciado su partida disminuía poco a poco.

—¡En la novela, jamás! Pero el Darcy de la realidad aún es demasiado complejo para mí.

—¡Ah, no, protesto! Yo soy mucho más simple que tu héroe de papel. Él necesita doscientas páginas para declarar su amor, mientras que yo solo he tardado una semanita de nada en darme cuenta de lo feliz que soy contigo. Tienes que ayudarme un poco, Emma, no me gustan las escapadas en solitario. Te necesito como compañera de equipo. Nunca he querido depender de nadie, pero ahora comprendo que dependo de ti, lo quiera o no. No soporto verte triste, angustiada o lejos de mí. Me encanta tu sonrisa, quiero verte, tocarte, contemplarte, creo que estoy muy pillado. ¡Lo más curioso es que no me molesta demasiado!

Emma recibió esas palabras con gratitud. Necesitaba oírlas, tranquilizarse. Comprendía el miedo y las reticencias de Adrien.

Comprometerse es algo tremendo. Tremendamente hermoso, también. Emma sabía que lo daría todo por él; estaba dispuesta incluso a sacrificar unas horas de lectura todos los días. No le había pasado nunca, era la mejor señal que podía encontrar.

—Te amo. Vamos a pedalear juntos —murmuró riendo y sacudiendo la cabeza, y se acurrucó en su pecho.

Adrien la estrechó con fuerza entre sus brazos. Debía decirle algo más, algo doloroso que durante mucho tiempo le había parecido insuperable, que formaba parte de él, que solo ahora estaba empezando a asimilar.

—¿Sabes? Quizá no pueda volver a subirme a una bicicleta...

Emma lo sospechaba, pero eso no le importaba. No había conocido al deportista, solo al hombre herido, atormentado y susceptible que un día había entrado en su librería gruñendo. Un hombre un poco perdido que había tenido el coraje de luchar, la curiosidad de abrirse a otro mundo, un hombre obstinado, inteligente, generoso. Ese era el Adrien que la había conquistado, el Adrien al que amaba. Supo decírselo con sus propias palabras, palabras llenas de amor, esperanza y sol.

Se besaron durante largos instantes. Adrien la necesitaba enormemente, y también tenía unas enormes ganas de ella.

Al día siguiente, le repitió una serie tan larga de recomendaciones que la joven librera habría podido dudar de la duración de su ausencia si no hubiera existido aquella noche mágica en la que ambos se habían entregado sin reservas.

—Emma, sé que has comprendido que, en mi opinión, este asunto no ha acabado. Hay demasiadas cosas que no encajan. La detención de Crispin no lo soluciona todo. Necesito hacer algunas

comprobaciones. Volveré lo antes posible. Solo te pido que tengas precaución, que cierres bien las puertas y guardes las llaves. Te lo ruego, no seas descuidada contigo misma, necesito sentir que estás segura.

—Ahora estoy la mar de segura. Yo sé que el profesor es culpable. Respecto a sus vacaciones en Córcega, he llegado a la conclusión de que el asesinato de Jean-Claude, en Aurillac, no tiene nada que ver con los otros. Supongo que fue una coincidencia. Si partes de esa hipótesis, todo lo demás puede explicarse.

—Es curioso, pienso casi lo mismo que tú, pero no llego ni mucho, ni muchísimo menos a las mismas conclusiones que tú, guapa. Espero demostrarte muy pronto la superioridad de mi razonamiento.

—¡Fanfarrón! —dijo ella estampándole un último beso en la mejilla.

Emma cerró la puerta detrás de él, pensativa. Pese a todas sus preguntas, no había conseguido sacarle nada más. Adrien tenía una teoría que necesitaba confirmar. Ella debería conformarse con eso.

«¿Por qué demonios toma de pronto la defensa del dichoso Crispin? Dice que no tenía mirada de asesino, pero, en realidad, ¿cómo es la mirada de un asesino?».

Poco después, el periodista se hacía casi la misma pregunta delante de Gilbert Borne, que se estaba liando un pitillo en la barra del Café des Sports de Brioude.

La señorita Luce tenía razón, Borne no fumaba cigarrillos americanos. Tampoco mostraba el estilo del fumador elegante que la vieja solterona asociaba en su mente con ese tipo de tabaco.

—Así que apuesta a los caballos...

—Solo estoy empezando. Me han dicho que es usted bueno haciendo pronósticos...

—¿Quién le ha dicho tal cosa?

—No se haga el modesto, ¡es usted muy conocido en los hipódromos!

—Diría que lo tengo visto de algún sitio...

—¡Claro! Nos conocimos en la reunión de los libreros, ¿no se acuerda?

—Puede ser. No se me da bien recordar las caras. Ya sabrá que detuvieron al cabrón que mató a mi mujer... Ahora es asunto concluido. Entonces ¿me invita a este vino?

—Y usted, ¿me dará los pronósticos?

Borne esbozó una sonrisa astuta y apuró el vaso. En circunstancias normales, habría desconfiado del periodista. Pero ya no le daba miedo nada. Veía ante sí a un niñato con pasta al que iba a desplumar, y no quería privarse de hacerlo.

—Eso depende de lo que quiera poner.

Así que Adrien había «invertido» un poco más de lo que le habría gustado, pero era dinero bien empleado. Borne no desconfiaba, lo había arrastrado de bar en bar durante todo el día y le había presentado a varios amigos, todos de su misma ralea. Durante la conversación, el nombre del profesor surgió varias veces, no solo debido a su detención, sino porque casi todos lo conocían en su faceta de apostador.

—Últimamente se le veía menos, porque su mujer le vigila las cuentas.

—¡Las mujeres son unas tocapelotas!

Borne había sido categórico. Por lo visto, ya no se acordaba de que, dos bares antes, aún lloraba a la suya. Tras esa brillante frase, con la que parecía encantado, invitó al chaval nuevo y a tres de sus amigotes a acabar el día en su almacén. Una especie de cabaña a la orilla del Allier, donde criaba hurones y ponía trampas para los conejos.

—Un ¡crac!, y listos. El Gilbert es el rey de los estofados, ¿a que sí, chicos?

Con una expresión astuta, agitaba en el aire una fina tira de cuero, con la que hizo un gesto gráfico.

—¿Hay muchos conejos por aquí?

Borne y sus compadres estallaron en carcajadas palmeándose los muslos.

—¡Sí, en las conejeras de las abuelitas de por aquí!

Adrien dejó que le tomaran el pelo todo lo que quisieran. Aunque comprendía que, con un vecino como aquel, los conejos domésticos no estaban a salvo, le sorprendía su apego pueril por Jingle, al que llevaba a dondequiera que fuese. Lo escondía en las mangas de su chaqueta y le susurraba a su manera, un poco ruda. Cuando le daba leche al hurón, casi adoptaba poses de nodriza. Al aire libre, el olor del animal era soportable. Sonriendo, Adrien recordó, muy oportunamente, la valiosa información de la señorita Luce: «El olor secretado por las glándulas anales solo se manifiesta en momentos de estrés, cuando el animal sale de su elemento natural».

Pasar el día en compañía de Borne le había dejado, sobre todo, un tremendo dolor de cabeza. Pero ahora entendía mejor al personaje: traficante de lo que se terciara, fanfarrón delante de sus amigos, jugador empedernido con los bolsillos agujereados, cruel con los

animales —bueno, no con todos—, despectivo con las mujeres y violento a más no poder con la suya, si había que creer a sus vecinos más cercanos.

«Le pegaba, oíamos gritos —le contó uno de ellos—. Un día creímos que la había matado, a la pobre. Ella no quería denunciarlo, pero al menos esa vez decidió pedir el divorcio. A Borne le habría estado bien empleado, ¡no habría visto un céntimo!».

Al día siguiente, cuando se presentó en casa de Sophie Courtial, la mujer del librero asesinado, aún tenía la cabeza nublada por los vapores de la víspera y el estómago pesado. La digestión del estofado había resultado difícil, entre otras cosas porque, cuando los amigos de Borne habían hablado de «conejos de canalón», Adrien había acabado comprendiendo que, a veces, los gatos del barrio completaban el guiso.

Un gato, precisamente, era lo que tenía sobre las rodillas la viuda de Christian, que lo acariciaba con una mano cansada.

—Es friolero y hogareño, como yo. Desde la muerte de mi marido, apenas salgo de casa. Me faltan ánimos. Élisabeth se ocupa de todo. Suerte que la tengo a ella. Cuando pienso que Christian quería que su hermana no trabajara más que un día de cada dos... ¿Qué haría yo sin ella ahora? Además, se encuentra mucho mejor.

—¿Estaba enferma?

—Este verano tuvo varios ataques. Mi marido quería que hiciera reposo, y ahora quien reposa es él. ¡Qué cruel es la vida!

Adrien tuvo algunas dificultades para comprender la naturaleza de los ataques en cuestión. No quería atosigar a aquella mujer, atrincherada en su pena.

—Élisabeth es muy nerviosa, ¿sabe? Cualquier cosa la pone fuera de sí. Mi marido se había dado cuenta de que partía los bolígrafos, así, doblándolos. De hecho, cuando la dominan los nervios, tiene una fuerza tremenda. Un día, Christian encontró todos los bolígrafos partidos, y eran más de cincuenta, creo. Aquello no podía continuar. Tenemos un amigo psiquiatra, nos ayudó mucho. En esa época, Élisabeth necesitaba realmente que se hicieran cargo de ella. También tuvo que reducir el ritmo de trabajo. Por suerte, ahora está mejor. Es lo único bueno, dentro de nuestra desgracia. Incluso se ha hecho cargo ella sola del negocio. Espero que no se exceda y vuelva a caer enferma. Es tan difícil hablar con ella... Siempre tengo miedo de enfadarla. ¿Sabe que va a eliminar la sección juvenil? A mí me da mucha pena, era tan importante para Christian... Batalló con su hermana durante meses para abrirla. Adoraba a los chavales, ¿sabe? Y tenía mil ideas para atraerlos a la librería. Élisabeth no puede entenderlo, siempre ha sido una solitaria. Quiere que, el curso que viene, meta interno a mi pequeño Lucas, pero ¡de eso ni hablar!

—No se deje manejar, señora Courtial, esa decisión es solo suya, defienda sus intereses. Piense en su marido, ¿qué habría hecho él en su lugar?

Ese era todo el alivio que podía proporcionarle. Bien poco, lo sabía. Élisabeth Courtial era una mantis religiosa que extendía sin pudor sus ávidas patas para ensanchar su imperio. Estaba claro que su pobre cuñada no era rival para ella. Adrien recordó a «Lizzie» con su chal desgastado, sus ojos de Medusa, sus aires de suficiencia y su obsesión con alertar al público. Un delirio renovado sin cesar que, de hecho, revelaba una auténtica psicosis.

«Nada de esto me sorprende. ¡Una desequilibrada, eso es lo que me pareció desde el primer día!».

La última visita la reservaba para la mujer del profesor, a la que había visto un momento en el umbral de la cocina, asustada como un conejo. No era una comparación muy afortunada, sobre todo después de la cena de la noche anterior. Sin embargo, fue lo que le vino de nuevo a la mente en cuanto la señora Crispin apareció en el hueco de la puerta apretando contra su pecho a un perro faldero, que ladraba y se debatía con furia. Parecía asustada e indecisa, a punto de salir huyendo.

—No sé si debo recibirlo. Alby está muy enfadado con usted. Dice que su artículo ha sido una puñalada por la espalda. ¡Oh, Dios mío!

Aquella imagen, que asoció de inmediato con el estilete y el encarcelamiento de su marido, la había privado del habla de golpe.

El chucho aprovechó para saltar al suelo y tomarla con los tobillos del visitante. Adrien lo apartó con el pie, refunfuñando.

—¿Alby? —Nombrado con aquel cómodo apodo, de pronto el personaje conocido habitualmente como «el profesor», el señor Crispin o Alain-Bernard Crispin parecía más tratable, casi simpático —. Su marido está en peligro, señora Crispin. Juntos podemos ayudarlo. ¡Confíe en mí!

Adrien no carecía de encanto, pero fue su tono sincero lo que la decidió. La vez anterior le habían hecho los honores en el salón. En esta ocasión, dejando al perro en el jardín, la señora Crispin lo condujo a la cocina. ¡Muy significativo! Eran sus dominios, su sitio, su refugio.

Adrien necesitó una paciencia infinita. En varias ocasiones, se dio cuenta de que estaba cuchicheando, por miedo a que la mujer

saliera huyendo ante el simple sonido de su voz. Por lo demás, ella era la primera en reconocer su timidez.

—¡Mi marido es tan exuberante, tan brillante, tan convincente! A su lado, yo carezco totalmente de desenvoltura, de seguridad. Alby dice que es una auténtica minusvalía.

Adrien se preguntaba precisamente en qué medida había contribuido el profesor a apocarla y reforzar su complejo de inferioridad. Conocía sus maneras engañosas y cortantes. Podían causar estragos en una persona tan pusilánime. Pero había que reconocer que la señora Crispin amaba y admiraba ciegamente a su marido.

—Es un buen hombre, todo esto solo es un montaje pensado para perjudicarlo.

—La principal prueba material es el estilete que le encontraron en un bolsillo.

—Yo no lo había visto jamás, ¡se lo juro!

—Entonces ¿qué hacía en su bolsillo?

—Alguien debió de ponerlo allí. Como comprenderá, es la única explicación.

—Pero ¿quién? Era el bolsillo interior de su gabardina. ¿Cómo le iban a meter nada en él sin que se diera cuenta?

—Quizá fuese mientras estaba en el lavabo...

—¿Qué lavabo?

—El del bar de Murat, en el que hizo un alto esa mañana, antes de ir al ferial. Se había quitado la gabardina. Cualquiera pudo meter el estilete en el bolsillo durante su ausencia.

—¡En su declaración no dijo nada de eso! Afirmó que había ido directamente a Vic-sur-Cère.

—Lo sé. Ayer fui a verlo a Aurillac por segunda vez. Durante mi primera visita, tampoco lo mencionó. Después, reflexionó mucho. Se calló lo del bar por mí. Verá, estaba citado allí con un apostador, y sabe que odio las carreras. No quiero que juegue. Me prometió dejarlo, pero ese día iban a darle un soplo excepcional, y no pudo resistirse.

—¿Quién acudió a esa cita?

—Alby no sabe su nombre, pero es alguien con quien ha coincidido varias veces en las carreras. Debió de telefonearle el día anterior, yo estaba en la peluquería. —La señora Crispin se pasó una mano por los cabellos grises como para asirse a una pizca de realidad. Sin embargo, lo que contaba ofrecía perspectivas vertiginosas—. Alby aún no se ha decidido a contárselo al juez. Antes quiere hablarlo con su abogado. Apostar a los caballos podría ser un cargo adicional en su contra. Hay que ser prudente.

Curiosamente, Adrien sentía justo lo contrario: la necesidad urgente de hablar con el equipo de investigación. Antes de irse, pidió ver la lista de los lugares en los que Crispin había pronunciado conferencias. Chamalières no figuraba entre ellos, pero en junio el profesor había dado una charla en el casino de Royat, muy cerca de allí.

—¿Cómo se entera el público de cuándo va a dar una conferencia?

—Siempre se distribuyen octavillas en los comercios y se ponen carteles en las localidades en cuestión. Ahora estamos muy organizados.

«¡Puede que Alby sea un as de la publicidad, pero es un auténtico inútil montando su defensa!».

Mientras protegía prudentemente sus pantorrillas del perro, Adrien cruzó el jardín a paso ligero. Empezaba a vislumbrar la verdad. Poco a poco, las piezas del puzle ocupaban su lugar.

Hasta la noche siguiente no pudo regresar a Saint-Flour. Emma lo esperaba llena de preguntas.

—Estoy agotado, amor mío, solo te diré una cosa: Borne y Courtial están detenidos.

—¿Qué? ¿Gilbert y Élisabeth? Pero ¿por qué? ¿Cómo es posible?

—Emma, por favor, te lo explicaré todo más tarde. Solo tengo ganas de una cosa, no pienso más que en eso desde hace tres días: ¡meterme contigo en la cama!

Se besaron con furia. En un último instante de lucidez, Adrien pensó que se había ganado esa recompensa con creces.

20

El anuncio de la detención de Élisabeth Courtial y Gilbert Borne había sorprendido a más de uno. Tanto como la liberación de Crispin, que algunos no estaban lejos de lamentar: los apoyos del profesor en aquella asamblea de libreros eran bastante escasos. Ese primer domingo de diciembre, Pascal quiso reunir a todo el mundo en su casa. La mayoría de los miembros del Círculo estaban allí, incluida Lucienne Boudet, que deseaba representar a su marido. Charles había venido de Clermont. La señorita Luce tenía en los brazos a Buck, el carrocho de Tom, que pasaría el día en casa de un amigo. Todos querían aclaraciones. Algunos todavía no se atrevían a creer en aquel desenlace espectacular, que ponía en tela de juicio todas sus certezas anteriores.

—¡Amigos, todos tenemos un montón de preguntas para el señor Darcy! —exclamó Pascal, tan cómodo como de costumbre en su papel de maestro de ceremonias—. Estamos impacientes por conocer la verdad sobre este asunto, que nos ha tenido angustiados durante tres meses. Por eso estáis aquí hoy. Propongo que demos la palabra a Adrien. Él nos lo explicará todo. Dejemos que hable sin interrupciones, para evitar digresiones o preguntas redundantes. Después de su exposición resolverá nuestras dudas.

El joven periodista avanzó hasta el centro del grupo. Parecía muy relajado. La tensión de los últimos días se había desvanecido. Se sentía liberado de un peso, tan galvanizado por la exposición que se disponía a hacer como en los instantes previos a la salida de una carrera. La única diferencia era que ese día ya sabía que la victoria era suya.

—La historia que voy a contaros es el producto de una mente diabólica. Básicamente, se trataba de atraer la atención sobre una serie de asesinatos más que sobre homicidios concretos. Porque hablar de un maniaco del alfabeto o de un asesino de libreros evita abordar la historia de cada víctima con su correspondiente lote de preguntas: ¿a quién beneficia su muerte? ¿Qué relaciones mantenía con las personas cercanas a ella?

»Esa es la clave, ¿comprendéis? Un pez se esconde mejor en el mar que si está solo en su pequeño acuario redondo. Un crimen impacta menos cuando forma parte de una serie. La gente ya no habla del asesinato de Bernadette Borne, sino del de una librera. La policía deja de interesarse por la familia Courtial, porque busca a un loco. Qué móvil tan fantástico, la locura... Todos nos creímos esa historia del asesino del abecedario, hasta el punto de dejar de hacernos preguntas sobre el entorno de las víctimas, al menos a partir de la ce, cuando empezó a parecer evidente que esos asesinatos formaban parte de una serie.

»Después de cada uno de los dos primeros, la policía interrogó a los respectivos familiares. Gilbert lo sufrió en carne propia, aunque, gracias a su coartada, quedó en libertad enseguida; pero, aun así, siguió siendo el primer sospechoso. Y probablemente habrían vuelto

a interrogarlo, pero el asesinato de Chamalières llegó justo a tiempo para dar credibilidad a la tesis del asesino en serie.

»Ahora haceos unas sencillas preguntas: ¿quién es el primero que descubre extrañas coincidencias entre los diferentes asesinatos? ¿Quién las relaciona con el Círculo de los Últimos Libreros? ¿Quién quiere informar a la prensa y se apresura a adjudicar responsabilidades? ¿Quién sugiere esa pista a los investigadores de manera velada? ¿Quién hace hincapié en la idea misma del asesino en serie?

»Todos tenéis la respuesta, ¿no es así? Por supuesto, algunos de vosotros relacionasteis enseguida esas muertes, pero no por ello tratasteis de alertar a la prensa o a la policía. Solo insistió en ello una persona, y por una buena razón: no quería que nadie se interesara más de la cuenta por su propia relación con su hermano.

»Pues sí, lo habéis comprendido. Se trata de Élisabeth Courtial.

»Élisabeth nunca aceptó que su hermano sucediera en solitario a su padre al frente de la librería. Con su titulación, se considera muy superior a él, más preparada para el éxito. Ella es una gestora, él, un gran lector, un "utópico", según la propia Élisabeth, que llevará el negocio a la ruina con su generosidad sin límites y su estúpida idea de crear una sección juvenil. Élisabeth solo sueña con una cosa: ocupar su lugar.

»La frustración es un sentimiento terrible que puede conducir al asesinato. Élisabeth, que ha estado frustrada y desequilibrada toda su vida, solo piensa en desquitarse. En su mente, nacerá un plan diabólico. Todo parte de esa coincidencia de las tres ces: Christian, Courtial, Chamalières. Una coincidencia en la que quizá no había reparado, pero que le salta a la vista cuando lee el listado de los

miembros del Círculo. Recordad que su hermano era el tesorero. Esa lista está ordenada por localidades. Justo delante de la ce, figura Brioude, con la misma notable coincidencia de las tres bes. ¡El asesino del alfabeto acaba de nacer! Después poco importa que el pobre Boudet, de Aurillac, no cumpla con todos los requisitos, pagará junto con los otros.

»Esa serie alfabética también le hace pensar en el profesor Crispin, el chiflado que vino al casino de Royat en junio para dar una conferencia sobre la desaparición de las librerías independientes. Élisabeth tenía que saber de su existencia por fuerza, a través de los clientes, una octavilla o un artículo de la prensa local. En Crispin ve el chivo expiatorio ideal, del que podrá servirse si las cosas se tuercen.

»¿Qué cosas? Sencillamente, el plan en cuatro fases que va tomando forma con minuciosidad y rigor en su metódico cerebro. Un plan audaz que revela una mente meticulosa hasta la exageración. Un plan que descansa sobre dos pilares: la repetición de las fechas y el alfabeto, y que culmina con la creación de un magnífico espécimen de asesino en serie.

»Por supuesto, cuando Élisabeth conoce a Gilbert Borne el día de la barbacoa literaria, ya está al corriente de los conflictos de Bernadette con el borracho de su marido. ¿Qué ocurrió exactamente? ¿Quién fue el primero que se atrevió a abordar el problema de esa gente que tiene demasiada suerte, que detenta el poder o la riqueza, que les amarga la vida a los demás negándose a comprender su punto de vista o a compartir su dinero, esa gente que, a fin de cuentas, no merece vivir?

»Todos estamos de acuerdo en que Gilbert Borne es un imbécil violento, pero también es fácilmente manipulable por una mente tan retorcida como la de la señorita Courtial. Élisabeth estuvo cerca de él todo ese día. ¡Recordad que se encargaron juntos de las parrillas y que ella estaba especialmente contenta!

»¿Qué puede unir a dos personas como Élisabeth y Gilbert? Nada, salvo el deseo de venganza, los celos, la envidia. Él necesita dinero y presiona a su mujer para que venda la librería, pero ella no cede. No solo se niega, sino que además inicia los trámites de divorcio. Borne sabe que, a la larga, si eso sale adelante, no recibirá un céntimo de ella. En cuanto a Élisabeth, solo se ve como dueña del negocio. Pero, lejos de escucharla, su hermano se une a una asociación de libreros que la priva de su papel de consejera. Entonces comprende que, mientras él viva, jamás podrá tomar las riendas de la librería.

»No tienen escrúpulos de conciencia. Ni el uno ni la otra. Hace mucho tiempo que Borne se codea con maleantes, siempre camina por el filo de la navaja. Se ha planteado acabar con su mujer muchas veces, los testimonios de los vecinos dan cuenta de numerosas amenazas. Si aún no ha actuado, ha sido únicamente por miedo a acabar en la cárcel. Élisabeth aprovechará su apatía, explotará sus debilidades. Le propondrá este odioso trato: "Tu mujer a cambio de mi hermano".

»Un trato que conlleva víctimas colaterales, necesarias si se quiere sembrar esa idea del asesino en serie. Todo se basa en ese concepto, que conviene convertir en psicosis. Una invención demencial que desviará todas las sospechas.

»Jean-Claude Boudet será el primero de la lista. Hay que actuar con rapidez, aprovechar la aglomeración, el efecto sorpresa, no

dejarse ver. Confieso que no sé quién de los dos hizo el trabajo. No obstante, me inclino por Gilbert. Todos los libros que quedaron sobre el mostrador estaban relacionados con las apuestas. Sabemos que Borne era jugador. En cuanto a Boudet, se conformaba con rellenar boletos ficticios. A partir de ahí, para Gilbert era fácil entablar conversación, vencer la desconfianza del librero y estrangularlo con la misma destreza con que les pone el lazo a los conejos de los vecinos y los asfixia.

»Reparad en que ese primer asesinato es totalmente gratuito. Su única utilidad es crear el personaje del asesino en serie que los exculpará de las muertes que van a producirse en un futuro muy próximo. Seguramente, ese primer crimen era también el más arriesgado. Sin embargo, todo sale a pedir de boca. La confianza de los dos compinches aumenta. Las dudas, si es que las había, desaparecen. Un mes más tarde, el 20 de septiembre, Élisabeth pasa a la acción. Borne procura hablar con todo el que se le cruza en el hipódromo. Ha proporcionado a su cómplice toda la información necesaria para entrar en la librería sin ser vista por los vecinos. Élisabeth es menuda y delgada, pero su nerviosismo multiplica sus fuerzas por diez y la vuelve terriblemente agresiva. Quizá su visita sorprenda a Bernadette, que, no obstante, no tiene motivos para desconfiar. Élisabeth le clavará un estilete en la espalda sin contemplaciones. Y ya está, ella ha cumplido su parte del trato, ahora le toca actuar a Borne.

»Fase tres. La más importante para la autora del plan. Primero, porque le afecta directamente y, segundo, porque a partir de ese momento la idea del asesino en serie tiene que calar en todo el mundo. Escarbando un poco se habría podido descubrir lo que yo he

averiguado sin gran dificultad durante estos últimos días, a saber: que Élisabeth se pelea a menudo con su hermano y que él, preocupado por su salud mental, ha consultado con un amigo psiquiatra y la ha obligado a trabajar en la librería un día sí y otro no.

»Como familiar de la futura víctima, no tiene nada que temer. La policía, los periodistas, los miembros del Círculo, todo el mundo habla del "asesino de libreros" y piensa únicamente en él.

»Sin embargo, Élisabeth habría preferido una audiencia más amplia, más popular, para cubrirse aún más las espaldas. Pero gracias a la lucha de Emma, que quiere mantener el secreto para salvaguardar su asociación, Élisabeth no tendrá esa audiencia.

»Debido a una indiscreción de Sylvie durante la comida de julio, ahora todo el mundo sabe dónde y cómo coger prestada la furgoneta de Los Libropensadores.

»¿Por qué utiliza Élisabeth esa información? Habida cuenta de sus dudosas amistades, para Borne era fácil, más fácil incluso, hacerse con otro vehículo.

»¿Qué pretende Élisabeth? ¿Borrar las pistas, comprometer a Emma, convertirla en sospechosa? Un poco de todo eso, probablemente.

»Borne coge la furgoneta y se dirige a la calle indicada, al lugar exacto que Élisabeth se ha encargado de mostrarle. El plan está ensayado. Ella debe adelantarse unos minutos a su hermano, es su coartada. Con el único fin de entorpecer los movimientos de Christian, le ha pedido que le lleve a casa unos paquetes voluminosos. Ya ha oscurecido, la calzada está resbaladiza, hay muchos transeúntes... Todo sale según lo planeado.

»Pero Borne ha cometido dos errores que ella ignora. Deja el cenicero lleno de colillas de los cigarrillos de liar que fuma sin parar. Y, lo que es peor, se ha llevado consigo a su hurón, su mascota de la buena suerte. Bueno, eso es lo que él cree. El animal emana un olor muy fuerte, almizclado, para ser exactos, que no desaparecerá del vehículo de Emma hasta pasados unos días.

»Patrick Crueze reconoce ese olor tan intenso durante la reunión que el Círculo celebra en su granja. Borne, que trapichea con lo que haga falta, le ha llevado varias botellas de whisky "a precio de ganga". Cuando el escritor va a recogerlas al coche de Gilbert, reconoce el famoso olor. Allí está el hurón, ovillado en un jersey viejo, oliendo exactamente igual.

»Entonces, para enredar aún más la madeja, Crueze entra en escena. Es un tipo curioso, atormentado, poco claro, rencoroso. Todavía no comprende el asunto en todo su alcance, pero sabe que Borne robó la furgoneta. Le deja un misterioso mensaje en el móvil, un mensaje que se parece mucho a una extorsión.

»Borne, que no es muy sutil, acude de inmediato a Élisabeth. Naturalmente, se ve obligado a contarle la historia del hurón. Apuesto a que ella lo llamó de todo menos guapo. Aunque, en fin, eso no lo sé.

»Élisabeth intuye el peligro de inmediato y se apresura a devolver la llamada a Crueze, que esperaba un telefonazo de Gilbert, pero desde luego no de ella. Al principio, no comprende. Y, por prudencia, da marcha atrás.

»Élisabeth quiere solucionar ese asunto del chantaje cuanto antes. Vuelve a llamarlo, y acuerdan verse en casa de él.

»Crueze aparece medio muerto en su salón. La culpa del coma etílico es solo suya, pero puede que Élisabeth lo ayudara con la fractura de cráneo. No lo sabemos. Ni falta que hace. En casa de Crueze, probablemente, Élisabeth se hace con el tampón de Los Libropensadores.

»Crueze no ha muerto, sigue siendo una amenaza; si recobra el conocimiento, puede contar la historia del hurón. Implicar a Borne es implicarla a ella. Es absolutamente necesario reactivar la pista del asesino en serie.

»Con sus iniciales, su página web y sus estúpidas conferencias, Crispin es la persona ideal para cargar con la culpa. Da igual que tenga una coartada sólida para el primer asesinato. De hecho, ¿sabe eso Élisabeth? Lo importante es que esté presente en el escenario de la cuarta fase para asumir el papel de sospechoso, para desviar la atención de la policía.

»Fase cuatro. Es ahí donde, en mi opinión, se pone de manifiesto el gran cinismo de Élisabeth. La serie de asesinatos no puede cesar de golpe, y menos aún en la letra ce. Aunque el objetivo se haya cumplido, para alejar cualquier sospecha es necesario que al menos se cometa otro asesinato, o parezca que ha estado a punto de cometerse.

»Élisabeth escoge Vic-sur-Cère. Podría haber elegido cualquier otra localidad, aunque la coincidencia de las tres uves era muy tentadora. En su momento, casi todos razonamos de un modo similar.

»Esta vez deben sospechar de Crispin. Élisabeth le envía la carta de invitación firmada con el tampón. Ha apelado a su sentido del honor, sabe que acudirá.

»Crispin está enganchado a las apuestas hípicas, ya se ha encontrado con Borne varias veces. En Auvernia, el mundillo de las carreras es muy pequeño, todos los apostadores de la región se conocen.

»El profesor ya ha perdido bastante dinero; en casa, el asunto provoca muchas discusiones. Con el pretexto de pasarle "unos pronósticos cojonudos", Borne le da cita el 20 de octubre, a las ocho de la mañana, en un bar de Murat. Está en la carretera de Vic, su mujer ha salido, Crispin acepta.

»Borne tiene un solo cometido: dejar el estilete entre las pertenencias del profesor. Es una tarea arriesgada, pero debe hacerse perdonar el asunto del hurón. Élisabeth es inflexible. Creo que él también le tiene un poco de miedo.

»La fase cuatro es un éxito total. Crispin es detenido sin haber cometido el menor delito, pero el mero hecho de haber ido allí lo acusa. Da igual que haya conservado la carta de invitación, todo el mundo piensa que la ha escrito él. La daga hallada en el bolsillo de su chaqueta acaba de incriminarlo. En efecto, la policía científica no tiene ninguna dificultad para establecer que los restos de sangre de la hoja pertenecen a la pobre Bernadette. Crispin parece definitivamente condenado.

»Ese es el punto en el que nos encontrábamos hace unos días. Yo sabía que la verdad estaba ahí, y el grupo de la policía judicial encargado del caso se sentía tentado de seguirme. Pero no teníamos ninguna prueba. En esas condiciones, obtener una confesión de Élisabeth parecía del todo imposible. Es dura, inteligente, y está convencida de su superioridad, las acusaciones que podíamos formular en su contra eran demasiado débiles para desestabilizarla.

Lo único que habría podido inquietarla es el testimonio de Crueze. ¡Y ni eso! Sería su palabra contra la de ella. Y su condición de alcohólico, chantajista y quizá incendiario no decía mucho en su favor. De todas formas, aunque según los médicos está fuera de peligro, aún no ha recuperado el habla. Personalmente, dudo que en el futuro nos sea de alguna ayuda. Hablar de su relación con Élisabeth lo obligaría a mencionar el chantaje. Se lo pensará dos veces.

»No, nuestra única posibilidad real era Borne. En el fondo, todos sabemos que no es ningún lince; se enfurece a la mínima y actúa más por impulso que por reflexión. Los indicios contra él son más sólidos. Gracias al olor del hurón, se podría probar que el 20 de octubre utilizó la furgoneta de Emma. No obstante, un buen abogado podría desmontar ese argumento con facilidad. Borne no es el único criador de hurones de Auvernia. Por otro lado, Borne conoce a Crispin, hay testigos que pueden confirmarlo. Y además se vio con él el 20 de noviembre. El dueño del bar de Murat podría dar fe.

»Aunque era difícil inquietarlos, la policía tenía suficientes elementos para poner a Gilbert y a Élisabeth bajo escucha.

»Considerando que, ante la amenaza de chantaje de Crueze, la primera reacción de Borne fue avisar a su cómplice, quise intentar algo parecido. Huelga decir que para convencer al grupo de investigación de las bondades de mi plan necesité tenacidad y paciencia. En el fondo, ¿qué podíamos perder? ¿Quemaríamos nuestros últimos cartuchos? ¡Bah! Con un tipo como Borne, estaba convencido de que merecía la pena correr el riesgo.

»"Ten cuidado, Gilbert, en Murat te vi metiéndole el estilete en el bolsillo a Crispin. Te volveré a llamar esta noche, ya me dirás qué

hago con mi testimonio".

»Un mensaje no demasiado sutil, lo reconozco, pero ¡qué eficaz! El guion de Crueze se repitió punto por punto. Gilbert, presa del pánico, se abalanzó sobre el teléfono para contárselo a Élisabeth sin la menor precaución.

»"Alguien me vio metiéndole el estilete en el bolsillo a Crispin, ya te dije que no era buena idea. ¿Y ahora qué hago yo?".

»Curiosamente, Élisabeth, pese a su aguda inteligencia, no se olió la trampa. Desde la detención de Crispin había bajado la guardia. Para ella, el caso estaba cerrado.

»Sin intentar negar nada, sermoneó con dureza a su acólito, llegando a decirle que era un inútil.

»"¡Si pringamos por tu culpa, haré que te comas tus hurones!".

»Es una mujer de armas tomar, una luchadora temible, hay que reconocerle esa cualidad. Pese a la grabación, jamás habría admitido nada. En cuanto a Borne, se desinfló enseguida. Comprendió que los cargos contra él se acumulaban, pero sobre todo no quería que lo consideraran el único culpable. No tardó en culpar a Élisabeth y adjudicarse un papel secundario. Una táctica de cobarde, que sin embargo nos resultó muy útil porque la dama acabó saliendo de su silencio. Todos sabíamos que era la instigadora de ese plan demencial; hoy lo reivindica en voz alta y clara. Es una jugadora, ha perdido la partida, y lo acepta. Su confesión es un largo monólogo en su honor y gloria, lo que dice mucho de su personalidad. Ningún escrúpulo, ninguna barrera a la hora de saciar su sed de poder. ¡Es terrible! En cuanto a Borne, es un criminal de otro tipo, menos maquiavélico, más sanguinario. No obstante, conserva un ápice de

humanidad, como ese amor a los hurones que, en el fondo, ha sido su perdición. En lo que respecta a Élisabeth, el vacío es total.

»Bueno, ahora ya lo sabéis todo. Por fin podemos olvidarnos de esta pesadilla.

Charles fue uno de los primeros en reaccionar:

—¡*La Montagne* tiene su primicia! ¡Una exclusiva fantástica! Quiero tu artículo para mañana. ¡Bravo y mil veces bravo, muchacho! Creo que todos podemos aplaudir.

—¡Eso sí que no, parad! Más bien tendríamos que ponerle una corona de laurel a la señorita Luce por su excepcional olfato.

Todas las cabezas se volvieron hacia la buena mujer, que estaba roja de gozo.

Adrien se hacía el modesto, pero se notaba que se sentía satisfecho de sí mismo. Había recuperado cierta confianza en sus capacidades y una autoestima que no tenía desde el accidente. Esta vez no debía los elogios a sus piernas, sino a su cabeza. Todos lo rodeaban y le hacían preguntas, ávidos de precisiones y anécdotas. Querían saberlo todo sobre el camino que habían seguido sus razonamientos y sobre sus trucos para desenredar hilo a hilo la enmarañada madeja de aquella intriga.

El guirigay iba *in crescendo*. La terrible angustia de los últimos meses parecía diluirse poco a poco entre las risas, la complicidad recuperada, el alivio.

Mientras Pascal empezaba a llenar las copas de sus invitados, Sylvie abordó a su amiga para preguntarle por el futuro del grupo.

—Ahora debemos reactivar el Círculo, responder a las peticiones de adhesión que nos llegan de toda Francia.

Emma brindó con el periodista y se lo llevó un poco aparte.

—Oye, casi no has hablado del robo de mi tampón... ¿Tú quién crees que lo cogió? ¿Patrick? Entonces ¿el incendio fue obra suya?

Adrien asintió con la cabeza.

—Siempre dije que ese tipo era peligroso. Un ataque de locura o el alcohol, lo que prefieras. O más bien un ataque de celos, puesto que esa noche estábamos juntos. ¡Vete a saber! También encontramos en el cajón de su escritorio tu llave de la librería, bueno, la copia.

—Entonces ¿fue él quien escribió a *La Dépêche*?

—Probablemente. Luego, Élisabeth se hizo con el tampón. Por supuesto, lo devolvió cuando fue a verte a la librería para comunicarte su baja. Nada más fácil que hacerlo rodar bajo la caja. ¡Bueno, y ya vale! ¿Eso es todo lo que te preocupa?

El rostro de Emma seguía reflejando sus sombríos pensamientos.

—Todo se ha aclarado, pero, desde luego, seguiré dándole vueltas a este asunto mucho tiempo, estoy segura. ¿Cómo se puede ser tan retorcido como Élisabeth? ¿Cómo se puede sentir tanto odio? ¡Y encima hacia su hermano! Tú hablas de frustración, pero eso no puede explicarlo todo.

Adrien meneó la cabeza con una expresión tierna y a la vez burlona.

—Si dejaras de pensar en ella por un momento, quizá podrías felicitarme al fin por mi asombrosa perspicacia. ¡Todo el mundo me hace cumplidos menos tú!

De pronto, Emma recuperó la sonrisa. Aquella sonrisa radiante que hacía aparecer en sus mejillas los hoyuelos de la felicidad, la sonrisa que tanto le gustaba a él, que hacía latir de un modo singular su corazón.

—¡Te estás saliendo de tu papel, Darcy! ¡El bello tenebroso[3] no debe mendigar jamás, está por encima de los halagos!

—¡Qué pesada puedes llegar a ser con tus libritos, mi querida Pélissier!

Ella lo besó con fogosidad y luego hizo un gesto hacia la concurrencia.

—¡Míralos! —exclamó entre risas—. ¡Ahí tienes tu victoria, mira lo recuperados, lo animados que están! Listos para leer, para descubrir, para abrir su librería, aconsejar, compartir... Amazon y sus algoritmos jamás podrán reemplazar a la pasión. Ganaremos esa batalla, ahora lo sé. ¡Los lectores no nos darán la espalda jamás!

Agradecimientos

Esta novela es una obra de ficción. Aunque Los Libropensadores no existe, es una combinación de todos los libreros apasionados y apasionantes con los que me encuentro todos los días y a los que doy mis más calurosas gracias.

Un guiño muy especial a Sylvie Lacan, de la librería Pont Virgule, de Espalion, y a Pascal Aurejac, de Le Rouge et le Noir, en Saint-Chély-d'Apcher, que aceptaron prestarme sus nombres para esta historia.

Otro a los libreros de Aurillac, Auvers-sur-Oise, Brioude, Clermont-Ferrand, Issoire, Laguiole, Massiac, Saint-Flour, Vic-sur-Cère y tantos otros que me permitieron dar vida a mis personajes.

Mis felicitaciones para la Association des Libraires Indépendants de la Région Auvergne (LIRA), cuyo trabajo inspiró en parte la creación del Círculo.

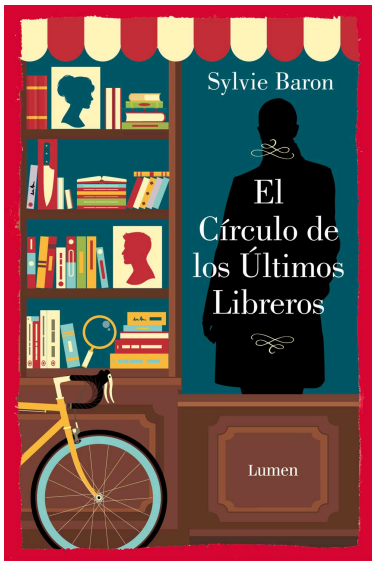
Todo mi agradecimiento a la librería parisina Les Buveurs d'encre, en el barrio de Secrétan, cuyo blog, rebosante de información, humor e ideas, me ayudó a comprender mejor las diversas facetas de este formidable oficio.

Y, por supuesto, gracias a Agatha Christie por haber sido la primera en crear un asesino en serie ficticio.

Amar los libros nunca fue tan peligroso.

La primera entrega de la serie de cosy crime del momento en Francia, con 200.000 lectores, por «la Agatha Christie de la campiña francesa» (*Femme Actuelle*)

«Los amantes de los libros y de las pequeñas librerías se dejarán llevar por la música de Sylvie Baron».
Présent



La región rural de Auvernia, Francia, ha sufrido tres pérdidas inimaginables: con implacable regularidad, el día 20 de los últimos tres meses ha fallecido, en misteriosas circunstancias, un librero. No solo eso: todos ellos pertenecían al Círculo de los Últimos Libreros, una asociación creada en un intento de luchar por la supervivencia de las pequeñas librerías en un mundo empeñado en que estas desaparezcan.

Adrien Darcy, un periodista deportivo en horas bajas a causa de una lesión y un absoluto desconocedor de todo lo relacionado con los libros, es puesto a cargo de investigar el posible vínculo entre estas tres muertes. Para ello decide unir fuerzas con Emma Pélissier, la fundadora del Círculo y una apasionada lectora. Conforme aumenta la tensión por el caso y entre Adrien y Emma va surgiendo algo más que una amistad, esta inesperada pareja considerará una serie de peculiares sospechosos —un profesor que defiende fervientemente la venta online, un librero rencoroso al que se le negó entrar en el Círculo o un escritor fracasado que aún no ha superado su breve relación con Emma—, en una frenética carrera por impedir más muertes y salvar a los libreros, y, con ellos a sus librerías, de la desaparición.

La crítica ha dicho:

«¡La Agatha Christie de Auvernia ha vuelto a dar en el clavo!».
Le Journal du Centre

«Una inmersión truculenta en el mundo de los coleccionistas».

La République du centre

«Sylvie Baron […] ha plantado su tienda en el mapa del crimen».
Le Nouvel Obs

«¿Acaso nunca se aprecia lo suficiente a un librero? Un homenaje a estos apasionados hombres y mujeres».
RCF

«Un thriller trepidante. [...] La trama, muy hábilmente construida, mantiene al lector en vilo de principio a fin con su remesa de falsedades, historias de amor, traiciones y otros meandros literarios, para desviarlo con pistas falsas, todo ello con una galería de personajes (libreros y cónyuges) magníficamente descritos. [...] Una novela maravillosa (¡que hay que comprar en la librería, por supuesto!)».
Db, *Le Réveil Cantalien*

«Nos propone, como es habitual en ella, una intrincada trama policiaca. [...] Una novela de misterio planteada como una defensa del oficio de librero, tan denostado en los últimos años».
La Montagne

«Sylvie Baron, la reina de la novela negra rural».
Le Progrès

Sylvie Baron es profesora y autora de novelas policiacas, especializada en el whodunit y el cosy crime. Amante de la naturaleza y de los amplios espacios, ha elegido la Alta Auvernia como tierra de inspiración, lo que confiere a sus novelas una rara autenticidad que se ancla en el presente. Heredera de las grandes damas del crimen (Agatha Christie, Patricia Wentworth o Patricia MacDonald), teje intrigas en las que al suspense le acompaña siempre una indagación de nuestras heridas y de nuestros secretos más íntimos. Sus novelas cuestionan la memoria de los entornos, la solidez de los lazos familiares y la persistencia de la ausencia en universos a la vez interiores y habitados, lo que convierten a Sylvie Baron en la encarnación perfecta del cosy crime a la francesa. Es autora de *El Círculo de los Últimos Libreros* (Lumen, 2026).



Título original: *Le Cercle des derniers libraires*

Primera edición: junio de 2026

© 2018, Centre France Livres SAS
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, José Antonio Soriano Marco, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Shutterstock / Mascha Tace, Pavlo S, ImGhani, Tartila y Michal Sanca

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-3335-0

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Especialidad del Macizo Central francés consistente en puré de patatas fundido con queso tomme fresco. *(N. del T.).*

[2] Plato típico del Macizo Central a base de patata y queso tomme del Cantal. *(N. del T.).*

[3] Emma hace alusión a la novela homónima de Julien Gracq, publicada en 1945. *(N. del T.).*

Índice

El Círculo de los Últimos Libreros

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Sylvie Baron

Créditos

Notas